

# Los términos de los grupos de poder.



Alfredo A. Repetto Saieg.

El punto central de este texto es el análisis de los conceptos y términos que estructuran y definen la lógica dominante de manera que a partir de este mismo análisis, podamos desnudar sus metáforas, parábolas e irracionalidades. En realidad, es un escrito especial porque busca redefinir muchos conceptos y términos políticos que dominan la esfera de nuestra praxis y la acción política para, posteriormente, redefinirlos en un sentido más democrático, justo e inclusivo. En sus páginas analizo, de la manera más profunda que me es posible, algunos conceptos tan importantes y esenciales para comprender y militar a favor del cambio de valores, teorías y paradigmas como los de la gobernabilidad política, la relación entre el crecimiento de la economía y el desarrollo, que no son complementarios por lo menos en un régimen político excluyente y elitista. Además, analizo la lógica de las inversiones, el ahorro, la igualdad de oportunidades, el problema de la inseguridad, de la conciencia nacional, el marxismo, el humanismo, la historia, nuevamente el régimen y el Estado, la institucionalidad democrática, la soberanía alimentaria, las bases económicas de la vida de los trabajadores, la legitimidad y otra serie de ideas que buscan resistir los intereses de los sectores, altamente concentrados y conservadores, que se niegan a ceder sus privilegios de casta.

**Contacto con el autor:**

<http://teorianacionalypopular.blogspot.com.ar/>





Los términos de los  
grupos de poder.

Alfredo A. Repetto Saieg.



## **Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported**

**Autor de la obra:** Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra
  - hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

**Reconocimiento - No comercial - Compartir igual:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.

*El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.*



## Índice:

Capítulo 1: De los derechos formales a los reales.....	10
La libertad en términos neoliberales.....	10
La soberanía y el régimen político.....	17
Soberanía alimentaria.....	24
Gobernabilidad y desarrollo.....	28
El uso político de la inseguridad.....	32
Capítulo 2: La legitimidad política de los regímenes populares.....	38
El liberalismo, la libertad negativa, la positiva y la democracia.....	38
El progresismo y el cambio de estructuras.....	42
El Estado y el régimen político.....	50
La institucionalidad según los sectores dominantes.....	55
El sentido de la crisis de representatividad.....	63
La razón de los regímenes populares.....	67
Capítulo 3: Los desafíos del crecimiento, desarrollo e igualdad.....	70
Bases económicas de la vida del hombre.....	70
El dinamismo económico.....	74
Desigualdad y desarrollo.....	79
La lógica de la política de inversiones.....	84
Los responsables de la pobreza.....	88
Los desafíos de la pobreza y la intervención del régimen.....	92
Capítulo 4: Bases ideológicas de la gestión democrática.....	96
La participación de los sectores populares.....	96
La historia de los vencidos.....	100
Consenso y lucha de clases.....	104
La conciencia nacional.....	110
El humanismo marxista.....	117
La verdad y la lucha por el bienestar y la independencia.....	120
Capítulo 5: Las formas del poder.....	124
Las relaciones de fuerza y el ejercicio del poder global.....	124
La calidad de las instituciones.....	128



Enemigos y adversarios políticos.....	132
La condición del hombre en el capitalismo.....	136
¿El fin de las ideologías?.....	139
El rol de la ideología en la lucha de los trabajadores.....	143
Capítulo 6: Apuntes para una teoría social.....	148
Teoría y praxis política.....	148
El empirismo en la teoría de la sociedad.....	152
Lo particular y lo universal en el método analítico.....	158
Teoría crítica de la investigación social empírica.....	164
El proceso de socialización como antagonismo de clases.....	168
Epílogo.....	174
Referencias bibliográficas.....	179
Texto legal completo de la Licencia de esta obra.....	184

## **Capítulo 1: De los derechos formales a los reales.**

### **La libertad en términos neoliberales.**

La historia es una serie de dramáticos cambios y transformaciones que nacen precisamente de nuevas maneras que, en ese mismo devenir histórico, se expresan las formas del pensamiento, de la acción común y sentimientos de los hombres en relación a sus vidas y necesidades. El revisionismo de las ideas, el auténtico en el sentido de la renovación que nos lleva al humanismo militante, tiene que ver con superar las bases racionalistas y positivistas de la lógica de los sectores y de los grupos dominantes reivindicando, de ahora en más, las pragmáticas ideas que vigorizan el humanismo, restituyendo incluso su carácter de (r) evolución permanente. En las actuales circunstancias, la tarea política fundamental en relación a la necesidad histórica de cambios a favor del trabajador, es militar contra la dependencia estructural de nuestros pueblos porque sin una soberanía concreta cualquier cambio es una quimera. Por eso, los sectores y los grupos dominantes, históricamente conservadores, es decir, enemigos más o menos declarados del cambio, son élites que, directa o indirectamente, son actores principales en el despojo a que son sometidos los grupos subalternos. No en vano nunca representan los intereses nacionales ni mucho menos la cultura popular. El caso más extremo de esa estrategia son ni más ni menos que la instauración de las dictaduras de seguridad nacional que permitió, en la generalidad de los casos de los países latinoamericanos, la implantación del nuevo modelo neoliberal que, en fin, prosiguió y logró en cierta medida un tipo particular de crecimiento, desarrollo e integración que presentó rasgos bastante especiales. En la medida en que este crecimiento y desarrollo fue para unos cuantos implicó la desintegración social de nuestros pueblos, antes que la integración, por militar a favor de la exclusión y la marginación del trabajador de los diversos mercados que son parte central del régimen. Definitivamente, el neoliberalismo como régimen es una expresión reaccionaria y categórica de la contrarrevolución, del conservadurismo y, en ese sentido, se convirtió en el gendarme global, es la moderna santa alianza que conspira contra nuestra soberanía, independencia y contra la libertad. A partir de ahí la hegemonía de los países centrales, por ejemplo a través del control absoluto de los medios de comunicación y de los ejes centrales de la política y la economía, se expresará también a partir de la propia hegemonía de los intereses de consorcios y transnacionales en relación a temas como el financiamiento, el crédito y, en general, del control político de los centros de decisión y gestión de la agenda. Las formas de manipulación mediática sobre los trabajadores tienen que ver con unas cuantas estrategias auspiciadas desde los centros del poder. En primer lugar, tenemos la estrategia de la distracción donde el elemento primordial de control social consiste en desviar la atención

del público de los problemas que se perciben como socialmente centrales e importantes para que, a partir de esa distracción, los dominantes apliquen los cambios que perciben como prioritarios en la profundización de sus intereses. Esta estrategia de la distracción es igualmente indispensable para impedir al público interesarse por conocimientos esenciales que hacen a un ciudadano más crítico. Por ejemplo, a través de los conocimientos generados en el área de la ciencia o de la economía, de la psicología, la neurobiología o ciencia política, se mantiene al trabajador como simple espectador sin posibilidad de cuestionar y pensar. En segundo lugar, se crean ciertos problemas y después se ofrecen determinadas soluciones en el contexto de defensa de los intereses de los dominantes que de esa forma logran controlar la agenda pública. Es decir, se crea un problema, una situación prevista para causar reacción en el público, a fin de que éste sea el mandante de la política que se desea aplicar. Por ejemplo, dejar que se intensifique la delincuencia y la violencia urbana para que el público se convierta en demandante de leyes de seguridad y de políticas represivas que siempre van en perjuicio de la libertad del trabajador. También es posible crear una crisis económica para que sea aceptable, como mal necesario, el retroceso en relación a los derechos y conquistas sociales de los trabajadores lo que, además, implica dismantelar los servicios públicos. Así, se plantea la estrategia de la gradualidad, es decir, para hacer que se acepte una medida que en principio es inaceptable, basta con aplicarla de forma gradual a través de los años e incluso décadas. Es de esta manera que nuevas condiciones socioeconómicas reaccionarias como la instauración de un régimen político mínimo en sus roles y las privatizaciones de empresas públicas, la precariedad y flexibilidad laboral, conjuntamente con el mismo desempleo masivo, son impuestos durante las décadas de 1980- 90.

En esas circunstancias históricas, tantos cambios hubieran provocado una auténtica revolución si hubiesen sido aplicadas de una sola vez. Otra forma de aceptar una decisión impopular es presentarla como necesaria y dolorosa. Es la conocida postura de tener que apretar el cinturón como tantas veces nos plantearon nuestros gobernantes. Lo central es que necesariamente es mucho más fácil aceptar un sacrificio futuro que un sacrificio inmediato porque el esfuerzo no es empleado enseguida. Luego, porque el público, o sea, los trabajadores siempre tienen la tendencia de esperar ingenuamente que todo irá mejorar mañana y que el sacrificio exigido así podrá evitarse. Por otro lado, es necesario dirigirse al público como personas de poca edad. En ese contexto, la mayoría de la publicidad dirigida al gran público usa y abusa del discurso, personajes y entonación particularmente infantil, muchas veces próximos a la debilidad, como si los trabajadores, como receptores de esos mensajes, fueran deficientes mentales. Así, cuanto más se intente engañar al espectador, más se tiende a adoptar ese tono infantil por que si uno se dirige a una persona como si ella tuviese 10 años de edad o menos, entonces, en razón de la sugestión lograda a través de este método, esa persona tenderá a una

respuesta también desprovista de sentido crítico. Se usa el aspecto emocional más que la reflexión racional porque, en definitiva, hacer uso del aspecto emocional es una técnica clásica para causar un corto circuito en el análisis racional, es decir, en el sentido crítico del sujeto. En la medida en que este proceso se intensifica, es más fácil mantener al público en la ignorancia y en la mediocridad porque es más fácil promover la creencia de que la moda pasa por el hecho de ser más o menos banal, estúpido, vulgar y hasta inculto. Además, es necesario reforzar la idea que el sujeto es responsable exclusivo y determinante de sus desgracias a través de su propia insuficiencia en relación a su inteligencia, capacidades o esfuerzos en el proceso de la satisfacción o no de sus necesidades. En lugar de luchar contra el neoliberalismo y sus consecuencias más atroces, el trabajador definido como sujeto principalmente individual, refugiado en su mundo de previsibilidad, se conforman frente a la imposibilidad de batallar contra las injusticias y mitos del régimen político dominante y él, como parte constitutiva de los grupos subalternos, cae en la inhibición de su acción política transformadora. La cuestión es que cuando no hay un arte de poder alternativo no existe ninguna posibilidad concreta de la (r) evolución permanente y así el estado actual de las cosas se consolida a expensas de las necesidades elementales de los trabajadores. Por lo mismo, el neoliberalismo en vez de postular una educación pensada como rol inherente a la vida del hombre en comunidad en la búsqueda del bien común, nos habla de una educación del hombre en la que corresponde a la acción del educador, en cuanto actor central de esa idea de educación, convertirse en agente de una currícula educativa- cultural definida y también supervisada por el régimen político y éste, mientras más autoritario se muestra, mayor es la supervisión sobre la educación del trabajador. Esta educación, siempre bajo la concepción neoliberal, busca fundamentar la idea del trabajador como hombre útil y benéfico a los intereses de los sectores dominantes y su acumulación privada de capital. El neoliberalismo así es un régimen político claramente docente. El problema es que, en sus aspectos racionalistas, apuntan a formar a priori las subjetividades de los hombres para usarlos en propio beneficio como en realidad lo hace cualquier otro tipo de régimen, el humanismo inclusive. Sin embargo, lo desdeñable del neoliberalismo es su alto impacto de irracionales debido a que consolida intereses minoritarios. En ese contexto, la currícula que define una cultura y educación fija de antemano la facultad intelectual del trabajador, la moral, ética y hasta las facultades físicas de los hombres.

De acuerdo a estos presupuesto ideales del neoliberalismo, la acción de la educación y la cultura buscan la gobernabilidad democrática a través del régimen pero ya sabemos lo que quiere decir la gobernabilidad desde el punto de vista dominante, es decir, una gobernabilidad basada en los intereses de la minoría y la exclusión de la mayoría lo que, en fin, contradice cualquier tipo de gobernabilidad e integración social. Por eso, el neoliberalismo necesita de nuevas formas de dominio, de construcción de otras verdades, de operaciones

de ingeniería política y social como la legitimidad ideológica del dominio orientado a la formación del consenso. Sin embargo, otra vez el consenso es una quimera porque desde la perspectiva neoliberal quiere decir sumisión de la mayoría a los intereses de la minoría. De hecho, la democracia, en sus aspectos más progresistas, antes que consensos implica lucha, movilización y participación, implica batallas y dominio de unos intereses sobre otros. Desde esa perspectiva, el régimen político, como representante material y concreto del Estado, es expresión y compendio de todas las luchas libradas entre los sectores y clases sociales que intentan convivir en un país. Es un organismo político e institucional que intenta gobernar las múltiples representaciones y manifestaciones que lo integran a favor de ciertos sectores y sus intereses y en perjuicios de otros con sus también respectivos intereses de clases. Así, el Estado, a través del régimen político, dicta, aprueba o rechaza leyes, afianza las decisiones de carácter jurídico, mantiene el orden en la búsqueda de cierta previsibilidad mínima que busque reforzar la convivencia dentro de algunos parámetros institucionales, y provee y defiende la propiedad privada de los medios de producción en el caso del capitalismo. Pero, bajo ningún aspecto, en el caso de la primacía del derecho a propiedad, logra expresar el ideal político del humanismo porque, en el largo plazo, ese mismo humanismo no es patrimonio de la política militante ni puede serlo por lo menos hasta el día en que esa política militante adquiera una auténtica función social, es decir, hasta el día en que dejando de ser un recurso de facciones minoritarias, logre calar en las acciones de las mayorías para defender la nueva lógica política de la primacía del derecho a la vida de los trabajadores. De todas maneras, esta democracia, basada en la lucha y en la movilización antes que en el consenso, no es novedad. Marx fue quien la definió y planteó al reivindicar la lucha de clases como el motor de la historia del hombre y que es la responsable de los cambios en los modos de vida de los trabajadores.<sup>1</sup>

Además, Marx fue quien invalidó, a través de su postura de la lucha de clases como motor de la historia, las instituciones liberales que a partir de autores como Locke, Montesquieu o los contractualistas, entre tantos otros, habían planteado las bases teóricas y políticas en que se asentaría el nuevo régimen de producción capitalista. En ese contexto, el supuesto carácter ético del Estado capitalista no era más que una ética histórica, es decir, transitoria,

---

<sup>1</sup> La naturaleza de la acción política en relación a la lucha y reivindicación por el cambio de régimen y de Estado, es una prolongación de las acciones de las diversas fuerzas sociales en beneficio de cierto interés que las aglutina, que les da su razón de ser y que combate contra el interés de otras fuerzas, también sociales, representadas por sectores y grupos que se definen por otra serie de intereses claramente antagónicos aunque la razón de los dominantes pretenda hablarnos de un consenso que, en esas concretas circunstancias, solo es capaz de reivindicar una democracia formal porque se trata de la defensa de los intereses de sectores minoritarios pero dominantes.

de una clase social que ahora accedía al poder y todos los privilegios que esto conlleva. En otras palabras, en su esencia histórica, aunque busque simularse de múltiples maneras, aunque se conviertan en verdades cientos de mitos o metáforas, la libertad espiritual y política del capitalismo no es más que el libre mercado, es decir, la libertad de comerciar, de acumular y de explotar la fuerza de trabajo en beneficio propio. Entonces, el Estado capitalista con su respectivo régimen, detrás de la abstracción jurídica sustentada a partir de la fetichización de la mercancía *fuerza de trabajo* que es única porque crea y agrega valor, es decir, a partir de la *fuerza de trabajo* como base del Estado capitalista, encontramos la concreta voluntad dominante que no es otra que la acumulación privada de capitales. La libertad en esas circunstancias no puede funcionar en ningún lugar porque el régimen político no es una unidad sino, antes bien, es una división central, una lucha, es decir, el régimen político es una multiplicidad de ideas- incluso antagónicas- de la libertad que así se enfrentan y se desafían todo el tiempo, que están impulsadas por el control autoritario y hasta el mutuo aniquilamiento, proceso que indefectiblemente se radicaliza en las épocas de mayor efervescencia, cuando el cambio que logra colocar en marcha la (r) evolución permanente está frente a nosotros. En esa etapa, la libertad que desnuda sus propósitos, simplemente se convierte no en una expresión de todos, sino en la dictadura de los grupos y clase social que triunfa en la contienda. *Dictadura* en el sentido que, desde ahora, los diversos intereses que perduran son los de ese sector en particular a expensas de los intereses de los sectores derrotados. En ese contexto de la democracia como opción de lucha antes que de falso consenso entre sectores, grupos y clases, la idea de la libertad tiene, en primer lugar, un contenido particular de clase y bajo ningún aspecto como pretenden los liberales un contenido universal porque precisamente este contenido universal busca liquidar la libertad particular. De acuerdo a ese proceso, el imperio de las libertades particulares desemboca en el imperio de la libertad general, sin embargo, esto significa el fin del liberalismo porque la libertad como categoría de los grupos y sectores dominantes, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias, necesariamente desemboca en una especie de libertad comunitaria, de una sociedad de iguales que está en contradicción con el neoliberalismo desde el momento preciso en que éste se propone la conservación del control sobre los trabajadores y del privilegio de unos sobre otros. De todas formas, el liberalismo primero y después el neoliberalismo, a pesar de todas estas contradicciones y mitos, al margen de las falacias que lo corroen, al margen que la misma realidad de los trabajadores milita en su contra, logró sobrevivir e incluso hasta funcionar aunque pudo hacerlo mientras todas esas falacias, esos mitos y oposiciones trascendentes, fueron compensadas por las enormes fuerzas que el propio sistema desató, es decir, fuerzas materiales y técnicas. En cambio, la realidad hoy es bastante menos auspiciosa para el régimen neoliberal porque a partir de cierto momento histórico, por las propias consecuencias de sus acciones y

políticas, no puede ya contener todas y cada una de esas contradicciones que derivaron en nuevas formas de pensar y militar a favor de la realidad e interés del trabajador. A partir de ahí se entiende el surgir de los diversos regímenes políticos populares, es decir, como respuesta válida a la incapacidad propia del neoliberalismo de sostener políticamente sus ideales, incluso el concepto de *libertad*. En otras palabras, la discordia sobre la idea de la *libertad* mostró la potencia de los sectores partidarios de la (r) evolución permanente.

Por otro lado, la iglesia como actor político de fuerte vinculación con el poder, no escapa a este proceso histórico de lucha por la primacía de unos intereses sobre los otros a pesar que continuamente pretende hablarnos de consenso, de diálogo e inclusive de amor a nuestros semejantes. En verdad, la evidencia histórica nos muestra a la iglesia como enemiga del liberalismo en tanto ésta estuvo ligada al orden feudal de la nobleza monárquica que decae, en determinado momento histórico apelará a los burgueses en ascenso para sobrevivir política y espiritualmente. Así, sus tesis religiosas relativas a la persona y sujeto humano o a los creyentes, no fue otra cosa que una variante integrante del ajuste teológico que, desde el triunfo del capitalismo, responde al liberalismo victorioso. En otras palabras, la libertad del hombre, esa libertad metafísica de los creyentes, fue el disfraz religioso de la libertad del liberalismo con el que la casta sacerdotal buscó salir del paso para conservar algunos privilegios. Los burgueses ahora devenidos en grandes racionalistas, nunca vieron con malos ojos esta alianza con los sectores del catolicismo, de hecho, la racionalidad capitalista siempre se entendió bastante bien con las creencias religiosas que paulatinamente incorpora a su acervo ideológico. Y así tenía que ser porque la iglesia como institución altamente conservadora dependía cada vez más del régimen liberal que se imponía barriendo con el feudalismo anterior. Entonces, si el liberalismo teóricamente era contrario al conservadurismo de la iglesia como institución y como doctrina, apeló a ella cuantas veces le fue necesario para defender su orden, su libertad y su lógica, cada vez que se sintió amenazado por otras fuerzas sociales y políticas. Desde entonces, una muy hábil estrategia política a nivel global le permite gozar de gran poder de presión y tensión a pesar de muchas cosas. Al mismo tiempo, su estrategia política, asentada en la exigencia de contemporizar con las diversas clases y sectores sociales, hace de ésta también parte de su debilidad porque tiene que buscar y desarrollar mínimamente una política que sea más o menos pluralista, es decir, múltiple, para guardar las apariencias. Así, usa y abusa de la libertad en los términos de los liberales devenidos en neoliberales a partir de la globalización del dominio del capital. El pensamiento católico más conservador, coincidente con la crisis de la razón neoliberal, entra desde entonces en una acogida cada vez más favorable al dominio de las clases conservadoras que, dadas las contradicciones inherentes de su idea sobre la libertad, transmutan en clases y sectores fuertemente reaccionarios a partir de su involución en términos neoliberales. El mérito del neoliberalismo así es

desnudar, en toda su crudeza, el fundamentalismo y los objetivos últimos de esos factores de poder. Es evidente la raíz política de esas coincidencias entre esos grupos y la religión más fundamentalista en una realidad de crisis y de una profunda desintegración que reclama frenar las reacciones políticas en términos de regímenes nacionales y populares que colocan en entredicho las verdades dominantes. Sin embargo, en la medida en que las respuestas de estos grupos a su propia decadencia es cada vez más irracional, y así se revela al conjunto de los otros actores sociales, solo nos demuestra que la crisis se relaciona con los fundamentos de la modernidad definida por los preceptos del Estado capitalista. En resumen, es una crisis de una etapa concreta del capitalismo donde se cumple, en la práctica, las predicciones de Marx sobre la incapacidad del capitalismo y sus regímenes políticos para controlar las fuerzas que el mismo desató en cierto momento histórico, al renegar, una vez más, de una idea de la libertad que, al transfigurarse en lucha de clases, niega hasta los fundamentos propios de esa idea. De esa manera, esa libertad nos revela como sector social subalterno pero mayoritario, las contradicciones internas del término. Por lo mismo, la disyuntiva acá tiene que ver con la oposición entre el punto de vista de los neoliberales y los que estamos a favor de un régimen nacional, soberano y popular.

De acuerdo al neoliberalismo, como opción política de los sectores y grupos dominantes, la acción política se dirige a consolidar ciertos modelos institucionales- organizacionales a los que todos, como trabajadores, tenemos que adaptarnos. De manera totalmente inversa, la opción nacional, soberana y popular nos dice que la acción política que, partiendo de la movilización de los trabajadores en el sentido del ejercicio de gestión democrática de la agenda pública, busca otras maneras de encauzar institucionalmente, a través de la conformación de otro régimen, su proyecto político. Por su parte, el neoliberalismo europeo siempre disfrazado de socialdemocracia, carece de la eficacia y eficiencia para hacer efectiva la paz y bienestar de los trabajadores. Ese es precisamente el gran mérito de la crisis global de fines del año 2007 quien, con sus ajustes y políticas económicas ortodoxas, nos demostró, una vez más, la inviabilidad del régimen neoliberal. El neoliberalismo peca de ingenuidad porque busca desvincularse por completo de las entidades en lucha cuando ya tomó partido por una. Por lo mismo, llegado determinado momento histórico, el neoliberalismo queda aislado al insistir en preparar leyes y proyectos que no son aptos ni aceptables racionalmente precisamente porque no es capaz de conciliar ni de dirimir contiendas políticas específicas dada las consecuencias concretas de sus medidas, como tampoco le es posible permanecer neutral frente a los intereses contradictorios de los sectores en lucha. Por eso, a partir de este momento, es decir, desde la consolidación del neoliberalismo como régimen de dominio político, solo se conservan algunos rasgos y características, aunque bastante abstractas en sus contenidos, de una siempre aparente y virtual independencia de nuestros pueblos porque, en fin,



el neoliberalismo es un régimen que funciona en beneficio de unos pocos a expensa del interés y beneficio de la mayoría lo que, a su vez, implica que el poder de los dominantes no nos permite disponer de nuestros intereses y de la resolución de nuestras necesidades. De hecho, la cuestión de la libertad es central desde el momento que no es suficiente declararse libre para serlo. Un examen severo de la historia nos prueba que aún está inconclusa nuestra independencia política traduciéndose en múltiples desafíos que tienen que ver con soberanía en lo económico, independencia nacional en lo político y la primacía popular en el ámbito cultural. Por eso, la necesidad de la liberación nacional en los únicos términos posibles, o sea, en los términos nacionales y populares que implica tanto la soberanía política como económica, surge de las necesidades de los trabajadores como mayoría para, desde ahí, batallar contra la opresión paralizante que milita a favor de la desintegración de las relaciones sociales mucho más humanas en la búsqueda del bien común. La liberación nacional así implica el libre desarrollo de nuestras fuerzas, implica aprovechar nuestros recursos para buscar la plenitud comercial y económica relativa a las mejores formas de expandir las fuerzas productivas en beneficio de una mejor calidad de vida del trabajador. La liberación nacional implica que la propiedad privada de los medios de producción dejen de definirse como la facultad de usar, gozar y abusar de las cosas y recursos productivos, para definirse a través de su función social que se relaciona, de ahora en más, con la satisfacción de las necesidades de la mayoría.

### **La soberanía y el régimen político.**

En el Club de París lo único concreto que se hace es negociar la deuda externa multilateral de los países económicamente más comprometidos lo cual, dada la estructura del sistema comercial global y su lógica del poder, es poco saludable para las finanzas, para el crecimiento y el desarrollo genuino de los países deudores porque además para sentarse a negociar con el Club de París primero hay que acordar con el FMI. Por lo mismo, una buena manera de recuperar soberanía en el contexto del régimen popular que como primera medida de transición busca generar empleo lo más rápido posible para dejar atrás la exclusión a partir del consumo y del mercado interno, es precisamente intentar saldar las cuentas con el Club de París pero obviando las múltiples condicionalidades del Fondo que, a su vez, solo es posible cuando el régimen logra una mejor gobernabilidad a través del crecimiento, la solidez económica y la inclusión social. Cancelar esa deuda sirve para que los organismos de crédito globales, que también otorgan seguros a la inversión en el extranjero, garanticen las inversiones en nuestros países. En esas circunstancias hay que entender cuando a fines del 2008, Argentina planteaba pagar al Club de París sin la intervención de organismos como el Fondo que nada tiene que ver con este tipo de préstamo. Como Argentina no aceptaba la intervención del Fondo

por las consecuencias en su soberanía entonces la negociación se paralizada. Así, el problema, a la luz del caso argentino en esa época, era más político que comercial o económico, es decir, era un problema relativo a la defensa de la soberanía que reivindicaba su modelo de desarrollo. En otras palabras, ¿por qué si un país quiere pagar la deuda contraída con el Club de París, esos acreedores no reciben ni aceptan el pago? Porque hay que ubicar el problema en su verdadero lugar, como cuestión política, que va más allá de lo técnico y económico porque en la lógica de las estructuras del sistema comercial global hay un entretrejado especulativo- financiero global que tiene como eje a los organismos como el FMI que buscan, en muchos países con bastante éxito, manejar la política económica externa e interna de los menos desarrollados para de ese modo definir, bajo la primacía de los intereses de esa estructura especulativa- financiera global, la gestión de la agenda pública. Por lo mismo, el Fondo actúa defendiendo otros intereses que nada tienen que ver con el desarrollo armonioso del régimen político. El FMI aplica la teoría económica equivocada en sus fundamentos, que además es irracional e históricamente fracasada, porque su meta consiste en favorecer al sistema financiero global. Pero tiene la corpulencia política- financiera necesaria para hacer cumplir sus dogmas por ser parte de las estructuras de poder global. Lo novedoso es que hasta la crisis global que se manifestó en Estados Unidos a mediados del 2007, el Fondo solo actuó sobre países estructuralmente dependientes, es decir, que de una o de otra manera carecían de soberanía tanto política como económica. En cambio, a partir de esta crisis, ingresaron en esa categoría de países dependientes de los designios de los centros globales de poder, varios países que se suponían desarrollados como España, Grecia e Irlanda. Esos casos que en su momento fueron típicos nos mostraron como perdieron gran parte de su soberanía al verse obligado a aplicar drásticos planes de ajuste neoliberales. Por lo demás, ya vimos en otro lugar los diversos momentos del Fondo. En ese contexto, ahora solo cabe decir que el estallido de la crisis global del 2008 en adelante le otorgó nuevo aire al organismo que, lejos de usar esa oportunidad histórica para redefinir su rol y reivindicarse dentro del sistema monetario global, reapareció en escena con las mismas fracasadas recetas de siempre.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> El objetivo del FMI, plasmado en su estatuto fundacional escrito luego de finalizada la segunda guerra mundial, decía lo siguiente:

*“Promover políticas cambiarias sostenibles a nivel internacional, facilitar el comercio internacional y reducir la pobreza”.*

Pero, la realidad dista mucho de esto porque el Fondo antes que favorecer el desarrollo de nuestros países, en la práctica, nos condena a seguir en la senda de países estructuralmente dependientes. El Fondo simplemente es el ejecutor de la Reserva Federal de Estados Unidos que a su vez responde a las corporaciones.

El programa impulsado por el Fondo significa que ante la llegada de una crisis, la propuesta siempre es fomentar medidas altamente recesivas que tienen que ver con políticas que tan bien conocemos los latinoamericanos como la reducción del gasto público, las jubilaciones y salarios para mantener la estabilidad de los precios, la flexibilización laboral para bajar los diversos costos de producción, y así elevar la tasa media de ganancia del capital, entre otras tantas. En este sentido, una vez más, el organismo de crédito global no sólo falla en su rol preventivo frente a eventos de crisis y de desestabilización del sistema comercial global, sino también propone medidas que profundizan la dirección recesiva y reaccionaria de ese mismo sistema comercial global. Ahora, como vimos anteriormente, el Fondo actúa de esa manera porque es representante de los diversos intereses financieros globales y en ese contexto, es decir, a partir de esta nueva globalidad donde la moneda estadounidense deja de ser lo que fue, donde el comercio y el producto que más crecen lo hacen por fuera de la órbita de los países centrales y sus intereses, en ese mundo, a los países menos desarrollados se les pide sumisión y buena letra para posibilitar el ingreso de los capitales financieros, que teóricamente se reconvertirían en inversiones físicas. Sin embargo, como esto no es real, como los países crecen a través del ahorro interno, del superávit gemelo y del despliegue de recursos nacionales antes que a partir de capitales financieros venidos de afuera, se producen luchas en el contexto nacional y global para intentar imponer los puntos de vistas de cada uno. Es una lucha política, de sentido y soberanía antes que una cuestión meramente comercial, económica y técnica. De hecho, desde la aparición de los gobiernos populares y su visión heterodoxa de la economía, vemos como esos países no dependen de esos capitales foráneos porque cuentan con ahorro interno superior a la inversión que se realiza en la medida en que las cuentas de la balanza fiscal y de pagos internacionales son superavitarias y, por lo mismo, no tienen por qué ceder al chantaje de la integración financiera global. Como países estructuralmente dependientes además sabemos que no todo es exclusiva responsabilidad de los organismos globales de crédito porque, quieranlo o no reconocer algunos sectores nacionales, varios de nuestros gobiernos, sustentados políticamente por los grupos de poder dominantes, obraron activamente para que el régimen perdiera su soberanía y reforzara su dependencia estructural en relación al sistema comercial global. Incluso esos grupos llegaron a usar al Fondo para legitimar sus pretensiones de dominio de sus intereses de clases a expensas del bien común. En esas circunstancias, la recuperación de nuestra soberanía equivale a restarle poder de decisión al Fondo Monetario Internacional como actor- interlocutor válido para gestionar nuestra agenda de gobierno. Lo ideal, en cuanto a la soberanía, es que éste sea marginado de las decisiones y las

---

La mejor prueba de esto son las medidas de reformas estructurales que propone el organismo, es decir, la flexibilidad laboral, el libre mercado y un superávit fiscal suficiente para pagar la deuda contraída.

políticas públicas que hacen al accionar del régimen. Para lograrlo, el primer requisito es independizarse del Fondo, que siempre buscó dictar la política económica. Este objetivo se logró en algunos países que adoptaron el régimen popular y al respecto, dos ejemplos paradigmáticos por su anterior y profunda dependencia respecto a ese organismo de crédito global, fueron Argentina y el Ecuador de la primera década de este siglo. Para evaluar de forma correcta y en toda su dimensión este acontecimiento, que hace a la recuperación de la soberanía política nacional al permitirnos plantear nuestras propias políticas y proyecto de desarrollo, es necesario distinguir el objetivo perseguido y los instrumentos usados en el proceso. El objetivo que se logró tiene que ver con independizarse de la tutela del Fondo que sólo puede intervenir en nuestros países cuando éstos solicitan préstamos y reciben desembolsos a cambio. En ese contexto, para desligarse del Fondo se pueden usar varios instrumentos. Algunos privilegiaban el aspecto financiero y otros el político. Veamos. La primera alternativa, la más extrema y por lo mismo la más complicada en términos políticos por sus consecuencias, es el no reconocer la deuda con el Fondo, es decir, el no pago de la misma. Por otro lado, la aplicación de una importante quita de esa deuda que es análoga, por ejemplo, a la aplicada a los bonistas privados que en su momento aplicó Argentina en relación a los fondos buitres. Por último, la otra opción consiste en pagar toda la deuda al contado para desligarse de esa forma de las condicionalidades del organismo. El gobierno argentino de entonces eligió esa última posibilidad. Sin embargo, esa decisión política de recuperación de soberanía solo pudo adoptarse sobre la base de la buena performance de las reservas acumuladas a través de la aplicación de políticas económicas del modelo popular, productivo, inclusivo y humanista, que bastaban para hacer frente a cualquier eventualidad, y las favorables perspectivas del comercio exterior. Entonces, para evaluar este acto en todas y cada una de sus dimensiones no puede confundirse el objetivo buscado- la soberanía- con los instrumentos que cuenta el régimen político popular, es decir, las diversas políticas de desarrollo de la producción y del mercado nacional como, por ejemplo, la aplicación de un tipo de cambio de equilibrio desarrollista, desarrollo de la producción nacional, el mercado y el consumo interno, los equilibrios fiscales, el gasto público en infraestructura para generar empleos, la estabilidad y gobernabilidad política (...) todas medidas comunes que hacen a la lógica del régimen popular. Puede afirmarse al respecto, en tono de crítica, que en este caso concreto de Argentina en esa determinada época y ante la posibilidad de romper con las condicionalidades del Fondo, existió una decisión política que prevaleció sobre un tema de carácter económico. Sin embargo, es lógico que fuera así. Ya en su momento Aristóteles nos dijo que la economía era un arte ministerial de la política. En este caso como también Ecuador o Brasil, lo prioritario fue recuperar un aspecto esencial de la soberanía de los países para desde ahí implementar los cambios necesarios que hacen a los objetivos de los regímenes democráticos,

inclusivos, los que buscan la primacía del humanismo. De hecho, la soberanía política para implementar y gestionar la agenda pública de acuerdo a nuestra especificidad histórica, cultural y de acuerdo a nuestros paradigmas, es la facultad política de poder decidir sobre la vida de los trabajadores a través del control y manejo de variables económicas centrales que hacen a un programa de desarrollo. En esas circunstancias hay que entender que esa Argentina, la del 2005, que recién empezaba a emerger de la crisis neoliberal, optara por el pago. En otras palabras, el resultado de la contienda era mucho más dura si se optaba por no reconocer la deuda, por lo menos era un resultado mucho más incierto, por lo que el gobierno de entonces consideró más seguro comprar soberanía a través del pago. Después esa soberanía se usó para estatizar el sistema de jubilaciones, en las medidas adoptadas por la crisis del 2008 o a través de una política de generación de empleo, entre tantas otras medidas. La continuación de la dependencia respecto al Fondo hubiera hecho imposible el desarrollo de un régimen popular definido a partir de políticas económicas con inclusión social. A partir de la recuperación de la soberanía se obtuvo muchas conquistas que hubieran sido vetadas por el FMI y los intereses que representa, tales como el sistema cambiario administrado, la negociación de la deuda, la expansión del gasto del sector público, las estatizaciones del agua potable, el aumento del poder adquisitivo de los salarios y las jubilaciones o la asignación universal por hijo. Entonces, la soberanía es la capacidad real para autodeterminarse que tiene el régimen. De todo lo anterior deduzco que la recuperación y afianzamiento de la soberanía es el requisito indispensable para poder aplicar un plan nacional y popular que así también es soberano.

Con la soberanía recuperada a partir de las políticas auspiciadas por el régimen popular nuestros países simplemente recuperan la posibilidad de decir “no” aunque no siempre fue de esa manera. De hecho, históricamente los países de Latinoamérica nunca contamos con fuertes dosis de soberanía desde que somos países estructuralmente dependientes. Además, en el mismo parto del país a través la guerra de independencia Latinoamérica tuvo que enfrentar tres desafíos principales: el primero tuvo que ver con ocupar e integrar el territorio, después tuvo que organizar su economía y finalmente establecer vínculos con el resto de los países del mundo a través de redes comerciales internacionales. Así, hasta hoy, dentro de las circunstancias de cada época, la resolución de esos desafíos y la formación de una economía desarrollada, dependió de la fortaleza de la propia soberanía nacional, de las políticas que estemos dispuestos a aplicar y las consecuencias a aceptar reforzar esa soberanía. Es decir, la soberanía política no es una emancipación política formal al modo en que nos la quieren mostrar los neoliberales sino que, muy por el contrario, la soberanía implica un proyecto político propio que milita a favor de la cohesión social de los trabajadores, depende de la calidad de los liderazgos, de la solidez de las instituciones de diversa índole, de las organizaciones populares para gestionar la agenda pública de gobierno

y un saber crítico capaz de observar la realidad desde nuestras especificidades y perspectiva cultural- histórica. Esos elementos que son constitutivos de la soberanía nacional, es decir, de la calidad de los liderazgos, de la solidez de las instituciones, de la gestión de la agenda pública por parte de los sectores populares y un pensamiento crítico, son centrales para la instauración de un régimen popular. Conforme lo revela el análisis, todos esos factores están siempre presentes en los países que a través de la historia forman economías más o menos desarrolladas. Como en el resto de los países latinoamericanos, en el territorio que hoy es parte de Chile, la conquista española implicó el sometimiento, exterminio, genocidio y exclusión de los pueblos originarios. Así, un régimen estructuralmente dependiente del sistema comercial global, un régimen político que ahonda en la división de clases, en la lucha entre dominadores y dominados, es la herencia recibida. De todas formas, en el caso chileno y a diferencia de otros países latinoamericanos, la ausencia de una economía esclavista fundada en la explotación de las tierras tropicales o de la minería, desalentó la introducción de mano de obra esclava africana. Por lo tanto, este fenómeno no fue un factor de fractura de la cohesión social como sucedió, por ejemplo, en Brasil. En cambio, sobre la desigualdad social heredada de la época de la colonia y profundizada por la elite de criollos en el poder posterior a la independencia de España, en el transcurso de todo el siglo XIX, se produce la definitiva expulsión de los pueblos originarios y la ocupación de sus tierras. En cambio, en los otros grandes espacios abiertos de la época como Estados Unidos, Canadá y Australia, los colonos expanden la frontera agrícola apropiándose de las tierras mientras que, al mismo tiempo, en Chile la apropiación de ésta fue previa a su poblamiento y puesta en producción. La propiedad de las áreas ganadas a los indígenas, incluyendo los suelos más fértiles, quedó concentrada en pocas manos. De ahí y en esas condiciones surgió una estructura agraria caracterizada por el latifundio y el empleo, de la mayor parte de la mano de obra, en calidad de arrendatarios y peones. En consecuencia, esa estructura que favorece a unos cuantos grupos y sectores de poder, redujo las oportunidades que podrían haber tenido los nativos e inmigrantes en caso de haber podido acceder a la propiedad de la tierra para desde ahí recrear un tejido, social y productivo, mucho más justo, es decir, con presencia de pequeños y medianos productores independientes. Por las mismas razones, se debilitó la expansión del mercado interno y la diversificación de la estructura económica.

En esas circunstancias históricas y bajo esa estructura productiva y de concentración de la propiedad, surge la oligarquía cuyo origen viene de lejos porque el latifundio está ya configurado desde la época en que el país era colonia de España. El dominio histórico de la oligarquía sobre otros sectores sociales fue así una constante y por lo mismo no hay que despreciar su fuerza desde el momento en que su experiencia política e histórica en defensa de su interés y cosmovisión de la vida, es rica y múltiple. En realidad, su estrategia

fue al fin y al cabo la negación misma de la improvisación porque siempre tuvieron una aptitud defensiva- ofensiva frente a los intereses y derechos de los trabajadores mientras sus miembros están estrechamente ligados por un colectivo sentimiento de clase y de pertenencia fundado en la conciencia de la usurpación del poder a expensas de las mayorías nacionales. Además, esta primacía y monopolio cultural, de la razón dominante, al igual que en todos los otros países de la modernidad globalizada en términos neoliberales, los dominantes, la oligarquía ligada al modelo primario- exportador y los grandes industriales, la vienen ejerciendo junto a la iglesia que desde la misma época colonial formó a la población. El catolicismo así es la religión de los sectores dominantes que defendió y defiende el modelo de economía primaria, ese modelo primario- exportador, que solo produce exclusión, marginación y pobreza desde el momento en que bajo las directrices de este régimen de producción, los frutos del campo, su economía y en general toda su estructura se convierte en apéndice del mercado global antes que en sector productivo ligado a la formación de un modelo de desarrollo nacional que es postulado precisamente por la cultura popular. Sobre esta específica matriz productiva originaria hubo, sin embargo, otros hechos que en parte compensaron las consecuencias de esa fuerte concentración de la propiedad de la tierra y de los recursos y distribución del ingreso por parte de los sectores minoritarios pero dirigentes. En otras palabras, la elevada tasa de crecimiento de la economía primario exportadora, en su fase de auge hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, provocó cierta movilidad social, sobre todo en los centros urbanizados. Por otro lado, también influyó la ampliación de la educación común, gratuita y laica, que constituye uno de los pocos logros importantes del régimen conservador. De todas maneras y aún después que se consolidara el sistema presidencial con Alessandri y su Constitución de 1925 que logró poner orden después de la anarquía de los años '30, siguió prevaleciendo la concentración de la riqueza y del ingreso. El comienzo de la industrialización sustitutiva de importaciones a partir de la crisis internacional de esos años, aceleró el proceso de urbanización de la población y en consecuencia fueron apareciendo nuevas actividades, con una distribución distinta de la propiedad y del ingreso porque el surgir de nuevos emprendedores en el ámbito de la industria y servicios, es decir, de los nuevos trabajadores que así se vinculan a esas transformaciones que evidencia un progresivo cambio de régimen, desde el liberalismo al desarrollismo, y que finalmente fortaleció, en alguna medida, la cohesión social. Pero, nuevamente fue el advenimiento de Allende en los años '70 al poder el hecho político central que aceleró la industrialización y el nuevo rol del régimen que, de ahora en más, adquirió otro protagonismo mucho más decisivo en la transformación de la economía, la producción, las condiciones de trabajo, de salud, de educación y la sociedad en general. Se fortaleció decididamente la organización de los trabajadores en sindicatos y también se impulsó una serie de políticas sociales que mejoró la calidad de

vida del trabajador provocando una decidida redistribución de las riquezas difundiéndose los múltiples beneficios del régimen popular. Sin embargo, por las falencias en el arte de poder del trabajador, el boicot de los dominantes, la generalizada polarización política- ideológica que extravió el rumbo de los grupos subalternos sumado a la tensión política y los múltiples desequilibrios macroeconómicos, la Unidad Popular no logró asentar la hegemonía del nuevo modelo de desarrollo en el marco de una democracia humanista que culminó en la interrupción del orden constitucional.

### **Soberanía alimentaria.**

Las malas condiciones climáticas es uno de los peores fantasmas para los hombres y las mujeres que tienen al campo como su sustento de vida. Pero, si a esta cuestión le agregamos el problema del cultivo de la tierra, la cosa puede mutar inexorablemente en la peor de las pesadillas posibles para esos hombres. En ese contexto, hay que entender las alternativas que, desde hace algo más de un tiempo, surgen en relación a las maneras tradicionales del cultivo de la tierra, de los grandes pools de siembras que controlan, de manera monopólica, la lógica y formas de los agro negocios como sustento político- económico de un régimen que es primario exportador y que perdura durante toda la historia de nuestros pueblos. Un régimen primario- exportador que además contradice desde su fundamento las políticas nacionales surgidas a partir de los regímenes populares que intentan reivindicar la soberanía alimentaria a través de la inclusión de los trabajadores. Es central el tema de la soberanía alimentaria de nuestros pueblos, es decir, la necesidad de tener cubiertas las necesidades básicas de alimentación de todos los trabajadores, no solo por una cuestión política y estratégica sino también por una cuestión claramente ideológica porque la soberanía alimentaria, con todas y cada una de sus implicancias, significa la defensa del derecho a la vida, del humanismo y la propia soberanía política de nuestros pueblos para plantear el proyecto de país que buscamos. Así, la agroecología es fundamental en la búsqueda de la soberanía alimentaria por las propias implicancias que le son constitutivas, o sea, porque es una de las tantas formas de producción característica de las zonas periurbanas que minimiza el uso de los contaminantes, generalmente usados en los cultivos y en la producción tradicionales, preservando así los recursos naturales y haciendo hincapié en la diversificación de los productos y canales de comercialización. En esas circunstancias, la agroecología es una disciplina científica que busca encarar los sistemas productivos desde un enfoque que se basa en principios ecológicos y formas de producción más amigables con el ambiente en el sentido en que protege el propio ecosistema del hombre. Lo innovador es que las pautas ecológicas defendidas por la agroecología tienen que ver con la defensa de principios que conllevan, por ejemplo, reforzar el proyecto propio, nacional y soberano, de un proyecto de



tecnología conveniente que tiene que ver con mejorar la calidad de vida del trabajador que, a partir de ahí, comanda su destino. Es decir, la agroecología implica la conjunción con otras disciplinas del área tecnológica, área política, social y económica en el sentido que es central en ese proyecto de tecnología conveniente. A esa integralidad hay que sumarle el saber de los productores familiares. En otras palabras, ese proceso busca incorporar el saber autóctono, la cultura popular al conocimiento técnico- científico para resolver problemas que se presentan en el proceso productivo. Ahora bien, es evidente que en el concierto de los sectores productivos dominantes, que claramente militan en favor del enfoque hegemónico del sistema de la producción agropecuaria que, a su vez, sustenta la visión política de los agro negocios monopólicos, la agro ecología es minoritaria. Lo que es cierto, es que soluciona dos problemas que son claves y que por lo tanto vuelven a ésta claramente viable y sustentable política y económicamente. Por un lado, soluciona la cuestión trágica y desafiante de la pobreza, del hambre de los desocupados, de los marginados o excluidos por generar alimentos sanos y de más bajo precio a través de otra multiplicidad de canales directos de comercialización entre productores y posibles consumidores y, por otro lado, el cuidado del ambiente, porque la agro ecología es un régimen que produce amigablemente en relación al cuidado de los recursos naturales que nos pertenecen a todos.

En esas circunstancias, la agro ecología implica una serie de beneficios para los productores que eligen esta modalidad productiva. En primer lugar, ayuda a mejorar la calidad de vida del trabajador a través de mejorar el poder adquisitivo de los salarios de éstos porque usa los recursos disponibles y pone en valor todos los conocimientos que ya tiene ese trabajador y la mano de obra de su familia. Para el productor de este modelo de agricultura familiar, la mano de obra es parte sustantiva del sistema de producción por lo que no es un costo adicional. Es, en realidad, la generación de empleo genuino en el lugar. Entonces, no significa un costo directo, sino al contrario, es la forma de amparar a toda la familia en función de la producción. Además, implica la unidad de la familia y su valor al reforzar la identidad de la gente del campo a sus tierras que así no necesitan emigrar a las grandes ciudades en la búsqueda de la sobrevivencia. La familia campesina desde ahora está unida y no quiere desmembrarse en viajes inciertos a ciudades ajenas que tan poco tienen que ver con su forma de vida. Están decididos a quedarse en las tierras que fueron y que son de ellos porque el lugar de pertenencia es la identidad para quienes labran la tierra donde la calidad de vida no se concibe según el acceso al consumo de bienes materiales, sino que está representada también por los valores inmateriales. Por eso, en general, los que emigran siempre quieren volver, porque recuerdan que comían mejor cuando el zapallo o el maíz era cultivado por sus propias manos y que eran más felices cuando la lógica de sus vidas tenían que ver con el compartir y no con el tener. Por otro lado, hay otros beneficios en este tipo de producción porque existe la posibilidad de

producir para mercados próximos, o sea, de cercanía al cliente, y tiene el valor agregado que quien compra puede reconocer el producto. Además, la agro ecología minimiza los riesgos frente a cualquier eventualidad climática, etc., porque la agro ecología busca diversificar la producción y así conservar la materia orgánica. En el contexto de conservación de la materia orgánica, la agro ecología construye barreras contra el ataque de plagas, entonces, si hay algún evento climático, ellos tienen como amortizar ese problema porque de alguna manera, esos productores tienen puesto huevos en distintas canastas. En otras palabras, en cuanto a la misma comercialización de la producción, la agro ecología también está asociada con la diversificación de esos canales de comercialización, por eso son sistemas estables en el tiempo y esto para una agricultura familiar, donde es característico el poco capital, es importante. La calidad no se logra fácilmente y en este caso vemos que hay una mayor resistencia del sistema, porque puede responder a problemas de mercado o factores climáticos con mayor resistencia y esto para los productores es clave. Incluso para muchos productores la agro ecología se relaciona con la misma supervivencia de la producción familiar que entra en crisis por las dificultades económicas que enfrentan los pequeños productores en un contexto de fuerte concentración de la propiedad de la tierra y de los capitales necesarios para la agricultura. Es decir, la modernización del rubro en términos neoliberales, relegó a esos pequeños productores de economía familiar a las zonas menos productivas al tiempo que los insumos se volvieron cada vez más costosos hasta llegar a ser inaccesibles en términos económicos para la producción de pequeña escala. La agro ecología se presenta como una real solución para esa problemática desde el momento en que sienta las bases para la creación de tecnologías que están íntimamente relacionadas con el entorno natural y económico del productor. Desde su práctica, los mismos quinteros confirman la teoría en el sentido que producir bajo los términos agro ecológicos implica, entre otras tantas cosas, la rotación del cultivo. Con la agro ecología se cuida y protege el medio ambiente, se revalorizan los diversos recursos naturales, se resguarda la soberanía alimentaria de los pueblos y se reivindica el uso de procesos productivos basados en tecnología conveniente porque a través de estas formas de producción podemos aprender una multiplicidad de nuevas maneras de trabajo. Por ejemplo, a través de la agro ecología, los productores aprendieron a plantar el tomate cerca de la cebolla de verdeo y la albahaca, que ahuyentan las plagas porque son aromáticas y mejoran el sabor del tomate. A su vez, gracias a los aportes técnicos, se pudo confirmar que el brócoli libera una sustancia que mata otra plaga provocada por un gusano llamado nemátodo, que quita los nutrientes del suelo y que se había transformado en uno de los principales perjuicios para las producciones de pequeña escala.

La agro ecología también tiene otras características interesantes. Por ejemplo, puede estar en las zonas periurbanas o cercanas a las grandes urbes

globales, justamente por su característica de ser complementaria y amigable con el ambiente. Además, esta cercanía es otra potencialidad para el quintero ecológico, que así puede establecer un vínculo a veces directo con el cliente. Se trata de trabajar de productor a consumidor, es decir, de manera directa lo que implica un contexto de comercio más justo e igualitario en el sentido que en el proceso se obvia a los intermediarios que compran la producción de los quinteros por unas monedas y la venden a sobreprecios a los consumidores de las ciudades. En ese contexto de mayor igualdad y de justicia en relación a los nuevos canales de distribución que la agro ecología implica, es decir, de diversificación de los canales de venta, es una condición de posibilidad y de viabilidad en la búsqueda de la soberanía alimentaria. Es en esta perspectiva que las ferias comunitarias, las quintas y los mercados, en ese orden, son las bocas de venta de la mayoría de estos productos frescos, que en muchos casos pasan de manos del productor a la bolsa del consumidor. Las ferias son así el punto de encuentro de la agro ecología y la economía social al tiempo que son parte de un ámbito que permite generar ciertas redes sociales que estaban perdidas. Tanto en la economía social como en la propia agricultura familiar, la unidad doméstica está ligada con la unidad productiva lo que simplemente significa que la producción es parte de la vida del productor. Los trabajadores de la economía social no es que van al trabajo y vuelven a su vida particular sino que comprometen toda su vida social en esto. Entonces, son estas dos institucionalidades, es decir, la economía social y la agricultura familiar en un contexto de agro ecología, las que potencian la posibilidad de generar una economía que tiene que ver con la cercanía entre el consumidor y los que producen de manera de resguardar la calidad de vida del trabajador en primer lugar a través de la defensa y la militancia a favor de la soberanía alimentaria. Finalmente, soberanía alimentaria implica ir contracorriente de los principios centrales del capitalismo en el sentido de que la agro ecología busca otro tipo de relación, mucho más estrecha, entre los productores y las formas en que se produce. Se promueve la construcción colectiva de los trabajadores rurales, es decir, donde antes había un patrón, un estanciero, ahora hay organización popular para poder elegir y no vivir sometidos. Entonces, a través de la agro ecología, los pequeños productores rurales definen el campo como un medio de producción para alimentar a los pueblos, como un bien social y un derecho que hace libres a las comunidades. No creen en el campo como agro negocio ni mucho menos como una inversión en el sentido neoliberal. Así, también es responsabilidad social de los trabajadores rurales preservar la organización y los principios que mantienen vivo esta lógica de defensa de la soberanía alimentaria que no tiene porque ir contra los negocios. Sin embargo, esa soberanía es el piso desde el cual tiene que plantearse la organización de la producción de alimentos. En los dulces que se producen, las diversas clases de papas que se cultivan y los escabeches que se realizan a partir de la agro ecología, están los valores que sustentan una producción responsable con la

naturaleza y la comunidad a la que se pertenece. En cambio, la concepción mercantil de bienes, al modo oligopólico y excluyente típico del régimen neoliberal, no puede incluir los alimentos a partir de la idea de que solo puede alimentarse el que tenga el poder adquisitivo para hacerlo.

### **Gobernabilidad y desarrollo.**

Vimos algunas implicancias de la soberanía de los pueblos para definir su modelo de desarrollo que favorezca a la mayoría, los trabajadores. Ahora, me toca analizar las políticas centrales de ese modelo de desarrollo integrado, nacional, popular y también soberano. Por lo tanto, es necesario explicar porque a principios del siglo XXI, la evolución de las economías de países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela pasaron de ser una de las más inestables, con crisis terminal de por medio, exclusión y rebelión, a ser de las más dinámicas del mundo en relación al crecimiento. Influyó la considerable mejora en los intercambios globales de materias primas impulsados por el mayor consumo por parte de países emergentes de gran tamaño como Brasil, China o India, que fortalecieron los pagos internacionales y estimularon el crecimiento de los países exportadores de productos primarios. Sin embargo, esto es solo parte de la explicación, entre otras razones porque aún entre ese gran grupo de países de los que definitivamente somos parte y que además son estructuralmente dependientes en relación a la lógica de los centros del poder globales, el comportamiento de la economía figuró entre las de mejor desempeño. Además, en ningún otro caso de la época, se verificó un cambio político tan radical de tendencia como en estos casos que en solo unos años pasaron a ser parte de los países que buscan construir un régimen popular. En otras palabras, los factores externos influyeron positivamente pero el cambio en el comportamiento político del régimen, que además tuvo que ver con un cambio radical en la lógica de la economía y de la forma de hacer política, fue consecuencia principalmente de los acontecimientos y nuevas políticas aplicadas por la gestión del régimen, es decir, por las respuestas que el país pudo plantear a los cambios de circunstancias y problemas planteados de cara a las crisis terminales que esos países sufrieron y después a la crisis global que se desató en los países centrales a partir de fines del 2007. Por ejemplo, todo esto incluye la radical disminución del endeudamiento del país con los países centrales y con los organismos de crédito globales que fue esencial para recuperar el equilibrio macroeconómico, la gobernabilidad económica y resistir las consecuencias de la crisis del sistema comercial globalizado bajo las directrices de los intereses neoliberales. Sin dudas, el claro deterioro de la economía de esos países durante el período que arranca desde la instauración del régimen neoliberal hasta la imposición del régimen popular por la vía democrática reflejó las consecuencias del periodo de la hegemonía neoliberal con todas las consecuencias que éste produce en la estructura económica pero

también política- social. No olvidemos que en plena crisis del neoliberalismo, la propuesta política de los sectores dominantes para salir de la crisis, que son además los responsables de éstas, mientras caía Mesa en Bolivia o De la Rúa en Argentina, mientras se producía la guerra del agua o del gas, la rebelión de los forajidos en Ecuador o el intento de golpe contra Chávez, en fin, mientras todo eso pasaba, la propuesta de los factores de poder dominante todavía se fundaba en los mismos principios y razones que culminaron en la debacle económica, que incluían la licuación de los activos monetarios en pesos o la dolarización de la economía en el caso argentino, también el establecimiento de un sistema bancario off shore, la renuncia definitiva a conducir la política económica y descansar en el salvamento de los organismos globales bajo la atenta conducción del Fondo. No hay que olvidarlo porque sobre esas bases hubiera sido imposible la recuperación que tuvo lugar después. No hay que olvidarlo porque, al contrario de lo que nos plantean los grupos y factores de poder, la gobernabilidad antes que una cuestión formal tiene que ver con una mejoría sustancial de la calidad de vida del trabajador, de la previsibilidad y estabilidad laboral y hasta con el ascenso social. Entonces, la explicación del cambio entre uno y otro periodo descansa en dos causas principales. Por una parte, al cambio de circunstancias impuesto por una crisis que fue terminal, es decir, que pudo conducir a la misma disolución nacional o guerra civil. Esto incluyó, entre otros tantos hitos, la recuperación de la autoridad monetaria del Banco Central, el superávit en la balanza de pagos internacionales debido a la caída de la importación, los buenos precios internacionales de commodities, el ajuste cambiario que abrió nuevos espacios de rentabilidad clausurados durante el prolongado periodo de apreciación del cambio y la aparición del superávit primario en las finanzas públicas, por el dinamismo de la actividad económica, la producción nacional que ahora ocupa los nuevos espacios de rentabilidad, la generación de empleos y el aumento de la relación tributos y producto bruto interno. Por otro lado, se debió al propio cambio de rumbo de la economía puertas adentro mientras que en el ámbito internacional, a través de la soberanía política conquistada se logró un margen de maniobra que hizo posible postular y eventualmente aplicar sus propias políticas de desarrollo y crecimiento. Así, la recuperación económica a través de la implementación de un régimen nacional y popular, no habría sido posible sin la recuperación de esa soberanía como fundamento de la posterior gobernabilidad lograda por el régimen. En la época en cuestión, la economía logró abandonar la búsqueda de soluciones a partir de asistencia financiera global, con su correspondiente condicionalidad, y se dedicó a consolidar el control del régimen sobre los instrumentos de la macroeconomía que hacen a la gobernabilidad general del país, es decir, el presupuesto, la cotización de la moneda nacional, los pagos internacionales y el tipo de cambio que se consolida a través de un equilibrio desarrollista. La fortaleza de la situación macroeconómica permitió formular una propuesta política nacional y soberana para resolver una multiplicidad de

problemas que venían de la época neoliberal, incluso el tema de la exclusión social. Además, la convergencia de las nuevas circunstancias políticas y del rumbo de la economía, provocó en poco tiempo un cambio radical que militó a favor de la seguridad jurídica demolida por la razón estratégica neoliberal y que necesariamente mejoró sustancialmente la gobernabilidad a través de una mejor gestión de la agenda del gobierno. La respuesta de la oferta al repunte de la inversión, tanto privada como pública, y del consumo interno como el fortalecimiento de la competitividad de los bienes transables en el sistema comercial globalizado pero producido fronteras adentro, fue inmediata lo que permitió un fuerte aumento del PBI. Mientras tanto, la suba de precios se mantuvo en niveles manejables.

Mientras tanto, todo indica que la economía en los países que dejaron atrás los fundamentos del neoliberalismo conservan un importante margen de maniobra basado en un sendero de crecimiento, desarrollo posible, equilibrio macroeconómico y gobernabilidad que además se asienta en una mejoría de las perspectivas de vida para los trabajadores. De todas maneras, temas aún pendientes de resolución es la cuestión de las materias primas en general (los recursos energéticos y minerales) es decir, es necesaria la inclusión definitiva de los commodities en el proceso de transformación de nuestros países de modo que dejen de ser un apéndice del mercado global, que milita a favor del neoliberalismo y la primacía de lo financiero, y se conviertan en un sector integrado al sistema económico nacional. Como pasó en otros países que desde siempre son grandes productores de materias primas que, al mismo tiempo, se integraron como economías industriales avanzadas como Estados Unidos, Canadá o Australia. Con la finalidad de consolidar la gobernabilidad (aún es tarea pendiente la resolución de la temática de los recursos ligados a las materias primas) es preciso insertar los intereses de esos sectores en la nueva estructura productiva y tecnológica, asumiendo un rol de creadores de riqueza no hegemónico, pero protagonistas dentro de un sistema productivo integrado. Además, es necesaria una profunda reforma de la propiedad de la tierra para asegurar la soberanía alimentaria de nuestros pueblos en general. Sin soberanía alimentaria en el futuro cercano no solo es una quimera la soberanía política y económica sino también el humanismo en su más excelsa manifestación. Al no haber soberanía política, el régimen pierde la histórica oportunidad de militar a favor de una gobernabilidad mejor, más consecuente y con mayor fortaleza. En relación a este tema ¿quién podría ser garantía de gobernabilidad si los sectores conservadores históricamente fracasaron? Esto nos plantea la cuestión del neoliberalismo porque es un hecho que éste, como expresión del Estado capitalista, está en crisis. Ahora bien, el neoliberalismo puede ser enjuiciado políticamente tanto por derecha como por izquierda. En ese sentido, no hay ninguna crítica tan central como la de Marx que adquiere toda su magnificencia una vez que es despojado de la lógica de la primacía de la propiedad. Sin embargo, incluso los sectores más conservadores, política e

históricamente dominantes, también se hicieron con algunas críticas de Marx pero alterándolas para incorporarlas a su razón. De todas formas, el régimen neoliberal, como todo producto histórico, no es inmutable, siempre igual a sí mismo, si no que se modifica de acuerdo a las necesidades de los grupos de poder para mantener su objetivo de dominio y control. El neoliberalismo y su democracia formal no es garantía de gobernabilidad como lo demostró la crisis en la que cayó no solo Latinoamérica sino también los países centrales. Entonces, una democracia asentada sobre los principios generales abstractos del liberalismo, que decididamente niega los valores y conquistas sociales, no es garantía de gobernabilidad porque conduce a la exclusión del trabajador en grado importante. Además, la democracia formal no es políticamente viable porque el trabajador y sus interés no aparece por ningún lugar. La fuerza de los sectores que son históricamente dominantes, de los grupos y factores de poder que responden la oligarquía especulativa- financiera, es minoría a pesar que tiene un espíritu colegiado. Así, su conciencia es cerrada y conservadora al tiempo que su liberalismo es una máscara fría de su soledad histórica e intolerancia frente a todo lo que amenaza su estilo de vida. En términos de gobernabilidad ya no son opción y solo los sectores populares pueden ejercer ese rol.<sup>3</sup>

En general, para entender quienes son garantía de gobernabilidad en un país en desarrollo tendríamos que analizar cuáles son las prioridades de una política económica, que en la medida en que plantea el desarrollo, busca resistir la adversidad y los desafíos que se le presentan. Además, es necesario considerar cuáles son los temas, metas y objetivos que siguen pendientes en la transición desde el fenómeno del subdesarrollo a la conformación de una estructura integrada capaz de erradicar los niveles intolerables de pobreza, exclusión e injusticia distributiva. En ese contexto, en la búsqueda de un tipo de gobernabilidad más consecuente con los propios recursos del país y con las perspectivas de un régimen popular, la política económica responde a una serie de metas que son fundamentales para que la gobernabilidad política no sea un mito. En primer lugar, tenemos que considerar la gobernabilidad de la macroeconomía porque el superávit de la balanza de pagos internacionales es prioridad para hacerse con las divisas necesarias que financien el desarrollo y

---

<sup>3</sup> El dominio de esos grupos de poder vienen de la mano de poder controlar los medios de producción de bienes, servicios y capitales que son necesarios para arrancar con la producción de esos bienes transables. Esto no significa que baste con el control absoluto de éstos para lograr la libertad de la mayoría. De hecho, el humanismo en la medida que milita a favor de la primacía del derecho a la vida nos invita a pensar que el proceso de emancipación es más complejo. De todas maneras, la estancia o hacienda es la imagen material del prestigio de los sectores dominantes desde antes de la independencia. En otras palabras, a través de una racionalidad conservadora y minoritaria, la hacienda se identifica con el dominio a través de una idea mitológica e idealizada de la vida y el trabajo del campo.

consoliden el crecimiento en el contexto de un régimen popular en el que los frutos de éste sean distribuidos de la forma más justa posible. Así, hay que crear un escenario propicio al desarrollo de todos los recursos, de los medios tecnológicos y el talento de todos los actores políticos y económicos bajo la primacía de la lógica de un plan de desarrollo de tecnología conveniente. En tercer lugar, es necesario orientar la asignación de recursos y la distribución del ingreso a los objetivos prioritarios del desarrollo y la equidad distributiva. En cuarto lugar, la gobernabilidad requiere consolidar estratégicamente la solvencia y fortalecer el sector público como actor central en la formación de la agenda pública en todas sus jurisdicciones, ya sean locales, regionales o nacionales. Además, es necesario militar a favor de la solvencia fiscal para mantener un nivel suficiente de reservas que ayuda a preservar el régimen y su lógica cuando se producen los shocks externos. También hay que buscar la mejor manera de administrar la paridad cambiara de la moneda a través de un cambio de equilibrio desarrollista. De todas maneras, la administración de la paridad es una tarea muy compleja que debe adecuarse a la evolución de las diversas variables internas y externas de la realidad económica, incluyendo la regulación de los movimientos especulativos del capital. La instrumentación de este tipo de cambio recae en la autoridad monetaria pero su existencia es un requisito del éxito de la política económica y, por lo tanto, responsabilidad primaria de la política económica del régimen. Por último, lo que engloba los puntos anteriores es el fortalecimiento de nuestra posición internacional a través de una economía, humanista y pujante, que nos inserte de otra manera, de una forma más soberana, en la política global. Se deduce de lo anterior que la gobernabilidad política de las variables macroeconómicas es esencial para crear el escenario propicio a la inversión privada, de consolidación del sector público y una estrategia que ponga el acento en la primacía del derecho a la vida del trabajador en la formación de la economía y del sistema productivo nacional. Si se consolida la gobernabilidad del régimen, los países disponen del poder necesario para vincularse al sistema comercial globalizado en una posición simétrica y menos subordinada los intereses de los países centrales.

### **El uso político de la inseguridad.**

La delincuencia en general y el temor a ésta es, en Latinoamérica y en el mundo en general, la suma de todos los miedos. La delincuencia es usada políticamente por los sectores de poder reaccionarios para lograr aprobar leyes que en otro contexto no sería posible o simplemente para alcanzar algún rédito político. Se culpa a la delincuencia, y muchas veces a la inmigración a la que se le asocia, de los grandes dramas sociales como la falta de trabajo o la violencia y así, estas sociedades, logran ser no- responsable de las acciones que en realidad les compete a ellos. En otras palabras, es más fácil culpar a los inmigrantes del desempleo antes que responsabilizarse uno mismo, los



ciudadanos, que en fin son los que tienen el poder de decisión (por ejemplo, a través del voto y otro tipo de manifestaciones) sobre la aplicación o no de las diversas políticas y medidas neoliberales que son las grandes responsables de la inseguridad en la medida en que militan en favor de la exclusión de las mayorías. No olvidemos que los inmigrantes en realidad no votan. En los países latinoamericanos, la acción del régimen político ante el incremento de la violencia y del delito en general se limita mayormente a respuestas más o menos autoritarias que no solo muestran lo peor de cada uno sino que además consolida un marco referencial de ineficacia policial, judicial y penitenciaria. Así, las políticas que buscan instaurar la mano dura no reducen el delito y, muy por el contrario, aumentan la violencia en la comisión de éstos. Es decir, la delegación de la seguridad en manos de la policía, el incremento de las penas, la idea del régimen como panóptico que todo lo ve y todo lo controla a su antojo, el debilitamiento de las garantías constitucionales de los afectados y las políticas centradas en el encarcelamiento masivo, no solo son los ejes ideológicos recurrentes de estas políticas de mano dura sino que son muy ineficaces. Sí hay que reconocer la mayor violencia con la que son efectuados los delitos y esto tiene que ver con el cambio en las formas del ejercicio de la violencia y su regulación que en realidad nos compromete y responsabiliza a todos como miembros de un colectivo. Esa mayor violencia en la comisión del delito tiene que ver con la falta de previsibilidad social del trabajador, que en su mayor parte son excluidos o marginados bajo las políticas neoliberales, drama que se hace más acuciante y grave cuanto más bajos son los sectores sociales a los que nos referimos y que introduce una nueva temporalidad que excluye el futuro. Es decir, sin largo plazo, sin la esperanza en el futuro, en una vida con mejor sentido, con proyecto de largo plazo, desaparece la auto coacción y la idea de pertenencia. Una dimensión de la violencia urbana de hoy así está vinculada a la altísima irracionalidad que introdujo en nuestros regímenes el neoliberalismo. Además, si bien la pobreza y la exclusión tienen que ver con la violencia cada vez mayor con la que se cometen los delitos, me parece que ésta, la pobreza, no implica necesariamente que tengamos que vincularla o asociarla con la delincuencia. De hecho, me parece que este un argumento que solo favorece a los sectores de poder más conservadores y reaccionarios que interactúan en nuestros regímenes. Desde esa perspectiva tenemos que preguntarnos porqué la batalla simbólica por ofrecer soluciones eficaces para los problemas de inseguridad y delincuencia fue históricamente ganada por la derecha y porqué existe una fuerte incapacidad de parte de los sectores populares en ese sentido. En relación al tema hay dos cosas que son centrales. En primer lugar, a los sectores de derecha les es más fácil apelar a las soluciones mágicas de la política de la mano dura porque detrás de esos mitos están los diversos dispositivos represivos tradicionales que buscan que la policía, militarizada o no, trabaje de modo autónomo y sin control respecto de la autoridad civil lo que conlleva graves peligros para nuestros regímenes

políticos democráticos. Por más que se demuestre que la policía ya no está en condiciones de responder a los problemas complejos que se relacionan con la inseguridad, esas soluciones mágicas de los grupos políticos de derecha solo agravan el problema. Por otra parte, también hay una incapacidad política notoria de los sectores populares, históricamente inclusivos, para diseñar políticas públicas que tengan relación con la seguridad del trabajador. Así, pareciera que una política coherente de seguridad tendría que tener como eje principal la inclusión social que solo es posible en el mediano plazo, para ser optimista. Pero no es así porque si bien la inclusión social es obviamente un tema por el que peleamos constantemente por razones de justicia social, de dignidad humana y del mayor humanismo, no libramos esa misma lucha por razones de seguridad porque, a partir de esa lógica políticamente perversa, incubamos el riesgo de no identificar en toda su amplitud el problema porque, querámoslo o no, a partir de ahí naturalizamos el prejuicio que los problemas de criminalidad son problemas relacionados con la pobreza, marginación y exclusión. Y la verdad es que en gran medida la criminalidad y delincuencia en general, es una tremenda red de mercados ilegales que están controlados por personas que no tiene nada que ver con la pobreza, sino que recluta como mano de obra barata. En otras palabras, la policía y la justicia constantemente se ensañan con ese segmento más vulnerable de la población, con los pobres, pero hacen muy poco por desbaratar los mercados y la gente que los maneja porque, en fin, buena parte de la criminalidad urbana está organizada por estructuras de mercado apañadas por funcionarios policiales y políticos. No podemos entonces aceptar una división tajante entre el crimen común y el crimen organizado ni mucho menos asociar la pobreza, la marginación y la exclusión con la delincuencia. De todas maneras, éstas tienen que ver con la mayor violencia en la comisión de delitos.

Por ejemplo, en relación al tema del robo de teléfonos celulares, éste se piensa como criminalidad común, pero es un tipo de criminalidad de mercado que está fuertemente organizado porque detrás de todo eso existe una red de compra, distribución y clonación, que es lo que hay que dismantelar. Pasa lo mismo en caso del robo de vehículos que también se lo toma por criminalidad común, pero que es uno de los crímenes mejor organizados por la corporación política, policial y judicial y que ayuda a las arcas de todas ellas. Entonces, el problema en relación a la delincuencia es también un problema de enfoque, es decir, desde dónde lo pensamos y en función de ese parámetro, qué políticas aplicamos o no. Actualmente los delitos como robos, los hurtos y los asaltos a mano armada, que tienen un alto grado de violencia, aumentan más que los homicidios dolosos y eso tiene que ver con razones como la connivencia de las fuerzas de seguridad como la policía y la corporación política y judicial, con las organizaciones criminales que controlan los grandes mercados. La raíz de esta problemática está en los regímenes autoritarios que arraigaron costumbres político- institucionales altamente violentas en los tiempos de los

regímenes dictatoriales de décadas anteriores pero también en los tiempos de los regímenes de democracia formal que así no fueron capaces de terminar con las estructuras mafiosas y represivas venidas de la terrible época de las dictaduras de seguridad nacional donde también encontramos la complicidad de políticos, dirigentes y jueces que logran reciclarse a favor de ellos mismos y a expensas del interés del trabajador. No es un secreto que en las comisarías y cárceles de nuestros países, la situación cotidiana de los detenidos sea la de recibir maltratos y golpizas de parte de la fuerza de seguridad que en realidad tendrían que velar por su seguridad. Tampoco es novedad el gatillo fácil y otros excesos de la policía. El problema es que hay un hilo conductor en esa metodología, es decir, acoso policial en las barriadas pobres, encierro de un niño de los sectores más vulnerables, participación de muchos policías en las golpizas y hasta en la práctica de torturas. Lo grave es que quienes tienen que prevenir el delito en realidad lo están cometiendo. Y, en general, los medios de información no se hacen eco de estos problemas porque ellos juegan otro rol como actor y sujeto político. Estos medios influyen o condicionan la selectividad de la respuesta social ante el problema de la inseguridad. Les preocupa un tipo de caso al tiempo que otros no son considerados y eso tiene mucho que ver con la cobertura de los medios. Sin embargo, no se debe sólo a un factor ideológico que, desde luego, siempre es un factor que aumenta la neurosis social y en consecuencia la preocupación sobre el tema, sino que también se relaciona con ese formato de noticias de 24 horas y una muy baja inversión en la producción de la noticia. Con sólo mandar un periodista a ciertos lugares de riesgo uno puede tener noticias sobre crímenes durante todo el día. Los medios no crean el fenómeno de la delincuencia, eso sería un real absurdo, sino que editorializan el tema para intentar, en coyunturas de gran conflicto social, direccionar el reclamo genuino por mayor seguridad que se dirige en especial contra los gobiernos populares. Editorializan recortando una problemática compleja, despojándola de cualquier conexión institucional, económica y social y haciendo responsable a la pobreza, la marginación y la exclusión cuando el problema va más allá de esos pronósticos reaccionarios o supuestamente progresistas. Así, la generación del miedo en los trabajadores por parte de los factores de poder reaccionarios de nuestros países, apunta a describir y definir la situación actual de nuestros regímenes políticos como un estado de guerra de todos contra todos, al modo de Hobbes, que debería ser controlada por una autoridad eficaz en los términos de los dominantes, para desde ahí derivar en políticas públicas fuertemente represivas y de estigma en relación a los sectores que son más vulnerables política y estructuralmente. Lo que estoy diciendo es que no es posible hablar de inseguridad y de un plan de seguridad pública dejando de lado la cuestión de las estructuras de la policía, de la corporación política, de una parte de ella por lo menos, y de la justicia y su lógica. En ese contexto, importantes actores y sujetos políticos que son parte del régimen, muchas veces suelen ser los grandes gerenciadore

del delito y delincuencia. Por eso, a veces los miembros de las instituciones policiales y en particular sus mandos superiores, resisten con mayor o menor temple corporativo, todo tipo de inspección o examen por parte de los actores políticos que integran la sociedad civil. En gran medida, esta renuencia se orienta a intentar ocultar un conjunto de prácticas institucionales signadas por la corrupción, la ilegalidad, protección y regulación de actividades delictivas que son cometidas por los policías contra los trabajadores. También se busca disimular las deficiencias de la policía o de las fuerzas armadas inclusive en el desempeño de su función, en gran medida derivada de los anacronismos doctrinarios de otras épocas. Así, las instituciones que administran la fuerza pública y represiva tienen grados altísimos de deslegitimación social frente a amplios grupos políticos con los que en definitiva tendrían que interactuar para proteger sus derechos porque, además, los sectores populares son los que más sufren la delincuencia porque están más sobreexposados a ésta por la falta de recursos y garantías legales defendidas por el régimen. Entonces, es necesario comprometerse con una profunda reforma de la fuerza de seguridad para terminar con todas las prácticas anacrónicas, de características mafiosas y autoritarias, que son totalmente incompatibles con un régimen político que aspira a la democracia y la igualdad de oportunidades para la mayoría. Esto es muy importante porque es poco o prácticamente nada lo que se invierte en investigación criminológica de campo que esté dirigida a la prevención del delito, es decir, no se puede prevenir ni menos tener una política democrática más o menos coherente respecto a la delincuencia y la violencia o cualquier otro tema, si no conocemos en profundidad la temática a resolver. Como el tema de la delincuencia es estructural, por las implicancias que conlleva su resolución, ya no se trata de opinar sino de saber qué pasa e ir a lo concreto. Como es un tema estructural ya no tiene sentido insistir en argumentos pseudo progresistas que insisten en relacionar la delincuencia con la pobreza. De hecho, ese argumento de ciertos dirigentes que relaciona la pobreza con la delincuencia no es solo reaccionario sino que también es discriminatorio por la forma en como trata el tema de los pobres a partir de la criminalización de esa pobreza. ¿Conocemos realmente los circuitos del encubrimiento habitual de los delitos relativos al robo de autos y otros reducidos? ¿Se sabe cuáles son los factores específicos de riesgo? ¿La zona que actúa el narcotraficante y los grupos de poder que los encubre? Como no se sabe nada técnicamente, cada cual puede decir lo que quiera mientras la integridad y la vida de los hombres quedan sobreexposados a opiniones y argumentos políticos bastante poco sólidos porque tienen más que ver con el poder, la defensa de ciertos intereses y hasta de la búsqueda de rating.

En relación al tema de los derechos humanos, que está íntimamente relacionado con la delincuencia y la violencia más reaccionaria, tengo que considerar cómo funcionó la estructura legal, represiva y secreta que en su momento benefició a los represores y genocidas de nuestros pueblos con la

imposición de la impunidad. La complicidad o no de los poderes del régimen, en concreto del Poder Judicial en el ámbito de la impunidad a los represores, en muchos aspectos nos demuestra que las acciones de ese poder en nuestros países manifiestan hechos y pronunciamientos político-judiciales que afectan a las diversas instituciones y organizaciones del régimen político en general y a su propia organización como cuerpo colegiado. Entonces, el delito que está ligado a la corrupción, lo protagonice un empleado público o empresario de una empresa privada, es un factor de desestabilización democrática, y como tal no puede permanecer oculto ni impune. Los crímenes de lesa humanidad también lo son y por lo mismo tampoco pueden quedar impunes. Los jueces, a través del importante rol que les corresponde al interior del régimen para mejorar la institucionalidad de éste, son responsables de asegurar que esas prácticas antidemocráticas, es decir, la violación de los derechos humanos en todas sus manifestaciones como la tortura, la detención ilegal, el gatillo fácil, la corrupción, la trata de personas, el tráfico de éstas con los fines que sea, puedan ser combatidas con la fuerza de la constitución y la ley. Estos delitos simplemente agravan a la constitución de un régimen político popular porque colocan en riesgo el funcionamiento del régimen.

## Capítulo 2: La legitimidad política de los regímenes populares.

### El liberalismo, la libertad negativa, la positiva y la democracia.

En teoría y apariencia, dadas las formalidades del neoliberalismo y las pretensiones de sus ideas, el neoliberal es un sujeto, tanto a nivel individual como colectivo, que cree en la libertad y que además cree que esa libertad es claramente indivisible, es decir, que no se la puede dividir por ejemplo en *libertad política* y *libertad económica* porque ambas, sin ninguna duda, son una simbiosis. Ese es un principio básico del liberalismo que luego origina al neoliberalismo al no poder cargar con todas sus culpas y contradicciones. No es una idea condenable, de hecho, en las postrimerías del Estado capitalista, que anunciaba con todas sus pompas el fin de los feudos y de los artesanos, esa idea de libertad fue la base de las transformaciones en curso. Incluso, a despecho de la imposición legal que condenaba como delito el pensamiento que concibiera una teoría distinta, que fuera más allá de la propia teología, a despecho de la persecución de la casta sacerdotal y monarcal de la época, el ideal platónico, la idea de la libertad como base de igualdad y fraternidad, trabajaban desde las sombras adquiriendo relieve de verdad absoluta en los burgueses en la medida en que la injusticia y valores en que se amparó el antiguo régimen apretaban el torniquete de la represión y la reacción. Fue el renacimiento del pensamiento y las artes del hombre el que rompe el muro de los antiguos valores, de los reaccionarios, sus casas reales y sacerdotales. Fue la reacción de la libertad contra la tiranía clérico- monárquica y así fue rehabilitado Aristóteles y los suyos. Al mismo tiempo, Voltaire, que sin lugar a duda carecía de ideas fundamentales, intuyó que la crítica política conduce a la innovación de la propiedad y el afianzamiento de la libertad. Por otro lado, Rousseau exhumó el ideal platónico. Para él, la vida comunitaria entre los hombres no podía ser otra que la seguridad social que se deriva de la igualdad pero primero de la libertad como meta final. Su concepción política contractualista derivaba en ello porque en su ideal de ciudad ya no habría más división entre ricos y pobres porque las desigualdades económicas serían parte de un mal recuerdo. El Estado de su contrato social, al igual que la idea platónica de éste, es una comunidad donde los hombres se sumergen para ser rectificadas en base a la libertad que implica la voluntad general. El problema se presenta cuando confrontamos la teoría con la realidad porque ésta ha sido siempre el problema, irresoluble por lo demás, del neoliberalismo porque la realidad remite a la verdad más racional. Por eso, cada vez recurre de manera más escandalosa y reaccionaria al mito y al fetichismo que lo tergiversa todo, hasta la idea de libertad. Esta también está, como es de esperarse, en el propio Adam Smith, padre del liberalismo en sus expresiones más importantes. Este continuamente nos habla de la *libertad económica* y *libertad política*. Sin

embargo, el Estado y su régimen en la práctica se convierten en un leviatán, en una fuerza al servicio de los dominantes y contrario el bien común de los ciudadanos. Incluso con Hegel, al igual que Platón, el hombre es absorbido completamente por el Estado de acuerdo a su definición clásica. De todas maneras, lo que nos dice tanto la teoría como la práctica, es que si alguien pretende dividir la libertad política de la libertad en términos económicos, se está equivocando y no tiene ningún derecho a ser llamado un liberal porque simplemente nos presenta una visión política completamente corrompida y criticable del liberalismo. Esta identidad de la libertad política, que estaría en conjunción con la económica, no es nueva, es decir, está en el origen del liberalismo y su revolución burguesa. En otras palabras, esta idea de libertad es la carta de presentación liberal desde hace más de dos siglos, a pesar de que esta equivalencia carece de sustento teórico y realidad dada la acción política y práctica histórica de los sectores capitalistas y sus intereses. Por ejemplo, cuando se estructuró, el liberalismo político significó un progreso enorme a la situación anterior del hombre, o sea, bajo el yugo dominante del feudalismo y su casta. Así, el liberalismo se propone afirmar la libertad del individuo y grupos de interés, para lo que militaba en favor de instituciones políticas- un Estado y un régimen- que fijaran ciertas reglas del juego y sólo actuara para garantizar su cumplimiento. En los hechos, implicó el abandono de la explicación de los fenómenos de los hombres en términos teológicos y religiosos, para fijarse en la interacción del individuo, que en su dimensión ciudadana creaban un Estado nuevo, capitalista, y su correspondiente régimen a través de las diferentes teorías del contrato social, así como establecían una estructura de gobierno basada en diversos pesos y contrapesos de poderes. Al respecto, la división de poder es elocuente. Además, planteaban instituciones políticas que buscaron la representación de las minorías para impedir el despotismo, fuera ilustrado o no, fuera del tirano o del pueblo que también podía deformar en esas formas autocráticas del poder. Finalmente, esas ideas se traducían en la elección periódica de los gobernantes por el voto, matizado muchas veces por niveles de ingreso, así como la vigencia de las libertades de conciencia, asociación civil y prensa, de tal modo que siempre en teoría la minoría eventualmente podía llegar a convertirse en mayoría y hacerse con el gobierno.

Esa visión del hombre y sus instituciones, francamente revolucionaria para la época, a pesar que esconde la verdad de que la mayor potencia de un Estado y del régimen se mide a partir de la fuerza de su derecho y leyes que no se detienen en la más rigurosa absorción del individuo por parte de las estructuras estatales sino que va más lejos y comprende a la familia, y aún va más allá y comprende la reacción frente a los intereses de las mayorías que sin embargo dice defender, se contraponen incluso con la propia teoría liberal de la economía que, como sabemos, deriva en el automatismo del mercado, que simplemente contradice la idea romántica de la competencia perfecta que

se planteó en el origen del Estado capitalista. En efecto, en base a la razón, que se relaciona con la idea que los sujetos, definidos individualmente desde siempre, buscan lo mejor para sí en base a estrategias no coordinadas del interés individual que conduciría (no nos dicen como por lo menos de manera convincente) al mayor bienestar de todos. El problema es que en ese contexto solo nos queda la libertad y las reglas del mercado, en una situación en donde ya no pueden existir iguales oportunidades de acceso, en el que ya no puede haber información perfecta ni menos libertades como las de participación y de elección genuina. Es que la realidad del capitalismo nos demuestra todo lo contrario. Pero, a pesar de todo no se detienen ante la evidencia y continúan diciéndonos que los agentes económicos, mientras buscan su interés personal, se guían por la mano invisible para hacer el bien general, con mayor eficacia que si buscaran a propósito el interés de todos. Esta postura además de ser de imposible demostración, es falsa porque antes que primar la conocida mano invisible de Smith lo que tenemos es una serie de sectores y clanes familiares dominantes a nivel global, que vía determinados centros de poder, controlan el interés, el valor, los precios, expectativas y la vida de los trabajadores. A pesar de ello, con la teoría de la mano invisible del padre del liberalismo concluyen con total arbitrariedad que la suma de los egoísmos individuales lleva al bien común. Las características más sobresalientes del liberalismo en manos de los dominantes siempre tuvo la pretensión, totalmente injustificada de acuerdo a cómo actúan históricamente los sectores dominantes respecto a la democracia y al bien común, de defender la libertad del hombre. Entonces, pretenden mostrarse como militantes de la iniciativa privada, en una muy clara oposición con el presunto absolutismo del sector público y la defensa no solo de la propiedad privada sino que, en primer lugar, de la primacía de ésta como derecho humano central en lo relativo a la construcción de mejores formas de vida y de regulación de las necesidades de la mayoría. Se sigue que la iniciativa privada y los intereses individuales de los sujetos, en el marco de una competencia nunca perfecta sino desleal, tienen que ser preservados de la intervención del Estado y del propio régimen en las múltiples formas en que esa intervención se expresa y manifiesta, ya sea intervención en el proceso de producción, a través de la fijación de precios o de regulaciones de todo tipo. Es la novedad del neoliberalismo en relación al liberalismo que le antecede. Es decir, el régimen trabaja contra las conquistas políticas- sociales logradas por el trabajador tras lustros de luchas, de sudor y hasta de lágrimas. Por eso, el régimen democrático en manos de los sectores dominantes, el liberalismo político y económico que los precede y justifica ante las víctimas del régimen por ellos instituidos, así definidos son el objeto de una enorme confusión porque a pesar de que es cierto que la libertad es indivisible, que no puede desligarse la libertad económica de la libertad política, los liberales en la práctica nos plantean una división tajante entre ambos términos. En primer lugar, para eso se valen de los valores que dicen reivindicar en nombre de la



democracia y de la convivencia civilizada entre los hombres. Hayek, a quien ya viéramos, distingue entre la libertad negativa y la libertad positiva creando así una dicotomía decisiva para los principios de la democracia. Para Hayek, que es el principal pensador liberal del siglo XX, lo importante es el respeto por la libertad pensada en términos negativos, esto es, que solo importa que el individuo no se vea obligado a hacer lo que no quiere. Con esta definición de libertad, totalmente negativa, estamos defendiendo la idea que los hombres en sociedad perfectamente pueden vivir sin derechos políticos fundamentales y hasta morir de hambre o de inanición sin que por eso dejemos de ser libres. Es decir, estamos frente a una versión fuertemente delirante de la libertad de los hombres. Frente a esa libertad negativa (que en la práctica se traduciría en la libertad del sujeto para no verse obligado a hacer lo que no quiere) está la libertad positiva que se refiere a la libertad que nos permite hacer y actuar. Por ejemplo, nos permite alimentarnos y trabajar, opinar y participar en las decisiones sociales.

A modo de síntesis, hay que decir que el liberalismo político defiende la libertad negativa mientras el liberalismo económico aplica tanto la libertad negativa para impedir la acción del Estado (por ejemplo, a través del régimen actúa sobre la vida del sujeto y sus intereses, sobre su posible resolución y competencia) como también aplica la libertad positiva pero solo cuando se trata de la empresa privada. Es de esa forma como el hombre bajo la idea neoliberal dejan de ser sujeto de la vida para entregarse en manos del interés privado de las corporaciones. El problema al que se enfrentan los liberales como los neoliberales es que las estructuras sociales que aspiran a perdurar, están obligadas a tener por lo menos cierto contacto racional con la realidad. La democracia y la libertad de esos grupos de poder simplemente contradice, en todos sus términos, la idea de bienestar, democracia, libertad e incluso de mitos originarios como el de la mano invisible del mercado de Adam Smith. La libertad neoliberal, influenciada por el pensamiento de Aristóteles, Platón, de Smith y tantos otros, solo puede negar, desde todos los puntos de vista, la unidad indisoluble de lo político con lo económico, lo social con lo cultural y al hombre con su ser genérico. Además, bajo estos parámetros neoliberales, son de distinta naturaleza la libertad política de los sujetos y la libertad del capital para desenvolverse a partir de su lógica. La libertad económica tiene como eje al capital y es totalmente ajena a la libertad política, ya que actúan en circuitos diferentes. El capital está guiado sólo por el lucro y los intereses de la acumulación privada no teniendo relación alguna con la realización de la libertad de los hombres. Desde esa perspectiva del capital, los neoliberales esconden, vía fetichización de las mercancías, el circuito para entender al Estado capitalista y su expresión y manifestación a través de diversas formas de régimen. Esconden ese circuito fundado por el *dinero-mercancía-dinero* del que precisamente deriva la acumulación privada de capital. El liberalismo económico no tiene relación alguna con la ley electoral y la democracia en

general porque las niega decididamente y contradice a partir de la lógica y leyes del automatismo del mercado. Acá solo se trata, ni más ni menos, que de la lógica de la rentabilidad y eficiencia en los términos más reaccionarios posibles. En relación a la libertad liberal, devenido después en neoliberal, la democracia más sustantiva en términos de valores y práctica política es la que se refiere a un alto grado de igualdad alcanzado en un régimen para satisfacer las necesidades de la mayoría. Esta no es posible a partir de los preceptos en que basa su liberalismo político que aunque afirma la igualdad de ciudadano ante la ley, en la práctica solo vemos la formalidad de esos derechos porque en el liberalismo económico desaparece la veleidad igualitaria. Las múltiples contradicciones y divergencias entre el liberalismo político y el liberalismo económico, no sólo se evidencia en la teoría sino que se refleja en la práctica, en la exclusión del trabajador, en la marginación de los pueblos aborígenes, en la imposición de las dictaduras y en un régimen democrático abstracto, formal y de poco sentido cuando se trata de reivindicar la emancipación del trabajador.

### **El progresismo y el cambio de estructuras.**

En Latinoamérica, el concepto de *progresismo* es tan laxo y amplio en términos políticos, tan indefinido en su forma, consideración, consecuencias y convicciones, que perfectamente nos permite que bajo sus ideas, dogmas y directrices, valores e interés, se agrupen experiencias políticas muy diversas que pueden ser, y de hecho lo son, tanto similares como diferentes, múltiples e incluso antagónicas. Muchos gobiernos se definen como progresistas al tiempo que como nos lo muestran las acciones de esos gobiernos y regímenes políticos durante las crisis, esto no significa ni menos es garantía de primacía de los intereses del trabajador bajo el formato del bien común de la mayoría. De hecho, en el caso del socialismo europeo éste no tiene el ningún escrúpulo para ajustar contra los intereses del trabajador si lo considera necesario por el motivo que fuera, por ejemplo por una crisis derivada de la caída de la tasa media de ganancias del capital. Por otro lado, desde el ámbito de los actores y grupos sociales y políticos que interactúan a través del régimen para definir las políticas que hacen a la agenda pública, también siempre existen sectores formados por fuerzas políticas que son críticas y que plantean una perspectiva más cercana a las políticas de la izquierda tradicional y que la opinión pública en general considera como progresismo o como de centroizquierda. Entonces, una pregunta más o menos racional para resolver este dilema relacionado con la definición e interés que representa el progresismo y sus manifestaciones en todos los ámbitos sociales, sería precisamente definir que entendemos por progresismo. Se adivina que ese progresismo, sea de derecha o de izquierda, para el caso de la acción y de la praxis política es lo mismo porque es una manifestación del reformismo como fin en sí mismo que, bajo la formalidad

extrema del neoliberalismo, solo refuerza los conceptos de éste. Sin embargo, el asunto es un poco más complicado para el análisis y por eso me gustaría, en este artículo, profundizar en el tema arribando a una definición más clara del progresismo, una definición que sea mucho más concreta para ver si los términos y directrices que lo componen se adecuan más o menos a una u otra experiencia política para desde ahí con mayor grado de certeza señalar qué es y qué no es el progresismo. En otros términos, acá voy a intentar responder sobre cuál es la esencia política de este concepto particular que permite tantas apariencias y formalidades a favor de los grupos y sectores dominantes.

En Chile, la aparición que me pareció más importante del concepto de *progresismo político* se vinculó a la fracasada experiencia del PPD y del PS que vía renovación de sus postulados logró abdicar de los valores históricos que defendió en su momento. Me parecieron experiencias fracasadas porque nunca pudieron ser una alternativa al neoliberalismo, alternativa que desde sus bases ideológicas negaba como bien lo demostró la experiencia posterior de los gobiernos de la Concertación donde sostuvo, en la práctica y también en la teoría, las bases de la propuesta neoliberal a través de la defensa de la herencia de la dictadura de Pinochet. En esas circunstancias, ese progresismo de la mal llamada centro- izquierda no fue más que una estrategia política y electoral para conquistar a un electorado cautivo que buscó los cambios y transformaciones que la historia reclamaba entonces. Así, la Concertación, que también se define como progresista, no podía identificarse con propuestas políticas claramente definidas contra la herencia de Pinochet y solo le quedó apelar al progresismo como lo políticamente correcto. En el camino fueron contra la historia e incluso contra el llamado de estudiantes y trabajadores que no escucharon ni supieron interpretar. Estuvieron muy lejos de la historia y una vez más la realidad nos mostró que el progresismo, con su manifiesto populismo en cuanto a la acción política, no fue capaz de plantear ante el pueblo soluciones que tal vez los hubieran llevado al camino del radicalismo. De hecho, como todo progresismo que asocio definitivamente al populismo, su ideología no estuvo a la altura de las circunstancias políticas porque al ser el populismo altamente conservador en relación al estatus imperante, es decir, al definirse como falsa humanización del neoliberalismo antes que como un cambio de la vida e intereses de los trabajadores, el populismo nos demuestra otra vez su carácter de derecha, comprometido con intereses concentrados antes que a favor de la inclusión de los trabajadores. Así, el populismo y el progresismo, siempre de derecha por su carácter formal y conservador, son muy distinto del los régimen popular. ¿Cuál vendría a ser el sentido político que adquiere el concepto de regímenes populares y humanistas en el caso de nuestros países? Este se asocia a la acción del movimiento social, político y cultural representativo del trabajador o de una parte de éste y que actúa a partir de una pluralidad de demandas en defensa de la mayoría pero también de la minoría, de la cuestión del medioambiente, de los derechos civiles y la

no discriminación por los motivos que sean, del acceso a la vivienda digna, a la educación, al trabajo y salud. El rol del régimen político al respecto, como actor y sujeto político, es fundamental para llevar a cabo estas mejoras en la calidad de vida de los trabajadores. Ahora bien, hay que analizar y reflexionar por qué la opinión pública, a pesar de los grandes fracasos del progresismo y su inherente populismo, el reformismo como fin de la acción política de esos grupos, se asocia a la noción de centro- izquierda cuando ese populismo y ese progresismo son expresiones políticas de derecha, conservadoras del estatus e incluso fuertemente reaccionarias. Dentro del abanico de las múltiples ideas políticas que se ofrecen en este campo, desde los fanáticos, mesiánicos e iluminados de la extrema izquierda hasta las ideas más reaccionarias de la derecha, el progresismo tiene como característica distintiva el horizonte de mejoras sociales para los trabajadores, en el corto plazo, que implican obviar las transformaciones estructurales del Estado y del régimen político. Es decir, su esencia política lo aleja de la derecha pero al mismo tiempo sus límites respecto a la acción y objetivos de cambios estructurales, lo dejan a medio camino, en el limbo, en la peor formalidad que solo termina reivindicando a los dominantes y sus expresiones políticas de derecha como opción válida de poder bajo la primacía de un régimen que se pretende democrático. Por eso, en la medida que un gobierno se radicaliza políticamente, en la medida que busca la resolución de los grandes problemas que son nacionales removiendo las estructuras del subdesarrollo, sus políticas son populares, mucho más nacionalistas, humanistas y soberanas y bajo ningún punto de vista pueden ser medidas progresistas. En última instancia, lo que distingue a la izquierda de la derecha es la preocupación por la igualdad y distribución de la riqueza que esa misma igualdad plantea desde su raíz. Una incluye, crea derechos para la mayoría y la otra excluye, es decir, crea derechos para la minoría. Es decir, que una experiencia progresista que avance en la redistribución de la riqueza, la inclusión social y otras formas de combate contra la desigualdad social, puede ser considerado de izquierda de acuerdo a esta noción pero solo porque supera ese formalismo político de acción del progresismo y así deriva en un régimen popular. Es un régimen popular porque busca el cambio de las estructuras políticas del Estado y del régimen político en beneficio directo de las mayorías nacionales.

No podemos permitirnos considerar de izquierda al progresismo porque una vez que supera sus límites conceptuales y también de acción práctica, deriva en un régimen popular. Aunque el progresismo tiene claras diferencias con la política de la izquierda fundamentalista, la de mesiánicos y ortodoxos, no puede ser considerado como régimen popular porque siempre, en última instancia, favorece la conservación del estatus vigente. Conceptualmente la diferencia es más o menos evidente y se percibe cuando les toca gobernar. En Latinoamérica, el caso más extremo y lúcido del progresismo político, desde siempre estéril, falso y abstracto, fue la eterna transición en Chile que arrancó

con el gobierno de Aylwin. En esa perspectiva es fundamental la experiencia política del país anterior al golpe de Estado comandado por Pinochet para entender como incluso con la recuperación democrática- que es formal- este populismo deriva en una tecnocracia conservadora e incluso en la imposición de la derecha como opción válida de poder. Para entender este proceso es central analizar la lucha que se da durante el gobierno de la Unidad Popular en la medida que la radicalización y profundización de la democracia jugaba a favor de los trabajadores y por eso contra los intereses del progresismo. Ahí nace precisamente la necesidad de organización y de gestión democrática de los trabajadores que se expresa, por ejemplo, en la creación de los cordones industriales. En abril de 1972, se organiza en Santiago, específicamente en Cerrillos, una movilización masiva de los trabajadores que culmina con una reunión abierta de los mismos donde se plantean los problemas y necesidades más urgentes de éstos que tienen que ver con demandas concretas respecto al transporte público o con la falta de consultorios médicos o con el problema siempre vigente del acceso a la vivienda. No por casualidad la primera forma de coordinación de la gestión de los trabajadores surge en Maipú que en ese momento era una comuna fuertemente industrial, es decir, con una importante concentración obrera que además poseía una base obrera altamente técnica y especializada al tiempo que sus industrias eran altamente dinámicas. Además, ahí trabajaban por lo menos unos 46.000 personas y existía un promedio de 100 trabajadores por empresa. Esas empresas fundamentalmente se dedicaban a la producción de neumáticos, vidrios, electrodomésticos, a las manufacturas de cobre, de aluminio, fibras textiles y hasta distribución de combustible. En relación a la representación de los trabajadores, existían en esta comuna por lo menos 148 sindicatos urbanos donde 84 de estos eran industriales y los otros 64 eran profesionales. En ese contexto de lucha, donde el progresismo no tuvo cabida bajo ningún aspecto por lo menos de parte de los sectores populares de la época, es decir, no traicionaron el mandato de defensa de sus intereses, el precursor de los cordones industriales fue el *Cordón Industrial Cerrillos-Maipú* que surge como *Comando Coordinador* en Maipú y como una necesidad imprescindible de coordinación de las distintas luchas que se daban en el sector y que por ejemplo exigían al gobierno popular ingresar una serie de empresas al área social, bajo control y gestión de los trabajadores a expensas de los intereses de las grandes patronales. De lo que se trataba era que los trabajadores pudieran administrar esas empresas aunque por parte del gobierno popular muchos pliegos de peticiones del trabajador eran sometidos a largas tramitaciones legales por no contar con un contexto político que hiciera viable la radicalización política. Es que, queramos o no reconocerlo, el gobierno de Allende no contó con el necesario 50% más uno del electorado para llevar a cabo el radicalismo en todas sus expresiones. Es decir, dada esa relación de fuerza, que también se expresaría en un congreso nacional de mayoría opositora aunque el gobierno popular era la primera minoría, éste

buscaba evitar la confrontación con los patrones y con los partidos políticos que representaban los intereses de éstos como la Democracia Cristiana. Ante esa situación política, el trabajador busca solucionar sus problemas a partir de su acción. Aparece entonces la necesidad entre los mismos trabajadores de valerse políticamente de un arte de poder que trascendiera la legalidad formal del régimen y de la democracia en términos capitalistas para enfrentar a la patronal, ante los límites de la coyuntura política. Por su parte, la reacción de los patrones frente a ese nuevo protagonismo del trabajador es la de quebrar el movimiento mediante el Poder Judicial a través del cual, por ejemplo, se tramitan largamente todas las intervenciones, para que ninguna se lleve a cabo y las empresas continúen en manos de los intereses concentrados.

Los trabajadores de distintas industrias, ya no sólo de *Cerrillos- Maipú*, empiezan a presionar al gobierno para que sus empresas sean traspasadas al área social pero dada la correlación de fuerzas actuantes, el gobierno en esas circunstancias no puede avanzar sobre estos temas. Por lo menos, no en el ámbito de mayor radicalización de los procesos de cambios. En ese sentido, me parece que los procesos de cambios, de los que en realidad buscan la imposición de un régimen popular por vía democrática que además es la única vía posible, no puede obviar el contexto político en que se plantea, es decir, la relación de fuerzas objetivas en ese determinado momento histórico. Por eso, en el caso de Chile hubo toma artificial de industrias en las que se planteó en forma muy liviana el paso al área social. Porque, tanto ayer como hoy, el traspaso al área social de determinadas empresas era y es un problema esencialmente político relacionado directamente con la vialidad del cambio en curso. Lo que se planteó entre los trabajadores fue la necesidad de avanzar sobre el control de la producción. El exigir que determinadas empresas fueran traspasadas al área social para contar con una estructura básica de control estructural de las transformaciones desde el punto de vista humanista que va más allá del populismo, significa sembrar la necesidad entre los trabajadores de avanzar aún más sobre la gestión y el protagonismo de los cambios porque en definitiva esas empresas quedan en manos de los trabajadores. Entonces se plantea la necesidad política que los trabajadores participen activamente en la administración de las empresas y fueron los cordones industriales un ejemplo de cómo éstos tienden a la planificación de la gestión democrática de la economía en un proceso de democratización de las formas de propiedad de los medios de producción. Por lo mismo y a expensas de los intereses más concentrados y su progresismo, los trabajadores de los cordones industriales significaron un enorme ejemplo para la historia de Chile en el sentido de que ellos de hecho están en condiciones de organizar no solo la producción de las fábricas sino que además están en condiciones de gestionar los lineamientos centrales de gestión de un régimen. Esto nos demuestra que los trabajadores están totalmente capacitados para organizar la producción y la distribución de bienes y servicios, para repartir ganancias de manera mucho más equitativa y

para militar a favor de mejores posibilidades para todos en el ámbito de una calidad de vida más digna. Esta tendencia a conformar organismos de auto-organización y de gestión democrática de los trabajadores como los cordones industriales, puede desarrollarse o no lo que también depende de la propia intervención de los diversos movimientos, partidos y organizaciones sociales y políticos, de base y representativos de los intereses de los trabajadores, que así, sobre la marcha van construyendo un arte de poder que interviene en la lucha por la definición de la agenda pública. La experiencia del Chile de la Unidad Popular en el sentido del protagonismo del sector público relativo con el cambio en términos de inclusión social, es central en la lucha por articular e institucionalizar los intereses de los trabajadores. En esa época lo que faltó fue lograr construir una mayoría política y social contundente por el cambio porque las características de la transformación así lo exigía. En todo este proceso de los cordones industriales, que expresa un nuevo protagonismo de los trabajadores en esos mismos cordones y en los más diversos movimientos sociales, también se produjo una profunda ambigüedad política porque un radicalismo que intenta apoyarse en el compromiso, en la participación y en la gestión directa de los trabajadores necesariamente necesita de una mayoría que esté más allá del 50% de los votantes. La relación entre participación directa del trabajador y la representación política de éstos no logró cierto equilibrio que favoreciera esa experiencia de bases profundamente popular. De hecho, lo épico y trascendencia del gobierno popular es precisamente el avance en el ámbito social, político, económico y cultural logrado en esas circunstancias políticas tan adversas, en las metas y objetivos del gobierno y la participación de los trabajadores también en esas condiciones particulares (de constituir la primera minoría pero no la mayoría) donde se privilegió el protagonismo de los trabajadores que convirtió al gobierno de Allende en una experiencia político- histórica que fue conmovedora por sus triunfos y por sus limitaciones.

Muy distinta fue la experiencia sobre la propia transición democrática inaugurada con la salida de Pinochet del control del poder político formal porque en realidad el progresismo inaugurado en esa etapa de transición, en la medida en que en última instancia respondía a los intereses de control y de dominio del neoliberalismo para que este pudiera seguir imponiendo sus intereses, lo que buscaba era precisamente que no se repitiera la experiencia de los cordones industriales y de la toma de fábricas como expresión de la gestión democrática de los trabajadores. Entonces, finalizada la dictadura de Pinochet en el ámbito meramente simbólico, el primer gobierno democrático solo pudo reivindicar la formalidad de la nueva democracia chilena. En otras palabras, el grado de formalidad y abstracción del reformismo inaugurado por la dictadura y sostenido luego por la Concertación Democrática tuvo que ver con el grado de conquistas y avance de los trabajadores en la etapa anterior,

durante la Unidad Popular. En ese contexto, el nuevo presidente a pesar de que destacó la necesidad de construir un Chile mucho más justo y equitativo en beneficio de los trabajadores donde la nueva luz de la igualdad, la libertad, la unidad y tolerancia, serían parte integrante de la institucionalidad política, no pudo cumplir con esas expectativas. A pesar de contar con gran respaldo por parte de los trabajadores, es decir, con algo más de un 55% del electorado y luego de 17 años de desinformación y terror, represión e intolerancia, los objetivos del nuevo gobierno, que eran de gran dimensión política, no podían cumplirse en la medida en que la transición se fundara en los preceptos del progresismo. Así, los objetivos centrales, que se plasmaron en el programa de gobierno oportunamente dado a conocer a los trabajadores, tenían que ver con grandes cambios en el plano político como también en la democratización de las instituciones políticas, con lo social en el sentido de buscar reparación en relación a la endémica y estructural exclusión que conlleva el neoliberalismo vigente, y desde ahí también los cambios en lo económico que involucró la justicia social como dimensión primordial del crecimiento y del desarrollo del país pero nada de eso era políticamente viable de acuerdo al reformismo. Mientras se reconocía la importancia y el rol protagónico del sector privado en el ámbito del crecimiento, por otro lado, se planteaba la necesidad de la acción regulatoria e intervención del sector público en materia social, en lo económico y de apoyo a la orientación general del proceso de desarrollo del país. Esta vez tampoco pudo cumplirse y antes bien, lo que primó fue el discurso del realismo que es la base del reformismo. De hecho, durante la presidencia de Aylwin, y desde un primer momento, se buscó desmovilizar a los trabajadores haciéndose política desde el ámbito palaciego donde los trabajadores no tienen ningún ámbito de decisión real. Los costos no fueron menores porque finalmente por muchos años se hipotecaron los sueños, las esperanzas e intereses del trabajador que así quedaron supeditados a este reformismo y populismo que solo es otra forma de control político de la minoría sobre la mayoría. Definitivamente, la transición chilena iniciada con el plebiscito de 1988, que le dijo *no* a la barbarie de Pinochet de perpetuarse en el poder, y que siguió con las elecciones presidenciales y parlamentarias del año siguiente, abrió paso a una estrategia de ingeniería política típica del reformismo como final, al dominio incuestionable de la lógica neoliberal que vino predominando a partir del golpe de Estado del 11 de septiembre del 73. En otras palabras, se trató de una alianza táctica cuyo objetivo final buscó reconfigurar el bloque de actores y grupos de poder más reaccionarios para seguir defendiendo y colocando a resguardo los intereses propios a pesar de la derrota propinada por los sectores democráticos cuya base histórica de poder se fundamenta en el modelo neoliberal impuesto bajo las condiciones de represión dictatorial. En estas circunstancias, la estrategia política de este progresismo, que fundó la *Concertación de Partidos Por la Democracia*, incluyó la decisión de desarticulizar a los actores sociales-políticos más



radicales que se oponían a la herencia dejada por la estructura política, social y económica heredada del pinochetismo. Se logró buscando su desgaste en relación a la coyuntura política y desplazándola de la negociación respecto a los fundamentos de la transición que se iniciaba. Simplemente fue un pacto político de gobernabilidad formal impuesta desde las cúpulas del poder real donde el trabajador, es decir, el que está en la base de la pirámide del poder, son paulatinamente desplazados de las negociaciones. Es decir, nunca fueron considerados como actores válidos de esas negociaciones y fueron más bien usados como argumentos de fuerza, como una amenaza, real y concreta, a los intereses políticos de las franjas que si bien estaban en contra de la dictadura pactaban desde arriba su reacomodo a las nuevas condiciones y estructura del régimen político.

Si bien en el corto plazo estos grupos de poder, auspiciados por el falso realismo de la política, por el progresismo y nucleados en la Concertación Democrática, pudieron establecer un mínimo de gobernabilidad, esta fue una gobernabilidad neoliberal donde se buscó que el conflicto no se desbordara frente al dominio de los intereses más espurios de los capitales privados. Por otro lado, esa estrategia progresista trajo algunas consecuencias importantes a los partidos que representaron ese progresismo. Consecuencias íntimamente ligadas a que la derecha política fuera reivindicada como opción válida y hasta democrática de ejercicio del poder. En primer lugar, me refiero a la derrota y cooptación de las corrientes ideológicas que en su momento fueron parte del Partido Socialista porque éste dejó de ser una opción de cambios estructurales. Ese giro ideológico y político, que devino en un PS reformista y populista, hasta conservador y reaccionario en términos de transformaciones, llega a su momento culmine con la presidencia de Lagos y Bachelet donde el partido adquirió claramente su nuevo rol de simple administrador del modelo vigente que implicó, entre otros factores, gobernar ajustando sus acciones e intereses a las reglas del automatismo del mercado. Por otra parte, en relación a la *Democracia Cristiana*, otro de los grandes partidos que se comprometió con esta fallida y eterna transición, ésta fue desplazada como principal partido en el país. Los factores políticos- sociales que abrieron un espacio para la fundación en el pasado de un espacio confesional ubicado en el centro político e ideológico en relación a los sectores de la derecha y de la izquierda, desaparecieron porque el reformismo político, el progresismo y el populismo que se pretende centrista, fracasaron porque ya no era posible sostener ese antiguo proyecto corporativo y centrista que no tiene asidero alguno sobre el régimen neoliberal que imperaba. Por ejemplo, desapareció el enfrentamiento entre el Este- Oeste en el ámbito internacional, desapareció esa clase media chilena de sesgo corporativo compuesta por algunos propietarios y finalmente también desaparecieron las condiciones políticas, económicas y sociales que justificaran una ideología cristiana ubicada en el centro. Ese vacío político, un tremendo vacío estratégico, programático y de representación, es el que la DC

como partido no supo superar y, antes bien, fue ocupado por el PS que derivó en una postura carente de cualquier sentido, progresista. El neoliberalismo en Chile, asociado con la tecnopolítica, tuvo tal eficiencia en términos de control y dominio que paradójicamente la nueva configuración de poder al interior del régimen ocurrió al mismo tiempo que se desmorona el movimiento de los trabajadores, es decir, el movimiento popular clásico, sin que al menos como compensación se produzca el fenómeno de la siempre anunciada emergencia de los nuevos movimientos sociales y políticos. Por cierto, todo esto significa que bajo ninguna circunstancia el reformismo, el progresismo o el populismo que para el caso son diversas formas de expresar lo mismo tal vez haciendo hincapié en unos hechos y fenómenos políticos obviando otros, es altamente ineficiente en términos de cambios en beneficio de la mayoría. Este no se enteró de las múltiples transformaciones que sufre el Estado capitalista, junto con las miles de nuevas variables que atraviesan la acción política y el arte de poder de los actores sociales que conforman la agenda pública, y que mutan constantemente produciendo resultados bastante confusos por lo menos en los sectores históricamente hegemónicos que no quieren entregar el poder de mando aferrándose a los viejos conceptos y definiciones de la acción política.

El progresismo no puede reconocer esos cambios en la lógica y formas de producción del capitalismo, que en muchos países se traduce en el triunfo de regímenes populares, porque precisamente atenta contra sus maneras de hacer política, contra su falta de definición, de compromiso y de una acción superadora de las consecuencias del neoliberalismo. Entonces, si analizamos la experiencia de nuestros países pero muy especialmente la experiencia de los más desarrollados, donde por mucho tiempo el socialismo fue una fuerza de envergadura, vemos que esos mismos partidos socialistas se definieron como progresistas lo que simplemente significó que ya no podían representar los intereses de los trabajadores desde el momento preciso en que desistieron del rol histórico que supuestamente les correspondía como fuerzas de cambio. Entonces, existe una explicación que es histórica pero también que es política en relación a ese cambio de los actores sociales europeos que encarnó el socialismo y que se relaciona con el surgir del populismo de derecha que es el único que realmente existe.

### **El Estado y el régimen político.**

Continuamente, desde los sectores y factores de poder dominantes y su racionalidad de características fuertemente irracional, fabulesca y metafórica, se nos plantea que el régimen político, el Estado de acuerdo a ellos, no tiene que intervenir en la economía o, en otras palabras, en los diversos mercados que, a partir del autonomismo de los mismos, se autoregulan como política más virtuosa para el desarrollo armónico de nuestros países. Sin embargo, la realidad nos demostró otra cosa, en especial durante los años '90, con la

imposición del neoliberalismo y después, mucho después, con la grave crisis financiera y económica que afectó a los países centrales a fines de la primera década del siglo XXI. De todas formas, a pesar de todas las constataciones empíricas e históricas de la realidad, el neoliberalismo persiste en la posición ideológica que el Estado y el régimen que le corresponde en cierto momento de la lucha de clases, no tiene que intervenir en la economía como si esto en realidad fuera posible. De hecho, el Estado y el régimen político, aún en el neoliberalismo, sí intervienen activamente en la economía, por ejemplo, a través de la regulación de los mercados, en las formas de la producción (...) solo que esta intervención adquiere otras y nuevas modalidades. Modalidades que además, yendo al fondo de la cuestión, son características del Estado capitalista en tanto garante de última instancia de la acumulación privada del capital. A pesar de las tomas de posiciones de los dominantes, que defienden cierta concepción ideológica de los órganos del Estado, existe una fuerte capacidad del régimen en la redistribución de los capitales que, es necesario insistir en esto, son generados socialmente, o sea, por el esfuerzo de todos los trabajadores. La experiencia histórica nos muestra como el régimen político, a partir de los '90 devenido en neoliberal, empieza a deshacerse de múltiples roles que anteriormente eran competencia típica del régimen de bienestar. En ese contexto, se fueron enajenando del patrimonio del sector público de cada uno de nuestros países, los periféricos en general, áreas tan centrales para el crecimiento y el desarrollo nacional como los de la electricidad, la telefonía, la aviación comercial, el agua potable, diversas ramas de la industria pesada, la explotación gasífera y petrolera, incluso la misma administración de los recursos energéticos que eran preexistentes, el transporte público, ya fuese ferroviario, marítimo o fluvial e incluso el acceso a la educación y la salud, todas áreas que precisamente por la importancia y responsabilidad que les compete en el desarrollo y en el crecimiento de nuestros países son definidas, de acuerdo a la postura del humanismo, como servicios públicos que no pueden estar en manos de los grupos privados. Esta coyuntura particular se sumó a la innata capacidad del régimen político para establecer y definir las políticas que buscan privilegiar alguna actividad económica, comercial y productiva más que otras (porque se perciben como fundamental en relación al desarrollo y la estabilidad de nuestra economía y del régimen republicano) beneficiando de esa manera a particulares o ciertos específicos sectores socio económicos. Esta capacidad del régimen político precisamente deviene de la posibilidad de definir, bajo ciertos parámetros concretos, las orientaciones y definiciones del comercio con otros países o regiones, es decir, cuáles son los productos que se importan, cuáles las tasas aduaneras, los bienes y servicios a exportar y hasta la definición del tipo de cambio. En este contexto, entonces no es posible hablar de desregulación del mercado porque el régimen político sí interviene en estos, por ejemplo, a través de la defensa de determinado tipo de cambio que es central incluso para definir el tipo de desarrollo de un país.

En otras palabras, no es lo mismo un régimen que defiende la paridad de la moneda nacional con el dólar que uno que busca establecer un tipo de cambio de equilibrio desarrollista. Tanto en sus implicancias como consecuencias derivan en modelos de desarrollo opuestos. Además, el régimen interviene en la política monetaria planteando, por ejemplo, las medidas para poder acceder al crédito bancario para desde ahí definir cuáles son los sectores productivos que tendrán derecho a esos créditos, que también está estrecha e íntimamente relacionado con el tipo de crecimiento que buscamos y estamos dispuestos a defender para nuestros países, puede instrumentar desgravaciones impositivas y definir la obra pública. De hecho, gobiernos populares como los de Allende en Chile, Evo Morales en Bolivia, Correa en Ecuador o Chávez, usaron estos recursos con metas que consideraron fundamentales para el crecimiento y el desarrollo de sus países, buscando reforzar la incipiente industrialización del país para superar, en general, las graves consecuencias del capitalismo sobre esas sociedades particulares. Ese rol estratégico y político central del régimen también fue usado por otros regímenes definidos como reaccionarios como los fundados en la doctrina de seguridad nacional. De hecho, las dictaduras en Latinoamérica le agregaron una gran discrecionalidad a las capacidades del régimen para intervenir en la economía, favoreciendo o eliminando empresas y hasta empresarios más que determinadas actividades. Así, en conjunto y a pesar de sus debilidades y de la retracción de algunas áreas de la economía, el régimen político conservó para sí una alta dosis de capacidad para intervenir políticamente en la realidad de la mayoría. Concretamente, en esta etapa de regímenes altamente autoritarios y formales en cuanto a los derechos de los trabajadores, los gobiernos, que así estaban en las antípodas de los regímenes populares, a pesar de la prédica en contra de la intervención en la economía, actuaron decididamente para que la distribución de la riqueza favoreciera a los sectores políticos, grupos económicos y múltiples sujetos dominantes que representaban los intereses más concentrados de la economía a expensas de los trabajadores. Es decir, el neoliberalismo en cuanto tal nos mostró una importante capacidad para intervenir y regular en favor de los dominantes lo que implicó que, a su vez, nos mostrara que no estaba dispuesto a gestionar en favor de los intereses de los trabajadores. Entonces, el régimen político, bajo el yugo neoliberal, no pierde capacidad de regulación económica sino que únicamente regula y gestiona para los intereses de las minorías.

Esta capacidad de regular y distribuir el ingreso y los beneficios de la producción nacional en favor de las élites y a contrariando los intereses de los trabajadores es lo que se esconde detrás de la idea de desregulación y del *dejar hacer* del régimen. Por eso, es importante analizar las nuevas formas, mucho más extremas, de distribución del ingreso nacional y de los beneficios de la producción entre las clases sociales y los actores y sujetos políticos que los representan y a través de los cuales se organizan y actúan en la definición de la agenda pública. Por ejemplo, es central señalar las diversas relaciones

que en el proceso de distribución de ingresos y recursos de poder se establece entre la dirigencia política y el grupo de empresario nacional concentrado que en general responde a intereses foráneos. En esa perspectiva, se conjugan las metas y objetivos de los sectores políticos más conservadores y reaccionarios que buscan resguardar un régimen político neoliberal que sobreviva en el tiempo que logre resguardar los intereses superiores de los capitales más concentrados, en base a una gobernabilidad que incluso implica la cooptación de ciertos sectores de empresarios menores como, por ejemplo, los pequeños y algunos medianos empresarios para los que el mercado interno es central. De esta relación profunda entre los sectores políticos, la dirigencia y parte del empresariado más concentrado y oligopólico, se deriva la pretensión política de construir y sostener un empresariado tributario del régimen político, es decir, que va más allá de las políticas particulares de cada gobierno. Por lo tanto, esa nueva pretensión y las capacidades del régimen, que se presentan como disminuidas bajo la concepción neoliberal, son las que dan un amplio margen para una acción gubernamental tendiente a favorecer a los grandes empresarios, ya consolidados, y para crear otros sujetos y actores que pasan a ser parte de los sectores históricamente dominantes. Desde esa perspectiva, antes que hablar de la disminución del rol del régimen o de la pérdida de facultades en cuanto a regulación política- económica a favor del trabajador, que en ese último caso sí es real, tendríamos que hablar de un cambio en el rol y en la lógica de sus acciones, políticas y omisiones, que ahora responden a otras ideas y recursos de poder. Es decir, tendríamos que aclarar que en el nuevo contexto neoliberal, el régimen le agrega discrecionalidad política a sus capacidades para favorecer los intereses de los grupos y factores de poder más concentrados a expensa del trabajador. Algunos ejemplos históricos de redistribución de la riqueza contra el interés del trabajador los encontramos a lo largo de toda la historia de nuestros pueblos porque antes que la excepción a la regla es la lógica que predominó cuando los sectores políticamente más conservadores controlan la razón del régimen. Por ejemplo, en el período comprendido entre la salida de Martínez de Hoz del Ministerio de Economía en marzo del '81, durante la dictadura argentina, y los inicios de la guerra por la posesión de las Malvinas, se inició todo un proceso que buscó reacomodar las variables macroeconómicas que afectaron muy gravemente la producción y así a los propios trabajadores que vivían y dependían del desarrollo de esa producción nacional. En esas circunstancias, las sucesivas devaluaciones del tipo de cambio del peso lograron generar graves dificultades en las pequeñas y medianas empresas que estaban endeudadas en dólares con el extranjero o con bancos locales pero también en la mayor parte de las empresas públicas, las que eran gestionadas por el régimen, es decir, casi todas las empresas administradas por éste- tanto las que producían bienes transables como las de servicios- con todas las implicancias y consecuencias que esto conduce en el ámbito de la estructura productiva. Fueron dos los mecanismos a través de los

cuales se transfirieron recursos desde el sector público hacia el sector privado más concentrado. Por un lado, se estableció un principio de cambio que fue un mecanismo implementado por el Banco Central con la idea de asegurar y resguardar un cambio futuro para todas las obligaciones externas contraídas con anterioridad. El resultado fue que el sector público se convirtió en acreedor en pesos devaluados de las empresas, tanto las de origen nacional como las transnacionales, y en deudor de bancos y organismos globales que habían financiado en divisas extranjeras. De hecho, luego de la guerra por la posesión efectiva de las Malvinas tuvo lugar una dinámica de refinanciación de esas obligaciones financieras que, sumadas al desorden administrativo típico de la época de transición, de efervescencia y de convulsiones políticas, convirtieron a la deuda externa en un tema permanente de la política. En esas circunstancias, las empresas que logran sobrevivir a las medidas comerciales y económicas de la dictadura salieron fortalecidas habiéndose modernizado u operando con costos a cargo del sector público mientras los perdedores son los pequeños y medianos empresarios.

Otro mecanismo de redistribución de los ingresos y de los beneficios en favor del capital y a expensas de los trabajadores, de la fuerza de trabajo de éstos, es la inflación de los precios que es persistente en los regímenes populistas y que traen aparejada consecuencias tanto macroeconómicas como fiscales e incluso a nivel de cada trabajador porque, en este último caso, son los trabajadores, tanto en su realidad individual- colectiva, los que sufren el alza de precios en su planificación cotidiana de la vida que se hace más o menos insostenible por la caída del salario. Otro mecanismo es la sanción y puesta en ejecución de leyes de sobrevaluación de la moneda nacional que implica una transformación duradera en las relaciones sociales y económicas a nivel social a través de un mecanismo que, por una parte, al quitar el componente inflacionario de los precios de los bienes y los servicios y de las relaciones económicas, la puja redistributiva empezó a dirimirse en el terreno del automatismo de los mercados con una perspectiva favorable a los grupos empresariales. Por otra parte, tenemos el lento incremento de la capacidad de consumo del trabajador y la aparición de la pobreza y la exclusión estructural por la caída de la industria y la capacidad productiva nacional que de ahora en adelante competirá, en clara inferioridad de condiciones, con los bienes importados. Otro mecanismo es el proceso de privatizaciones que sin más es el momento de mayor capacidad de redistribución regresiva de las riquezas, es decir, en contra los trabajadores, con que contó gobierno alguno durante el periodo de los últimos treinta años del siglo XX. Entonces, cada una de estas medidas económicas, donde muchas de ellas terminaron convirtiéndose en proyecto político de país, cada plan económico, tanto en dictadura como en democracia, tendieron a distribuir la riqueza y a defender la acumulación privada del capital en favor de éste y contra la fuerza de trabajo. Así, la economía de nuestro país permanentemente castigada por las consecuencias

de las políticas y medidas neoliberales originadas principalmente en dictadura y seguida por los regímenes de democracia formal, estuvo imposibilitada de encauzar los intentos, reales o no, de construir un modelo de desarrollo más o menos viable y coherente. Después vino la recuperación de la democracia donde se buscó favorecer a la gran burguesía nacional y a los trabajadores. Pero, ese proyecto en la teoría bastante racional y justo, una vez llevado a la práctica fracasó estrepitosamente por no lograr entender en toda su dimensión la real situación económica heredada de los procesos dictatoriales. En países como Perú se manifestó ese fracaso en procesos fuertemente inflacionarios, desestabilización política- institucional y el crecimiento del poder de presión de los mercados en perjuicio del bien común. En otros países de la región, como Chile, se manifestó en la incapacidad de la transición democrática para traer bienestar, democracia y participación para las mayorías. Finalmente, de lo anterior es necesario concluir que el régimen efectivamente interviene en la economía por lo que plantear la prescindencia del rol del régimen político en la economía es otro de los grandes mitos neoliberales porque, en fin, el *dejar hacer*, no es más que otra postura política- ideológica para que el régimen neoliberal se imponga de todas maneras.

### **La institucionalidad según los sectores dominantes.**

Continuamente desde los sectores y los grupos de la dirigencia política chilena que responden a los partidos tradicionales, que desde la recuperación de la democracia formal fueron conservadores y políticamente dominantes y donde inclusive podemos incluir a muchos de los partidos progresistas que batallaron contra la dictadura de Pinochet, se nos plantea cierto orgullo sobre la estabilidad institucional y política de Chile con respecto a otros países de la región, que bajo esa óptica serían menos estables. Sin embargo, ya vimos anteriormente que esa estabilidad política fue el talón de Aquiles de la transición democrática que así manifestó sus incapacidades de reformas en todos los ámbitos. De hecho, los grandes medios masivos de comunicación y de información se hicieron eco de ese gran mito de la estabilidad y de la continuidad del régimen político chileno contraponiéndolo a poco menos de un siglo de continuos golpes de Estado en otros países de la región tal vez para denigrar las experiencias populares de Argentina, de Bolivia, de Ecuador o Venezuela. Sin embargo, muchas de esa serie de afirmaciones históricas y políticas, de la que gran parte del progresismo se hizo eco, no corresponden con una interpretación más democrática de la historia del régimen chileno, sino más bien están ligadas con la versión conservadora y oligárquica, por ende profundamente antidemocrática, de los grupos que se ven objetivamente favorecidos con este tipo de razones fundacionales de la institucionalidad. De hecho, la historiografía política democrática de Chile nos muestra, con una serie de hechos históricos contundentes, que en realidad la democracia es la

excepción a la regla respecto del funcionamiento de las instituciones y formas en que los múltiples actores gestionaron las necesidades de los trabajadores a través de más de doscientos años de independencia. Por ejemplo, ninguna de las constituciones chilenas, entendidas éstas como leyes fundamentales de la república por lo menos en teoría, son producto fehaciente de la actividad de un poder y de una asamblea constituyente que necesariamente tiene que ser democráticamente elegida. En otras palabras, cada una de las constituciones en Chile son impuestas a las mayorías por el poder de una minoría constituida con el apoyo del poder armado. Por lo tanto, ninguna de esas constituciones fundaron una comunidad política democrática como pretenden hacernos creer desde el poder. Antes bien, todo lo contrario porque esas constituciones antes que el bienestar y la estabilidad política, que mejorase la calidad de vida de los trabajadores en general, produjeron fuertes conmociones tanto políticas como institucionales profundamente autoritarias, dirigidas por personalidades autoritarias como la de Diego Portales en 1833, la de Arturo Alessandri Palma en 1925 y posteriormente la de Pinochet a inicios de la década de los '80. Cada una de esas constituciones, es decir, la de 1833 como la de 1925 y la de 1980, no sólo fueron redactadas por integrantes de los poderes fácticos que siempre manejaron la lógica de la agenda pública del régimen de manera autoritaria sino que, también, fueron aprobadas en contextos políticos que de ninguna manera garantizaban la plena y libre participación de los trabajadores en esos actos fundacionales. En ese contexto, la Constitución de 1833, luego de un período de convulsiones típico de la formación de los nuevos Estados nacionales independientes de la metrópoli española, fue redactada por una comisión que trabajó a puertas cerradas mientras que para su promulgación no existió ningún mecanismo de aprobación ciudadana, salvo la decisión de sus propios redactores y de los que detentaban el poder constituido, es decir, del todopoderoso ministro Portales y el Presidente José Joaquín Prieto, que lograron consolidarse políticamente luego de la derrota militar de los liberales el año 1829. En esa perspectiva, lo único real de la constitución de la época, la del 33, es que institucionalizó el poder político de los grupos dominantes, que habían salido triunfadores, y que además de esa forma empezaban la construcción de un régimen autoritario en sus bases. Entonces, a partir de ahí, el poder político real, el que define la agenda de gobierno, es decir, los problemas socialmente importantes, fue controlado por una pequeña elite que excluía al 95% de la población de toda forma de representación- participación política ciudadana que no fuera la de estar sometido a esa forma de autoridad del régimen político.

Evidentemente, en este caso estamos hablando de un Estado capitalista, que es estructuralmente dependiente y periférico, que está institucionalmente organizado pero que bajo ningún concepto es democrático. En cierto sentido es un régimen político más o menos moderno pero no es democrático porque se basa en la desigualdad inherente de los habitantes del país. Incluso es un



régimen político respetado, por su capacidad de traer orden en medio de la anarquía y de las luchas posteriores al proceso de independencia de España. Es respetado porque logra disciplinar a la población a través del *azote y la ley* pero no lo es por sus virtudes democráticas, por su apego a los valores de los derechos del hombre, sino por su condición fuertemente autoritaria. Lo que nunca pudo demostrar ese régimen, inaugurado con la Constitución de 1833, es su eficiencia para traer desarrollo y paz para todos porque, lo reconozcan o no los sectores dominantes y su historia de las más falsas representaciones, es que a pesar de esa condición de autoritarismo, la sociedad chilena en ningún momento estuvo realmente libre de convulsiones políticas. Nos lo demuestra el hecho de que durante gran parte de la vigencia de la Constitución de 1833, en Chile hubo nada menos que tres guerras civiles, la de 1851, la 1859 y la de 1891. Posteriormente, desde 1880 hasta el año 1925, fecha del dictado de la segunda Constitución que logró trascender históricamente, se produjeron una importante y diversa cantidad de matanzas y represión de los trabajadores por parte de la fuerza del orden. Por su parte, la posterior Constitución de '25 nunca fue una respuesta a la madurez política de los grupos subalternos o de las ansias de justicia y democracia, mucho menos respondió a la idea de una mejor distribución de las riquezas o del nuevo progreso que animaba a la mayoría de los trabajadores porque ésta simplemente fue la manifestación fáctica de los intereses políticos del poder real, tanto civil como militar, que redactó también la Constitución de 1833. Es decir, por la forma en que fue redactada y aprobada la Constitución de ese año no podemos considerarla como producto de la acción política democrática e inclusiva de la gestión y participación de los trabajadores. Ella, lo mismo que la Constitución anterior, fue redactada a puertas cerradas por una comisión formada por apenas quince personas designadas por el poder constituido y aprobada en un plebiscito en donde se abstuvo el 56,2% de la ciudadanía con derecho a sufragio. Pero los trabajadores con derecho a sufragio en ese momento, es decir, los auténticos ciudadanos, no alcanzaba siquiera al 10% de la población total nacional. O sea, la Constitución de 1925 fue aprobada por menos del 5% de chilenos. Estos porcentajes, que bordean los límites del surrealismo, nos demuestran clara y manifiestamente la profunda expresión de la tradición autoritaria de las clases y sectores sociales dominantes a través de la historia de Chile. Por eso, se equivocan los que nos hablan del ejemplo de la institucionalidad chilena, de la estabilidad y gobernabilidad general del país, se equivocan todos los que sostienen que esa Constitución, como la anterior, respondió a la sed de justicia e igualdad social de la mayor parte de los chilenos cuando las matemáticas nos demuestran de la manera más cruel que apenas sí votó el 5% de los chilenos lo que tampoco significa que lo hayan hecho de manera afirmativa porque siempre existe, en cualquier elección, la opción de votar por la negativa, por la oposición. La gran mayoría de los chilenos, algo así como el 90% de los trabajadores del país, al momento de la aprobación de la

Carta Magna, estaban excluidos de cualquier participación pero también de representación política.

También se equivocan los que, por los motivos que sean, sostienen que la Constitución del año 1925 hizo posible el desarrollo de la democracia y la consiguiente instauración de un régimen político mucho más justo que habría permitido, por ejemplo, la llegada de la Unidad Popular al gobierno bajo la conducción de Allende. En realidad, es al revés porque como lo demuestran los hechos históricos en relación al régimen político chileno, entre 1925 y 1973, periodo de vigencia de esa Carta Magna en particular, la democracia como régimen tuvo una corta y agitada existencia de tan sólo seis años, entre 1967 y 1973. En otras palabras, de los 48 años de su vigencia formal por lo menos durante 42 años esa Constitución reguló formas no democráticas o insuficientemente democráticas que finalmente jaquearon al régimen de la Unidad Popular en su convicción de construir un país mucho más solidario, justo y popular, democrático e inclusivo social y políticamente hablando. Al respecto, entre 1927 y 1931 el país estuvo bajo la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo; después, entre junio de 1931 y diciembre de 1932, la vigencia de la Constitución fue repetidamente suspendida por distintas acciones políticas militares que siguieron a la caída del dictador. A partir de esa fecha y hasta 1948, el régimen político impuesto autoritariamente por la paz de Alessandri fue excluyente, elitista, bastante limitado en sus pretensiones y electoralmente corrupto porque la elección simplemente estaba dominada por el cohecho y la poco simulada manipulación electoral de la voluntad ciudadana. Entre 1948 y los siguientes diez años, la Constitución de 1925 reguló institucionalmente un régimen basado en el autoritarismo electoral en el que las libertades cívicas quedaron fuerte y decididamente limitadas por la llamada *Ley de Defensa Permanente de la Democracia*, que buscó excluir a parte de los partidos de la izquierda, concretamente el Partido Comunista, de la vida republicana y de las ventajas que significan los partidos legalmente constituidos. Esta ley de supuesta defensa de la democracia excluyó e incluso persiguió a todos los trabajadores que se consideraban disidentes en relación tanto al Estado como al régimen político. Inclusive, para demostrar cómo efectivamente esta ley se puso en práctica contra los disidentes, es necesario denunciar que durante esa época, y por varios años, en esta supuesta democracia que según algunos se basa en la permanencia de las instituciones políticas, funcionó un campo de concentración para recluir a los ciudadanos acusados de transgredir la ley antes señalada. Sólo luego de los luctuosos hechos del 2 y 3 de abril de 1957, la lucha política democrática de los trabajadores da inicio al más importante, radical y profundo proceso de democratización del régimen que culmina con la instalación de la democracia política plena entre 1967 y 1973.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Aunque una vez más la historia oficial nos oculte ciertos hechos de la envergadura e importancia como los del 2 y 3 de abril de 1957, por su misma centralidad en el contexto de la historia de la lucha por la reivindicación de los

Como consecuencia directa de las manifestaciones de abril del '57, durante los años posteriores, es decir, a partir del período que va desde 1967 hasta el 10 de septiembre de 1973, la Constitución de 1925 fue reformada en varias ocasiones, transformándola no sólo en sus diversos aspectos formales, jurídicos y políticos sino también en sus aspectos y ámbitos institucionales e ideológicos porque esas reformas afectaron directamente las fuentes del poder político, social- económico de los dominantes. Entre las más significativas se encuentra, por ejemplo, la reforma constitucional que afectó a la concepción liberal del derecho de propiedad privada y que permitió la realización de la

---

intereses populares y la profundización democrática, éstos finalmente no pueden ser silenciados por la historiografía defendida y reivindicada por los sectores y grupos históricamente dominantes y hegemónicos. Entonces, es importante el año 1957 porque se inició con una avalancha de alzas de los precios que se tradujo en un gran descontento popular que dejó tras de sí las diversas ilusiones surgidas en amplios sectores de la población durante la campaña presidencial de 1952. Así, una heterogénea coalición política, en que participaban tanto sectores de índole marxistas como fascistas, habían levantado la candidatura del Ibáñez del Campo proclamándolo sin más como el *General de la Esperanza* que barrería con la corrupción, la politiquería y la pobreza generalizada de los trabajadores. En los comicios de septiembre de 1952, Ibáñez venció por una enorme diferencia a los otros tres candidatos, entre ellos Salvador Allende, abanderado del Frente del Pueblo, que postulaba por primera vez a la presidencia de la República. Sin embargo, llegado este año en particular se habían venido abajo cada una de las ilusiones y promesas típicas del populismo. Ahora, siguiendo las recetas del liberalismo económico, se aplican políticas que golpean duramente el modo de vida de los trabajadores quienes finalmente reaccionarán a partir del alza de las tarifas del transporte público.

Valparaíso fue ejemplo y vanguardia de esas luchas. De hecho, en el puerto se constituye un amplio *Comando Contra las Alzas*. Lo formaban la CUT, las federaciones de estudiantes de la universidad Católica y la de Chile, la *Confederación Marítima*, el *Frente de Acción Popular*, el *Partido Radical*, la *Falange Nacional*, la *Federación de Estudiantes Secundarios* y la municipalidad. Este comando confeccionó un plan de acciones de lucha y de resistencia, de un arte de lo posible gestionado por los trabajadores, el cual el 27 de marzo se inició con mítines de obreros y estudiantes. Esos mítines relámpagos se repitieron los días siguientes mientras el sábado 30 de la misma semana se produjeron una serie de marchas, masivas en su concurrencia, que recorrieron las principales calles de Valparaíso. La represión no impidió que las protestas prosiguieran. De hecho, el *Comando Contra las Alzas* organizó una serie de paros y así llegamos al 1º de abril donde hubo paralizaciones de una, dos y tres horas. El martes 2, hubo un paro por 24 horas que fue masivo y total en Valparaíso y en Viña. Mientras tanto, en Santiago las acciones de resistencia de los trabajadores contra las alzas tuvieron mucho de improvisación y de espontaneidad porque, a diferencia de lo ocurrido en el puerto, acá no existió un comando organizado mientras la CUT, el

reforma agraria y partir de ella el reconocimiento político de ese sector que fue excluido de la participación política durante décadas, el campesinado. Durante, los años siguientes, gracias al empuje de la Unidad Popular, la democracia política fue abriendo paso a la democracia social y económica cumpliendo con el programa político comprometido de cara a las elecciones de 1970. Así, las grandes mayorías, antes excluidas y marginadas de los procesos políticos- sociales, ahora se convertían en principales constructores y arquitectos de la democracia. Precisamente por esa razón fue destruida. En otras palabras, fue esa vital democracia vivida, construida y gestionada por los trabajadores chilenos entre 1967- 1973 la que deja atrás la conservadora y tormentosa tradición autoritaria y antidemocrática nacional y por eso tuvo que atentarse contra ella, contra la vida de miles de compatriotas que no aceptaban un régimen político mediocre, elitista, excluyente y decididamente reaccionario. En ese contexto, el autoritarismo que se instala en Chile a partir del 11 septiembre de 1973 no es una excepción a la regla, que supuestamente interrumpe una larga tradición democrática, porque el período democrático de Chile ni siquiera pudo cumplir una década de vida. A través de nuestra historia, es necesario decirlo, las violaciones a los derechos humanos por parte del régimen son una constante y bajo ningún aspecto son la excepción. Además, otra vez en la historia chilena, los victimarios, los genocidas y sus cómplices, gozaron de impunidad lo que los alienta, en un futuro cercano o lejano, a continuar repitiendo sus acciones políticas y subversivas inmorales que van más allá de cualquier consideración en favor del derecho a la vida. Lo único susceptible de comprobación histórica es que desde la Constitución de 1833 en adelante, de diversas maneras, el régimen político chileno violó sistemáticamente los derechos humanos y salió impune de ese accionar. Las fuerzas armadas y los poderes fácticos, tal vez con la sola excepción de algunos sectores de la iglesia católica de ese entonces, a través del golpe de

FRAP y otros partidos de oposición al gobierno de turno fueron sobrepasados por los acontecimientos generados como reacción a las políticas económicas del gobierno.

La lucha contra el alza de los precios en la capital la iniciaron los estudiantes universitarios y medios. Salieron a la calle el 1° de abril formando rondas, cantando y lanzando consignas contra la carestía, en abierto desafío a la policía y su idea del orden público. Como siempre, al caer la noche se agudizó la represión donde cae asesinada Alicia Ramírez. Ese hecho aumentó la indignación popular que se manifestó en masivas y poderosas marchas que coparon las calles mientras la policía, por la contundencia de los acontecimientos, se ve desbordada. La respuesta del gobierno, como era de esperarse, fue sacar las tropas del ejército a la calle. Al mismo tiempo, las autoridades ordenaron abrir las puertas de las cárceles y decenas de delincuentes salieron a quebrar vitrinas y saquear tiendas y negocios del centro de Santiago. Desataron el caos, creando condiciones para una sangrienta represión de las manifestaciones populares. Soldados y carabineros disparaban sus armas contra la gente desarmada, que se defendía con piedras (...)

Estado contra Allende, restauraron su principal tradición política que no es otra que el autoritarismo para seguir defendiendo y reivindicando intereses y formas de vida que son contrarias al bien común. Al igual que ayer, otra vez los trabajadores son disciplinados y a punta de bayonetas, represión, tortura, exilio y ley. La clave de este asunto fue el año 1980 porque es el año en que se redacta, otra vez bajo un cónclave autoritario elitista y de minoría, de espaldas al trabajador, a sus vivencias, intereses y necesidades, la Constitución de 1980 que así, otra vez, está viciada de origen por ser parte de la férrea voluntad política autoritaria del genocida Pinochet que impuso sus locuras y desvaríos políticos- ideológicos incluso a sus opositores. Ese carácter muy antidemocrático, conservador, formal, represivo y reaccionario de la Carta Magna fue denunciado por todos los ciudadanos demócratas a los que muchas veces les costó la vida. A otros les valió la tortura mientras otros muchos tuvieron que partir al exilio. Sin embargo, al tiempo que esos luchadores por la libertad ofrendaban su bienestar, su posición social, su trabajo y hasta sus familias y vidas, no faltaron los que con una fría racionalidad de oportunistas, de reformistas y progresistas, sostuvieron que a pesar de su ilegitimidad de origen la Constitución de 1980 debía ser aceptada para derrotar a Pinochet lo que es bastante irracional porque en ahí se tuvo que eludir deliberadamente, claro, el tema de la legitimidad de ésta. Se eludió porque fue la raíz del problema que, a su vez, es el poder. Es decir, la raíz del problema fue el poder en el sentido de que éste se reconciliaba con la voluntad y la soberanía popular reivindicando el interés y la cultura de los trabajadores o continuaba sometido a poderes fácticos reales, minoritarios y bastante antidemocráticos. Así, durante muchos años de gobernar y de gobernar, lo que no significa en todo caso controlar el poder, la Concertación Democrática eludió en forma sistemática y permanente el tema de la ilegitimidad de la Constitución de 1980 porque el régimen los favorecía con las migajas de la administración pero no del poder. El poder estaba en otro lado, estaba en las corporaciones, en las transnacionales, en todos los sectores y grupos de elite que están más allá de la voluntad y de la soberanía popular.

Lo real es que en esas circunstancias en Chile los trabajadores solo fueron actores sociales- políticos fuertemente debilitados, fueron los más débil de la cadena relativa a la formación y la definición de la agenda pública. Por eso, ese tipo de régimen actúa contra los intereses de éstos. Entonces, poder sostener que la forma de régimen político fundado a partir del golpe de Estado es democrático es una gran falacia del neoliberalismo porque se mantuvieron las restricciones o limitaciones a la participación política y la soberanía popular. Además, en el caso chileno, el régimen democrático formal no se conformó sólo con limpiar las impurezas que afectan al poder civil, a la representación política u otras sino que, muy por el contrario, fue un régimen formalmente democrático que solo es superado si las fuentes del poder son afectados directamente por la acción de la mayoría que legitima así

su interés porque son mayoría. Además, una Constitución más democrática parte limitando el enorme poder de veto y de condicionamientos políticos de las fuerzas armadas como actores centrales del régimen político. En cambio, las disposiciones constitucionales dejaron más o menos intacto ese poder. Por fin, la historia chilena nos enseña que, tenga o no el presidente la facultad de remover a los comandantes en jefe, nada asegura que vayan a ser respetuosos del régimen constitucional. Aunque los factores de poder dominantes intenten hacernos creer, con diversos argumentos históricos, políticos, sociológicos (...) que Chile es una isla en relación a la estabilidad y la permanencia de las instituciones democráticas, aunque pretendan hacernos creer que la propia Constitución de 1980 no dividió a los chilenos y chilenas, aunque pretendan hacernos creer que hubo una sociedad madura con un régimen eficiente y prestigioso, que así se opuso a los populismos de los otros países de la región, está claro y manifiesto que toda la estructura del régimen chileno siempre estuvo viciado de origen y por eso fue ilegítimo, profundamente irracional, elitista, excluyente y conservador. Especialmente por su origen y, sobre todo, por la forma como la Concertación procedió a legitimar la institucionalidad política a partir de 1984 lo que los convirtió en continuadores y responsables de una ya antigua tradición política autoritaria y antidemocrática que estuvo implícita en los fundadores del régimen y que la historia oficial reivindica como estadistas, es decir, hombres como Diego Portales y Arturo Alessandri.

Por último, la forma política que usaron tanto el binomio Aylwin y Lagos para en su momento aceptar la lógica autoritaria del régimen político en su permanencia histórica es la misma que antes usaron hombres como Portales y Alessandri para configurar el régimen en el inicio de nuestra vida independiente que siempre estuvo organizada en términos autoritarios. En definitiva, el rol del régimen aunque varía de acuerdo al contexto histórico deviene en el gran legitimador del Estado capitalista. Es decir, más allá de las características específicas del régimen político en un estado histórico, lo que permanece tras él es la función legitimadora. Sin embargo, cuando el régimen insiste en la democracia, la movilización y participación de los trabajadores, que en términos prácticos se traduce en una gestión popular de la agenda pública, éste realmente muta y se radicaliza porque la gestión democrática y popular socava la lógica capitalista desde el momento en que se interesa y actúa en beneficio de los intereses de los trabajadores. Intereses que son tan ajenos al Estado capitalista como la democracia, la igualdad de oportunidades y la primacía del derecho a la vida. Los dirigentes en esas circunstancias fueron expresión y representación de los intereses más concentrados y así impidieron bajo diversas razones y acciones políticas que los trabajadores pudieran ejercer en forma más libre y democrática el poder constituyente porque saben que, de cara a los trabajadores, no pueden seguir sosteniendo racionalmente la defensa de sus granjerías y sus privilegios. En algo sí tienen razón los sectores dominantes. Tienen razón cuando dicen que Chile empezó

a recorrer el siglo XXI con el mismo espíritu de 1833 y de 1925 porque ese espíritu no es otro que la lógica de un régimen autoritario y antidemocrático. Por lo mismo, Chile solo se reencuentra con lo mejor de la historia y con los valores democráticos, con el ejercicio de un régimen de intereses populares, es decir, de reivindicación del bien común, solo a partir de la acción del poder constituyente de las mayorías que se expresa en la gestión profundamente democrática de los trabajadores respecto a los parámetros y definiciones de la agenda pública que de por sí, por nuestra propia historia, es una tremenda ruptura en relación al pasado.

### **El sentido de la crisis de representatividad.**

Para bien o para mal, a pesar de la crisis de representatividad y de los vicios propios de los partidos políticos y del sistema de representación de los intereses de los actores sociales, que se movilizan por ellos a partir de formas, premisas y maneras de actuar, los partidos políticos son organizaciones que tratan de representar intereses que se enfrentan entre sí. Es decir, en las condiciones de crisis de representatividad de los partidos, no sólo estamos frente a problemas internos y estructurales, de ideología y del sentido de éstos, sino además frente a problemas de los campos de intereses a los cuales dicen representar. En otros términos, su crisis también es la crisis del cambio de la sociedad a la cual tratan de expresar a través de un régimen político que también transmuta en este proceso. La crisis de representación de los partidos además nos dice que, a pesar de que ellos representaron los valores de ciertos grupos, actores, sectores e incluso clases sociales enteras, hoy, después de tantos años de historia, dejaron de hacerlo. Los partidos políticos tienen una multiplicidad de problemas que se expresan incluso en la falta de candidatos creíbles para cualquier contienda electoral. Es el caso de los sectores y grupos que en general son claros opositores a los regímenes populares porque insisten en las políticas y medidas neoliberales, en un régimen históricamente fracasado donde la tecnocracia y los valores de los sectores dominantes más conservadores controlan el gobierno y en los que la crisis del sistema político es más que una realidad concreta. En el caso de los regímenes populares, que son los que en realidad me ocupan, con partidos tradicionales desbaratados y poco representativos en el sentido que la historia logró superarlos frente a las necesidades y urgencias del nuevo régimen democrático e inclusivo, con el neoliberalismo ya desprestigiado y a la defensiva por las consecuencias de sus políticas, los sectores opositores, que ven como el asunto del poder se les va de las manos, ya no saben qué hacer, no tienen posibilidades reales de reaccionar ante la imposibilidad de usar nuevamente a las fuerzas armadas en defensa de un estatus que los favoreció por mucho tiempo. Por eso mismo, con la aparición de los regímenes populares, que intentan expresar de la mejor manera los intereses de los trabajadores, sus necesidades y su cultura,

surgen otras estructuras, conglomerados políticos y alianzas que se movilizan en favor de la nueva realidad y de la profundización de la misma. Fue en su momento el caso del *Partido Socialista Unificado* de Venezuela. Por su parte, la oposición a través de sus estructuras deberían representar a sectores y grupos sociales que se sienten claramente perjudicados en sus intereses por las medidas heterodoxas típicas de los regímenes populares pero, en la generalidad de los casos, son impotentes ante tamaña responsabilidad porque no tienen ni cuentan con un proyecto político creíble al insistir en los dogmas neoliberales. Pero con el crecimiento económico, con la mayor producción y la defensa de la industria nacional a partir de la defensa del consumo popular, nunca les fue tan bien. De ahí lo paradójico. De todas maneras, esa oposición feroz se entiende porque no todo es economía y en ese aspecto la lucha es también política- cultural. Nunca les fue tan bien y sin embargo se oponen. No saben cómo pero lo hacen. Y ese problema van a tener que resolverlo porque, frente al avance de la conciencia y expectativas de los trabajadores, ya no les basta con el control de los medios masivos a través de los cuales crean una realidad virtual que está muy lejos, cada vez más, de la realidad de todos. Cada vez se les complica más ocultar esa realidad, tergiversarla y pensarla en los términos de los neoliberales.

A pesar de lo anterior, de una realidad virtual que de manera frontal se estrella contra las vivencias cotidianas del trabajador, los sectores y factores de poder dominantes aplican la misma receta de siempre para recuperar en parte la iniciativa perdida ante la contundencia del régimen popular: ellos buscan desprestigiar al líder, aislarlo de los trabajadores, al mismo tiempo que intentan dividir las fuerzas populares, poner una fracción contra el proceso para finalmente debilitar la (r) evolución permanente y después dar el zarpazo. Ellos intentan derrotarnos en el alma popular y arrancarnos del corazón de los trabajadores que legítimamente representamos en esta etapa de la historia. El objetivo a destruir es el régimen popular, la racionalidad nueva que construye sobre las cenizas del anciano régimen. Por eso mismo, la sola posibilidad de que los cambios en el sentido del humanismo se profundicen, los llevan a movilizar todos los recursos de que disponen para imponernos nuevamente el país de la exclusión. De hecho, ni las crisis los detienen. De hecho, la crisis global fue deteniendo progresivamente, a partir del 2008 en adelante, la actividad económica de los países centrales, de los Estados Unidos y de la Unión Europea primero y la propia capacidad para la reflexión crítica global, después. De ahí que las autoridades de esos países lean las crisis como desequilibrio fiscal, y en lugar de actuar defendiendo los puestos de trabajo y la capacidad productiva instalada, terminan defendiendo los intereses bancarios. Por eso, el paquete de medidas destinadas a recortar el gasto público son prioridad. Es que bajo ningún aspecto podía quedar al descubierto no solo las causas de esa y otras crisis sino también la falsedad absoluta del paradigma ligado al éxito en términos del individualismo que es



pregonado por el Estado capitalista, por su idea de la competitividad y por la acumulación de bienes, que se contraponen a la solidaridad, a la fraternidad, a la igualdad y el bien común, todos preceptos y valores fundantes de la ética más radical de la gesta de cambios que parieron los propios trabajadores en las ya lejanas jornadas de 1789, que acabaron de una buena vez por todas con la monarquía y el absolutismo. No puede quedar al descubierto que en la era de la desigualdad, la exclusión y pobreza, que es propia del capitalismo de consumo total, desenfrenado e irresponsable, todo se convierte en producto a vender o consumir. En una mercancía. Ni siquiera la representación política ni los electores son ajenos a esta lógica y de allí la crisis estructural, la crisis de representación de los partidos que, en el caso de las minorías, insisten en el marketing político, en la ideología de un falso consenso que solo a ellos y sus intereses satisface, del fin de la historia como lucha entre clases, para así construir productos, líderes y personajes que sólo la conciencia de los trabajadores y la profundización de las prácticas democráticas a través de la gestión popular de los asuntos públicos pueden contrarrestar. La batalla cultural, que es una lucha por el sentido de las cosas, de los valores y de la política, que tiene relación directa con las formas de solución de los asuntos que a todos conciernen, es una batalla de lo más importante, es una batalla que es profunda porque implica transformaciones en los valores, en la ética, en las necesidades e incluso en las urgencias de la mayoría que, en la medida en que se consoliden, hacen viable sociedades más justas y equilibradas. Por lo tanto, el ataque contra los sectores de la cultura popular, en la medida en que logren profundizar en los cambios, en la medida en que reivindicuen la creación y defensa de sus derechos, es cada vez más extremo, reaccionario y despiadado. Es que se trata de desintegrar la credibilidad de los conductores políticos para así desintegrar la lógica y razones que buscan fundar una realidad justa. En esa realidad es que los gobiernos populares se consolidan en nuestra región, luego de años de conspiración e intentos de golpes de Estado de diversa índole, que termina siendo así un gran hecho histórico donde los protagonistas son los trabajadores. El hecho de que los gobiernos populares logren eficiencia en relación a la satisfacción de las necesidades de los sectores populares- de otra forma no se entiende la consolidación de estos regímenes- el hecho que sean protagonistas y vayan por más, siempre más y nunca menos, genera un clima político inédito que por parte de los grupos históricamente dominantes se expresa en una reacción del conservadurismo pero, a su vez, se expresa en la participación de quienes representan la cultura popular que, como nuevos protagonistas, demostraron una amplia capacidad para construir un horizonte mucho más justo, peculiar y humano. Es decir, los avances sociales, políticos y económicos de los regímenes populares se consiguen en el fragor de una lucha que moviliza la reacción de los sectores dominantes. Lo importante es que en esa lucha no cambian los principios, los valores ni convicciones de los sectores populares en el sentido que son una

ética, principios y convicciones políticas irrenunciables porque obedecen a un proyecto de país que en su contenido reivindica el bien de las mayorías. Lo que si implica importantes cambios, en el sentido de una mejor evolución de la acción política, es la participación y movilización de los trabajadores por la conquista y defensa de sus intereses más inmediatos, y de los de más largo plazo, que tiene relación con la renovación que producen todos esos cambios. Es que un pueblo que simplemente vota y luego se recluye en la intimidad del análisis, que no se moviliza ni participa, quiéralo o no, está reivindicando un tipo de democracia altamente abstracta que solo favorece los intereses de las grandes corporaciones que nada tienen que ver con las necesidades de las mayorías. Desde esa perspectiva, es solo en la discusión, en la participación y gestión de los trabajadores donde nuestros pueblos se nutren de ideas capaces de transformar la realidad. Por eso, hay millones de trabajadores, que una vez que se accionan las políticas de inclusión, del equilibrio en el crecimiento e igualdad de oportunidad, políticas de los regímenes populares, simplemente se van incorporando a la discusión política en el entendimiento real de que son partícipes y protagonistas del cambio. Así, las grandes obras del hombre, de los trabajadores y sus dirigentes, las grandes figuras y los líderes políticos son consecuencia directa de una época. Somos hechura de los tiempos, de las formas en que se expresa la lucha y el combate. Existen causas profundas, estructurales, centrales e históricas, que hacen a los trabajadores ocupar determinado espacio. Mientras tanto, el neoliberalismo consiguió convertir a la humanidad en un gigantesco mercado donde todo lo material y lo espiritual devino en mercancía, es decir, en susceptible de ser vendido o comprado. Incluso nuestras vidas.

Ese proceso de deshumanización extrema o sea, de mercantilización de las relaciones humanas, que es protagonizada y conducida políticamente a esa máxima potencia por el Estado capitalista y su régimen político neoliberal, simplemente nos conduce a la extinción de la cultura, de los intereses de los trabajadores y por eso nos condena a una vida miserable, de una pobreza y exclusión estructural. El problema que se presenta a los que batallamos contra el Estado capitalista en sus diversas manifestaciones estructurales es que éste, siempre tenaz, violento y tremendamente audaz en la defensa de la propiedad privada del capital, conquistó las expresiones de vida de los trabajadores. Todo sucumbió frente al irrefrenable avance del control de la mercancía sobre nosotros. Por ejemplo, sucumbió la religión, el arte y la imaginación, todo se rindió al altar de la acumulación privada del capital y así hoy no solo se libran grandes guerras imperiales o se lucha por el sentido de las cosas sino que además se intoxica a la población con fármacos y alimentos artificiales para aumentar las ganancias colocando en riesgo la seguridad alimentaria de los pueblos. Entonces, la crisis de representatividad de los partidos políticos tiene que entenderse en su real dimensión, en cada una de sus manifestaciones. Así, esta etapa de la historia es una época de muerte pero también de un tremendo

parto, es una crisis histórica, orgánica y real porque se desarrolla mientras algo muere pero que en definitiva no termina de morir, y al mismo tiempo, se desarrolla mientras algo nace y no termina de nacer. Ahí hay una crisis del régimen político que insinúa la crisis del propio Estado capitalista. ¿Cómo habríamos de no actuar frente a esta oportunidad que nos da la historia para reivindicar nuestros derechos?

### **La razón de los regímenes populares.**

En la alta Edad Media se produce una revalorización de la razón de los hombres frente a la fe lo que da inicio al fin del oscurantismo típico de la época más fundamentalista de los católicos. Se revaloriza la razón frente a la fe lo que también significa que se revaloriza la verdad natural, de las ciencias naturales y sociales, frente a la verdad revelada por la divinidad definida por ellos mismos. En definitiva, se revalorizan las verdades de la ciencia y de la filosofía frente a la teología que por varios siglos controló los designios de la mayoría sin el menor respeto por las necesidades materiales de ésta. También sin siquiera respetar las múltiples necesidades espirituales de esas mayorías. Sin embargo, ahora, por influjo directo de Aristóteles, que es descubierto por la cultura occidental que pronto lo incorpora a su acervo racionalista, el saber de la razón del hombre es valorizado de tal manera que, de ahora en adelante, reivindicará su propia autonomía, su ámbito, su independencia relativa y su propio derecho ante los dogmas y las verdades de la teología y de la fe de los hombres. En esas circunstancias se despertará una enorme sed por el saber, por la investigación, por la avidez descontrolada del conocimiento científico. La jerarquía eclesiástica, el orden temporal, terrenal y espiritual, la disciplina, la autoridad de la iglesia y sus eunucos, la fe, los dogmas de ésta y hasta la biblia y sus evangelios, todas cosas profundamente admiradas y respetadas en el siglo XVII, cien años después son profundamente aborrecidas, denostadas y humilladas frente a las nuevas bases morales, éticas y políticas que intentan cimentar las bases de otra vida en comunidad donde, frente a las diversas disputas de los nuevos grupos y actores de poder, se busca implantar la lógica del Estado capitalista, su filosofía y su ciencia autónoma y burguesa. Así, los nuevos intelectuales se preguntarán porqué los hombres, ahora más lógicos y razonables, querrían ser cristianos cuando éste, de acuerdo a esta concepción tanto política como ideológica, que insistirá rápidamente en la primacía de la razón sobre la fe y sus teologías, sería una doctrina superflua, un accidente exterior y estructura irracional, baja y digna de la superstición e ignorancia de los hombres. Sin embargo, ¿no pueden los hombres racionales ser religiosos de acuerdo a sus modos? ¿Acaso no puede el hombre de esta modernidad, incluso el humanista bien seguro de sí mismo y de sus verdades racionales, descubrir el camino que lo lleva a la fe, descubrir su propia verdad religiosa a través de las rutas de la razón? ¿No puede el hombre encontrar la bondad de

Dios, su veracidad y su amor al prójimo, a través del raciocinio, del análisis de la razón? ¿No es lo que vimos en *Abraxas en la encrucijada del bien y del mal*? ¿No son la fe y la teología conocimientos tan racionales y válidos como la ciencia desde el momento en que esta última se nos muestra lógicamente imposibilitada en su afán por encontrar la verdad absoluta? Así, como vimos en otro lugar, el ideal de la verdad y de la evidencia empírica de las ciencias y de su lógica solo puede alcanzarse, a lo más, en el campo de las matemáticas, el resto, o sea, todas y cada una de las restantes ciencias humanas- para el caso las naturales y las sociales- que son mucho más abstractas y formales, no por eso son menos válidas. Lo importante es que en el contexto de la verdad de los hombres, de su racionalidad que pronto incorporará a su acervo lógico la propia fe y la teología convirtiéndose de ese modo en una síntesis mucho más acabado del saber, es que reivindique al hombre histórico concreto, es decir, tal y como vive la cotidianidad en su mundo, en su propia realidad. Entonces, la racionalidad de las razones del conocimiento de los hombres, de la defensa de la ciencia o de la teología y hasta la creencia en la síntesis más acabada de ésta (en la propia razón moderna que busca la convivencia entre ambos saberes) lo importante es reivindicar al hombre en su materialidad concreta, como ser genérico y no desvariar con teorías como la de los dos mundos, del idealismo absoluto y del espiritualismo desmotivador que busca aislar al hombre de su realidad para, inmediatamente después, interpretarlo desde la idea abstracta. Sin embargo, por principios, el hombre, al igual que Dios, no está frente al mundo sino que está en el mundo lo que significa que participa de éste, significa que es un protagonista que moldea la realidad de acuerdo a su convicción, necesidad y acción u omisión. La importancia de reivindicar este hombre concreto y real está en que lo saquemos, de ahora y por siempre, de sus falsas dimensiones cósmicas, de una realidad ideal pero muy incomprensible que lo tensiona continuamente. Esto conlleva una radical desproporción y un tremendo desequilibrio en relación a la misma posibilidad de levantar sobre nuestras propias miserias un régimen político que ayude a entender y mejorar la situación de todos.

Si la racionalidad moderna, sea la de los sectores dominantes o esa que busca fundar el humanismo a partir de la gramática y verbo mejor conjugado, no es capaz de reivindicar al ser genérico contra el idealismo absoluto, ahí se produce una gran desproporción, un fuerte desequilibrio y un tremendo problema teórico- práctico que socava las bases mismas de esa racionalidad y su arte de poder y de hegemonía en el sentido de que tiene que echar mano a mitos cada vez más irracionales para seguir sosteniendo sus pretensiones de dominio y control lo que, más temprano o más tarde, implica profundizar en la lucha contra los sectores dominados. Por el contrario, cuanto más abstracto es el hombre más abstractas son sus situaciones y su mundo de manera que el propio acto del conocimiento, de reivindicación de una conciencia nacional y popular, bases del humanismo, se vuelven abstracta y se pierde la capacidad

de ganar en claridad, acciones, reacciones revolucionarias y en simplicidad lo que implica perder en razón porque el hombre abstracto pierde su contenido y luchas. Mientras tanto, el hombre concreto necesariamente pone sus ojos en la ambivalencia de la lógica del progreso tecnológico en manos dominantes y los límites del crecimiento de sus mitos porque, lo quieran o no reconocer, las ciencias naturales y más aún las sociales no han constatado los hechos, lo dado, de manera neutral y objetiva, es decir, exenta de valoración política e ideológica sino que, por el contrario, reivindicán en manos de los dominantes los valores de esos mismos grupos y sus representantes que desde siempre nos hablaron de economía, de eficiencia, de rentabilidad o de verdades, de objetividad e imparcialidad cuando esos términos les son totalmente ajenos. Esos conceptos de la ciencia de la economía les son ajenos porque su dogma, sus preceptos- liberales primeros y profundamente neoliberales después- no resisten la mínima confrontación con la realidad porque su razón va contra la historia del hombre y eso es notorio para cada vez más trabajadores. Así, una razón que estructuralmente se encuentre menos expuesta a los mitos de los neoliberales necesariamente tiene que reivindicar las necesidades de los trabajadores. De hecho, el punto de vista del régimen popular fue alcanzando relieve empírico y un predicamento teórico mucho más consecuente, como alternativa al gran fracaso de las políticas neoliberales, como arte de poder que batalla decididamente contra el pensamiento económico de los sectores ortodoxos, del automatismo de los mercados, cuando analizamos la historia de los primeros años del siglo XXI donde surgen otras experiencias populares que buscan cambiar la realidad de Latinoamérica. Así, esta historia donde los regímenes nacionales y populares son los grandes protagonistas, nos muestra excelentes indicadores comerciales, económicos e incluso políticos porque la inclusión de trabajadores, antes excluidos, al mercado laboral y de consumo solo puede favorecer la gobernabilidad, la institucionalidad democrática, el crecimiento y el desarrollo, todos fenómenos que reivindicán y solidifican la relevancia de las políticas de inclusión social adoptadas por esos regímenes.

### Capítulo 3: Los desafíos del crecimiento, desarrollo e igualdad.

#### Bases económicas de la vida del hombre.

El derecho a la vida es el mayor don de Abraxas, de la naturaleza o de quien estemos dispuesto a creer. En este caso, lo importante no es la creencia individual de cada uno, la creencia o no en un ser mucho más allá de nuestro entendimiento porque éste estaría más allá de nuestra propia experiencia. Lo importante es que la vida del hombre y su derecho a vivir es una cuestión y un derecho inalienable que además se sustenta en bases económicas y a través de esas mismas bases económicas se sostiene en determinadas relaciones de poder donde unos, los menos, históricamente dominaron en perjuicio de los demás. El hecho de que la vida del hombre tenga concretas bases materiales y económicas significa simplemente que para sobrevivir, el ser humano es capaz de prescindir de muchos bienes y de ciertos servicios, sin embargo, de lo que no puede prescindir es de la comida y la bebida. Por eso, fue Jesús el que enseñó una oración que podemos desglosar en dos partes: *Padre nuestro* y *Pan nuestro* donde nuestro Dios es verdaderamente *Padre nuestro*, es decir, de todos los hombres, si el pan- que es el símbolo de los bienes esenciales para la existencia del hombre- es compartido entre todos. El problema es que bajo los preceptos del neoliberalismo en particular y del Estado capitalista en general, del Estado capitalista en tanto reproductor y garante de las relaciones de explotación básica del capital sobre la fuerza de trabajo de los obreros, los bienes que arrancamos a la tierra para la propia supervivencia, los alimentos, el agua, la energía y todos los frutos colectivos del trabajo humano, no son compartidos entre todos lo que significa que no todos tienen derecho a éstos porque algunos tienen acceso garantizado mientras otros son excluidos. En esas circunstancias, es importante decir que apenas el 20% de la población mundial, concentrada en la parte occidental del hemisferio norte, tiene el 80% de la riqueza generada por el esfuerzo de todo el planeta. En muchos países periféricos, categoría donde entran todos los países latinoamericanos, basta con salir a la calle para toparse con la miseria que además de ser un problema económico es necesariamente un problema y un desafío que tiene que ver con la ética desde el momento en que es el humanismo el que impide permanecer indiferente. En realidad, ninguno de nosotros escoge la familia ni el país, ni el régimen o el momento histórico en que le toca nacer. En esas circunstancias, si padecemos y sufrimos o no de necesidades básicas, de la urgencia de alimentarse, de una vivienda o un trabajo digno, es por mero azar de lo que podríamos llamar la lotería biológica. De hecho, en esta globalidad, aún neoliberal, de cada tres personas nacidas vivas, dos ven la luz en la pobreza o en la miseria asociado fuertemente a los países menos desarrollados, los periféricos y estructuralmente dependientes de los intereses de los otros, esos

que son ajenos a esas realidades de carestía. Por eso, nuestra condición de vida y de trabajo digno no puede enfocarse como un privilegio sino antes bien como una gran deuda social, del propio régimen político y del Estado, porque es injusto que exista la lotería biológica en un planeta que produce alimentos para 12 mil millones de bocas y que sólo está habitado por un poco más de la mitad de esos 12 mil millones. Es increíble lo mal organizado que está la agricultura a nivel global, o mejor dicho, es increíble como la organización de los cultivos y de la estructura de la agricultura en general, sigue favoreciendo desvergonzadamente los intereses de los grandes pools de siembras y de las transnacionales dedicadas a la alimentación a expensas del hambre en vastas zonas del mundo a las que tampoco escapan los países más desarrollados. De hecho, a partir de esa estructura organizativa de la agricultura, cada día se pierden más cultivos tradicionales mientras, al mismo tiempo, la agricultura global favorece a las grandes empresas y deja fuera de jugada a los pequeños campesinos. Entonces es central revalorizar la cocina tradicional propiciando el cultivo local, de manera que seamos capaces de evitar la producción de alimentos y semillas transgénicas dando una gran batalla contra la razón que busca soslayar el problema de la dependencia política, cultural y económica de nuestros pueblos respecto a los países centrales. Esta cuestión no es un tema menor porque sólo siendo soberanos, y en este momento no lo somos, podemos luchar contra el hambre y la pésima alimentación del trabajador. Rastrear en la memoria alimentaria es indispensable para iniciar y continuar un proceso de recuperación de la soberanía perdida en este aspecto. Son muchos los productos que olvidamos o usamos de manera bastante precaria por lo que es urgente la necesidad de imaginación culinaria de modo que amplíemos las diversas posibilidades de una mejor alimentación. Con la llegada a nuestra región de los regímenes populares de principios de siglo, la situación empezó a cambiar para mejor, sin embargo, cuando las necesidades son básicas y urgentes nunca es suficiente. Por ejemplo, en la Venezuela de Chávez se dio un proceso de profundos cambios en el régimen de propiedad de la tierra pero definitivamente no alcanza con reemplazar un gran mono cultivador por muchos pequeños productores que siguen tratando a la tierra de la misma forma. Es necesario trabajar en una cultura alimentaria integral, que incluya cocina, ambiente, cuidado y equilibrio de la tierra y sus recursos, más y mejor distribución. En general, los cambios no alcanzan para decir que logramos la soberanía alimentaria pero todos los días, en Latinoamérica, se dan grandes pasos en ese aspecto que por lo demás va en directo beneficio de los sectores más vulnerables. El mismo concepto de *soberanía alimentaria* adquiere otro sentido a partir de políticas inclusiva típicas de los regímenes populares. Si soberanía es defender, rescatar, pelear por lo propio y sentirse orgulloso de esa posesión, desde la tierra hasta las políticas públicas que un gobierno esté dispuesto a llevar adelante, la alimentación no puede quedar exenta de este término. Se habla de *soberanía alimentaria* para revalorizar la

cocina nacional, el saber y sabores propios y tradicionales, pero el concepto mismo necesariamente va mucho más allá, es decir, se trata de poder rescatar al pequeño agricultor y darle acceso a tierras y semillas para que produzca sus alimentos. Gobiernos populares, universidades y diversas personalidades de todo ámbito lo impulsan como una forma de batallar contra la dependencia, la pobreza, la exclusión y el hambre.

La propuesta de soberanía alimentaria nació en Italia de la mano de la organización *Vía Campesina* que en su momento reclamó el derecho de los diversos regímenes nacionales a definir sus propias políticas agrarias en un marco de desarrollo que sea sostenible en el tiempo y que logre resguardar la seguridad alimentaria de nuestros pueblos. Después, y en diversos foros, fue consolidándose un movimiento global detrás de esa consigna que incluye, además de producir los alimentos, el derecho a una alimentación más sana, nutritiva y culturalmente apropiada. Además, hay que distinguir el concepto de *soberanía* respecto al de *seguridad alimentaria* aunque en realidad ambos remiten al mismo objetivo, es decir, que la población total de un país o una región determinada acceda a una alimentación adecuada para su crecimiento y desarrollo. La diferencia es que la *seguridad alimentaria* no implica por sí mismo el apoyo a la producción local, algo que sí contempla la *soberanía*. Desde esta perspectiva, todo programa de *soberanía alimentaria* es posible únicamente desde el punto de vista de un proyecto político que se base en la recuperación efectiva de la soberanía nacional y en la vigencia plena de la soberanía popular en términos de participación política activa. Un programa de esas características así impulsa el desarrollo de huertas familiares, abastece de semillas hortícolas en especies de variedades no híbridas para facilitar la auto producción de semillas y siempre considerando la adaptación a diversas regiones y consumo local. No es un desafío menor porque muchas veces, a nivel global, los datos relativos a la agricultura impactan. Por ejemplo, la agricultura familiar abarca el 66% de las explotaciones agropecuarias pero solo son parte del 13,5% de la superficie sembrada. A su vez, ésta provee por lo menos el 50% del empleo rural siendo finalmente un rubro muy importante respecto a los porcentajes que conforman el PBI de los países del sur, los nuestros que son muy ricos en recursos naturales en general. Así, debemos delinear estrategias para que nuestra población acceda a esos alimentos, hay que proveer a la población de nuestros países desde la educación y la salud hasta los ingresos que le permitan adquirirlos y llevarlos a la mesa familiar que es el mejor comedor que podemos tener. En un momento como el actual, en que el interés por los biocombustibles determina que grandes superficies de tierra se destinen a cultivos orientados a esa industria de la energía antes que a la producción de alimentos, se produce un serio conflicto de intereses entre el capital privado y los pequeños agricultores para los que los objetivos son otros. Se trata de sentar a todos los trabajadores a la mesa, una pretensión difícil de imaginar cuando se habla de rescatar la cocina tradicional. Nuestros



países presentan grandes diferencias por regiones, ¿cómo entonces podemos sentar a todos los trabajadores a la mesa colectiva? La cultura culinaria como patrimonio de los pueblos es un elemento bien decisivo de la identidad. Lo central es que el conocimiento relacionado con nuestras múltiples identidades alimentarias es, indudablemente, una forma de resistencia y de lucha contra el modelo agropecuario biotecnológico que estipula la globalización neoliberal y que llevó a que se impusiera la soja forrajera a partir de una dinámica social y cultural que nos hizo más dependientes, que promovió la concentración de la tierra y hasta el despoblamiento característico e histórico del medio rural. Así, la consigna de sentar a todos los trabajadores a la mesa es prioritaria cuando hablamos de soberanía alimentaria. Por eso, no podemos pretender que la economía de los regímenes populares siga enfocada desde una óptica que se ocupa meramente de la maximización del lucro privado a expensas del bien de la mayoría, es decir, la economía necesariamente es un bien que tiene que ver con el bienestar de la colectividad. En otras palabras, si todos los aspectos de la vida se relacionan con la economía, ¿cómo vamos a aceptar que prescindamos de los valores éticos que hacen al humanismo como expresión amplia del derecho a la vida de todos? ¿No es acaso este humanismo el gran reaseguro del cuidado más fiel de la vida del trabajador? Por eso es necesario no solo sensibilizarse respecto al valor sagrado de cada persona sino que antes bien, y bajo esos objetivos, es preciso criticar de la forma más extensa posible el consumismo y superar el individualismo que se enfrenta al ser genérico. Es necesario enfatizar la relación de hermanos que constituimos entre todos y la práctica de la justicia reivindicada por el amor y el cuidado del prójimo. Hay que ampliar la democracia sobre metas de sustentabilidad, sobre metas de gobernabilidad, de fuerte desarrollo y de crecimiento para así fortalecer la globalización en otros términos, desde una visión que vaya más, mucho más allá de la utopía de los neoliberales y su desprecio por los valores de solidaridad, de modo que se vaya creando una nueva alternativa al régimen y al Estado capitalista, en la que lo que hay de más sagrado, es decir, la vida de los hombres, esté por encima de la idolatría de la acumulación privada de los capitales.

Es importante este manifiesto en favor de la vida del trabajador porque todavía hoy a pesar de muchas crisis, a pesar de que el capitalismo se llevó la vida, los sueños y esperanzas de muchos, a pesar de una serie de pesares, de tremendas contradicciones e irracionalidades que no logran salir airosas del menor examen racional, a pesar de todo eso, la lógica económica predomina en la política de gobiernos que insisten siempre en ajustar contra los que menos tienen. Insisten, con el pretexto de evitar la inflación o cualquier otro pretexto, en las políticas típicas del neoliberalismo para seguir favoreciendo al mercado financiero- especulativo contra los intereses de los consumidores que son definitivamente el motor y el engranaje de cualquier régimen que se precie de valorar la calidad de vida de los hombres a través de la inclusión de

los trabajadores a partir de la generación de empleos que es, en tanto política, la más importante medida para que todos gocemos de los diversos mercados que conforman un régimen político más justo y democrático. Es importante este pequeño manifiesto en favor de la vida de todos porque actualmente, en la mayoría de los países de esta globalidad definida por los sectores de poder de siempre, el ciclo de la economía política no se cierra a partir de la realidad de un mundo mucho más solidario y autosuficiente, porque la realidad que los grupos de poder pretenden imponernos es parte de una ideología que busca mostrarnos que la estructura de la economía hoy es indiferente a cualquier consideración ética sobre la vida humana y la preservación y cuidado de la naturaleza. Nada más ajeno a la verdad del trabajador. Los datos históricos y la miseria en que viven gran parte de los hombres a nivel global nos obliga a cuestionar el rigor, la seriedad y la racionalidad de la supuesta lógica de las políticas económicas orientadas más al crecimiento y a la acumulación de la riqueza en favor de los dominantes que a un verdadero desarrollo sustentable.

### **El dinamismo económico.**

Sería bueno saber qué modelo, régimen o proyecto político superador proponen los sectores y los grupos hegemónicos que son dominantes respecto a las alternativas que pretenden frente al régimen político nacional y popular que siempre se mostró tan eficiente y eficaz en términos de inclusión de los trabajadores a partir de la generación de trabajo genuino, digno y de calidad para las mayorías nacionales. En ese sentido, el pecado capital de esos grupos reaccionarios es la toma de decisiones políticas y gestión de la agenda pública tremendamente irresponsable. Así, los sectores de la cultura popular, como siempre, solo les queda el arte de poder que tiene la suficiente inteligencia y movilización para incorporar a los sectores que defienden el mismo proyecto de país de nosotros. En esas circunstancias, la columna vertebral del proyecto nacional son los sectores populares. A partir de ahí tenemos que tener la inteligencia suficiente para incorporar todos los espacios políticos y sociales que comparten la misma visión de país democrático, inclusivo y humanista porque ya no es posible la vuelta al modelo anterior, al pasado, al régimen conservador, que siempre estuvo militando en favor de la pobreza en todos los ámbitos, tanto la espiritual como material, tanto política como cultural, que siempre estuvo militando a favor de la exclusión, de la marginación y la desigualdad de los hombres. Por eso, es central el apoyo y la movilización de las organizaciones de todo tipo, de los representantes de los intereses de los trabajadores, del pueblo organizado bajo las premisas del bien común. Esas fuerzas y organizaciones constituyen diversos espacios políticos y culturales que es el único espacio hacia donde el régimen popular puede expandirse. Y la oportunidad es un desafío constante porque siempre hay muchas fuerzas humanistas, de la cultura de nuestro pueblo que acompañan los lineamientos

fundamentales de los gobiernos inclusivos, de avanzada social, económica y política. Todas esas organizaciones y grupos son convocados para acompañar la ratificación del camino que significa la gestión democrática del trabajador. En ese contexto, no es tan importante hablar de candidatos porque lo central en esta etapa histórica es que las fuerzas políticas discutan y planteen, de cara a los trabajadores, cuál debe ser el rol del régimen político en el sentido más amplio posible, es decir, tanto en lo político, lo económico, lo comercial, en lo cultural y social, qué pensamos sobre la soberanía alimentaria, la reforma agraria y la intervención del sector público como herramienta de fuerte acción política económica. Es necesario reivindicar el modelo nacional y popular, humanista y de inclusión del trabajador, que milita a favor de los intereses de éstos a partir de la primacía de la vida como derecho fundamental del hombre porque, quieran o no reconocerlo algunos, este modelo es quien resguarda la soberanía en todas sus acepciones (política, alimentaria, etc.), la igualdad de oportunidades, la gobernabilidad, la estabilidad política, la seguridad jurídica, el dinamismo económico, la democracia, el consenso y la eficacia y eficiencia de la economía para resolver, en un contexto más inclusivo, los problemas de la mayoría. De hecho, si vamos un poco atrás en la historia, ésta nos muestra que mientras el mundo desarrollado, el de los países centrales con Estados Unidos a la cabeza, intentaban recuperarse de la crisis global desatada a principios del 2008 por la estructura especulativa y financiera de la época, otros países como Argentina, Bolivia, Ecuador o Venezuela continuaban en la senda del desarrollo. En esas circunstancias, si la intención real es crear empleos, elevar el ingreso y mejorar el nivel de vida, deberían dedicar más esfuerzos a encontrar la forma de generar dinamismo económico en el largo plazo. El dinamismo de la economía también es producto de la innovación tecnológica continua, de la experimentación, la adaptación y el cambio, lo que eleva la productividad a futuro lo que nos desafía a pensar en un plan estratégico de desarrollo en base a tecnología que sea conveniente de acuerdo a nuestros recursos, nuestra cultura y especificidades políticas. A su vez, esa mayor productividad apuntala el ingreso de los trabajadores que impulsa el consumo interno y que además crea un círculo virtuoso que origina mucha más innovación, consumo, ahorro e inversión. En fin, ese círculo virtuoso se completa con la expansión del sistema económico que así se dinamiza de una manera saludable, equilibrada y sostenible que nada tiene que ver con los dogmas, tanto políticos e ideológicos, de los neoliberales. Entonces, ¿cómo fomentamos el dinamismo económico del régimen? Mientras el crecimiento sí depende de que el sistema económico de nuestros países cuente con un sector financiero fuerte e importante que sostenga la viabilidad del régimen, fabricantes e industrias fuertes, ahorro interno y consumo popular, en relación al dinamismo de la economía, hay que considerar además otros factores. Es decir, el dinamismo no depende solo que una economía cuente con un amplio sector financiero, grandes fabricantes o una industria cualquiera, sino que los

sectores productivos sean altamente racionales y competitivos. Cuando estos parámetros centrales son implementados de la mejor manera, en defensa de un régimen que hace hincapié en la gestión democrática del trabajador, es indispensable garantizar la competencia entre sectores productivos que hacen a la economía nacional. Con ese objetivo, los gobiernos pueden minimizar las barreras al ingreso y egreso en una industria, abrir sus mercados al comercio, rechazar subsidios o las regulaciones que favorezcan a los ya beneficiados, dividir los monopolios pero fundamentalmente tiene que aplicar un tipo de cambio de equilibrio desarrollista para de esa manera integrar los diversos sectores productivos en una estructura económica que cumpla con las metas del humanismo.

La fortaleza de la misma cohesión social de los trabajadores, por la que decididamente milita el régimen nacional y popular a través de un programa soberano de desarrollo equilibrado, es un factor determinante y cierto para el dinamismo económico porque tiene que ver con la calidad de los diversos liderazgos que son necesarios para una gestión más eficiente de la agenda de gobierno. En otros términos, en los regímenes políticos en que prevalece la concentración del ingreso y de la propiedad privada o estatal de los medios de producción bajo la lógica de la primacía del derecho a esa misma propiedad, necesariamente se incuban procesos de exclusión de los trabajadores mientras que, como efecto de esa lógica, se generan dirigentes políticos que también tienden a la reproducción de las estructuras del atraso estructural de nuestros pueblos en relación a los centros del poder globales que están parapetados en un sistema comercial globalizado y neoliberal. Precisamente, esos liderazgos del retraso económico, de la reacción y del conservadurismo son el sustento político de los privilegios de las minorías. En esas condiciones de retraso y de conservadurismo, los liderazgos políticos tienden a asociarse a los intereses de las transnacionales que prevalecen en las economías de los países que son estructuralmente dependientes de los centros globales de poder y donde el régimen político no introduce ningún tipo de incentivo para actividades que sean distintas de las tradicionales, por ejemplo, que sean distintas del modelo primario-exportador. De esa forma, el crecimiento simplemente se reduce a una estructura históricamente fracasada por los desequilibrios en los términos de intercambios. Estas son algunas condiciones objetivas que predominaron en otra época histórica en muchos países latinoamericanos. De hecho, este modelo de desarrollo es posible rastrearlo desde mediados del siglo XIX hasta la crisis global de 1930 inclusive y tal vez un poco más. Así, dado el dinamismo que adquiere la producción y exportación de materias primas como el salitre primero y el cobre después, surgen liderazgos políticos más o menos pujantes pero acotados dentro de un régimen fuertemente reaccionario y conservador caracterizado por la concentración de la propiedad de la tierra y recursos naturales en general que postuló una asociación privilegiada con la potencia hegemónica de entonces, Gran Bretaña. De este modo, el cambio y

la acumulación de capitales quedaron limitados a la actividad del sector de las materias primas y a un poco probable derrame en otras actividades que no alcanza para crear los focos alternativos que fundamenten la expansión del mercado interno ni las exportaciones que van más allá de bienes primarios. Por supuesto, esta experiencia fue muy distinta a la registrada por la misma época histórica en los otros espacios abiertos como Estados Unidos, Canadá o Australia. De ahí también las diferencias entre los países estructuralmente dependientes como Chile y los más desarrollados e integrados socialmente. A su vez, en la cadena de valor primaria- exportadora comprendida entre la producción y su colocación en los mercados finales de destino, la actividad estaba dominada por los capitales extranjeros. Así ocurría en el sector de la minería, en el transporte, la comercialización y las finanzas. Los liderazgos privados así quedaron asociados al viejo modelo primario exportador que implica el subdesarrollo estructural de todas nuestras variables como país. A su vez, las dirigencias políticas se limitaron a promover la legitimidad del régimen político e introducir tímidas mejorías en la legislación social. Es decir, ninguna fuerza política mayoritaria como los conservadores o liberales y aún los socialistas, tuvieron como meta la transformación de la estructura económica y productiva que sustentó ese régimen primario exportador. En otras palabras, la expansión del mercado interno y la agregación de valor de los bienes nacionales, junto con la diversificación de las exportaciones, que son todas políticas que hacen al régimen nacional y popular, solo se harán realidad con la asunción plena de ese régimen popular.

A partir de la crisis de los años treinta, la industrialización sustitutiva de las diversas importaciones que el país realizaba, promovió la aparición y el desarrollo, más o menos constante, de nuevos emprendedores, de trabajadores más calificados y de cuadros técnicos, asociados a las nuevas actividades que el modelo de desarrollo requería. Surgen nuevos liderazgos tanto políticos, como militares, empresarios y sindicales, comprometidos con los desafíos de la industrialización y del cambio en las relaciones que desde ahora el país tendría, bajo nuevos términos, con el sistema comercial internacional y los intereses defendidos por las empresas estadounidenses que salen al mundo con su producción y se convierten en transnacionales. Además, la progresiva transformación de la estructura económica- productiva fue acompañada por un cambio en el comportamiento de los liderazgos y la orientación política de las medidas públicas. Sin embargo, la transformación no llegó a constituir un nuevo bloque hegemónico distinto del asociado a la vieja estructura y, por lo tanto, capaz de imprimir un rumbo distinto y definitivo a la economía. Así, son varios los factores que conspiraron políticamente en este sentido. Por un lado, la inestabilidad institucional y la consecuente incapacidad política de resolver los conflictos desatados en la formación y definición de la agenda de gobierno. Por otro lado, la vulnerabilidad macroeconómica del régimen que, sin embargo, logró plantear un escenario de disputa distributiva pero en un

marco de inestabilidad e incertidumbre que solo perjudicó a los trabajadores. Al mismo tiempo, estuvo ausente la estrategia de desarrollo de largo plazo, liderada desde el poder político como legítimo representante de la necesidad y aspiraciones de la mayoría. Estos factores contribuyen a explicarnos porque nunca se logró formar un bloque dominante de intereses públicos y privados fuertemente asociados al pleno desarrollo de la economía. Y ni hablar del dinamismo y crecimiento de ésta. En realidad, para que el dinamismo de la economía sea tal tiene que existir un fuerte crecimiento y desarrollo de las variables económicas que precisamente tienen que ver con el crecimiento del país. Vale decir, no se pudo desarrollar un régimen basado en la gestión de los trabajadores donde éstos, las grandes mayorías nacionales a través de diversos canales de organización política e institucional, se convirtieran en el sector protagonista y defensor de la transformación y los cambios, reteniendo el control nacional de la economía, de las formas de acumulación del capital y el cambio técnico. Entonces, la incertidumbre ante la inestabilidad política-económica y el conflicto por la distribución del ingreso con los trabajadores, promovió estrategias defensivas en buena parte del empresariado nacional. Un claro reflejo de esas actitudes, siempre destituyentes y mezquinas, es la fuga de capitales y la renuncia a asumir determinado protagonismo histórico que a estos grupos empresariales les correspondería en el desarrollo de las industrias más dinámicas. Al final ese rol será asumido por las filiales de las transnacionales que, como ya sabemos, contradicen todos y cada uno de los intereses nacionales. En sus expresiones más retrógradas, las dirigencias del sector privado buscaron, en la subordinación a los criterios de los mercados internacionales y el FMI, la garantía de la impotencia de las políticas públicas y de cualquier amenaza de cambio en beneficio de un régimen político que fuera democrático. Ellos asumieron una postura lisa y llanamente contraria a los intereses nacionales.

La gravedad de este comportamiento de los más influyentes liderazgos privados, es que tuvo su contraparte en la dirigencia política. Así, no se logró instalar, sobre bases más o menos sólidas y permanentes, un régimen político nacional, popular y claramente soberano en sus determinaciones. En varios períodos, la dirigencia política asumió posturas políticas claramente opuestas al desarrollo e interés nacional, como sucedió bajo el neoliberalismo de los '90. En otras instancias, increíblemente algunos dirigentes y líderes sindicales apoyaron el desguace del sector público y la importante extranjerización de los sectores claves de la economía, como también pasó en los '90. La falencia dirigencial abarcó así, en varios períodos históricos, a la totalidad del espectro social del país. En esas circunstancias, en el transcurso de la década de 1970 se agravó notablemente la crisis política y económica nacional, es decir, cuando más falta hacía fortalecer las propias capacidades de respuesta del régimen para defender los intereses nacionales, de los propios trabajadores, el país se debatió en sus propios conflictos internos mientras sus dirigentes lo

embarcaron en la subordinación incondicional a las fuerzas transnacionales que vendrían con el automatismo de los mercados que fundamentó el régimen neoliberal. Los posteriores gobiernos de la Concertación no lograron revertir el descalabro económico- social provocado por la dictadura de Pinochet por lo que las políticas públicas de ese conglomerado no estuvieron en reales condiciones de contribuir a recatar la gobernabilidad política de la economía y a poner al país de pie sobre sus propios recursos. Es que la recuperación de la soberanía en la conducción de la política refleja también la emergencia de nuevas dirigencias con una visión del país afianzada en la confianza de las diversas potenciales de los recursos nacionales.

### **Desarrollo y desigualdad.**

El descubrimiento de nuestra América, el nuevo mundo que vendría a incorporarse a la globalidad, es el acontecimiento histórico más importante y central respecto de esa globalidad porque recién en ese particular momento, con el descubrimiento, conquista y colonización, será realmente tal. Con el desembarco casi simultáneo de Colón y de Vasco de Gama se constituirá bajo la hegemonía de Europa el primer sistema comercial internacional en sus formas y maneras más embrionarias aunque no por eso menos trascendente. Esa es precisamente la contundencia histórica de nuestra América que luego, no tanto tiempo después, será la que financia el moderno capitalismo a través del despojo de sus tierras, de sus riquezas y recursos por parte de los países que hasta hoy se pretenden más civilizados. La verdad, es que tanto en Asia como en África e incluso en el Oriente Medio, los europeos establecieron su dominio y su ocupación en todos los sentidos, sin embargo, en honor al rigor histórico, las civilizaciones originarias de esas zonas, con su propia cultura aunque no sin influencias importantes de los ocupantes, lograron preservar sus identidades. Incluso en la modernidad donde, por ejemplo, el Japón que es posterior a la Segunda Guerra Mundial, logró mantener sus valores y su identidad mientras se convertía en un país desarrollado y mejor integrado a los centros del poder globales. En cambio, en nuestro mundo, es decir, en Latinoamérica, los pueblos originarios se desplomaron frente a la civilización de los europeos que con sus espadas y cruces logran la conquista de nuestras tierras y expoliación de sus recursos. Los que lograron sobrevivir a semejante genocidio en nombre de la fórmula de la *civilización o la barbarie* fueron incorporados al sistema económico colonial primero y luego como países estructuralmente dependientes del sistema económico internacional una vez conquistada la independencia política formal. La economía de la colonia, es necesario decirlo, se basó así en el servilismo y en la esclavitud de grandes contingentes de poblaciones aborígenes y después, ante la caída demográfica de los pueblos originarios, de negros traídos desde el África. Esas millones de personas, serviles y esclavas, eran ocupados en las plantaciones tropicales, en

el servicio doméstico o en las minas donde dejaban sus sueños y sus vidas. De esta manera paulatina pero decididamente se gestó la desigualdad que después, con el capitalismo y la imposición del nuevo Estado nacional que le es funcional, simplemente se racionaliza. Esto tampoco es algo menor porque alivió la vida de millones de trabajadores pero la desigualdad en todos los ámbitos se impuso irremediamente. Se gestó una desigualdad que bajo la lógica y razón del Estado capitalista terminó derivando en un problema que es estructural y que hasta hoy no somos capaces de resolver. Se gestó una desigualdad que además es encubierta porque se funda, entre otra serie de factores, en la diversidad étnica de las elites y de la mayoría formada en principio por descendientes de esclavos venidos de África y por los herederos de los pueblos originarios que muchas veces, en los campos y en las tierras cultivables, sufren discriminación, marginación, prepotencia, humillación, segregación y muerte. Sobre esa base, la civilización europea, a diferencia de la experiencia en el resto de las regiones del mundo, formó civilizaciones en el ahora nuevo mundo que se caracterizan por la multiplicidad étnica mientras la mayoría es sometida a los designios de unas cuantas familias que controlan los hilos del régimen. Esto es grave porque significa no solo el control de la agenda pública en sus puntos fundamentales sino también significa controlar de continuo la lógica del Estado capitalista. Además, conquistada la primera independencia política la desigualdad estructural venida de los tiempos de la conquista española y de la posterior colonización, se agravó y se asentó, por lo menos durante doscientos años, por la concentración de los recursos de acumulación de capital en especial de la tierra y de otros recursos naturales incorporados al nuevo sistema y régimen de producción que nos convierte en exportadores de materias primas e importadores de bienes de capital con todo lo que eso significó en nuestra historia. De esta manera, nuevos inmigrantes venidos de Europa y otras zonas geográficas del mundo como consecuencia de las dos guerras mundiales o por el motivo que fuera que emigraron, se convierten también en parte de la mayoría excluida del acceso a la propiedad, recursos y posibilidades de progreso. Entonces, las desigualdades entre los sectores sociales, sin obviar el carácter estructural que significa vivir en un Estado capitalista de producción y distribución de los recursos, se relaciona también con esos acontecimientos históricos que son fundacionales de nuestra república. De todas formas, la desigualdad social y la fragmentación política de nuestros pueblos no impidió que fuéramos capaces de crear una nueva identidad sobre las cenizas de la otra, es decir, como una síntesis de cultura popular formada por los importantes componentes de los pueblos originarios, europeos y otras latitudes. Entonces, nuestra carencia si bien es de identidad, en el sentido que aún estamos en proceso de reivindicación y construcción de una cultura popular propia, con sus múltiples componentes, tiene que ver también con las formas estructurales en que nos insertamos en el sistema comercial globalizado actual que así, en realidad, también es un problema de



identidad y de lucha política por otro proyecto nacional y popular. Esos dos términos, *nacional* y *popular*, son los grandes desafíos que tenemos por delante en la conquista del desarrollo económico e igualdad en la distribución de la riqueza y del acceso a las posibilidades y herramientas que nos permitan progresar.

El mayor pecado es la desigualdad porque es ésta la que crea y la que refuerza los múltiples obstáculos que nos permiten conquistar el desarrollo en todas sus facetas y variables. De hecho, desde hace más de 200 años que los pueblos latinoamericanos intentamos remover esos factores y obstáculos y ello explica, en fin, que ninguno de nuestros países haya logrado alcanzar los más altos estándares de crecimiento y de desarrollo a pesar de la diversidad de recursos y riquezas naturales, de capital y humanas con las que contamos. En estas circunstancias estructurales, caemos en un círculo vicioso donde la desigualdad, la pobreza y exclusión se renuevan y profundizan con el correr de los años sin que seamos capaces de encontrar la equidad y la cohesión social porque, además, la asimetría social que nos controla es el reflejo de una estructura productiva profundamente irracional, injusta y arbitraria. Entonces, la desigualdad es un componente central para explicar nuestro subdesarrollo porque simplemente nos impide, a través de diversos mecanismos, potenciar nuestros recursos en favor de los intereses de los trabajadores. La desigualdad social nos impidió potenciar nuestros recursos humanos con la técnica y con la educación y derramó en otros planos de la realidad social produciendo el surgir de liderazgos desarraigados de sus bases sociales, funcionales a los intereses de las elites foráneas, que de esa manera aprendieron a renegar de los intereses nacionales y populares militando en favor de grupos y de clanes familiares globales que concentran su poder a expensas de la exclusión de la mayoría. La alienación de las elites promovió visiones de una globalidad desarraigada de nuestra propia realidad nacional y así pasamos a ser pueblos política, económica, ideológica e incluso culturalmente dependientes del pensamiento, ideas y directrices dominantes, en una palabra, de la razón de los sectores y actores sociales que históricamente han dominado a nivel del sistema y estructura comercial global. Es precisamente esa serie de factores los que forman la debilidad de todas y cada una de las alternativas políticas que no planteen de raíz un cambio en las formas y en las maneras para, de ahí en más, ser capaces de reivindicar y militar a favor de la cultura popular. Esas múltiples raíces históricas que configuraron nuestras grandes decepciones, bastante numerosas como lo demuestra la experiencia, contribuyen a explicar los avances y también los retrocesos, los vaivenes y la falta de definición de estrategias y proyectos de largo plazo, de características estructurales, que nos conduzcan por más racionales rumbos. Así, la falta de desarrollo todavía es una realidad que prevalece en nuestro pueblo. Por lo mismo, es importante tener en claro el rol central que juega la desigualdad, y la consecuente falta de recursos y de oportunidades para todos, en la imposibilidad de conquistar un

país desarrollado en el más largo plazo. El problema social, a pesar de lo que nos diga la racionalidad de los otros, es crítica y fundamental en el desarrollo, en el crecimiento constante y en la reubicación de nuestro pueblo y de nuestra Latinoamérica como región, en las estructuras globales del poder. A partir de este enfoque se replantean cuestiones que son centrales como la relación, al interior del régimen, entre los actores y grupos que lo constituyen para desde ahí plantear otras relaciones entre ese régimen y el mercado que permitan, de una vez y por siempre, superar la lógica capitalista del Estado. Que permitan además plantear otra relación entre el ahorro interno, el capital extranjero, la apertura y la regulación, entre el sector público y el mercado privado, entre los tipos de cambio de equilibrio desarrollista y la enfermedad holandesa. El desafío sigue siendo el desarrollo, ni más ni menos. El desarrollo a pesar de la desigualdad y a pesar de todo. El crecimiento es más fácil de lograr porque se limita a unas cuantas variables pero el crecimiento sostenido, es decir, a lo largo del tiempo, de continuo, que considera el interés de la mayoría, es más complicado porque en eso consiste el desarrollo. Como dije anteriormente, cuando uno crece y tiene un mercado interno fuerte que logra incorporar a miles y millones de trabajadores a los circuitos del consumo a través de políticas de generación de empleos, cuando el país cuenta con un nivel de empleo y actividad de la producción y de la economía que crece y se expande continuamente, ahí estamos creciendo con vistas al desarrollo de largo plazo, sostenido en el tiempo. Y este es un gran círculo virtuoso porque el país se desarrolla a partir de la generación de empleo, la conquista del trabajo pleno, que así es una medida central para terminar con las desigualdades sociales que, como vimos al principio de este artículo, arrastramos desde antes incluso de nuestra primera independencia. Solo en ese contexto de lucha contra la desigualdad es viable, posible y racional el desarrollo de nuestros pueblos y el intento real de formar por ejemplo un pacto social que sea capaz de fortalecer un proyecto nacional y popular, es decir, humanista desde la médula, que refuerce la previsibilidad de nuestras variables de producción, de crecimiento y desarrollo. No es menor la importancia de un pacto social entre los diversos actores y grupos representantes de los sectores de los trabajadores e incluso con los actores representantes del empresariado en tiempos de transición. Siempre y cuando redunde en el refuerzo de los intereses de la mayoría. No es tan ilógico porque los pequeños y medianos empresarios se favorecen con la dinámica del crecimiento de la demanda cuando de verdad apuestan a la producción y no a la ganancia fácil o la especulación.

Un acuerdo de estas características puede ayudarnos a neutralizar las operaciones de los grupos definitivamente reaccionarios y los actores que le siguen el juego, que buscan terminar con la democracia y con cualquier tipo de régimen que se defina como popular. Un acuerdo de estas características, en fin, puede ayudar a evitar que un proceso de cambios estructurales derive o se reconvierta en una formalidad que solo habla de consenso para seguir

defendiendo intereses de los unos a costa de los de la mayoría. Un acuerdo de este tipo puede ayudarnos porque hoy, a pesar de muchos avances, perdura en el tiempo una democracia que no es tal a pesar del avance continuo o no de los sectores, la cultura e intereses populares. La historia nos muestra ejemplos patentes de ello. Cuando los actores y los grupos populares, de la cultura del genuino trabajo, logran avanzar a pesar de todos, los sectores y factores de poder dominante, en su desesperación, siguen adelante con operaciones políticas incluso fuera de todo lugar porque no encuentran sustento lógico en la realidad social. Por ejemplo, a través de los medios de comunicación pueden inventar determinados titulares, pero no pueden inventar un país que no existe más que en su fiebre por el poder. El acuerdo por el desarrollo nos desafía así a no cometer el error estratégico de subestimar a los sectores más reaccionarios, esos que buscan inventarse un país virtual ante la impotencia de no poder controlar las políticas que hacen al país real, como también nos interpela a subestimar la capacidad política de esos actores del poder porque definitivamente tienen poder de daño pero no de construcción política. Y es ése el terreno donde las fuerzas democráticas, los grupos representantes de los intereses populares, deberán dirimir sus asuntos y proyectos, sin caer en el juego de la provocación violenta donde el único que gana, son precisamente los violentos. La disputa es por el territorio y por la agenda política porque es central en la conformación de la agenda pública. Entre esas coordenadas se libra la batalla por la hegemonía en el siglo XXI en el mundo entero. En eso estamos. No hay que perder de vista el campo de disputa porque ese terreno se hace imprescindible a la hora de alistar las fuerzas para el gran momento de la decisión colectiva que, en democracia, será siempre la hora de las urnas que nos conduce al dominio. Ese momento político central es antecedido por una multiplicidad e infinidad de momentos que en lo cotidiano marca el rumbo y acumula fuerzas, o en el peor de los casos, nos pueden provocar la fuga de espacios de poder y de representatividad que son vitales para que sea posible la gestión democrática de los trabajadores. De eso se trata gobernar un país, es decir, de gestionar pero en favor de las mayorías porque son esas políticas las que nos conducen al desarrollo de nuestros pueblos. Sacar renta a los que más ganan para distribuirla entre los que menos tienen a través de la generación de trabajo y el consiguiente desarrollo de nuestros mercados de consumo nacionales, es la (r) evolución permanente en países como el nuestro, con clase y sector dominante tan anquilosado, feudal y colonizado incluso ideológicamente hablando. Por fin, el crecimiento en cantidad y en cualidad de los diversos espacios de representación de los sectores populares en la medida en que los procesos de transformación se radicalizan implican, dialécticamente, la disminución y la fuga de las fuerzas de la oposición pero con un drama aún mayor: no tienen un tapón a la vista. Ese proceso aumenta progresiva y constantemente en razón que el crecimiento y el desarrollo de la radicalización política además implica el crecimiento de todos los sectores

socio económicos, más allá de banderías partidarias. En otras palabras, como la historia de nuestra región nos lo demostró a principios de siglo XXI con el triunfo de los regímenes populares, el proyecto nacional crece porque hace crecer objetivamente al país. Y en esas circunstancias las diversas variables y factores de producción, desde esa plataforma de efectividades conducentes, se afinan y hacen crecer las ideas, los sueños y las utopías de los trabajadores. Siempre fue así. ¿Y entonces? Entonces aparece la necesidad de incendiar la casa primero para tocar el timbre después ofreciendo la mejor marca de extinguidores y hasta el bombero. Lo importante de estas estrategias de los grupos opositores a los intereses de las mayorías es que todo es mentira porque no es, ni más ni menos, que un operativo de desgaste político. Está demostrado que las coincidencias, el dialogo, el consenso y buenas maneras de las que se dicen tan afectos se van de largas vacaciones cuando son las mayorías las que logran imponer sus ideas.

### **La lógica de la política de inversiones.**

Ya en artículos anteriores y bajo distintos paradigmas que sin embargo obedecen todos ellos a la lógica del humanismo militante, busqué demostrar de la manera más racional posible que nuestros países necesitan y pueden crecer con recursos que les sean propios porque cuentan con la capacidad real y auténtica de gestión democrática de los trabajadores. De todas maneras, el desafío no es menor si consideramos que para tomar conciencia de estos desafíos relacionados con la gestión democrática de los trabajadores, es decir, de la necesidad del desarrollo a través de un régimen popular, hay que pasar revista al impacto de la crisis general de la caída de la tasa media de ganancia del capitalismo, de las diversas crisis a las que nos expone continuamente desde la dominación del Estado capitalista, sobre la conducción de nuestras economías centrales y, en un sentido mucho más amplio, sobre la estrategia de desarrollo de nuestros países en la globalización actual. En ese sentido, la conclusión necesaria a partir de los hechos políticos desatados durante la primera década del siglo XXI en nuestra región, es decir, la eficiencia de los regímenes populares y la crisis financiera y productiva originada en los países centrales, es que las diversas tendencias del sistema comercial global desafían y subvierten la lógica de las políticas neoliberales expresadas, por ejemplo, a partir del Consenso de Washington que además nunca fue tal. Es decir, lo que inexorablemente se quiebra es el paradigma neoliberal que fundamenta el automatismo y desregulación de los mercados. Se quiebra esa realidad donde el hombre, los propios trabajadores, ya están imposibilitados de alcanzar la máxima perfección posible y, muy por el contrario, pretenden seguir viviendo sin justicia y leyes que favorezcan a las mayorías. Se quiebra la idea que el hombre pueda seguir viviendo sin las armas del amor al prójimo, de la virtud, la ética y la sabiduría. En ese contexto, ya no es posible defender al hombre

egoísta, el de las malas pasiones y pulsiones, el más perverso y feroz que solo reacciona con los arrebatos más brutales cuando de reivindicar sus intereses minoritarios se trata. Por eso, la justicia social es una necesidad inherente al régimen, a la vida colectiva de todos los hombres y a las diversas expresiones y manifestaciones políticas de sus asociaciones donde necesariamente tiene que primar el derecho a la vida como rector. El camino de la cultura popular es el humanismo expresado en la defensa de una política macroeconómica que nos incita a vivir y producir con recursos propios porque lo central de esa política macroeconómica abarca la conducción de las finanzas públicas, la moneda y el tipo de cambio que necesariamente tiene que ser de equilibrio desarrollista. En estas materias, desde la salida de la crisis del neoliberalismo a partir del dominio del régimen nacional, popular y soberano, inclusivo y progresista, se produjo en Latinoamérica un desplazamiento del paradigma neoliberal hacia otro que precisamente está en las antípodas del automatismo de los mercados porque nos sugiere que el crecimiento y el desarrollo solo es posible a partir de la movilización de nuestros recursos naturales, humanos, económicos y de capital, lo que significa un desarrollo desde adentro hacia afuera, de la más noble consolidación de nuestro mercado, de nuestros bienes y consumo interno para desde ahí salir al mundo, al sistema comercial global del que en realidad nunca podemos irnos. Sin embargo, también es cierto que cada país tiene la globalización que se merece de acuerdo a lo que haya hecho o dejado de hacer. Lo queramos o no siempre estamos ligados al comercio global en el sentido que las exportaciones generan divisas propias que, a su vez, son el resultante de la producción interna. Ahí es donde entra en juego el tipo de cambio de equilibrio desarrollista. Ahí, en la solidez del desarrollo y crecimiento con igualdad, entran en juego también algunas variables como el sistema legal- institucional, la cohesión y la misma lucha social, la estructura económica y productiva y el tipo de inserción en el sistema comercial global que estamos dispuestos a sostener. Así, y ahora entramos de lleno en el tema que me ocupa, cuando se tratan los problemas de la acumulación de capital en la economía nacional, con las correspondientes políticas de la producción, la inversión, oferta y demanda de acuerdo al régimen productivo dominante en cierto estado de la historia, se busca, con frecuencia, atraer inversiones para el crecimiento donde, en muchos casos, este crecimiento necesariamente no implica el desarrollo. Es cuando esas inversiones fundamentalmente vienen desde el exterior en forma de préstamos, siempre bajo las condicionalidades del Fondo Monetario Internacional y de los organismos de créditos globales en general, en la forma de compra de activos locales, de creación de cierta capacidad productiva o ampliación de la existente a la que, en un régimen neoliberal, solo tienen acceso real las grandes empresas muchas veces aliadas con los dominantes locales. Entonces, este tipo de inversión, excluyente y condicionada, no implica ni genera desarrollo de la economía local porque, como la historia reciente nos sugiere, los préstamos desde el exterior socavan

la capacidad de ahorro interno de nuestros países donde además las diversas empresas locales, generalmente pequeñas y medianas junto al sector público, no cuentan con recursos ni con la capacidad real para realizar las inversiones necesarias para el desarrollo del país en ese contexto. A partir de este enfoque clásico y neoliberal, se busca seguir sosteniendo que hay una política, una ciencia y que hay ciertos valores e intereses propios del señor, el cual busca asociarse con el interés de la mayoría solo cuando responde a las necesidades de los magistrados, del rey y de los dueños de los medios de producción.

Como nos sugiere los años '90, con su recalcitrante automatismo de los mercados, la mejor política económica es la que maximiza a cualquier precio la entrada de capital extranjero y transmite señales amistosas a los mercados, es decir, a todos los que toman las decisiones a nivel del sistema comercial global que son los que resuelven, por sí o por no, si prestan o invierten en nuestros países y por tanto, siempre siguiendo este enfoque, si se convierten en agentes de desarrollo. Pero la historia de Latinoamérica nos sugiere con todos sus bríos que esta postura, que es fuertemente irracional y metafórica, no se corresponde con la realidad por tres razones principales. En primer lugar, por las características de los recursos internos y el proceso virtuoso que generan porque la inversión externa en realidad no es central en relación a los recursos para el crecimiento ni mucho menos para el desarrollo del pueblo por lo menos en la etapa de transición y en la medida en que esas inversiones, en lo central, son de carácter especulativas y financieras. Por ejemplo, según Naciones Unidas, las inversiones de las transnacionales representan apenas el 15% de las inversiones globales totales. En cuanto a las corrientes financieras que conforman el sistema comercial globalizado, más del 95% corresponde a movimientos especulativos y no más del 5% se refiere a los intercambios reales del comercio y de las diversas inversiones productivas. Es decir, más del 80% de la acumulación de capital en el mundo se hace a partir del ahorro interno de los países, de sus economías y sus actores nacionales. Por su parte, en los países periféricos, como reciben menos inversión y atención respecto de los centrales, las proporciones son aún mayores. En segundo lugar, como consecuencia del punto anterior, la experiencia de países emergentes como China y Corea del Sur, basan su desarrollo esencialmente en el ahorro interno a partir de la imposición de políticas públicas que defienden el liderazgo y la defensa del crecimiento. La inversión extranjera cumple un rol central en la apertura de nuevos mercados subordinado al predominio de los intereses de la producción nacional. En cambio, son los países con mayor endeudamiento los que figuran entre los más atrasados, son los más inestables y estructuralmente son además los más dependientes del sistema comercial global. Por último, en la negación de la lógica de la política de inversión prevista por el neoliberal, es necesario considerar los recursos propios de nuestros países. Por ejemplo, en el caso de los regímenes nacionales y populares surgidos a principios del siglo XXI en Latinoamérica, en general las tasas de ahorro interno superaban

el 30% del PBI lo que es más que suficiente para sostener una elevada tasa de inversión y desarrollo integral como luego quedó demostrado. Sobre esa base, con recursos propios es perfectamente posible solucionar el tema de la deuda externa, elevar la tasa de inversión o acumular reservas que buscan sostener la vitalidad política y económica del régimen popular al estar en condiciones de resistir el impacto de las crisis venidas desde afuera. Los tres puntos anteriores, que nos muestran irremediamente las múltiples irracionalidades de la lógica de los dominantes en el caso de las políticas de inversión, implica que el desarrollo nacional se basa en la constitución de una sólida estructura productiva industrial, integrada, compleja y abierta, que en caso de los países latinoamericanos también implica una importante base de recursos naturales con agregación de valor capaz de asimilar tecnología conveniente, es decir, de acuerdo a nuestra especificidad política, económica, social y cultural, que implica generación de empleo, del pleno empleo de la fuerza laboral como primer política de inclusión de los trabajadores. De otra manera nunca podrá pertenecernos la virtud, nunca seremos una sociedad completa en la que queda atrás la relación de los amos con los esclavos, donde el uso y el abuso de la explotación del hombre y donde la utilidad de los esclavos, aplicada a las necesidades de la existencia de privilegios de clase, ya no sea posible. Para solventar un régimen nacional, soberano y popular a través del tiempo, es necesario aumentar la tasa de inversión de una manera constante y cuyo financiamiento descansa en la movilización del ahorro y recursos internos. En consecuencia, el problema no es cómo atraer inversiones sino contar con una eficaz política de inversiones en defensa de los intereses de los trabajadores. No se trata de una cuestión semántica porque las dos expresiones anteriores representan proyectos y realidades distintos de régimen lo que nos involucra a todos. En el transcurso de la historia se refleja claramente la lucha entre una economía industrial, desarrollada, integrada, inclusiva socialmente y abierta, que busca el pleno empleo del trabajador como medida primera de gestión democrática, de la profundidad del valor humanista, con una extraordinaria y fuerte dotación y disponibilidad de recursos tanto económicos como naturales y humanos, capaz de gestionar y definir un tipo de tecnología conveniente y, por otro lado, una economía reducida a su capacidad de abastecer productos, bienes y servicios primarios, subordinada a los criterios del mercado global, la especulación financiera e intereses de los clanes familiares dominantes que controlan la vida de todos. Por razones derivadas de la debilidad estructural de los regímenes nacionales latinoamericanos, la época en que predominó el primer enfoque, el de los neoliberales con su economía clásica, no pudimos consolidar el desarrollo por la irracionalidad de su política y es esa la gran responsabilidad que les cabe a ellos en relación a los problemas y dramas que después tuvimos que solucionar.

La necesaria conclusión de este artículo es que el principal problema para aumentar las inversiones productivas, y así consolidar el desarrollo del

pueblo a partir de una óptica inclusiva, humanista y popular, no es atrayendo inversiones foráneas ni mucho menos volviendo a los mercados de acuerdo a las directrices de los neoliberales, sino consolidar un escenario virtuoso de rentabilidad para todos fortaleciendo la competitividad de la producción de bienes y de servicios locales que, en fin, son parte del proceso que genera los instrumentos financieros para canalizar el ahorro interno a la ampliación de la capacidad productiva, la creación de empleo como medida prioritaria de inclusión social, con productividad creciente e incorporación de tecnología conveniente al tejido político, social y económico. El despliegue de la política de inversiones necesita resolver dos problemas básicos. En primer lugar, hay que erradicar la fuga del ahorro generado en el mercado interno y controlar los movimientos de los capitales especulativos que siempre son nocivos, en el contexto del automatismo del mercado, para radicalizar las políticas públicas que nos conduzcan a un régimen de inclusión social. Lograr retener el ahorro generado por los recursos y mercado interno y su aplicación en la ampliación de la capacidad productiva y el cambio tecnológico bajo los términos de la tecnología conveniente para el desarrollo, es parte del proceso que busca consolidar los cambios radicales- democráticos. Por otro lado, la ampliación del mercado interno, con sus correspondientes espacios de rentabilidad, que también son necesarios para retener el ahorro y aumentar las inversiones en la producción de bienes y servicios nacionales, requiere de un contexto político y macroeconómico sólido que incluye la estabilidad razonable de los precios, la redistribución de la riqueza en beneficio de los que finalmente la producen (los trabajadores), la protección de la competitividad de la producción interna de las pequeñas y medianas empresas nacionales y el crecimiento ordenado de la oferta monetaria y el crédito, incluyendo tasas de interés consistentes con la rentabilidad de las inversiones y formación del ahorro.

### **Los responsables de la pobreza.**

La cuestión central respecto de los neoliberales, como sector social que prima sobre la mayoría, al igual que cualquier otro grupo dominante, es cómo ejercer ese poder y control, de la forma más racional y lógica posible, de forma que el trabajador, que es mayoría, no cuestione las estructuras de poder del régimen ni del Estado. Es central porque las razones neoliberales cada vez más se muestran como altamente irracionales cuando son confrontadas con la realidad y necesidades de los trabajadores. En otras palabras, quiéranlo o no, si el hombre es el gran sujeto de la vida, las estructuras sociales y políticas que aspiren a perdurar a través del tiempo, están obligadas a contemplarlo a riesgo de perecer y ser superado por la historia como lo son las estructuras que se alejaron del hombre y sus necesidades. Entonces, en primer lugar, los trabajadores son el fin de la democracia si es que realmente quiere perdurar. Por consiguiente, dada esta situación fuertemente comprometedora para el



paradigma autoritario neoliberal, reaccionan intentando establecer otra fábula y mitos que cada vez, en la medida en que la conciencia de los trabajadores se despliega, se vuelven más irracionales y por lo tanto más fáciles de descifrar. El mito neoliberal busca que el hombre, colocado en un medio social que en definitiva se elabora en base a la lucha constante entre los dueños del capital y los trabajadores, conviva con verdades a medias y sofismas que apenas sean una insinuación de su dignidad y valores. Ese nuevo mundo, definido a partir del mito neoliberal, busca que los trabajadores se hagan responsables de las contracciones y contradicciones de la razón dominante, de sus fatalidades y consecuencias para que esa misma razón dominante, en base a esa estrategia de desligar responsabilidades, continúe ejerciendo el control del régimen en favor de la élite y a expensas de la amplia mayoría. Al respecto, me parece increíblemente escandalosa la visión y la postura de los sectores dominantes en relación a un tema tan sensible y urgente como la pobreza que, bajo los parámetros neoliberales, se vuelve estructural de manera que el régimen, así concebido, ya no tiene nada que ver con los valores de la paz, de la justicia y del lazo supremo que solidariza los valores del hombre en favor del hombre.<sup>5</sup>

El mito de la pobreza se refiere a la idea que vendría a ser una fatalidad inexorable, que va más allá de la posibilidad de acción de los hombres, y así sintetiza la idea de la pobreza como una cuestión inevitable porque el hombre sería imperfecto. Incluso la llevan al campo teológico donde a las víctimas de la pobreza se les promete un más allá pleno y abundante. El problema es que la necesidad existe ahora, en el acá. Sin embargo, los neoliberales pretenden que la pobreza sea ajena a toda responsabilidad de las políticas aplicadas, en lo esencial, bajo la órbita del automatismo del mercado. Nos dicen, el colmo de la prepotencia, que en algún momento ubicado más allá en el tiempo se reducirá la pobreza como efecto deseado del derrame económico que el régimen preconiza. Pero la realidad nos demuestra que ese efecto derrame no es tal y antes que nada la pobreza en vez de reducirse va en aumento junto a la gravedad de esta situación particular que afecta a muchos hermanos. De todas formas, el razonamiento de que la pobreza es inevitable y que por lo tanto ninguna responsabilidad le compete al neoliberal y sus políticas, sigue muy presente en la visión usual. Sin embargo, otra vez se cae en cuanto se lo confronta con la realidad porque se muestra tal cual es: un mito. En primer lugar, la realidad nos dice que no existe pobreza en todos lados. En países nórdicos en general, casi no existe y esto nos lleva a pensar que simplemente puede erradicarse de una sociedad con las políticas adecuadas. Y erradicar la pobreza totalmente quiere decir trabajar en favor de un régimen que esté en las antípodas del despotismo, autoritarismo e incluso de la injusticia porque,

---

<sup>5</sup> En este punto es necesario entender que venga de donde venga el orden, desde el momento que se funda sobre la fuerza en términos de recursos de poder distribuidos de manera desigual, y no sobre el diálogo y la persuasión, es un acto de violencia y no una ley democráticamente instituida.

trabajar contra la pobreza significa mejorar la distribución de la riqueza y los beneficios sociales, significa mayor igualdad de oportunidades, capacitación del trabajador y acceso a la salud y la educación entre tantos otros derechos que ya tendríamos que haber adquirido. El humanismo, en tanto milita a favor del bien común, de la inclusión de los trabajadores, que a su vez implica una baja sustantiva de la pobreza y exclusión, es un régimen democrático que resguarda al hombre en su desarrollo total. Como sucede normalmente con los mitos, son útiles para eludir las gradaciones. Es decir, nunca es lo mismo tener un 60% de pobreza a tener índices de menos de un dígito como en los países desarrollados. La diferencia significa, ni más ni menos, unos millones de personas con sus vidas comprometidas severamente, y grados mínimos de libertad y derechos reales. La otra parte del mito sobre lo inevitable de la pobreza, es decir, la permanencia de ésta en el tiempo, tampoco resiste la experiencia. Si analizamos la historia reciente del hombre, resulta totalmente falsa la postura que pobreza siempre hubo. Lo importante a resaltar es que cuando se cae el mito de la pobreza inevitable, o cualquier otro mito típico de los neoliberales, empiezan a aparecer las responsabilidades de cada cual que se relacionan con nuestras posturas ideológicas, o sea, que políticas estamos dispuestos a apoyar, con quienes solidarizamos o bajo que parámetro estamos dispuestos a actuar o no frente a los problemas. Tendríamos que preguntarnos hasta qué punto consideramos oportuno seguir defendiendo un Estado y un régimen político, pasajeros y transitorios en términos históricos, que somete al hombre, que permite que unos gocen de libertad, relativa al fin, y les niega a los demás sus derechos. En general, en países con las potencialidades de los latinoamericanos, siempre abundantes en recursos naturales, energéticos y humanos, la pobreza perdura como consecuencia de la afirmación ideológica de cierto tipo de crecimiento y desarrollo que no consideran la opción por los intereses de los trabajadores. En ese sentido, la pobreza, que es estructural en nuestros pueblos, es una construcción institucional e histórico-social. Esto significa que su nivel está ligada a la calidad de la política gubernamental y las actitudes y acciones de los trabajadores. Así, el hecho que algunos países tengan nivel de pobreza poco significativo en comparación con los nuestros se debe al establecimiento de políticas sociales de largo plazo, en áreas como la producción, el comercio, la economía, la educación y la salud. En Chile, la dictadura militar, a pesar de progresos económicos que se le endilgan, llevó a que la pobreza se duplicara. Esta trepó desde el 20 al 40% de la población. El neoliberalismo actúa de la siguiente manera: las políticas que lo caracterizan se orientan a favor de un estrecho sector de la sociedad, a favor de los grupos dominantes y en claro perjuicio de las mayorías, apoyándose en un modelo de acumulación que prevé la centralización creciente del capital junto con la conversión de la industria, la desregulación de los mercados, la segmentación y la fragmentación de los trabajadores y sus sindicatos. En ese contexto, en el neoliberalismo es la precariedad del empleo lo que define al sector informal

de la economía pero la novedad ahora es que ésta se extiende, progresiva pero constantemente, al sector formal como resultado de la lógica del régimen político de acumulación neoliberal que fortalece y a su vez debilita la razón del Estado capitalista. Bajo esa ideología, el salario del trabajador es un costo en el proceso de producción, entonces, una reducción de éste es positiva de acuerdo a los intereses de acumulación del capital, al reducirse los costos de producción de la mercancía *fuerza de trabajo*. Se reduce muy ligeramente la demanda de los productos y bienes elaborados como los televisores o las computadoras (...) dada la baja capacidad de compra del salario medio de los trabajadores, sin embargo, reduce muy fuertemente los costos de producción. Es así un poderoso estímulo para desarrollar la producción de esos bienes si, a pesar de todo, estos productos, que son mucho más complejos y durables, encuentran una salida suficiente en el mercado de consumo interno. En otras palabras, el alza de la tasa de explotación produce que una importante masa suplementaria de plusvalía, de ganancias, sirva para pagar a los trabajadores improductivos cuyo nivel de ingresos, mucho más elevados que el de los trabajadores manuales, les permite acceder al mercado de bienes de consumo duraderos y ser así una salida suplementaria para esos bienes. Esto implica que el mercado de consumo se hace cada vez más excluyente porque empieza a desplazarse a favor de los sectores medios y altos modificando la estructura del empleo lo que permite que un grupo social tenga acceso al mercado de bienes duraderos mientras la mayoría es excluida. Así es como el régimen neoliberal profundiza las desigualdades y consolida la pobreza porque, en realidad, la reducción de los costos salariales y una nueva política económica y financiera son las precondiciones para el desarrollo acelerado de las ramas que producen bienes duraderos y para la instauración de este tipo de régimen neoliberal excluyente. La solución de este problema se encuentra así fuera de las fronteras que limitan la lógica del neoliberalismo y del Estado capitalista como régimen de producción- distribución de bienes. La solución depende entonces de la ejecución de una política económica y social que haga posible la distribución equitativa del ingreso y el neoliberalismo es contrario a esos términos.<sup>6</sup>

En la medida en que el neoliberalismo se encuentra estructuralmente incapacitado para resolver el tema de la pobreza, cuestión tan fundamental en términos democráticos e incluso de presión y de control sobre las mayorías, la propia argumentación sobre lo inevitable de la pobreza se vuelve irracional. Desde esa perspectiva, toma múltiples formas, pero el argumento primario es que existen características en el comportamiento de los pobres que generan y

---

<sup>6</sup> Otra de las formas, bastante crueles y típicas del Estado capitalista, para encontrar una salida suplementaria a los bienes y productos duraderos, de mayor complejidad, es que el trabajador, vía incentivos al consumo a partir del crédito, me refiero a la tradicional y conocida tarjeta de crédito, se endeude y quede preso de un sistema crediticio que lo absorbe y empobrece de manera brutal.

mantienen la pobreza. Puede llenarse con prejuicios variados, por ejemplo, que beben demasiado, tienen poca inclinación a esforzarse o no les interesa educarse. Detrás del mito subyace el implícito de que la pobreza es un problema de conducta individual y si se superan estos rasgos, desaparecería. En definitiva, sería culpa de sus víctimas. El mundo simplificado que ofrece este mito en particular es muy diferente del real. Tanto en los países del tercer mundo en general como en Latinoamérica en particular, incluso en los países centrales, existen hoy millones de pobres, excluidos, marginados e indigentes y, en el caso particular de la región, uno de cada tres latinoamericanos está debajo de los recursos mínimos para vivir, alimentarse, educarse y trabajar. Me pregunto ahora si puede alguien atribuirlo a comportamientos personales. A mi me parece más que evidente que, en los países con mayores índices de pobreza, hay una ausencia de oportunidades de cambio para amplios sectores de la población. De hecho, a fines del 2009, se agregaron por lo menos a nivel global, por lo menos unos ocho millones de personas a la pobreza como consecuencia de los efectos de la crisis global que terminaría afectando la producción de bienes y las fuentes de empleo. Es decir, la pobreza no se debe a condiciones personales sino que el aumento de ésta es producto de las crisis y en primer lugar de las políticas neoliberales que producen crisis. ¿Quién es entonces el responsable del crecimiento de la pobreza, de la exclusión y la marginación? El culpable es el neoliberalismo que busca arrasar con todo. Es la concepción ideológica del trabajo entendido como mera mercancía, son las múltiples políticas que se adoptan para elevar, a como de lugar, la tasa media de ganancia del capital. El culpable es la razón del capitalismo como régimen de producción que conlleva una caída dramática de los niveles y calidad de vida. Por ahí están las responsabilidades y bajo ningún punto de vista éstas se les puede atribuir a los pobres. Por último, como para tomar conciencia de la gravedad del tema, tengo que decir que ésta tiene una característica que la hace muy especial respecto a los otros temas sociales de relevancia. Muchos de los efectos que produce no son reversibles. Es decir, si no se ayuda ya a un niño con hambre, su cerebro es afectado de manera que tendrá retrasos para toda la vida quedando en inferioridad de condiciones respecto a los niños no afectados por el flagelo del hambre. No solo son necesarias las políticas y programas de capacitación del trabajador o políticas que creen oportunidades económicas, productivas y laborales que favorezcan la dignidad y la inclusión sino que también son necesarias, por las urgencias que implica la pobreza, políticas asistencialistas (las mal llamadas de beneficiencia) porque bajo la opción popular complementan un proyecto que mejora la vida de todos.

### **Los desafíos de la pobreza y la intervención del régimen.**

La gravedad de la pobreza, una vez que tenemos más claro quienes son los responsables de ésta, nos desafía a plantear la obviedad inherente que

significa para los regímenes populares el combate frontal contra esa pobreza como manera primera de inclusión y justicia social. Por las consecuencias del neoliberalismo en el ámbito social, donde produjo una catástrofe casi épica y de gran dimensión, donde grandes porcentajes de trabajadores son excluidos y marginados de los beneficios auspiciados por el dios de los liberales, la primera tarea de los regímenes populares es la inclusión de los marginados y excluidos para desde ahí militar en favor de la justicia social y posteriormente la equidad en el acceso de todos al goce y el disfrute de mejores condiciones de vida. Una implica la otra: desde la inclusión generamos justicia social, en la medida en que nos hacemos responsables de las necesidades de los grupos vulnerables, que indefectiblemente nos lleva al final del proceso de inclusión que se encuentra en el logro real de la equidad que significa y se traduce en el acceso de todos a las mejores formas de vida posibles. En otros términos, la inclusión implica la justicia social y de ésta se sigue la equidad por lo que son tres términos que se complementan, se requieren y necesitan. Políticamente lo obvio es que un movimiento típicamente popular se plantee la reducción y erradicación de la pobreza. También es evidente que se trata de una tarea que es bastante compleja porque por más que tengamos las mejores intenciones o por más que gobierne un régimen profundamente humanista, el capitalismo global con su presunto automatismo de los mercados es quien ordena las estructuras del sistema comercial globalizado lo que, en definitiva, se traduce en la generación de la riqueza de nuestras sociedades de forma cada vez más concentrada y elitista y al mismo tiempo en una distribución de esa riqueza de un modo asimétrico, en beneficio de los países desarrollados que así agrava los términos de intercambios entre centro y periferia. El rol de los centros globales del poder en este escenario es ocuparse y preocuparse porque el producto global crezca lo más aceleradamente posible, aunque se acentúe la concentración de la propiedad, la pobreza, la marginación o el despilfarro de recursos, para desde ahí aferrarse a la distribución de parte de los frutos que solo buscan mejorar las condiciones y las necesidades del capital. Desde hace más cincuenta años, la discusión política e ideológica entre unos y otros gira sobre la forma de combatir la pobreza, sobre el modelo y la dimensión de la ayuda social, de las políticas asistencialistas y del origen de los fondos que sustentan económicamente este combate. Pero el concepto sobre la pobreza y sus responsables raramente se cuestiona. De hecho, el neoliberal no lo hace. Las necesidades de continuar gozando de sus privilegios y formas de vida, de mantener incólume sus granjerías y la defensa de sus modos de control social sobre las mayorías nacionales, son siempre la prioridad incluso sobre flajelos tan indignos como la pobreza. Nada puede interponerse a la reproducción privada del capital y a la dominación o generalización de la mercancía. La historia reciente de los regímenes populares, del humanismo, que se hicieron con el poder en Latinoamérica nos muestra que, en efecto, el crecimiento de la economía arrastra el empleo y este, a la vez que es central en la cuestión de

la inclusión social precisamente porque incluye a otros que anteriormente por las razones que fueran son despojados del inalienable derecho al trabajo, mejora la capacidad de respuesta y calidad de vida general de la población. Existe por supuesto todo un inmenso campo de debate y de combates para entender qué es lo que define la posibilidad del crecimiento sostenido en el tiempo. Al respecto, en relación al humanismo existe una gran variedad de medidas prioritarias para defender el bien común que tienen como eje central la defensa de la primacía de la vida del hombre en base al combate de la pobreza que implica inclusión, justicia y finalmente equidad social. Una de esas políticas tiene que ver con las distintas maneras y formas de vincularnos con otros países y zonas tanto en términos comerciales como en términos de inversiones. Se relaciona también con la disponibilidad o no de los recursos naturales y energéticos y el tratamiento respetuoso del ciclo de la naturaleza. Finalmente, se relaciona con la controversia entre la equidad y la paz social.

Más allá de esas controversias, me parece que la manera popular para incursionar en la solución de la pobreza es pensar en las múltiples maneras de intervención del régimen sobre la distribución de la riqueza, es decir, en la intervención relativa a la democratización de la etapa previa a la distribución de los ingresos, a su generación. Así, el régimen tiene como desafío pensar en como trabajar e intervenir de la mejor manera, con su gestión democrática y plural, en las comunidades más pobres y lograr que su participación en la generación de la riqueza, o sea en la producción de los bienes nacionales, sea directa y efectiva. Implica dejar de lado la expectativa de que sea la inversión foránea la que arrastre positivamente la inclusión de los pobres a través de un proceso de derrame que conceptualmente es un mito. Implica cambiar esta prioridad por la definición, en cada lugar, de los proyectos que producen bienes nacionales que satisfacen necesidades populares básicas, y lograr sumar a los pobres en esa estructura productiva. Implica basar el desarrollo y crecimiento nacional, como vimos anteriormente, en el ahorro e inversión interna. Pero, además si se trata de acabar con la pobreza el desafío también tiene que ver con resolver caso por caso y lugar por lugar. Esto se hace perfilando otro modo de intervención económica y productiva del régimen sobre la realidad de todos. No se trata de capacitar o reforzar la formación de empleos la mayor parte de las veces hipotéticos, tampoco se trata de brindar créditos baratos para proyectos que en realidad no existen sino que se trata de conseguir que el régimen formule el proyecto que debe atender demandas locales en la medida de lo posible; que cuente con la tecnología conveniente, productiva y comercial completa y sea capaz de transferirla; que disponga de los recursos para las inversiones en términos de tecnología conveniente; que capacite a los actores locales en ese proyecto y que finalmente acompañe su marcha hasta que todos- tanto los beneficiarios como los funcionarios- tomen conciencia que el sector público puede tomar una distancia prudente sin poner en peligro la continuidad del combate. Sin dudas, éste es un régimen político

distinto en sus fundamentos al neoliberal porque implica, entre otras tantas prioridades, insistir en un plan de desarrollo basado en tecnología conveniente que además nos conduce a un tipo de cambio de equilibrio desarrollista para defender la producción y el mercado interno. Por último, la lucha contra la pobreza también implica integración regional de nuestros países y el final de esa hipocresía que forma parte de la búsqueda del beneficio exclusivamente privado sin considerar las urgencias de la mayoría. Las nuevas formas de intervención del régimen en su lucha contra la pobreza, contra la indigencia, la marginación, todos fenómenos que estructuran el proceso de exclusión de las mayorías típico de los neoliberales, implica hacer uso de un importante porcentaje del gasto público para promover la industria y los programas de infraestructura que generen empleo como medida prioritaria de inclusión sin descuidar las políticas asistenciales que en este caso concreto, en el caso de los regímenes populares, son un complemento profundamente necesario y transitorio para solucionar los problemas urgentes de los sectores y grupos económica y socialmente mucho más vulnerables. Por eso, bajo las premisas humanistas, el principal aspecto del régimen político basado en el modelo de desarrollo con inclusión social es la generación de empleo.

## Capítulo 4: Bases ideológicas de la gestión democrática.

### La participación de los sectores populares.

Uno de los grandes mitos de la historia política de lo que conocemos como el Occidente cristiano es que el liberalismo, con su siglo de las luces, con su racionalismo y su empirismo, con sus valores de libertad, de igualdad y de fraternidad, derivó necesariamente en un régimen democrático de largo plazo. Sin embargo, en apenas doscientos años, la cronología de los países centrales nos muestra que ellos están bastante lejos de los grandes ideales de la democracia a los que aspiraron los revolucionarios franceses o los colonos de Estados Unidos y hasta nuestros líderes latinoamericanos que dieron sus vidas, parte de su tiempo y su bienestar en favor de la emancipación del lo que fue el imperio español. Precisamente las diversas crisis del capitalismo, cuando afectan los intereses y las formas de vida de las regiones y los países desarrollados, nos muestran que las medidas adoptadas por los gobiernos que ahí imperan, cuando están controlados políticamente por las élites dominantes que responden al gran capital y sus necesidades, están muy lejos de satisfacer las demandas de los trabajadores a pesar que se requirió de un largo proceso de revoluciones y reacciones durante todo el siglo XIX para intentar llegar a cierto equilibrio entre los conceptos que tienen que ver con la democracia y con el liberalismo que satisficiera las necesidades de las mayorías nacionales. Y no fue suficiente porque en realidad ambos términos se oponen. Es cierto que en determinada etapa histórica de esa región se mejoró sustancialmente la vida de millones de trabajadores con la imposición de lo que se llamó *Estado de Bienestar* pero, en fin, frente a las crisis continuas a las que nos tiene acostumbrado el capitalismo, éste solo pudo presentar como resolución a esas crisis la opción neoliberal que milita en favor de los capitales y contra los derechos del trabajador. Así, el ideal liberal-democrático, del que tanto nos hablan y que tanto reivindican algunos sectores de la falsa progresía, es un concepto etimológicamente falso porque solo puede defender la idea de una democracia formal, sin sustento real en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades de la mayoría. El ideal liberal de la democracia se tradujo históricamente en derechos abstractos que defienden una institucionalidad formal en todos y en cada uno de sus ámbitos. El problema de la democracia formal, abstracta y neoliberal, es que un régimen político democrático tiene que estar en condiciones estructurales de solucionar las demandas que le son requeridas por los sectores que son parte de la mayoría en consideración de un bien que es común para esas mayorías y que por lo mismo, es decir, por ser simplemente mayorías, es racional. El problema para el neoliberalismo es que siempre existen tensiones entre la idea de un gobierno democrático y las demandas del trabajador que se expresan a través de diversas organizaciones



y actores populares. Por más que desde los factores del poder dominante se nos insista continuamente en el fin de las ideologías, base de sustentación de los valores de la antipolítica que a su vez milita en favor del conformismo y la desmovilización, el régimen, su organización y lógica, son manifiestos de la lucha por el poder, por el sentido de la política, la cultura, la economía y las relaciones entre los hombres. Por más que nos insistan en ideas que ya tendrían que haberse superado, el régimen político es una clara manifestación de la lucha entre diversos sectores y clases sociales que así intentan incidir en la conformación de las políticas públicas que afectan, para bien o para mal, la vida de todos. Por otro lado, si analizamos el devenir de la historia de los pueblos de Latinoamérica al respecto, el binomio *democracia- liberalismo* tampoco implicó bienestar e inclusión de las mayorías. De hecho, nuestros procesos de emancipación de la metrópolis española de entonces, derivó en la formación de un Estado capitalista altamente dependiente de los centros globales del poder. Y como doscientos años no es nada en la historia, aún hoy seguimos pagando las consecuencias de ese modelo que buscó legitimarse bajo las directrices de la democracia liberal. Tanto en los países centrales, en Estados Unidos como en Europa y en los países del sur, donde nos incluimos todos, la democracia y el liberalismo de los factores de poder dominantes avanzaron por caminos claramente opuestos. Así, el liberalismo, en la medida en que profundiza en sus convicciones, se vuelve cada vez más inestable, más autoritario, conservador y reaccionario para, ya en su etapa neoliberal, negar los valores de la democracia formal. Por ejemplo, pensemos en las reformas a las libertades civiles auspiciadas desde el gobierno de Estados Unidos como reacción a los atentados terroristas del 2001. En otras palabras, la historia nos muestra cómo los Estados capitalistas bajo el régimen liberal, precisamente por ser capitalista, son expresiones de las elites oligárquicas y de los factores de poder más reaccionarios en general y por eso solo sirven para legitimar intereses y formas de vida que están lejos de reivindicar la cultura popular. La historia nos muestra cómo el régimen liberal, que luego de la crisis de los años '80 deriva en neoliberalismo, es incapaz de responder a las demandas democráticas que están presentes en los sectores populares. Por consiguiente, en el inicio del siglo XX, cuando en nuestros países la legitimidad restringida de nuestros regímenes (restringida a los intereses y las formas de habitación de los sectores oligárquicos) se hace manifiesta, cuando el trabajador como sector y grupo social empiezan a expandirse frente a la evolución histórica del capitalismo estructuralmente dependiente de nuestra región, las urgencias y las demandas insatisfechas que esos sectores populares ahora protagónicos de la vida y acción política platearon respecto de la institucionalidad y de la gobernabilidad, tendieron a manifestarse a través de formas que por lo menos colocaban en entredicho los valores de los grupos y de los sectores liberales. Es así como en muchos casos, esas nuevas formas de manifestación de las urgencias de los trabajadores, se expresaron a través de gobiernos militares de

tipo nacionalistas, que hasta entonces eran la única vía de expresión de estas demandas. Surgió, combinado con las instituciones liberales, el peronismo en Argentina, el Estado Novo en Brasil, el MNR en Bolivia o el primer Ibañismo en Chile. Es decir, esos nuevos gobiernos, que intentaron fundar un régimen popular que persistiera en el tiempo en favor de las mayorías nacionales, expresaron las incapacidades políticas y estructurales del liberalismo y su definición de la democracia para hacerse responsable de las demandas de los trabajadores.

La tradición democrático y liberal así está incapacitada por su propia lógica para atender las necesidades de los sectores populares en ascenso y esto, por lo mismo, termina manifestándose a partir de esos nuevos regímenes políticos populares, inclusivos y democráticos. Todas características de las cuales el liberalismo carece. Sin embargo, la historia quiso que en los países latinoamericanos recién luego de vivir la trágica experiencia de las dictaduras que hacían hincapié en la seguridad nacional y el enemigo interno, se lograra avanzar en la democratización de las estructuras de nuestros países pero a expensas del neoliberalismo. Después vimos como los diversos movimientos y organizaciones representantes de los sectores populares en Latinoamérica por fin, de la mano de gobiernos afines a los intereses del trabajador, lograron reafirmar sus demandas a través de nuevos mecanismos de representación y democracia, que en muchos casos significó la conformación de asambleas constituyentes y reformas estructurales, es decir, significó la caída de los paradigmas de la falsa democracia liberal. Desde esa nueva perspectiva de construcción de otros canales institucionales de participación que reniegan de los valores liberales, es importante poder entender la relación que existe entre la representación y participación de los sectores populares y la construcción de esa misma voluntad y cultura. Es decir, de cómo a partir de los regímenes claramente populares se expresan institucionalmente las demandas que el neoliberalismo no fue capaz de hacer suyas. Todo empieza en cierto punto en que los trabajadores intentan expresar sus demandas a partir de los canales de representación política de la democracia liberal y ven como ésta se encuentra totalmente incapacitada para resolver los problemas más urgentes. Entonces, se reacciona porque de una o de otra manera esas demandas tienen que verse cristalizadas alrededor de cierto núcleo que sea representativo. Ahí es cuando los trabajadores tratan de organizarse políticamente al tiempo que desde la cúpula del poder se busca establecer una relación con las demandas que en realidad no cambien nada, es decir, que refuerce la dominación, el control y la exclusión de las mayorías en beneficio de la gobernabilidad dominante. Es un ir y un venir, es la lucha de clases en acción donde para generar el cambio en favor de los sectores populares se necesita la movilización del trabajador, pero, a la vez, se necesita un punto de apoyo a nivel del régimen político que represente y que manifieste los intereses de los sujetos políticos populares. Por ejemplo, en la explosión social que deriva en la imposición democrática

de los regímenes populares en algunos países de Latinoamérica, hubo una enorme expansión transversal de la protesta popular que en su origen quedó condicionada por las estructuras neoliberales de representación del régimen. Así, un gran logro político del movimiento popular y sus dirigentes fue darse cuenta que había que complementar el desarrollo de esa protesta en términos transversales, la que se apoyó por distintos canales verticales, a partir de la construcción de instituciones por las cuales esas protestas pudieran traducirse y expresarse al ámbito político. De ahí que en la medida en que se pudo cumplir con ese cometido, el movimiento popular así estructurado devuelve protagonismo a la política como acción transformadora, como arte posible de los trabajadores que busca gestionar las instituciones en que se expresa el bien común.

Por el contrario, la experiencia del Mayo Francés fue un caso histórico de disolución de la protesta y las demandas populares por falta de un proyecto de construcción política democrática y alternativa, que renegara del liberalismo y sus abstracciones. Ahí se dio una movilización enorme de los estudiantes y trabajadores pero nadie fue capaz de traducir esas demandas en un cambio de régimen. Por eso no hubo forma de continuidad política para esa movilización. El resultado fue que, a los pocos meses, De Gaulle ganó las elecciones pero no porque la gente fuera gaullista (de hecho al año siguiente perdió un referéndum) sino porque son muchos los sectores sociales que cuando advierten una situación de desorden y cambios radicales, que tal vez pueda derivar en el humanismo, necesitan de algún tipo de orden: si falta la alternativa popular se insiste en lo mismo o, peor aún, el país puede caer en la reacción y el autoritarismo. Por ejemplo, a mediados del 2011 en consonancia con las consecuencias de la crisis global de ese entonces, que en realidad iba más allá de lo económico- comercial, la protesta de los indignados españoles y europeos en general, la caída de regímenes fuertemente autoritarios en Oriente Medio y otras formas de expresión de los sectores populares en todo el mundo, se mostraron como grandes desafíos para los sectores reaccionarios y conservadores que intentaban poner orden en medio del caos. Sin embargo, el gran desafío era para los sectores populares que necesitaban traducir todo ese descontento en canales institucionales de participación para refundar el régimen en beneficio de los trabajadores. Esa es la lucha de las mayorías en general. Habrá que ver de qué modo cada movimiento popular, de acuerdo a sus especificidades, puede construir un proyecto que sea alternativo. En este contexto, lo principal es entender la democracia como sistema institucional de relaciones y propiedades en constante ebullición en la que todo se determina por ciertas identidades, una cultura y valores que fundan un sentido y lógica de las cosas que a su vez remiten a la lucha y movilización de los sujetos políticos que actúan intentando hacer primar los intereses del grupo.

## **La historia de los vencidos.**

La unidad, el espíritu y la conciencia de clase, en este caso me refiero a los sectores históricamente minoritarios pero dominantes, a la burguesía y los suyos, se apoyan y une un espíritu y sistema ideológico, político e histórico, racional y mitológico. Los unifica, como grupo de dominación sobre la mayoría, un mismo culto por los héroes y próceres de la historia del pueblo a nivel nacional pero también una historia que va más allá, hasta la globalidad que significa la cultura, la historia y la razón occidental que incluso hoy, más allá de las diversidades culturales entre países, por ejemplo entre Occidente y Asia, logra imponer una lógica propia del sistema productivo, del consumo de los trabajadores, de los intercambios globales entre bienes y de consolidación de los intereses en términos neoliberales. Este proceso, además, implica una serie de valores y una nueva historia de los grupos dominantes a nivel global, del capital globalizado que así saca ventajas en relación a la fuerza de trabajo. Entonces, esos grupos dominantes rinden un mismo culto ritual por los héroes de la historia, nacional como global, que deslumbra una cultura europea-occidental que se siente superior y más racional porque está convencida de la superioridad de las verdades occidentales que, entre otros factores, implica militar a favor de la supuesta razón y la mayor eficacia de las instituciones y organizaciones políticas neoliberales que sin embargo no pueden cumplir con sus grandes promesas de libertad, igualdad o de fraternidad. Más bien, esta búsqueda de igualdad y fraternidad que implica también la libertad de los hombres, derivó en el terror de Robespierre y en la instauración del impero napoleónico primero para, desde ahí en adelante, consolidar el poder de esos nuevos grupos dominantes. A esa clase social también la unifica su añoranza y nostalgia por el pasado, donde todo tiempo anterior fue mejor, porque se siente violentada por el presente y el futuro. Es que en lo más hondo de su ideología se saben transitorios y por eso luchan por el conservadurismo. Por eso, ven al trabajador, al peón, al minero, al chofer o profesor, como el gran enemigo que los amenaza, como mayoría que son, con despojarla por siempre del control del mundo y su verdad. Por eso son personas muy despectivas y renuevan incesantemente, en el presente, las calumnias y las mentiras con la que esa población es presentada por una cultura y una historia oficial escrita por los suyos. Diego Portales, O' Higgins es de ellos. Este odio a la cultura popular venida de estos hombres es parte de la historia oficial que reivindica los valores más conservadores de la historia. Sin embargo, también están esos chilenos que nunca negaron lo autóctono, el ser americano, esos que nunca negaron la cultura criolla, de los aborígenes y el roto chileno que son la base de nuestra nacionalidad. Esos otros chilenos como Manuel Rodríguez que reivindica el valor inmanente de la población y cultura autóctona y que luego, la historia en manos de los dominantes, la historia nacional- oficial, la de los

manuales, convierte en bronce desvirtuando sus valores, todas sus luchas y la vida de esos héroes que como el general San Martín o Bolívar, Artigas, José Miguel Carrera o Manuel Rodríguez, conquistaron su inmortalidad junto a los humildes. Nos silenciaron que los más humildes luchan por la causa nacional. De otro modo no es posible entender la bravura y la constancia con la que se desarrolló, a través del tiempo, la guerra de independencia. Esa historia, la de verdad, esa que es más racional, fue falsificada porque en general es una historia hecha a medida de los intereses de los grupos y sectores de poder más conservadores y elitistas. Esta oligarquía sigue siendo enérgica, dueña del poder económico pero todavía es minoría, sigue defendiendo intereses que no pueden ir más allá del bien de las mayorías. Esa clase ociosa, como de verdad tendríamos que llamarla, la dueña del capital, de las estancias, haciendas, las industrias, los factores y medios de poder, por otro lado tienen la debilidad de sus irracionalidades, de su cultura e ideología prestada, que es foránea y ajena a la realidad de los trabajadores. Se saben extranjeros en sus propios países de origen porque militan a favor de un sistema de vida propio de los clanes familiares anglo-estadounidenses globales que están más allá de ellos y de nosotros. Por lo mismo, a partir de esa cultura venida de otros lugares, de esa historia oficial que busca abolir la originalidad de lo nacional y popular, niega la cultura e historia más racional del pueblo, precisamente esa historia en donde los protagonistas son los trabajadores de ayer y hoy. Por eso, la historia es de los pueblos. Es nuestra la historia aunque ellos busquen acabar con la espiritualidad y materialidad del trabajador a través del sistema educativo o mediante el sistema de producción de nuestros regímenes políticos. De hecho, el Estado capitalista estableció por todas partes, por la globalidad, la técnica moderna de producción, de productividad pero también de fuerte explotación y alienación de los trabajadores.

Entonces tiene que echar mano de todos sus recursos, de la cultura y la propia historiografía, de la acción política- ideología porque su dominio no se detiene siquiera en los valles más alejados, ni ante el desierto o el mar. Así, el trabajador y su historia, sufren cambios profundos porque ningún espacio permanece virgen ante al avance del capital. Ahí donde la máquina, la usina, el cemento y la producción en masa, determina la vida de los trabajadores, empieza una realidad absolutamente nueva controlada por el capital y su interés. La técnica capitalista moderna no solo revolucionó a los trabajadores, el paisaje y modos de vida, sino la estructura de nuestros pueblos, el Estado y el régimen, es decir, no solo la forma exterior de la vida de las mayorías sino toda la existencia social del hombre. Y no es solamente el mundo europeo el que se transforma sino todo el planeta. Más temprano que tarde el capitalismo se internaliza y a través del neoliberalismo se globaliza por completo. En ese contexto, culturas por siglos adormecidas, son descuajadas, soliviantadas en su sopor y lanzadas al torbellino de una vida que nada tiene que ver con lo universal sino con lo individual. El neoliberalismo produjo además violentos

desequilibrios políticos que signan el señorío de la técnica del hombre que también se apoya en una idea de la vida, cultura e historia. Las consecuencias inmediatas de esa idea de la técnica, basada en la primacía del derecho a propiedad y la producción por la producción sin más, es el surgir de otro arte de lo posible en la medida en que los trabajadores luchan y se movilizan por éste. Un proceso de tecnología conveniente así tiene una significación que va más allá del presente para anunciar en su potencia histórica, la emancipación de los trabajadores. En la medida en que esa libertad de los trabajadores se hace presente, en la medida en que despliega toda su potencia histórica, ese nuevo mundo les parece desordenado y final a los sectores dominantes. Se desesperan por la propia imposibilidad de concebir y pensar el presente de los trabajadores y así falsean la historia de los hombres. Lo importante es que la desesperación de los dominantes es propia de ellos porque son los que militan contra del futuro. Esa desesperación política se muda en pesimismo histórico donde el gran hecho del pasado es desvirtuado para mistificar un presente cada vez más falso y falto de sentido. Sin embargo, en la medida en que los trabajadores sean capaces de movilizarse y luchar, crean un mundo, presente y futuro que reivindica las premisas y valores de transformación del hombre mismo, que no solo es un sujeto individual como pretenden hacernos creer la ideología dominante, sino que es género humano, ser genérico que está más allá de los intereses de la teoría de los dos mundos. En otras palabras, esta realidad del hombre ha creado trabajadores que están más allá de la vida individual y personal sin coraje, con metas gallardas y fines más distantes que la imagen de una globalidad clausurada en la pura interioridad de la vida. La execración del progreso de la técnica y de la vida del trabajador en las clases y grupos o sectores más reaccionarios, al que algunos actores políticos como la iglesia apuntalan con el dogma de la caída, es simple y complejo horror y desesperación al destino que la historia les reserva por ser minorías. Frente a esos grupos, otras clases, para las que el pasado no cuenta tanto, en tanto hijas del siglo XIX que las lanzó a las fábricas y factorías, se sienten depositarias y protagonistas de esa historia en la medida que son su fruto y nada le deben. Lo que los dominantes buscan esconder con su postura histórica, política e ideológica es el miedo, ya de niveles irracionales, a la (r) evolución ética y moral que significa la tecnología conveniente que implica, en su transfondo más plural y democrático, la primacía del humanismo del hombre, la misma (r) evolución permanente. Lo terrible del progreso técnico para el neoliberal consiste en que la voluntad de los trabajadores puede acelerar y darle un significado popular en base a la lógica de esa propia tecnología conveniente. La razón histórica del presente, a la que los sectores dominantes apostaron y dan su rotunda fórmula política a ese nuevo régimen que lograba colocar a esos sectores sociales en la cúspide del poder, se vuelve contra ella porque la historia de los hombres demostró que no es independiente de la voluntad y de la lucha de los trabajadores, del pueblo. En esas condiciones históricas, los

sectores dominantes- los burgueses en su acepción más primitiva- aplicaron y definieron la idea del progreso evolutivo del hombre a la naturaleza e historia. Sin embargo, fueron los trabajadores los que yendo más allá postularon que la historia, sin más, es un proceso en movimiento donde ellos mismos por ser mayorías y una vez que se comprometen en la lucha se convierten en los protagonistas. La ciencia, desde ese peculiar punto de vista, se convierte en instrumento para mejorar la calidad de vida de todos. La ciencia, en manos de los trabajadores, es una nueva verdad porque postula otra, una mejor y más consecuente historia. Esa historia nos dice que la cultura actual, la cultura popular en su origen más inmediato y más profundo, está impregnada por ese sentimiento de que existen potencias activas y reactivas más poderosas que la voluntad y razón de los grupos dominantes, fuertemente conservadores, y que están íntimamente relacionadas con el interés del trabajador. Desde ahora, todo parece menos enigmático e insoluble. El estudio sistemático más o menos de pretensiones racional y crítico de la historia no es sino un síntoma más del esclarecimiento y unificación de la vida y la cultura popular a través de la historia nacional que a partir de este momento se vuelve mucho más consistente de sí misma, que moviliza, interpela y recalca en los orígenes más profundo de los trabajadores.

En estas épocas de ascenso de una cultura popular que reivindica lo mejor de nuestros pueblos, su idiosincrasia y valores más elementales pero también los más profundos, esa vaga historia universal, de pretensión global incluso a través de la interpelación de la cultura occidental en oposición con otras culturas, cuyo caso más paradigmático se refleja en la teoría de la guerra de civilizaciones, vemos como esa vaga cultura de pretensiones universales es sustituida por nuestra historia popular porque, en fin, es la cultura y la historia nacional. Así, lo concreto se antepone a lo abstracto, la Patria y lo nacional a lo internacional y global. O en todo caso, el mundo es dividido desde ángulos y valores propios, es decir, desde la propia razón y la nacionalidad concebida, no como circuito cerrado, pero sí independiente porque finalmente reivindica la conciencia nacional- popular. A expensas de las razones de la lógica de los neoliberales, los hechos históricos no son fortuitos ni menos irracionales. Los grandes líderes, el caudillo del pueblo quien representa a los trabajadores, lo hacen precisamente por esa representación porque, en fin, el caudillo popular es representativo del carácter nacional dominante en una época histórica. Es hijo de una época histórica. Y su obra política es la aspiración, los sueños, los valores y esperanza de los trabajadores como colectividad en cierto momento de la historia nacional. Líderes políticos del tamaño de Balmaceda o Allende, con sus sellos, valores, acciones y convicciones, marcan una época que a la vez los crea. Y ni las grandes difamaciones de los sectores dominantes, ni los odios o las múltiples tergiversaciones pueden separar al líder popular del marco histórico general de una época porque representa ese tiempo y esta época, o sea, la constituye y caracteriza. Por lo mismo, líderes como aquellos,

como Balmaceda o Allende son símbolos colectivos, antítesis sociales y hasta programas de acción que definen una época. Esos líderes, que rápidamente son convertidos en símbolos, representan la lucha popular por la libertad, por la inclusión, el humanismo y el pleno empleo. El personaje histórico es la representación de las tendencias dominantes o no y los intereses de una época y en ese sentido es símbolo de clase. De ahí es posible entender y explicar la ferocidad y reacción contra los líderes populares que es proporcional a la veneración por parte del trabajador como mayoría. Este dato no es menor porque la derecha no es nada democrática. De hecho, cuando el asunto se le complica y no encuentra una salida a través del voto recurre a diversas formas y modalidades de golpes de Estado o de mercado. Lo central es que en estos símbolos hay una base real que apela a la historia, la conciencia y cultura del hombre. Por ejemplo, en Diego Portales tenemos la representación de una clase dirigente que en determinado momento del siglo XIX aún conciliaba las necesidades de la población nativa con el antiguo régimen mientras que, por el contrario, en Yrigoyen tenemos a esa misma población ya fuertemente empobrecida, marginada y excluida que junto con la inmigración más reciente lucha contra el régimen político. En Perón, ese mismo pueblo nativo, convertido ya en proletariado nacional, en la clase de los trabajadores, hace su gran experiencia política e histórica. Por lo mismo, la conciencia nacional es la lucha de los pueblos por su emancipación. En esas circunstancias, el interés por la historia del pueblo es la conciencia de la libertad de los trabajadores como necesidad. Ahí se definen las luchas porque la conciencia nacional y popular la resisten las fuerzas conservadoras. Por su parte, la falta de unidad de los trabajadores, auspiciada por esa falsa conciencia histórica estimulada durante siglos por el grupo dominante, por su modelo primario-exportador, con una clase terrateniente de poder fuertemente condicionante, recién a principios del siglo XXI, con el surgir de los regímenes populares latinoamericanos, empezó a construir la base de una racional cultura nacional que sirva a los designios del trabajador, es decir, una cultura nacional y popular que se convierte en base espiritual y material de unificación del país en el sentido que no busca anular en su seno la oposición de clase, los usos, costumbres, el lenguaje y la gramática de poder de las mayorías nacionales.

### **Consenso y lucha de clases.**

A través de los regímenes nacionales y populares surgidos a principios del siglo XXI, los países latinoamericanos lograron remover en primer lugar las múltiples restricciones derivadas de la cuestión externa y fiscal, es decir, que por un lado lograron un superávit en la balanza de pagos internacionales y por otro, lograron un superávit de los gastos fiscales corrientes del régimen que así logra financiar el desarrollo. Esto configuró una realidad económica, política, cultural y social que ahora será radicalmente distinta al pasado, es



decir, una variante económica que poco tiene que ver con el neoliberalismo de los '90. A través de ese nuevo régimen fue posible sostener los equilibrios macroeconómicos en los pagos internacionales y en las finanzas públicas con recursos, ahorro y capitale propio. La importancia de esto es que proporciona, como países y región estructuralmente dependiente de los centros globales de poder, mayor autonomía, mayor soberanía política y económica y hasta cierta fortaleza para resistir las tensiones estructurales y sistémicas a nivel global como en su momento lo demostró la crisis global de principios del 2008. En ese contexto histórico, ninguno de los modelos populares latinoamericanos sucumbió ni descarriló o ajustó su economía a los múltiples vaivenes de esa crisis porque, a partir de lograr la gobernabilidad de la macroeconomía, esos países simplemente fueron capaces de recuperar el ejercicio de su soberanía hecho que por lo demás tuvo importantes consecuencias en el ámbito de defensa de nuestro propio desarrollo, crecimiento y especificidades culturales y políticas que reivindicó nuestras transformaciones en todos los contextos. Es decir, la solución que esos regímenes nacionales y populares plantearon en relación a la restricción externa facilitó resolver la restricción fiscal derivada de los déficits crónicos del sector público. Al recuperar la conducción de la economía, el régimen simultáneamente pudo sostener el equilibrio y políticas macroeconómicas para impulsar el desarrollo económico y la estabilidad en el orden político- social en un contexto de inclusión. Entonces, esa realidad nos mostró que en esas circunstancias históricas, la política económica tiene suficiente fortaleza para desplegar sus medidas económicas atendiendo, de manera mucho más racional, al interés de los trabajadores sin necesariamente subordinarse a la dependencia del capital foráneo, o sea, del financiamiento externo y consecuentemente al monitoreo del Fondo. A su vez, esto tiene una fuerte repercusión en el ámbito de la política como de la economía interna. Precisamente, los regímenes populares son soberanos por la independencia y la lógica de sus políticas de inclusión. Una característica implica la otra, es decir, un régimen es nacional y es popular precisamente porque es soberano y ejerce esa relativa independencia con relación a los centros globales de poder para implementar políticas y medidas que lo caracteriza. Tradicionalmente, en las etapas previas al proyecto nacional y popular, los grupos económicos más importantes en términos de presión sobre la realidad, fuertemente ligados a la especulación financiera, al modelo rentista y al estatus de la estructura productiva característica del neoliberalismo, promovieron la vulnerabilidad y la dependencia económica de nuestros pueblos para, desde ahí, paralizar la capacidad de gestión y decisión de los sectores populares para batallar contra cualquier agenda que se definiera en términos de democracia e inclusión. Lo que buscaron los sectores conservadores fue evitar el riesgo de la adopción de políticas transformadoras y cambio que favoreciera a los trabajadores. Desde esta perspectiva, la dependencia al Fondo y sus condicionalidades políticas es una clara garantía de la impotencia de las políticas auspiciadas desde el

neoliberalismo, a nivel nacional, para militar por el desarrollo de los pueblos. Buena parte de la conflictividad política al interior de los regímenes políticos se deriva del rechazo, de influyentes grupos y de sectores económicos o de opinión, a la recuperación de la soberanía de nuestros países. Es decir, a la reaparición del rol del sector público como un protagonista central y decisivo en el proceso de crecimiento. De hecho, es imposible pensar en políticas a favor del trabajador sin reconocerlos como actores y sujetos de discusión, de gestión política, es decir, sin participación y movilización constante de los sectores populares en torno al proceso de formación de la agenda pública. Durante años se aplicaron sin cesar políticas que nada tenían que ver con la realidad y con los derechos de los trabajadores. En principio, una política en favor del trabajador es una política de los trabajadores precisamente porque tiene que tenerlos a ellos como protagonistas del cambio. En otras palabras, la solución al tema de los derechos de los trabajadores, de las problemáticas que a ellos preocupan, surgen necesariamente del trabajo colectivo articulado a través de medidas y políticas públicas que estén diseñadas integralmente y que promuevan el desarrollo social y político de todos los trabajadores. Por eso, la realidad de los regímenes humanistas demuelen, sin concesiones, las bases del imaginario y del modelo neoliberal porque este último es un sistema fuertemente subordinado a las restricciones, tanto externa como fiscal, que se presentan como insalvables y que además implican el monitoreo externo de la economía a través de los organismos de créditos globales como del Fondo Monetario Internacional.

En contra de la visión del modelo neoliberal tenemos que considerar la catástrofe de las crisis por él auspiciadas. Las crisis del neoliberalismo en particular son un elemento percutor para que se produzcan ciertos replanteos interesantes a nivel de las elucubraciones relativas a los distintos enfoques de la política económica porque, en definitiva, la evidencia empírica durante la crisis nos deja ver que los países con posiciones económicas más sólidas en términos de superávit de la cuenta corriente externa y de saneamiento del presupuesto y cuentas fiscales, se defienden mejor frente a las inclemencias derivadas de aquélla. La evidencia de las circunstancias del momento vienen a reforzar otros estudios que también reflejan las ventajas comparativas en relación a la performance del crecimiento bajo el proyecto político inclusivo, soberano y popular. No hay que ir tan lejos para aquilatar esta evidencia porque en el momento de lo peor de las crisis, los rasgos característicos del régimen popular otorgan a los países bajo su auspicio una base fenomenal de resistencia. Es que el régimen popular asume en un grado potenciado todos los criterios político- estratégicos que marcan lo opuesto al modelo neoliberal liderado por el ahorro externo, esquema que caracteriza al régimen político que desemboca en las crisis continuas de nuestros pueblos. Entonces, el tema sobre el modelo de desarrollo nacional, sobre la confrontación entre teorías y proyectos políticos, sobre la democracia y la gestión de los trabajadores no es

menor si no, antes bien, es prioritario en el sentido que el régimen nacional y popular, la democracia humanista, es una confrontación de intereses que en el largo plazo nada tiene que ver con el consenso con los grupos de poder más concentrados. Esos mismos grupos y factores de poder desde siempre hablan de consenso, diálogo e incluso de conflicto, o con más precisión, alaban el consenso y buscan denostar el conflicto pero solo en apariencia porque lo que hacen a través de ese diálogo y consenso es dejar las cosas como están para seguir disfrutando de sus privilegios. Con ese enfoque estratégico, la solución o radicalización de los problemas socialmente importantes dependen del buen humor y de los modales finos, del diálogo y falso consenso. Es decir, me refiero al típico abordaje que privilegia las formas y por otro lado ignora el fondo de manera que solo se discute lo accesorio, lo superfluo y nadie se ocupa de lo fundamental, es decir, de los problemas estructurales que afectan el desempeño y gestión del régimen. Así este enfoque, donde la urbanidad y las buenas costumbres determinan la realidad más que los intereses políticos, económicos y sociales, una opinión válida puede ser descalificada porque se la expresa con vehemencia, violencia o crispación. Pero la lucha de intereses, el juego de clases, termina por imponerse, por revelarse en toda su crueldad y magnificencia porque los problemas sociales, la exclusión y la marginación del trabajador, son reales y las diferencias de opinión, de intereses y valores son inevitables. Por lo mismo, los sectores dominantes procuran que no se expresen los disensos de manera que parezca que los conflictos de intereses no existen para que así nada se modifique. De acuerdo a esa postura de los dominantes, el consenso es una especie de tótem entendido como origen de una serie de prohibiciones sociales. Pero, la verdad es que las diferencias y discrepancias de proyectos políticos, interés y valores no se pueden difundir, ya sea porque se las omite o porque sus autores no tienen acceso pleno a los medios masivos de comunicación. Solo tienen que actuar políticamente los sectores dominantes porque el carácter monopólico de sus propios intereses se relaciona directamente con el proceso de concentración de la propiedad, de los capitales y las finanzas que a su vez se asocia de manera directa con la desorganización general de la producción nacional y que ejerce, a través de esta desorganización, su control regulador sobre los intereses y formas de vida del trabajador como subalterno. El resultado es la imposición dictatorial y por la fuerza de su interés a través del control de precios, de la liquidación de la competencia y en general de los capitales menos productivos, el control del automatismo del mercado a través de la oferta (que además de esa manera nos revela que el automatismo de los mercados no es real porque finalmente es controlado por ciertos factores de poder que responden a ellos mismos) y hasta la creación de modalidades y redes comerciales subsidiarias, sistemas de seguro, bancos e infraestructura necesaria para la producción de bienes y servicios. Nos esconden que las relaciones comerciales globales y así también nuestra economía nacional está condicionada por la organización e intereses

de las corporaciones globales. Lo acepten o no, los oligopolios no suprimen la lucha por un régimen justo, por una economía que supere los fundamentos centrales del capitalismo siempre basado en la ganancia y explotación de la fuerza de trabajo a favor de los dueños del capital. Pretenden escondernos que el poder de la economía acopia su propio poder político, ideológico y cultural donde el Estado, en su forma abstracta, se expresa a través del régimen que en esas circunstancias se muestra impotente para modificar el estado de las cosas. Nos esconden el continuo saqueo, la guerra y conquista porque es muy peligroso para esos grupos minoritarios que los sectores subalternos, es decir, los trabajadores, planteen un régimen, una democracia y país basado en la confrontación de intereses a favor del bien común porque, en general, lo que nos dice la teoría de la democracia entendida como confrontación de intereses es que la lucha es posible.

Lo que nos dice la democracia definida en esos términos es que la lucha de intereses y la confrontación entre los sectores y las clases sociales es característico del capitalismo como régimen de producción y distribución. Ya tempranamente en el siglo XIX Marx definía a esa lucha como motor de la historia, es decir, de los cambios. En esas circunstancias, en realidad no existe el consenso ni menos el diálogo sobre el tema central, el más importante, el estructural, esos que afectan intereses de clase. Lo que nos dice la democracia así definida es que también ese consenso y diálogo sólo surgen en el plano de la abstracción y generalidades que desaparecen después que se evalúan las medidas políticas del régimen necesarias para cumplirlos. Por eso, la historia del hombre nos muestra como continuamente aparecen las artimañas y las políticas de fuerza para ejecutar sin discutir ni debatir. Ahí es cuando surgen las teorías sobre el poder por derecho divino o el derecho de matar a quienes no están de acuerdo. En ese contexto, se sustenta la teoría y la lógica de los amigos- enemigos que fundamenta la primacía del derecho a la propiedad, pública o privada, sobre los medios de producción por sobre la lógica de la vida de la mayoría. De esa manera también se planteó la antinomia central en la formación de los Estados que en general nos hablan de la *civilización o barbarie*, del *orden y progreso* o *por la razón o la fuerza*, que son todas posiciones originarias de los sectores históricamente dominantes que incluso hoy, actualizadas de acuerdo a las nuevas circunstancias, se expresan en los medios de comunicación masivos dominantes. Desinformar y manipular a los sectores populares es prioritario. Divide y gobernarás y lo hacen influyendo sobre la opinión pública para recuperar la lógica del régimen en general.<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Todo régimen, ya sea humanista o de tendencia neoliberal, cuenta con su sistema ideológico- cultural. Ese sistema cultural cumple funciones de moldear la contextura síquica y afectiva del trabajador. Además, esos sistemas subministran al trabajador de determinada época histórica las nociones teológicas y religiosas, artísticas, científicas y políticas que buscan ser comunes a la mayoría. Por su parte, los dominantes, concedores de las fuerzas de la cultura, mitos, razones y

Los consensos y el diálogo no son posibles cuando los actores que negocian están impulsados por una opinión pública o sectorial fuertemente manipulada. Entonces, la democracia en términos de conflicto de intereses nos dice que el consenso así es sólo un modo de negociación, que en general fracasa cuando se tocan intereses de los sectores dominantes o de los grupos subalternos. Ahora no hay tótems porque el miedo reverencial no protege más a las élites porque tampoco hay tabúes, es decir, ningún tema de discusión queda vedado a la opinión pública ni nadie es intocable. De todas maneras, en democracia, cuando el objetivo es profundizar en un régimen popular, el conflicto y la lucha de intereses lejos de ser un drama es una ventaja porque los problemas se discuten a fondo y se los resuelve a partir de la voluntad de poder de la mayoría. Desde ahora, vemos como el consenso es otra forma de control y dominio político que busca ejercerse sobre los trabajadores para que no primen sus derechos, para que caigan sus consignas y conquistas siempre a favor de los intereses del capital. Para ejercer ese dominio es necesario tener una sociedad asustada y son los medios de comunicación, que además son hegemónicos, los que difunden permanentes peligros potenciales. Este clima mediático de inseguridad general no es para nada una cuestión neutral porque la información se convirtió en una herramienta y en una mercancía más al servicio de los intereses de los dueños del capital. Los medios hegemónicos lo que buscan es apropiarse del sentido común, de la lógica del trabajador para que una clase social, las élites y sus representantes, ejerzan el control sobre el conjunto de los trabajadores pero en clave de persuasión, es decir, imponiendo sus creencias, valores e ideología sobre el otro. Los grupos y sectores sociales que representan a la clase social sojuzgada, por otro lado y en esos términos, solo puede adoptar la idea de los dominantes aún en contra de sus intereses, lo que llega a convertirse en su sentido común. Sin embargo, este sentido común también puede ser combatido, denunciado y superado por el trabajo militante. En otras palabras, la diferencia entre la dominación y la hegemonía es que la primera se impone por el uso de la fuerza mientras que la segunda- la hegemonía- se ejerce a través de los métodos de la persuasión, del supuesto diálogo y consenso. Darse cuenta del engaño significa desnudar los hilos del poder que ejercen los medios de comunicación hegemónicos sobre el trabajador y los intereses que manifiestan y representan. Finalmente, lo que hay que buscar, siempre a partir de la gestión democrática de los mismos trabajadores, es aumentar las voces, la mirada y perspectiva para así enriquecer la experiencia y memoria colectiva. Es necesario poner en acción muchas voluntades, muchas subjetividades que puedan construir una contra-hegemonía representativas de las mayorías para así reforzar el desempeño de la (r) evolución permanente.

---

nociones de todo tipo, continuamente rectifican los valores y verdades sociales. En otras palabras, las rectifican, reforman, dirigen y encauzan políticamente para consolidar los intereses de esos grupos dominantes.

### **La conciencia nacional.**

En otro lugar hemos visto como los tecnócratas y su tecnopolítica, o sea, las concepciones tecnocráticas de la gestión pública, aplicadas al régimen político, entendido éste como definición y aplicación de políticas públicas, atentan contra una definición más democrática de nuestro país. Ahora hemos llegado a un nivel de centralización de los poderes de dominación del capital tal que la forma de existencia y organización propia de la burguesía tal como la conocimos hasta ahora están abolidas. Es decir, anteriormente, en otra época histórica, la burguesía se constituía por familias más o menos estables, por clanes. Sin embargo, en determinado momento, de una generación a otra, los herederos de los clanes empezaron a perpetuar cierta especialización en las actividades de sus empresas y factorías. Así, la burguesía se construía en el más largo plazo ante que en la inmediatez típica de hoy. Esta estabilidad favorecía la unidad en los valores burgueses, en las ideas constitutivas de esa clase social en particular y su proyección hacia el resto de los sectores y clases sociales constitutivas del régimen político. La burguesía era aceptada como tal porque, en realidad, por los servicios que prestaba parecía merecer su acceso a los nuevos privilegios de la holgura y del disfrute de la riqueza frente a los otros sectores y grupos que por supuesta holgazanería o propias incapacidades eran los grandes perdedores. Sin embargo, mucho después en el tiempo, cuando la burguesía se afianza como clase dirigente y así pasa a controlar el nuevo régimen, la correspondiente lógica de la clase y sectores políticos dirigentes que la representan, la del neoliberalismo contemporáneo, tal como parece emerger de la evolución de las últimas décadas, abandona brutalmente esta tradición relacionada con el esfuerzo, la producción y el riesgo para dar paso a la primacía del ámbito financiero. Es ese precisamente el caldo de cultivo desde el cual la tecnocracia se va haciendo con la lógica de la gestión y toma de decisiones en el ámbito de la agenda pública. Sin duda tiene que ver con este desarrollo de la tecnopolítica y de su correspondiente tecnocracia la gran concentración del capital a través del régimen neoliberal. Sin duda esta concentración, a la que llamo *globalización neoliberal*, se consolida precisamente a partir de los postulados políticos, económicos, sociales y comerciales auspiciados por el conservadurismo del señor Reagan-Tatcher en los años '80 que logran superar la crisis de la tasa media de la ganancia del capital a expensas del interés del trabajador vía desregulación de la economía y la pérdida del poder adquisitivo de los salarios. Entonces, la tecnopolítica hay que entenderla como instrumento y herramienta producida por el capitalismo desarrollado, es decir, del capitalismo llevado a su máxima potencia y expresión política, económica y cultural, que precisamente es el neoliberalismo. El problema es que cuando la gestión pública es entendida como tecnopolítica implica no solo importantes irracionalidades que afectan a

todos sino que también implica una fuerte subordinación del ser genérico que solo es considerado como objeto individual al servicio y bajo el mandato del interés de la oligarquía financiera que además es especulativa y rentística. Nos encontramos, pues, al final de una curiosa parábola que es histórica. En efecto, los dominantes emergentes durante el siglo de las luces, la naciente burguesía de la igualdad, fraternidad y libertad, hicieron de ese humanismo liberal su plataforma inicial para oponerse a los dogmas sustentados por las estructuras centrales del feudalismo. Así, mientras esos sectores burgueses y su nueva razón colocaban al sol y al hombre en tanto individuo como centro del Universo, ese mismo sujeto, ahora despojado de los privilegios de la casta feudal y como medida de todas las cosas, se convierte en portador de un saber que desde ese momento se orienta a favor del encadenamiento de la conquista del poder. En el ínterin, el descubrimiento y conquista de Latinoamérica por parte de los imperios europeos, trastocaron el precario equilibrio que se había alcanzado al tiempo que la voz y denuncias de Fray Bartolomé de las Casas respondía a esa tradición humanista que insistía en hablarnos de fraternidad, igualdad y democracia al mismo tiempo que el África negra se convertía en proveedor de esclavos y Latinoamérica en proveedor de materias primas, oro y metales de diversa índole. Por lo mismo, no puede olvidarse que la razón instrumental de control de esos sectores dominantes en ascenso hicieron que la esclavitud, con su brutal explotación humana, con su depredación de los recursos de África y fortunas nacidas de la esclavitud, conformaron el núcleo central de la acumulación originaria de los capitales necesarios para que el viejo mundo se transformara en el nuevo mundo que ahora y por siempre es capitalista, colonialista y depredador.

A pesar de lo anterior, todavía no entendemos que el levantamiento de los pueblos estructuralmente dependientes de los centros globales del poder carece en realidad de fronteras definidas porque la continua globalización de las relaciones comerciales, aún más en los términos planteados por los grupos neoliberales, también globaliza las luchas y la resistencia nacional, es decir, las luchas de resistencia de nuestros pueblos que así, a través de la solidaridad e integración de los pueblos, a través de la solidaridad y lucha de clases, logra ir más allá de los límites y fronteras de nuestra realidad individual. En otras palabras, esa lucha de resistencia, aunque formalmente son nacionales en sus contenidos son globales por sus objetivos últimos. Esta resistencia se cumple en dos frentes, a saber, contra los clanes familiares globales dominantes y contra las oligarquías nacionales que por sus intereses, sus formas de vida, posturas y razones son manifestaciones y representaciones de los dominantes a nivel global. Es decir, son sectores, elites gobernantes nacionales y nativas opresoras ligadas y al servicio de los intereses globales de las transnacionales. Son sectores históricamente dominantes que controlan la lógica de nuestros regímenes nacionales, o sea, se constituyen por grupos nativos que a su vez son económicamente dependientes en relación a las élites globales y que

culturalmente están corrompidas por el colosal aparato ideológico, político, comercial y económico de las corporaciones. Simplemente se someten a los designios globales para reforzar la hegemonía sobre los grupos subalternos locales. Bajo esas circunstancias particulares, las ideas que estructuran el núcleo de la razón dominante, en la medida en que siguen siendo funcionales al control ejercido por los grupos de élites sobre el trabajador, a lo más solo se sumergen en determinado momento histórico para luego resurgir, es decir, bajo ningún aspecto esas ideas mueren. Por ejemplo, perceptible desde los pensadores anteriores al mismo Sócrates, el humanismo como concepto logró sobrevivir incluso soterrado durante el oscurantismo de la Edad Media, luego resurge con el Renacimiento y finalmente vuelve a aparecer con los primeros brotes del socialismo en los tanteos de los utopistas a quienes sería oportuno someter a una nueva lectura creativa. Entonces, cuando la parábola abierta por los sectores de la burguesía naciente y floreciente empieza a clausurarse, cuando parece imponerse por fin un utilitarismo medio miope y reaccionario, un gran conflicto contemporáneo se diseña alrededor de la oposición entre la tecnocracia, la democracia y el humanismo que fue parcialmente abandonado en nombre de las necesidades de la acumulación originaria de capitales y su dominio global. No es un tema menor porque a partir de entonces nuestros pueblos, las colonias y sus habitantes serán continuamente sometidos por los métodos de la esclavitud y humillación a esas necesidades del capital, de la acumulación privada. La respuesta a la lucha, donde se opone el concepto de la democracia liberal y su tecnocracia con el humanismo, nos desafía a no proceder políticamente a través de las bases del materialismo vulgar que en definitiva es una falsa moneda de cambio que en última instancia desconoce el rol determinante del hombre en esa lucha como ser colectivo, genérico, frente a las fuerzas ciegas de la acumulación privada del capital y sus formas económicas. Ese falso materialismo no puede plantearse como solución, es decir, como necesaria refundación del humanismo porque no puede ser pura especulación de ilusos. No se trata acá de onanismo intelectual ni menos de ignorancia sino que se trata de lucha de intereses porque la misma historia del hombre nos muestra que las ideas, ya sea para bien o para mal, se convierten en fuerza actuante que busca reforzar la razón dominante cuando es planteada por los grupos hegemónicos o, muy por el contrario, se convierte en fuerza de resistencia cuando es planteada por un arte posible de los subalternos.

Hay mucho en juego porque cuando los grupos dominantes son los que se imponen por sobre el arte de resistencia de los trabajadores, podemos caer en regímenes altamente irracionales e incluso fundamentalistas. Por ejemplo, la crisis política- institucional chilena que deriva en la dictadura de seguridad nacional, que tuvo que hacer frente a una represión militar sobrecogedora de miles de compatriotas, favoreció además las ideas que preconizan y justifican el quiebre del orden institucional porque, entre otros motivos, la retórica de los sectores más reaccionarios del régimen de la época electrizó a muchos



grupos que dejaron abierta la posibilidad de la solución reaccionaria. Detrás de todo eso por supuesto que hay todo un trabajo previo pero, al fin y al cabo, lo importante es entender que cuando ese proceso se da en sentido inverso, es decir, cuando se despliega el arte de resistencia de los sectores históricamente sometidos de una u otra forma las ideas del cambio se hacen camino al andar porque son los grupos socialmente más vulnerables los que tiene poco que perder y mucho que ganar frente a la eventualidad del cambio. Por lo mismo, los sectores dominantes- tanto nacionales como globales- no desprecian la fuerza de las ideas. La forma en que trabaja la razón dominante lo demuestra. Trabaja a partir de la simplificación de las ideas y los valores del hombre, es decir, las reduce a expresión simplista, vaga y superflua, para bombardear con sus mensajes la influyente red mediática actual. Sobre el trasfondo del derrumbe del socialismo real, que en parte fue vencido por errores propios, nos muestra que su intención última es inducir a los trabajadores a la alegre aceptación de la derrota de la justicia social y del cambio. En ese contexto se entiende la aparición, en la década de los '90, de las teorías del fin de la historia o la guerra de civilizaciones pero también, desde ahí, es posible entender la consolidación del vértigo consumista que propicia el culto a lo efímero y percedero incluso en el ámbito de las ideas y las razones que así refuerzan, una vez más, la racionalidad, los intereses y las formas de vida de los clanes familiares anglo- estadounidenses globales. De ahí también se cultiva la desmemoria hasta borrar el recuerdo del pasado inmediato, hasta el punto de reiterar los mismos artificios de la razón, sus fábulas, sus mentiras y mitos en la manipulación de la opinión pública, del sentido común que busca cancelar todo el saber del hombre a favor de los intereses de un monopolio elitista que también busca pervertir los fundamentos de una verdad humana. El espectáculo, la inmediatez y superficialidad anula el espacio reflexivo que pueda conducirnos al asombro para desde ahí iniciar todo el proceso que nos lleva hasta el verbo y su mejor conjugación. La racionalidad de los sectores dominantes nos dice que todo vale para obtener, con bienes percederos, una felicidad ilusoria en una globalidad que bajo las directrices neoliberales se reduce a minúsculos fragmentos. Sin que tengamos conciencia de ello, esas ideas impregnan el universo cotidiano y cada momento de la realidad. Por lo mismo es urgente la tarea del tiempo que corre relativo con diagnosticar cada problema, cada fenómeno y cuestión que nos preocupan como hombres y rescatar, atemperado a las premisas de la contemporaneidad y extrayendo las lecciones de nuestro aprendizaje, una plataforma y proyecto político válido para el porvenir y que nos da respuesta a nuestros desafíos actuales. De ahí que nuestra razón y arte es creador en tanto busca los cambios pero cambios específicos, de acuerdo a nuestra cultura, a nuestras vivencias e historia, que insisten en los rasgos étnicos de nuestras comunidades, su geografía, color y contenido también histórico que por lo mismo es intransferible a otras zonas geográficas en tanto que ese arte es voluntad de poder. En ese arte está la

comunidad de la cultura y voluntad de poder propia. En esas circunstancias, la cultura, como arte y voluntad de poder, también de resistencia, es parte de una identificación emocional y material con valores colectivos y populares, tanto con los tradicionales y fijos, como con los presentes. Porque la cultura no es estática sino, muy por el contrario, es creación, es asimilación, lucha y resistencia. Solo hay cambio, solo existe reivindicación de la cultura y de los valores populares cuando esa cultura, con sus múltiples valores y simbología, se sienten, se piensan y se vive en comunión con ciertas valoraciones que no eliminan sino que reivindican, incluso insisten, en las oposiciones de clase para desde ahí luchar por una mejor calidad de vida para los trabajadores.

La cultura popular tiene que oponerse a los valores y símbolos de los sectores dominantes porque esa cultura y voluntad de poder se inspira en el pueblo, en los trabajadores y en su realidad, en su ámbito geográfico, material y espiritual. Intentar acabar con este proceso de reivindicación de la cultura popular es la tarea constante de los sectores dominantes que buscan adulterar la cultura, el régimen y el país en beneficio de sus intereses. El problema es que intentar adulterar el país, la cultura y los valores de los trabajadores solo puede derivar en una expresión cultural harapienta que nada tiene que ver con la unidad vital del hombre con su hábitat que es lo característico de cualquier cultura cuando toma conciencia de sí misma y se vuelve más universal en la medida que lo social desborda lo universal. Parte de la búsqueda de nuestra expresión cultural y su arte de poder, es también consecuencia de la constante repulsa a los valores dominantes, de unos grupos dominantes y una oligarquía apátrida. Entonces, en esta época histórica todos los temas, los valores y los símbolos que son nuestra cultura, directa o indirectamente, están asociados y enhebrados a esa voluntad de cambios donde de una u otra forma siempre aparece el pensamiento nacional- popular como búsqueda, como retorno y expresión hacia las formas y manifestaciones del pueblo. La crítica histórica, cultural y literaria de los valores dominantes, que estructuran sus razones en perjuicio de los intereses de los sectores subalternos, de los trabajadores, es una herramienta central de poder, de educación nacional y popular que nos conduce desde las formas más gregarias de la toma de conciencia, es decir, desde el asombro hasta la manera más compleja relacionada con el verbo que desde ahí busca manifestar las mejores opciones y conjugaciones de la acción transformadora del trabajador. Por eso, más que ninguna otra, la circunstancia histórica de nuestros pueblos exige la primacía de una perspectiva claramente humanista, término que no hay que confundir ni con humanitarismo ni con ningún otro concepto que desvirtúe la lucha. Se vuelve necesario conferir a los trabajadores un real protagonismo en la gestión de la agenda pública y en el protagonismo de su cultura porque el saber, así en general, es socialmente producido y en ese contexto tiene que mutar en una reivindicación del destino del hombre. Es necesario hacer de cada quien objeto y sujeto de la historia del hombre, del cambio y de la (r) evolución permanente que también involucra

una fuerte dimensión cultural. Para evitar malos entendidos es indispensable definir los alcances de la dimensión cultural, de la racionalidad de los grupos dominantes y de las alternativas políticas que el trabajador pueda construir en la ardua batalla por la conquista del bien común. Aferrados a una herencia decimonónica, muchos trabajadores restringen la cultura y la razón al simple ejercicio y disfrute de las llamadas bellas artes y bellas letras, confinadas a una función meramente ornamental que nada tiene que ver con la conquista de otros valores y conjugaciones verbales. El arte y sus derivados, la cultura y educación representan mucho más que simples ornamentos porque responden a una profunda necesidad humana de cambios de las formas de vida. Desde esa perspectiva, la cultura y el saber desbordan ese terreno y manifiestan otra capacidad de establecer relaciones entre fenómenos de distinta naturaleza. El arte de poder alternativo ejerce por tanto un rol integrador de esencia y saber, ideas y valores muchas veces totalmente contrapuestos a la fragmentación por la que militan los dominantes. Las decisiones políticas no pueden prescindir de esa realidad concreta sin el tremendo riesgo de cometer errores que sean irreparables. El arte de poder alternativo, su cultura y valores ampliamente populares, es también conciencia nacional, es decir, es la lucha particular de nuestros pueblos por su libertad, emancipación y liberación. De otra manera no es posible ni arte, ni cultura, ni voluntad o conciencia. El interés por la historia y especificidad de nuestros países es la conciencia y son las razones de la emancipación y libertad como necesidad. Esta conciencia de la libertad también es colectiva aunque sus formulaciones surjan de sujetos individuales. A esa conciencia histórica resistieron y resisten otras fuerzas. Por su parte, la falta de esa conciencia colectiva, de un arte de lo posible de los trabajadores, de tesis y paradigmas populares, de reivindicación de una razón y verdad plenamente nacional, estimuladas durante toda nuestra historia por los centros globales del poder, cuenta con infinidad de aliados como la explotación de los trabajadores por parte de los dueños del capital, la división de clases de nuestra población y hasta el carácter plurirracial que en definitiva son factores que ejercen una influencia efectiva sobre el sistema educativo de los oligarcas en la visión cultural apócrifa de múltiples sectores sociales sobre nuestros regímenes. La conciencia nacional, base espiritual y material de la cultura nacional y popular, es decir, con sus particulares especificidades, además, base espiritual y material de unificación de nuestro país, base de cambios y de transformaciones es, sin que se anulen en su núcleo la oposición y múltiples intereses de clase, participación común en el lenguaje y gramática de poder, en los usos y costumbres, el territorio, organización social, económica, política y cultural que hacen al régimen, composición étnica y tradiciones y valores que transmitidas, ligadas, heredadas y repetidas por generaciones de trabajadores, se convierten en creaciones colectivas que se movilizan por el cambio que se basa en el bien común de las mayorías. En esa perspectiva, los trabajadores, ahora dotados de conciencia nacional, o sea, de espíritu crítico,

no solo tienen el derecho sino que también tienen el deber irrenunciable de usar esta conciencia en la construcción de un arte alternativo de poder que supere las verdades y fábulas de la razón de los sectores y grupos dominantes. Los trabajadores tienen el deber de usar esa conciencia nacional hasta el fin de sus días porque aunque en un principio no les sea tan fácil reconocer que estas acciones y ejercicio se acomodan a la búsqueda de una mejor calidad de vida, en el largo plazo, todas las luchas rinden sus frutos. El rasgo central y predominante de la lucha en los términos de un arte alternativo de poder, es decir, que se mueve en la frontera de lo nacional- popular, es la construcción de imágenes y símbolos que es opuesta, en todos los ámbitos, a la razón de los dominantes que, a través de sus múltiples verdades, buscan que las cosas permanezcan quietas, estáticas, negando la (r) evolución permanente.

Desde el punto de vista histórico, está claro que la crisis del país liberal de las primeras décadas del siglo XX, del país del primer centenario, no puede desconectarse, ni ayer ni hoy, de la labor de esa tremenda generación de luchadores nacionales que fueron precursores en el combate y que habría de desembocar en el glorioso surgir de los trabajadores en los múltiples combates por la mejoría de sus condiciones de vida y laborales. El fracaso de la democracia, y en general del régimen liberal de la época, el continuado fraude de los sectores de la oligarquía de la época y la entrega de los intereses nacionales al poder británico, crearon sentimientos profundos en el trabajador sobre la necesidad imperiosa de la emancipación política, social y económica que, unido a los nuevos planes de industrialización del país, forjarían un nuevo amanecer a través de la acción política que, desde ahora, plantea un proyecto nacional y popular que solo podía cumplirse con el decidido apoyo de la mayoría. Para terminar quiero expresar que, en las circunstancias de creación y reivindicación de la conciencia nacional, en las circunstancias históricas en que los trabajadores a través de sus luchas afirman su lucha por la emancipación, el ejército en particular y las fuerzas armadas en general, representan parte de la voluntad armada de la conciencia nacional. Por lo mismo, esas fuerzas no pueden ser segregadas en el compromiso político que busca mejores formas de vida. En caso contrario, cuando las fuerzas armadas representan los intereses de los grupos más reaccionarios y conservadores de nuestros regímenes políticos, alejándose definitivamente de los fundamentos de la conciencia nacional, son usadas y abusadas en golpes de Estado y otras menudencias. A partir de ahí, cuando los trabajadores son aislados por esas fuerzas armadas, asistimos a un proceso histórico de dominación colonialista en tanto las fuerzas armadas se convierten en los gendarmes y garantes de la institucionalidad. Así, las fuerzas armadas, anarquizadas en sus cuadros y desorientada en sus objetivos y fines, asisten paulatinamente a la destrucción del país, de la cultura nacional que empezó a construirse o por lo menos insinuarse en el pasado con el gran heroísmo de las huestes de los indígenas, criollos, mulatos y negros. Fuerzas armadas y los trabajadores en general son

los únicos que pueden resistir el vasallaje impuesto desde los centros globales del poder expresado a través de diversas leyes y normativas impuestas desde las estructuras y bases del sistema comercial global. La opción política es de hierro: Nación política y económicamente soberana, conciencia y cultura nacional y popular o factoría de los centros globales del poder.

### **El humanismo marxista.**

La crítica de la razón de los sujetos dominantes sobre el marxismo y su humanismo nunca superó al criticado. La crítica de los sectores y factores de poder dominantes hacia el marxismo, negada por el pasado, acorralada por el presente y muy comprometida ante el futuro de la humanidad, tergiversa el lugar histórico y político que le corresponde al marxismo como herramienta de cambio. En su forma más simple todo humanismo, ya sea el cristiano, el renacentista, existencialista o marxista, resalta el espíritu y materialidad, la vida concreta del hombre y sus necesidades. Entonces, si por humanismo entendemos la realización del hombre en la historia y en todos sus aspectos, no hay que descuidar el ámbito espiritual en tanto y en cuanto el marxismo, al igual que el cristianismo, ambos en sus versiones originales, es decir, sin las graves tergiversaciones a que nos tienen acostumbrados, son la afirmación radical del valor de la vida de los hombres, de sus luchas, vivencias, dicha y destino. De acuerdo al humanismo marxista los hombres alcanzan su máxima libertad y autonomía como ser genérico por la propia (r) evolución, por la comprensión gradual y consciente de su realidad que de por sí es suficiente mérito para ratificar la humanidad que encontramos tras el socialismo de Marx. Sin embargo, el marxismo no permanece ahí, estático ni inmutable, sino que continúa su avance y plantea la conciencia de la autonomía de los hombres y su fuerza de trabajo que posibilita hacer frente a la naturaleza para satisfacer necesidades materiales. Así es como el marxismo reivindica el ser social, la colectividad y el bien de todos amparado en el amor al prójimo en un proceso militante que deviene en la igualdad de oportunidades y en el fin de la lucha de clases ante la caída del Estado capitalista y su mercantilismo, de acumulación y del goce privado del capital en todas sus versiones. Desde esa perspectiva, todo el pensamiento, las ideas, paradigmas y teorías de Marx están atravesadas por la idea de la justicia absoluta a la que solo se llega tras la abolición de la justicia relativa, la formal, esa que fundamenta el Estado capitalista y sus regímenes, esa falsa justicia que se impone por el control y dominio de los intereses de una clase dominante, esa histórica burguesía, esa libertad que finalmente se convierte en una falsa relación de igualdad entre trabajadores y patrones y que de esa forma se transforma en un fetiche típico de los dominantes. Por eso, desde el momento en que la libertad absoluta implica la negación y abolición de la otra libertad, la relativa a los grupos dominantes, el marxismo se convierte en revolucionario y en tremendamente

humanista. En otras palabras, el humanismo de Marx se ve desde el momento en que plantea abolir la libertad formal que no es más que reivindicación de la opresión de una clase sobre otra. La crítica que con justicia plantea Marx frente a la teología y sus modos de expresión no es una simple negación de la trascendencia y espiritualidad del hombre, sino que es una crítica a las formas de expresión histórica del dogma religioso cuya irracionalidad se hace patente en la institución *iglesia*, pero no como misterio de fe, sino como estructura histórica que degrada la idea de justicia al proyectarla ilícitamente al mundo de la trascendencia consagrando así el sufrimiento de los hombres en la tierra como algo que es necesario, como expiación frente a los pecados y la maldad. En seguida, Marx nos dice que el humanismo no puede ser la auto realización del hombre en su sentido meramente espiritual sino que, en primer lugar, es reafirmación de la vida concreta del hombre, de los derechos que esta vida, bastante real y material implica lo que, al mismo tiempo, nos desafía a militar a favor de una mejor calidad de vida. La tarea del humanismo marxista en particular y del humanismo en general consiste, una vez que nos deshacimos de las verdades e ideas absolutas que tan bien se llevan con el idealismo de los dominantes, en buscar la verdad *más acá* para abandonar definitivamente la verdad del *más allá* por lo menos en términos de la teología dominante. La tarea inmediata del humanismo, que se encuentra al servicio de los preceptos e historia racional y lógica de los hombres, consiste, una vez que logramos desterrar al infierno la razón capitalista, en acabar con la fetichización y mercantilización de las relaciones sociales para reivindicar la fuerza de trabajo como generadora de una riqueza compartida entre todos. El reino de la libertad de los trabajadores solo logra avanzar cuando se termina el trabajo determinado por la necesidad, por el principio de la realidad de manera que, paulatina pero finalmente, liberemos del mundo de la necesidad del hombre, del principio de la realidad, energías que reivindiquen el principio del placer para desde ahí subvertir la represión excedente del régimen. La libertad de los hombres tiene que ver con comprender esa necesidad y dirigirla. Al respecto, Engels nos dice:

*“La libertad es ciega mientras no se tiene conciencia de la libertad. La libertad es la conciencia de la necesidad”*

Acá, tanto Engels como Marx, nos están diciendo que el humanismo voluntarista no tiene nada de místico porque la idea de libertad del hombre, surge de la historia y no ésta de las ideas sobre la libertad del hombre, aunque siempre en la interacción entre la realidad ideológica- histórica, ambas esferas se compenetren y condicionen mutuamente a través de una incesante trama de esa actividad del hombre, que es la exteriorización fáctica del espíritu, su adecuación a la inmediata realidad en todo su contorno. Entonces, el hombre alienado y explotado por los dueños del capital, de la acumulación privada de

éste, también está determinado y alienado por la clase social a que pertenece, en la que se encuentra inserto, porque este hombre, gozoso de la más falsa y formal libertad a que lo condena el Estado capitalista con su régimen, además es mera mercancía, de ahí su atroz condición, que lo confina a cierta posición en el mercado del trabajo, de consumo, a ciertas formas (y no otras) de vida, sueños y expectativas, que al asignarle un lugar específico en la producción material, condiciona lo demás: su ser, su pensamiento, sus ideas, su espíritu, su vida y necesidades. Desde esa perspectiva, la toma de conciencia de los trabajadores significa batallar contra la propia fetichización de la mercancía aniquilando sus ilusiones, donde el hombre desde ahora en adelante rescata para sí su nueva realidad. Sin embargo, como la vida de los hombres en tanto comunidad es la colectividad y la sociedad, ya la conciencia de la autonomía crítica que en esta fase ya le es inherente, transmuta en conciencia necesaria de liberar a todos los hombres, de subvertir el Estado capitalista haciéndose con la agenda pública para así redefinir los objetivos del régimen. Lo central de los regímenes políticos y Estados que conocemos a través de la historia de la humanidad, tiene que ver que en tanto éstos son producto de la actividad de los hombres, que a su vez son creadores de sus medios de subsistencia, en la base del propio régimen político devienen relaciones con los demás hombres, relaciones sociales de producción, condicionadas por el nivel de producción material que corresponda a cada fase histórica del desarrollo y consolidación del régimen con su división del trabajo. Así, la división del trabajo, en las múltiples etapas que le corresponden de acuerdo a la lógica del régimen, no es otra cosa que la propiedad en sus diversas representaciones históricas. Ese es el humanismo que tenemos que reivindicar, es decir, aquel humanismo que insiste en la libertad, que busca desnudar los dogmas que estructuran la fetichización del Estado y del régimen batallando contra la fetichización de la mercancía como fenómeno originario de la explotación del trabajador por parte del patrón. Sin embargo, son muchos los que pretenden conducirnos desde el contubernio mental al contubernio político y la tarea no es tan difícil como quisiera para los dominantes aunque ya no gozan de la impunidad de los primeros tiempos. De hecho, este trayecto lo fijan los grupos dominantes, nacionales y globales, según las oscilaciones de la acción y reacción de los trabajadores, del movimiento colectivo de éstos que busca ser paralizado a través del reformismo. Para eso se hacen con la lógica y la razón política de diversas colaciones partidarias que finalmente convierten al socialismo, o cualquier otra ideología partidaria y acción política de cambio estructural, en los hechos concretos y por encima de sus grandilocuentes frases y tomas de posición, en una especie de propaganda donde los políticamente correctos y racionales, siguen luchando contra la irracionalidad que, por ejemplo, en otra época definieron como barbarie. La izquierda tradicional que simplemente es reformista, socialista, socialdemócrata, mesiánica y políticamente correcta para el sostén del estatus dominante, predica la prudencia, el consenso basado

en la traición a los intereses de las mayorías, el eclecticismo político y tantas otras teorías como *cambiar el mundo sin tomar el poder*. El realismo político de éstos siempre fue el de la acción contra los trabajadores que los colocó, de éste y del otro lado de la cordillera, junto a la reacción. Por lo mismo, antes que reivindicar el nuevo humanismo del cambio cayeron en el oportunismo que solo logra marginarlos como protagonistas de la emancipación. Es que cuando escuchan la sinfonía del amor, la libertad y humanismo políticamente más excelso, cuando escuchan los sonidos superiores, solidarios, la música menos profana que busca subvertir la melodía más reaccionarias del régimen que defiende los preceptos del Estado capitalista, entonces, ya no les queda otra que taparse los oídos para acallar sus conciencias.

### **La verdad y la lucha por el bienestar y la independencia.**

La Doctrina Monroe, comunicada al Congreso de Estados Unidos en el año 1823, dice, entre otras cuestiones fundamentales, que todo el continente americano, es decir, el norte, el centro y el sur de nuestra región, gracias a la condición libre e independiente que habría conquistado con la independencia política, nunca más debe considerarse como objetivo colonial. Sin embargo, esta doctrina, ampliamente utópica en cuanto vemos cual fue y es el accionar de Estados Unidos en sus relaciones globales, donde estamos incluidos los pueblos latinoamericanos, tendría que ser reivindicada por todos nosotros desde el momento en que partiendo de ella podemos pensarnos como hombre libre para desde ahí establecer nuevas relaciones con Estados Unidos como eje central de los centros del poder. No es un tema menor si consideramos las implicancias políticas de la eficacia de las políticas públicas demostrada por el proceso de cambio bajo los términos populares al tiempo que otros países, esos que insisten en la doctrina neoliberal, incluso se convirtieron en Estados (régimenes políticos) fallidos porque no son capaces siquiera de resguardar la seguridad de su población. En realidad, esa concepción ideológica altamente formal- teórica de la Doctrina Monroe, que no tiene mucho sentido práctico en la lucha por la libertad, hay que contextualizarla y entenderla en su real dimensión porque de esa lucha por la libertad de nuestros pueblos entre la primera y segunda década del siglo XIX, que fue contra el colonialismo de los españoles y sus intereses, apenas se obtuvo una independencia política formal desde el momento en que no se reformaron las bases y las estructuras económicas y comerciales sobre las que se sostenía el Estado capitalista y su régimen ahora semicolonial. A pesar de ese antecedente, la lucha económica empezó pronto, con el choque entre el imperio inglés y el interés de Estados Unidos. Siempre hubo un choque, a veces bastante frontal, entre el capital de origen extranjero y nuestro incipiente crecimiento y desarrollo. De hecho, ese incipiente desarrollo tiene que ver directamente con nuestra dependencia estructural en relación a los centros globales de poder que a través de leyes



mediatizadas, a través de las cuales gobiernan la globalidad de las relaciones comerciales, nos imponen la lógica de su interés a expensas de la necesidad de nuestros pueblos que eventualmente pueden conducirnos a la instauración de un régimen nacional- popular que redunde en beneficio de las mayorías desde el momento en que reivindica y defiende el bien común. Algunos de nuestros libertadores, esos líderes y conductores populares, del pueblo que busca y que conquista su libertad, se refirieron, en general de manera bastante poco amable, a la inherente prepotencia de la política exterior de Estados Unidos ya para esa época. Por ejemplo, Simón Bolívar nos dijo que Estados Unidos quería condenarnos a la miseria en nombre de la libertad mientras José Martí fue más duro. No estaban muy equivocados porque la *Doctrina Monroe* consagró un principio basado en una América para los americanos pero, bajo ningún aspecto, eso fue respetado por Estados Unidos ni menos fue o es una constante en relación a su política exterior porque ninguna de las soluciones a nuestros problemas como continente fue planteado, ni menos resuelto, sobre la base de la igualdad y comunidad de intereses entre Estados Unidos y los países al sur del río Bravo. En la práctica, más allá de cualquier declaración política de buena intención, de hermandad entre todos los pueblos del continente americano, la *Doctrina Monroe* en vez de plantear el principio de América para los americanos significa ni más ni menos que defender el principio de América para los estadounidenses. Por eso, en parte seguimos siendo su patio trasero. Solo en parte porque los gobiernos que apostaron por el régimen popular, solo aceptan un trato de dignidad recíproca que tendría que traducirse en un tratamiento de igualdad política con Estados Unidos. Ese tratamiento de igualdad es central porque si bien no tengo nada contra ese pueblo, sí tenemos que considerar que el drama de Latinoamérica es que, a pesar de ser un continente potencialmente rico, con una variedad de recursos en todos los sentidos, es un continente pobre, estructuralmente dependiente, y lo es precisamente por la explotación de que es objeto por parte del capital en su mayor parte de origen imperial. Eso significa que hay que continuar la lucha por una auténtica, real y tangible integración de Latinoamérica para comerciar y negociar en una mayor igualdad de condiciones en relación a los centros globales del poder. Es el camino que soñaron Simón Bolívar o San Martín quienes creyeron en la unidad latinoamericana para disponer de una voz continental frente al mundo.

A modo de sintaxis, los trabajadores latinoamericanos necesariamente deben luchar y combatir con todas sus fuerzas para hacer de Latinoamérica un auténtico continente, plenamente realizado, popular y defensor del derecho y primacía de la vida del hombre planteando una mayor ligazón con países del Tercer Mundo. Para ello es fundamental el diálogo porque los pueblos como los nuestros luchan por la paz y el bienestar, la reciprocidad e igualdad de derechos y no por la guerra. Luchamos por la cooperación económica y comercial y bajo ningún aspecto por la explotación o injusticia social. En esas

circunstancias políticas, la *Doctrina Monroe* u otro paradigma tiene que ser resignificada en beneficio del bien común. Lo importante es entender que nuestro ideal y verdades, paradigmas, teorías y valores, comparados con los otros, los de los clanes familiares anglo-estadounidenses dominantes, son en verdad mucho más robustos aunque ninguno de ellos tenga derecho a la inmortalidad. Está bien que así sea porque la historia es un constante devenir donde la verdad es socialmente construida. Por eso, no es lícito hablar del fin de la historia y por eso es lícito aferrarse a una utopía en el sentido de una ética que señala el camino posible. Así, parafraseando a Eduardo Galeano, la utopía nos ayuda a caminar a sabiendas que no existe una cosa perpetua e inmutable, a sabiendas que los fines varían mientras muchos valores son sepultados en el mundo de tinieblas y confusión. Reinos e imperios enteros con sus reyes, emperadores y monarcas, y pueblos con sus ciudadanos, han caído, fueron sepultados por la vorágine del devenir de la historia. Muchos valores y cosas, todas las teorías y paradigmas expresan su último día, aunque el fin y la racionalidad de todos no es lo mismo. Unos van más adelantados, en un tiempo y otros van en otro tiempo, con otro ritmo. A unos la vida los desampara más temprano que tarde mientras otros valores se convierten en la vida misma. No es posible comulgar de soberbia y desenfrenada arrogancia creyéndonos los dueños de la verdad porque podemos caer en la lógica de los amigos- enemigos que tanto mal le hizo al hombre y al derecho a la vida. No podemos pretender estar exentos de la realidad propia del hombre y pretender libertar al paciente desde el púlpito de los sectores dominantes. Antes bien, es lícito que luchemos por la democracia teniendo el tiempo suficiente para oír los lamentos de las víctimas de los neoliberales. Así nos aseguraremos ser parte de la realidad. Esta es una tarea titánica, en el sentido de los problemas a resolver pero precisamente la fuerza de los trabajadores, siempre pensados como clase social con determinados intereses y perspectivas, es relativa e infinitamente más grande, locuaz y heroica que la fuerza y el arte de dominio de los aristocráticos. Son los trabajadores el núcleo del sistema económico, productivo, comercial, cultural, social y político del Estado capitalista. Esa fuerza deriva en que simplemente somos la enorme mayoría. Quienes así no siguen al trabajador están optando por la aristocracia, por la idea y el mundo dominante. Cuando los procesos de cambios se radicalizan llega un punto en que los términos medios ya no son posibles. Se está de un lado o del otro, se está con nuestros compañeros de clase o nos convertimos en los sicarios de quienes nos oprimen. En la época de la decadencia del régimen neoliberal, que en muchas ocasiones deriva en la decadencia del Estado capitalista, es de esperar que el trabajador se provea de valores que reivindican otra idea de la vida del trabajo y de las relaciones sociales en general luego de años, décadas e incluso siglos de alternativas que buscaron que soportáramos la particular situación de explotación sin poner en duda el hecho de ser meras mercancías. Siempre, después de años de soportar semejante denigración de la vida de los

hombres y acaudillado por los trabajadores el ser genérico dió un nuevo golpe palaciego, brutal y tal vez definitivo en importantes países latinoamericanos a partir del siglo que preparó y reivindicó la victoriosa insurrección de quienes viven de su trabajo. La historia muestra que siempre el trabajador termina reaccionando contra las situaciones políticamente insostenibles. Es el tiempo que convoca a la lucha incesante, radical, definitiva y heroica, preñada de proezas colectivas, siguiendo y reivindicando sus derechos que encuentra en las banderas del líder popular, todos los que ofrecen una conducción política de libertad, emancipación y liberación nacional. Si analizamos la historia del hombre desde su origen, desde lo más primitivo, desde el derecho romano y su ley del talión, del ojo por ojo, desde la legislación soloniana que aparece en Atenas pasando por el oscurantismo de la Edad Media, por la revolución francesa, la industrial después, la colonización y genocidio en América por el imperio español, el portugués y el británico, franceses y europeos en general, el auge y caída del bolchevique hasta la actualidad, vemos que esta historia es el recuento de lucha de clases que, a partir de diversas manifestaciones, tanto políticas, económicas y comerciales, busca constituir un régimen defensor de las prebendas de los dominantes o que busca superarlas. Vemos que parte de la historia del hombre nada tiene que ver con la virtud o con la ética en el sentido del griego clásico, lo que tampoco significa que no podamos aspirar a ésta a partir de la movilización de la mayoría. La vida entera de los hombres, en cuanto integrantes de un colectivo mayor, de una clase social expresada y manifiesta a partir de grupos de intereses, actores, sujetos y organizaciones e instituciones políticas, se reparte entre la lucha por la conquista y la lucha por la resistencia.

De un lado, tenemos la aristocracia, rica y siempre fuerte, con todos los recursos y del otro lado tenemos al trabajador, esa plebe que es numerosa y mayoritaria pero que incluso la mayor parte de las veces es también pobre e inorgánica políticamente. Es entonces necesario entender que en el proceso de construcción de un arte de poder, que derive en un arte de dominio de los trabajadores, de nada nos sirven los valores de la ilustración y una escolástica que traicionó la preocupación, interés y esperanza del trabajador. La nobleza y la evolución está en la lucha perpetua, sin descanso ni concesiones, contra las razones de los dominantes y el control que pretenden ejercer incluso más allá de la lógica y del tiempo histórico que ya se les agota.

## Capítulo 5: Las formas del poder.

### Las relaciones de fuerza y el ejercicio del poder global.

Tanto el Banco Mundial, el de Desarrollo como el FMI, y en realidad todos los organismos de crédito de carácter global como las instituciones que conforman ese sistema comercial globalizado en los términos del capitalismo y su lógica, son el resultado de la hegemonía de Estados Unidos que se queda con la parte occidental del mundo al ser uno de los triunfadores de lo que esa historia occidental conoce como Segunda Guerra Mundial. La creación de Naciones Unidas, que en sus orígenes buscó presentarse como garante de la paz y armonía entre los países del mundo, que buscó la seguridad a nivel global, tuvo en el ámbito de las relaciones internacionales, el establecimiento del dólar como moneda de intercambio. La *Conferencia de Bretton Woods*, que estableció la convertibilidad del dólar respecto al oro, y en ese aspecto buscó racionalidad en las estructuras del sistema comercial internacional que surgía, buscó convertirse en un reaseguro para que la divisa estadounidense tuviera un respaldo en ese metal. Pero, en la década de los '70, por la crisis del petróleo que se vive en Estados Unidos y en los centros globales del poder en general, el dólar queda liberado de la atadura del oro. Una vez más, las reglas del juego y de las relaciones comerciales entre países es respetada solo en la medida en que favorecen los intereses de los países centrales. Caso contrario, éstas simplemente son adulteradas sin ningún problema. Por eso, es inexacto hablar en términos de *economía globalizada* porque ésta no existe. En otras palabras, un sistema económico al nivel que sea siempre implica reglas de juego institucionalizadas, que derivan en formas y maneras del accionar de los grupos de intereses involucrados, implica estatutos, leyes y normas que sean por todos respetadas y eso, en el nivel de las relaciones internacionales que me ocupa, nunca ha existido. Lo que sí ha existido es dominio, países más desarrollados y países estructuralmente dependientes que son sometidos a partir de leyes mediatizadas en función del interés de los centros globales de poder. De lo anterior se deduce que, antes que poder hablar de *economía globalizada* hay que hablar de *sistema comercial global*, toda vez que las supuestas relaciones económicas globales, plenamente institucionalizadas, no existe y apenas así tenemos relaciones comerciales entre países que se basan en relaciones de fuerzas que varían a partir de esa relación de fuerza. Es verdad que desligar al dólar de su convertibilidad logró zanjar esta crisis petrolera pero a partir de ese momento particular la fuerza y la hegemonía de Estados Unidos por lo menos en términos comerciales declina. Por ejemplo, bajo el yugo neoliberal, la hegemonía y la supremacía de Estados Unidos, siempre en el campo comercial que a la larga también afecta el campo de la política y cultura dominante, se viene desplomando a partir de Nixon debido a

las consecuencias de esa medida, que produce un debilitamiento importante de su economía. La hegemonía de Estados Unidos declina porque deja de ser el gigante de la manufactura toda vez que la producción de bienes industriales se muda primero a Europa y luego al sudeste asiático. Además, su régimen político, altamente reaccionario, neoliberal a partir de Reagan e imperialista desde siempre, al igual que su propio Estado capitalista, dejaron de tener la fortaleza económica, comercial y financiera de otros tiempos, épocas tal vez más felices para el pueblo, pasando a ostentar un impresionante déficit fiscal que, de una u otra manera y más temprano que tarde, tendrá que ser saldado a pesar de los intereses de todos. Por eso, hoy se entiende que la supremacía de Estados Unidos en relación al sistema comercial global se debe antes que nada a su poderío tecnológico-militar que sí está más allá de todo desafío. Por eso, ante la pérdida de la primacía comercial, económica e incluso financiera respecto a otros países centrales, Estados Unidos se aferra al único poder que es capaz de resguardar su hegemonía histórica, es decir, al complejo industrial y militar que lo capacita para una intervención militar rápida y efectiva en cualquier zona del mundo. Estados Unidos, de manera cada vez más frecuente y reaccionaria responde con una presión permanente sobre los gobiernos más débiles, le sean o no afectos políticamente, incluyendo la posibilidad misma de cambiar los regímenes nacionales que no comulgan con sus intereses, incluso a través de la amenaza de invasión. En muchos casos, esa amenaza, en especial en la zona del Oriente Medio, se concreta para hacerse con el control del petróleo. Dada su política imperial, Estados Unidos siempre debe tener un enemigo externo que represente una amenaza mortal para el régimen imperial porque así justifica su acción y reacción en el ámbito global. Por eso, finalmente, Estados Unidos recurre a otras formas de presión, que son mucho más sutiles y mediatizadas, y que no por ello dejan de ser menos efectivas o brutales. En ese contexto, hay que entender las acciones, la ideología y las concepciones ideológicas de los organismos de créditos globales que juegan a favor de los intereses de los grandes centros globales del poder, de los que Estados Unidos es un fiel exponente, defensor y un tipo de garante de última instancia.

Esta forma de accionar respecto a las relaciones comerciales globales, a partir de leyes y normas mediatizadas y estratégicamente simuladas, no deja de ser menos brutal precisamente porque las políticas de ajustes del Fondo, solo por poner un ejemplo paradigmático, obliga a los regímenes políticos nacionales, altamente dependientes de los dogmas de los grupos dominantes, a aceptar el catecismo neoliberal y las consecuencias que esto conlleva como única posibilidad e instrumento válido para salir de una crisis. De hecho, este catecismo de los conservadores, que están siempre al acecho cuando se trata de defender privilegios y granjerías que derivan de las ventajas reales de una sociedad capitalista de producción y distribución, se impuso incluso sobre los países más desarrollados con motivo de la crisis financiera global que derivó,

como era de esperarse, en una crisis que también fue comercial, económica y social. Así lo atestiguan los millones de desempleados. Este artículo en realidad trata de mostrar que bajo las directrices de la hegemonía y primacía política, militar y cultural de Estados Unidos, al igual que en cualquier otro sistema comercial global unipolar en términos del ejercicio del poder real, el mundo entra en una espiral donde la perversión de la economía y su dogma, de las relaciones comerciales, la política y sus fuentes de hegemonía y poder, los sujetos y actores sociales y políticos de relevancia e incluso las relaciones humanas constituyen la regla y no la excepción. Aunque el sicariato es una antigua profesión humana y matar por encargo no es de verdad nada nuevo, se impone ante las formas de manifestación de las políticas imperialistas que así buscan el control global de los intercambios comerciales, de la propiedad de los recursos naturales y energéticos en general y de los diversos servicios financieros que son parte de toda una red compleja que constituye el sistema comercial global bajo las condiciones de los neoliberales. Hoy la tradición del sicariato en realidad no languidece sino que por el contrario se convierte en una respetable profesión que atiende clientes de todo tipo y todas las clases. Por ejemplo, el sicariato hoy tiene relación directa con las mafias de la trata de personas para someterlas a trabajos forzados, de tipo sexual, tiene que ver con el negocio del narcotráfico, con ejecutivos de algunas corporaciones que ven sus carreras obstaculizadas por un rival y con líderes políticos que aspiran al poder. Pero también existen los sicarios que sin matar directamente son igual de letales porque tienen la misión de marcar a sus víctimas. Después, a otros corresponderá el trabajo sucio. En fin, estas acciones son muy comunes en la forma de la política de países como Estados Unidos que, aunque muchas veces directamente es quien asesina otras veces les basta con satanizar a los elegidos para que se conviertan en el blanco de otros sicarios. Ahí es cuando el trabajo final, la muerte del que obstaculiza los intereses de la potencia hegemónica puede venir tanto de la mano de mercenarios con fusiles de mira telescópica, o de la 82 División Aerotransportada del Ejército de los Estados Unidos. Al fin y al cabo se trata más o menos de lo mismo. Si hacemos un poco de historia reciente, vemos que fueron por lo menos unos cincuenta mil niños los que murieron en Hiroshima apenas en los primeros minutos de un ataque espantoso que liberó por vez primera toda su energía nuclear sobre la población. Y por más que Estados Unidos intente justificar esa atrocidad, no había razón para acometer ese crimen. Pero, Estados Unidos, ahora origen de miles de catástrofes, guerras, invasiones y muertes por doquier, necesitaba sentar precedente frente al mundo como el más cruel de todos los imperios que padeció la humanidad. Es decir, en esa nueva etapa de emergencia de lo que luego conocemos como hegemonía de Estados Unidos, la nueva potencia precisa la obediencia de los súbditos y aliados. Consecuentemente, a través de este crimen y de otros tantos, exigía con el terror de los otros al saberse la primera potencia nuclear, al saberse dueño de los infiernos nucleares. A partir

de ahí, todo el mundo se convirtió en víctima de la infamia de las políticas auspiciadas desde los centros globales del poder, representados sin dudas por la nueva hegemonía de Estados Unidos. A partir de ahí fueron los grandes creadores de una infinidad de monstruos. Para el caso, Bin Laden fue hijo de la política imperial. También lo fueron dictadores como Videla, Pinochet, los paramilitares colombianos, mercenarios de todas las regiones y los dictadores del Caribe, que tantos lamentos trajeron por estos rumbos. Ellos también son hijos de la forma en que Estados Unidos se desenvuelve políticamente a nivel global. Sin duda, son quienes destituyeron a Perón, son los que asesinaron a Allende y Torrijos, que invadieron Granada, Panamá, sembraron de drogas algunos países latinoamericanos y bloquearon, sin ningún miramiento, al pueblo de Cuba que simplemente bajo las banderas de la soberanía nacional busca vivir de la mejor manera.

En Latinoamérica infringieron muchas heridas y catástrofes tremendas por sus consecuencias. Muchas veces se apropiaron de nuestras tierras y de los recursos naturales y energéticos, de nuestros alimentos, se hicieron con la esperanza del trabajador y dejaron un saldo sanguinario de víctimas que se expresa en el sacrificio de miles de mártires. Sus invasiones se convirtieron en latigazos que nos recuerdan que todavía vivimos condicionados a pesar de las tremendas demostraciones de soberanía que somos capaces de manifestar. Bolívar, el libertador de los libertadores, en algún momento nos dijo que ellos parecen destinados por la providencia para llenar a la América de oprobio. No se equivocó y la lucha, de una o de otra forma, continúa mientras el imperio hipócrita como es tiene entre sus armas más eficaces el uso del terrorismo. En esas circunstancias, es cuando se nos revela que no es posible la convivencia de largo plazo entre el Estado capitalista y los regímenes que lo sustentan en relación al humanismo porque este último es una etapa que reivindica el bien común de las mayorías. Entre ambos, siempre en el más largo plazo, así nos lo demuestra el reformismo, no puede haber equilibrio ni en lo económico ni en lo social ni en lo político porque la razón de ser del Estado capitalista y su naturaleza es la acumulación privada de capitales sin miramientos, a como de lugar, es el crecimiento, gradual y constante, que no acepta ningún límite real porque, en ese contexto de acumulación de capital, de la suba de la tasa media de ganancia, la productividad y el lucro a cualquier costo, cualquier límite lo considera una fuerte agresión y arremete en consecuencia contra esos límites. Sin embargo, es necesario que los sectores populares, de convicción plural, acaben con la lógica del capitalismo por las vías de la legalidad que también evolucionan en la medida en que seamos capaces de encarar los cambios a partir de la gestión y control del régimen político. Por eso, las elecciones son vitales para los cambios que reivindiquen las urgencias y las necesidades de los trabajadores. Son los sectores y actores representativos de los intereses de las corporaciones, de los dueños de la tierra y recursos, de los factores de producción, los que dirigen a los actores de la oposición a los regímenes

populares que intentan, con las armas de la propia democracia instaurada por los grupos dominantes, profundizar en los derechos y en las conquistas de los trabajadores para dejar atrás, en beneficio de esas mayorías, el formalismo de la democracia que busca desmoralizar y desmovilizar. Cuando el proceso de cambios está en marcha es precisamente en las elecciones donde se decide en gran parte el destino de nuestros países en el sentido de si profundizamos o no los cambios que nos lleven a un humanismo radical cuyo centro de gravedad es el derecho al disfrute de todos de una mejor calidad de vida. Siendo así, las elecciones nos obligan batallar por un proyecto social, nacional y popular que encara lo más universal y también lo local, es decir, las necesidades de los trabajadores. Ahí es posible entender la importancia de la decisión electoral. Solo en ese contexto de creación de poder popular, de profundización de la democracia a partir de la consolidación de los derechos de los trabajadores, de la inclusión de éstos y la defensa de sus intereses es posible batallar contra ese otro contexto político de reacción, de hegemonía, presión y represión de los intereses de los trabajadores en el ámbito de las relaciones comerciales globales. Entonces, ya no parece tan razonable ajustar contra los intereses de la mayoría al tiempo que los centros globales del poder, siempre auspiciados por los clanes familiares más reaccionarios, no dicen nada sobre la existencia de paraísos fiscales que permiten que los que más tienen no paguen impuestos mientras el grueso del financiamiento del sector público queda en manos de los trabajadores a partir de impuestos claramente regresivos como el IVA.

### **La calidad de las instituciones.**

A estas alturas tendría que estar claro que un régimen político es más democrático cuando incluye, a través de la defensa y construcción de nuevos valores y derechos, a sectores sociales que anteriormente, vía exclusión del mercado del trabajo en particular, se les niega el derecho a la ciudadanía a partir de una democracia meramente formal y carente de los más elementales derechos, conquistas y su tangibilidad. En última instancia, es lo que define la grandeza o pobreza de nuestros regímenes porque en el régimen popular, máxima aspiración del humanismo en esta etapa histórica de definiciones, hay que contar con los medios necesarios para gozar de una aceptable calidad de vida que reivindique la propiedad y el bien común pero, ante todo, la primacía de la vida por sobre cualquier otra consideración. Por eso, las trasnacionales, una vez que logran absorber las propiedades más pequeñas, convirtiendo a sus antiguos propietarios y amos en vasallos y esclavos, atentan contra los intereses de las mayorías desde el momento en que condicionan el desarrollo en favor de los intereses de los grupos minoritarios. Por eso, se exige por lo menos un control democrático de la gestión de esas grandes corporaciones de la energía, alimentación y desarrollo industrial y servicios. Con el monopolio desaparece el hombre sobrio y frugal del primer tiempo y así transmutan los



valores que a partir de ahora son prostituidos bajo las directrices de una razón capitalista dominante. Con la desaparición del propietario más pequeño, de su empresa y factoría, su artesanía y valores, también desaparece una cultura del trabajo reivindicándose siempre a expensas de la mayoría un capitalismo que defiende un régimen de una minoría enriquecida al tiempo que encontramos una mayoría de esclavos, libertos y de hombres miserables. Otro Estado, otro régimen nació con la concentración de la propiedad mientras esos cambios se expresaban, como la lógica manda, en nuevas instituciones republicanas. Esas instituciones se vuelven estructuras que empobrecen la cultura, el bien y las necesidades materiales y simbólicas de los hombres, se vuelven formas que expresan, en la práctica y en potencia, la tiranía de las relaciones sociales y políticas dominantes reforzadas por el vicio de la minoría, la mezquindad, los intereses de la acumulación privada del capital y la debilidad de los intereses y maneras de resistencia del trabajador ante la caída de sus derechos. Hoy el afán reiterado y secular de los sectores privilegiados de convertir la situación de la mayoría en una mera anécdota, en una cuestión inevitable que los dioses compensarán en otra vida, fracasó por completo. Antes bien, me parece que la razón neoliberal está condenada a desaparecer por la inconsistencia de su base, por la responsabilidad que le cabe en la caída de la calidad de vida del trabajador y la corrupción e ineficacia, bien notable, de las instituciones que supo conseguir. Así, el régimen político necesariamente hoy es más justo y equitativo cuando logra no sólo mejorar la calidad de sus instituciones sino, también, cuando alcanza un equilibrio entre sus estructuras republicanas y la distribución equitativa de los bienes materiales, culturales y simbólicos que se producen socialmente. Esforzarse por ampliar, defender y militar en favor de la tangibilidad de las libertades públicas es correlativo a romper el cerco de la desigualdad que desde antaño asfixia la realidad del pueblo. Una desigualdad que viene no de décadas sino desde el origen de nuestra vida independiente. Estoy hablando de cierta desigualdad e inequidad que asume una perspectiva que se expresa en la concentración en pocas manos de la riqueza material que se manifiesta en la concentración monopólica de la circulación de la cultura, valores, palabras, imágenes y representaciones de la realidad, del pasado y futuro que asumimos como verdadero. Por eso, los neoliberales buscan aislar los derechos y garantías constitucionales, el tema de los derechos humanos para el caso, y convertirlos en derechos formales a excepción por supuesto de cuando se trata del derecho a la primacía de la propiedad privada por sobre otra consideración. Se plantea la intangibilidad de los sacrosantos contratos comerciales que de la forma más solapada posible solo busca la apropiación minoritaria de los bienes y riqueza en general que es socialmente producida. Frente a este hecho concreto, de que la riqueza de las naciones es socialmente producida, ya no se trata de saber cuál de las teorías y doctrina dominante es la más hábil o ingeniosa, sino que se trata de denunciarlas porque consideran al sujeto como mera mercancía al servicio de ellos. En otros términos, esos

paradigmas e ideología dominante hipoteca y usufructúa de las necesidades, tantos materiales como espirituales, de las mayorías monopolizando la lógica de las relaciones sociales de producción, la patria potestad, riqueza, el trabajo o esfuerzo que son frutos de un régimen altamente irracional en manos de los tecnócratas.

El monopolio que ejercen sobre la propiedad de la tierra y el capital, sobre los medios de producción y la mercancía, ya hace mucho que entró a la historia del hombre en la categoría de las más graves injusticias sociales y solo nos quedan las necesidades de todos. Una vez consolidado el Estado capitalista como modo de producción, éste se vale del régimen político en sus múltiples modalidades, para acrecentar la ignorancia de los trabajadores, del sector popular en general, que es el corolario obligado de la concentración en todos los ámbitos, tanto económico, político, social y cultural al que, de una u otra forma, nos induce el capitalismo. El problema es que la ignorancia nos desmoviliza al hacernos casi imposible la búsqueda de nuestro horizonte, nos llena de prejuicios y groserías, supercherías y supersticiones que favorecen a los conquistadores de utopías e irracionalidad. Se perjudica la propia calidad democrática de nuestras instituciones que implica la denigración definitiva de nuestra forma de gobierno y todos los actores protagónicos en la formación de la agenda. La ignorancia nos imposibilita comprender que la enseñanza dirigida por el credo y la fe dominante, cualquiera que éste sea, es imposición y bajo ningún aspecto constituye enseñanza, cultura y valor, una moral y una ética que defienda al hombre como ser genérico. La ignorancia nos impide, de todas las formas posibles, la comprensión de la verdad que no consiste, al modo dominante, en la imposición de una creencia o de una idea determinada por racional que nos parezca, sino en la libre y sincera investigación de una verdad que reivindique la vida del hombre y a través de ésta sus necesidades. La ignorancia impide comprender que la gestión de los trabajadores, como máxima expresión del ejercicio de la pluralidad y la calidad institucional del régimen político, no tiene dogmas determinados de por sí porque la historia es un continuo devenir donde solo pueden aspirar a tener cierta coherencia, tanto práctica como teórica, el saber que defiende la vida del hombre, es decir, sus necesidades que van desde la vestimenta, alimentación, un techo, educación, salud (...) hasta creer o no en un ente superior, en una espiritualidad acorde a sus formas de vida. El problema es que también la ignorancia nos impide ver como los propios sectores y grupos dominantes, ante la falta de racionalidad de su postura política, están fuertemente condicionados, limitados e incluso incapacitados, para la especulación filosófica y más aún para la praxis de la política. Sus discípulos e intelectuales se dedican por entero y en exclusividad a los afanes de la politiquería verbal, a la superficialidad y la estrechez de un egoísmo y arte de dominio que ya no da para más porque, antes que responder a los intereses de las mayorías, solo le importan y preocupan la cosmovisión de la clase de la minoría. Las instituciones solo les importan en la medida en

que son instrumentos para hacerse con la posición del poder. Visto todo esto, el maniqueísmo de esos grupos de poder llega a tal punto que cuando se trató de romper los contratos o manipular instituciones para garantizar dividendos y negocios dejan de recurrir a su retórica republicana, democrática y formal, para usar otra retórica, la de los mercaderes, de los traficantes de ilusiones o la de la brutal violencia que destituye líderes populares y que cercena nuestro desarrollo. Es lo que pasa con la crisis en los países latinoamericanos donde el neoliberalismo explosiona y ni siquiera tiene capacidad real para respetar contratos privados venidos de la mejor época neoliberal. En el caso del 2001 en Argentina fue confiscado el ahorro de los sectores medios, sus salarios y propiedades al tiempo que los sectores populares perdían toda capacidad y esperanza en reingresar en el mercado de consumo vía generación de empleo. Así es como, en momentos de crisis, de la caída de la tasa media de ganancia del capital, los sujetos, grupos y actores dominantes retroceden inclusive en la legalidad por ellos instituida privilegiando la defensa corporativa de intereses altamente perjudiciales para el desarrollo equilibrado. Siempre preocupados por la calidad de las instituciones se desentienden de la tradición liberal, venida del iluminismo y la revolución francesa, a la hora de poner en cuestión las prácticas e intereses que generan el envilecimiento de esas instituciones. Por ejemplo, la concentración monopólica de los medios de información les resulta compatible con la libertad de expresión e incluso llegan a la osadía de proclamarse los paladines de esa libertad, del periodismo independiente y los intereses superiores de la Patria. Denigran, a veces con razón pero con otras intenciones, la práctica de la política como herramienta de transformación en defensa de los trabajadores pero, al mismo tiempo, toleran la corrupción y el envilecimiento de las instituciones armadas y policiales como un mal menor ante el avance de la delincuencia, el narcotráfico o la inseguridad.

En el caso concreto de la inseguridad, el problema es que si bien desde hace mucho las fuerzas armadas y policiales nacen para custodiar los bienes y la propiedad de las personas y sus derechos, éstas fueron instituidas desde una profunda ideología política de clase que las convierte en fuerzas represivas y de choque contra los sectores pobres. Fue la dictadura de seguridad nacional la que llevó esta cuestión a límites intolerables. Luego el narcotráfico vino a agudizar los problemas estructurales en este ámbito facilitando envenenar a la policía, el ejército y las fuerzas armadas en general, que conviven de forma cotidiana con quienes están en condiciones reales de corromperlas. Así, una de las tareas más comprometidas para los sectores de la cultura popular, es la de convertir esa inercia de violencia y criminalidad, que logró capturar una parte no menor de las fuerzas policiales y armadas, sabiendo, como lo sabe, que sin tocar los núcleos estructurales de la impunidad la que queda comprometida es la democracia y gestión de los trabajadores. Es importante resaltar, desde el punto de vista de la calidad y garantía de las instituciones y políticas públicas, que la idea ética, como la jurídica, comercial, económica, cultural, religiosa o

artística, siempre reflejan en toda época el estado de beligerancia social entre los segmentos, sectores y clases que constituyen al Estado y al régimen que le corresponda. Por lo mismo, que la fuerza de trabajo es una mercancía única, que crea valor agregado en su proceso de producción, esa misma mercancía que crea valor y riqueza, en manos de los sectores históricamente dominantes, implica la degradación no solo del trabajo de los vencidos sino también de la estructura democrática con la que el hombre busca convivir de la mejor forma posible. Por eso, en el proceso de cambio que contemple una institucionalidad de mayor y mejor calidad, hay que librar una batalla sin cuartel contra los que pretenden seguir viviendo y reivindicando un régimen que se constituye a expensas del usufructo del trabajo ajeno. De esa aptitud, potente, libertaria, soberana, equilibrada y democrática y justa en su mayor expresión, nacerán mejores formas de convivencia, valores y cultura popular donde el trabajador, a partir de la gestión democrática y plural, organizará el régimen y el Estado más perfectible.

### **Enemigos y adversarios políticos.**

Bajo el riesgo de caer bajo las falacias altamente mitológicas del saber dominante, riesgo siempre latente entre los sectores populares que resisten el embate de la reacción, de los defensores del interés de la minoría que hace referencia a una lógica estructurada a partir de la idea política de los amigos y enemigos, que además en determinada etapa de la historia se convierte en el sustento ideológico- político para la persecución de los luchadores sociales, para la violación de sus derechos humanos, hasta los más elementales, no nos es posible hablar del adversario en términos de considerarlo como enemigo. Incluso, el mejor manual de estrategia- acción política, el humanismo en su máxima expresión, como fundamento de la primacía del derecho a la vida del trabajador y como ética en favor de la mayoría, no nos permite mencionar a nuestro adversario como enemigo. Eso supone caer en la lógica de los actores y grupos dominantes, los más reaccionarios, y por eso su vialidad es contraria a la cultura popular. Por un instante, supongamos que los actores y sujetos de la vida democrática, que buscan incidir de la manera más altruista sobre la definición de los problemas que se perciben como socialmente importantes, sobre la agenda que constituye en ese proceso al régimen, se desenvuelven políticamente en esa lucha buscando cumplir y desplegar sus acciones con todas la de la ley, con los postulados de la buena costumbre y los diversos códigos de convivencia más o menos universalmente aceptados, dentro de lo que es la disputa democrática por la primacía de los intereses de unos o de otros. Supongamos que es auténtica esa postura de los sectores dominantes en cuanto al llamado al diálogo entre patrones y trabajadores. Sin embargo, en este punto es necesario que seamos capaces de distinguir entre los adversarios y auténticos enemigos de los sectores populares aunque, en la praxis política,

tampoco es aconsejable tratarlos como enemigos dado los riesgos que implica en términos de democracia y tolerancia. Supongamos todo eso pero al final cuando se trata concretamente de la llamada acción y la práctica política, de la forma de desenvolverse de los actores que han sido hegemónicos y relevantes en cuanto a la definición de la agenda pública, vemos que éstos, por más democráticos que se muestren de cara a los ciudadanos, en definitiva, actúan en términos claramente conservadores. Por eso, en realidad, los adversarios políticos del régimen nacional y popular no difieren en lo fundamental en su accionar del enemigo de ese régimen aunque el análisis del comportamiento de ambos es central. Los grupos de interés dominantes actúan de manera anti democrática y conservadora porque la propia definición del sistema político que los anima es excluyente en la mayor parte de los sentidos. Establecen una genealogía de la sociedad civil que queda controlada por las necesidades del mercados de consumo o del trabajo, por el mercado capitalista en general que reclama libertad, la no intervención del sector público en la economía y la desregulación de las actividades económicas y comerciales. Así, se remite a la peor historia política del liberalismo y su despotismo, sea o no ilustrado, se remite al hombre pensado como mercancía, como fuente del valor y de la acumulación privada de capitales soslayando el valor del hombre como ser racional, con necesidades éticas, con necesidades espirituales pero en primer lugar, con necesidades y urgencias materiales. El neoliberalismo se mueve en las fronteras de la reacción política porque fundamenta al hombre en base al uso y beneficio del automatismo y la libertad del mercado observando solo el valor e interés acorde con la acumulación privada de capital. En ese contexto, reaccionan los regímenes populares que, negando las directrices centrales de los neoliberales, de los adversarios y enemigos de la cultura, buscan construir una gesta emancipadora que centralice sus necesidades en los valores de los trabajadores y en el bien común.

El enemigo del desarrollo con inclusión, el enemigo de la soberanía, que entre otros hitos incluso puede terminar con la dependencia respecto a los organismos de créditos globales en general, los enemigos de los juicios contra los genocidas o contra las políticas sociales de mayor dignidad (...) no está disperso. Es cierto que ese enemigo del pueblo y la democracia más inclusiva, se encuentran en decadencia respecto al accionar de los gobiernos populares pero la estructura del poder real, que ejercieron casi sin contrapesos durante más de doscientos años, todavía sigue en pie, accionando y reaccionando contra cualquier política que los obligue a dar un paso al costado en beneficio del interés común. En otras palabras, los enemigos del gobierno popular, desde todas sus trincheras, continúa resistiendo al régimen porque no pueden admitir que en este período, que es simplemente histórico, entramos todos los trabajadores, esta vez sin exclusiones de ningún tipo. Ellos, la oposición, que se expresa política y económicamente a través de una infinidad de recursos, tuvo su oportunidad de gobernar y lo hizo a expensas de los intereses de la

mayoría. Después tuvo muchos años para repensar su lugar y tampoco le fue bien. Con la caída en desgracia del neoliberalismo a ultranza también cayeron en desgracia sus líderes y tomas de posiciones fuertemente ideológicas. De todas formas, aún hoy muchos de esos actores políticos como los principales estudios de abogados, el episcopado de la iglesia, las universidades privadas, las centrales empresariales y los medios de comunicación e información de capitales privados, continúan siendo actores excluyentes del pensamiento más conservador y de las recetas mercantilistas precisamente ante la caída de los adversarios políticos del régimen que en su desesperación no logran construir una estrategia democrática y racional para enfrentarse a los trabajadores. Es decir, los que priman son los enemigos, los actores más conservadores que están dispuestos a todo en la defensa de antiguos intereses. Demostración palpable de lo anterior es que mientras los enemigos del gobierno popular se movilizan de todas las maneras posible dado el contexto político de la lucha entre patronos y trabajadores, los partidos que representan los intereses y las formas de vida de esos espacios de poder quedan relegados a segundo plano. La banalidad que los anima en cuanto a las referencias a la cosa pública, al bien común, de los valores de la cultura popular, es a esta altura el único patrimonio que tienen buena parte de los referentes de esos grupos de poder. Por ejemplo, los sectores políticos dominantes que representan al poder real, a los enemigos del régimen popular, nos quieren mostrar la acción y la praxis política, que se constituye a partir de espacios diversos donde encontramos una infinidad de actores y de sujetos que representan determinados espacios de poder e interés, simplemente en términos de un discurso simplista que es funcional a los intereses de las corporaciones, es decir, centrado en la imagen de líderes que no tendrían relación alguna con la práctica política colectiva concentrándose así en el aspecto subjetivo y personalidad de los dirigentes políticos en cuestión. Sin embargo, para desgracia de la lógica de los grupos y sectores dominantes, los trabajadores no son simples consumidores pasivos, que no piensan y no razonan, y por eso no entran en la calificación de éstos. Por eso, están totalmente aislados en cuanto a la realidad que pretenden mostrar e imponer. La realidad es lo contrario en el sentido que el entramado colectivo, los actores y sujetos políticos que actúan en el régimen político para así intentar mejorar sus posicionamientos dentro de éste, que dan lugar a formas y fenómenos de representación política, nos demuestran que existe un gran vínculo entre el liderazgo del dirigente y los actores y organizaciones sociales, que son las representantes de los trabajadores, que permite asociar el lugar de la toma de decisiones del gobierno nacional con los de la agrupación social que hace valer su interés. Precisamente ese vínculo entre estos actores, el líder y organizaciones populares, es un atributo imprescindible a la hora de pensar la acción política en términos de gestión de los trabajadores.

Este vínculo, esta elección y esta facultad de pensar y de juzgar con un criterio político rectificado las acciones de un gobierno popular y las acciones

del enemigo, de las corporaciones como reales estructuras del poder, se basa en el criterio de la experiencia que funda cada acto, experiencia y la realidad de la que los sectores más concentrados de la economía rehuyen porque les es adversa. Por eso necesitan falsearnos la realidad, envilecerla y degradarla en todos los ámbitos para que no tomemos conciencia, como trabajadores, que la profundización del modelo es posible pero, en primer lugar, es necesaria. Y quien lucha y trabaja por el cambio le impone de una u otra manera el sello de su propio ser a las estructuras y organizaciones políticas. Precisamente, en los años de cambio, de inclusión, garantías legales y constitucionales, de la más auténtica libertad de los trabajadores, cambia la realidad del país y también el nivel del protagonismo colectivo. Ahí reside el vínculo entre el liderazgo y la organización popular. A partir de ese momento, los partidos, sindicatos y los movimientos sociales, las asociaciones profesionales y empresariales, ocupan el lugar que les corresponde en la escena política. La pregunta planteada de cara a este contexto es entonces si los adversarios políticos, lo que conocemos como oposición, creen de verdad que están en condiciones de seguir haciendo política partidaria auspiciados por los actores enemigos de los trabajadores, es decir, si pueden hacer política a la sombra de los intereses de algunas pocas empresas privadas que son las que concentran el gran capital nacional y transnacional. En ese caso, deberían creer que los trabajadores y los lectores de los medios de comunicación, no sienten ni mucho menos razonan. Pero, ya hemos visto que no es así. Los enemigos del modelo nacional y popular, en su ceguera y fanatismo por defender sus privilegios de clase, no son capaces de percibir, en toda su real dimensión, que hay importantes sectores políticos y sociales que se sienten parte del proyecto popular. La razón es más que simple: esos sectores, en general de la clase media urbana, sienten que sus intereses son comprendidos por el gobierno popular. Es que muchos de esos grupos de la peor forma, es decir a partir de las crisis, se dan cuenta que a ellos, tarde o temprano, también les afecta la situación interna del país, la forma en que éste es administrado y las maneras del ejercicio de la política.

En definitiva, en las sombras de las estructuras que definen el ejercicio del poder real, los enemigos del movimiento popular siguen estando, visibles, agazapados o escondidos, de acuerdo a las circunstancias políticas. Siguen ahí con sus medios de comunicación, rencores, privilegios, sus empresas y su tremendo capital, sus medios de producción, su lógica, con su poder de lobby y sus tecnócratas, dispuestos a reforzar las directrices de la tecnocracia, de la banalidad política y de la complacencia respecto a la corrupción endémica del régimen que conllevan las estructuras de los neoliberales. Precisamente, el hecho de que estén y que seguirán estando nos explica en su real dimensión el hecho de estar atentos, sin triunfalismos de ninguna especie, nos explica la posibilidad de que los trabajadores insistan en el arte de poder pero, en primer término, en el arte de resistencia porque es precisamente ésta, la resistencia, la que define las posibilidades concretas de ir más allá, en favor del bien común.

El hecho que estén y que seguirán estando implica que nadie baje la guardia frente a la reacción de esos grupos concentrados, que nadie de por victoriosa la batalla antes de que ésta se desarrolle porque el error táctico puede deparar sorpresas muy graves que cercenen nuestro futuro por largo tiempo.

### **La condición del hombre en el capitalismo.**

En el análisis sobre la realidad actual del Estado que es capitalista y del correspondiente régimen político que le asiste en sus dogmas, convicciones, intereses y necesidades, lo primero que vemos es la crisis de las formas en que se manifiesta la acumulación privada del capital en su manera neoliberal. En esta condición de crisis lo primero que se impone para entender la realidad es detectar las causas de las crisis. Las causas son la caída del fundamento primero del neoliberalismo que afecta al sistema comercial globalizado en su conjunto y a la economía real porque desde hace tiempo, de la peor manera, hasta los países más desarrollados se abocan a la tarea de terminar con las conquistas y derechos de los trabajadores conseguidos durante el régimen de bienestar. Es una crisis del sistema, es decir, que se produce frente a la caída de la tasa media de ganancias del capital y que se expresa también en la ética y formas de acción política de los sujetos políticos. Se expresa en formas de ética y de moralidad que buscan solventar ideológicamente las posturas cada vez más reaccionarias del tecnócrata y sus necesidades artificiales. Entonces, la moral como la ética, recordemos que los dominantes antes que carecer de ésta son amorales, se encuentra ligada a las maneras en que se expresan las relaciones sociales. Alguna vez un clásico postuló que: *la condición humana son las relaciones sociales*. Por ahí va el centro del problema, es decir, *la crisis es del hombre del capitalismo, de las relaciones capitalistas*. Son las relaciones de producción erigidas por el Estado capitalista las que producen al hombre que se convierte en depredador de sí mismo y de la naturaleza, que así produce un ecosistema violento, más allá de cualquier equilibrio razonable entre el desarrollo del hombre y la naturaleza que pueda perdurar en el tiempo para el disfrute de las siguientes generaciones. Se piensa en términos de corto plazo porque si hiciéramos lo contrario, es decir, si viéramos un poco más allá, en un plazo más extendido, necesariamente se deduce que el Estado capitalista no es viable económicamente ni mucho menos es sustentable en términos de crecimiento por la depredación que produce en la naturaleza y en las formas de vida del hombre. Por eso, además, las formas capitalistas están condenadas a desaparecer. Los sectores dominantes lo saben. Por eso, en su desesperación recurren a la alternativa del neoliberalismo. El problema es que el neoliberalismo es una tremenda patología tanto a nivel individual, de los sujetos, como a nivel colectivo, cuando nos referimos a la lógica sobre las que se fundan las relaciones sociales de producción y distribución. Por un lado, el neoliberalismo es la manifestación política de una fuerte patología psíquica,



una exacerbación de lo macabro y del odio por la vida, por la primacía de éste en la construcción de un régimen más justo y equilibrado y es por eso que los oligarcas necesitan, de una u otra forma, derribar la máscara de lo civilizado y de lo que se pretende lógico- racional. Ahí es cuando aparece la capa sádico-perversa del carácter social, siempre producto elaborado del capitalismo que es la base psicológica del tecnócrata cuya misión es ahogar la manifestación del humanismo que los trabajadores construyen en el proceso de libertad porque ese proceso es contrario a los intereses de la acumulación privada del capital. Acá nos encontramos con la lógica de los amigos y enemigos porque, en este proceso de control, se hace ya necesario crear un enemigo que origine reacciones de odio y justifique liberar las conductas más crueles que yacen en las tinieblas del alma del ser colectivo para que así no se imponga el derecho a la vida y el respeto por nuestros semejantes y sus múltiples necesidades. De un lado están los amigos, los que reivindican los valores de las minorías, la seguridad jurídica en favor del gran capital y, en general, los defensores de la sociedad occidental, creyente y civilizada. Del otro lado, todos nosotros, los enemigos, los que somos parte de la cultura popular y no estamos dispuestos a ceder nuestro derecho y necesidad elemental en favor de intereses que nada tienen que ver con el bien de las mayorías. En ese contexto signado por la lógica de los amigos- enemigos, los medios de comunicación son empleados como forma principal del discurso de las grandes corporaciones en la defensa de su interés. Esos discursos a su vez rivalizan con todos sus métodos contra el pensamiento lógico buscando redireccionar y darle un nuevo sentido a la opinión pública. El discurso político dominante- que se expresa a través de los medios masivos de comunicación- es una forma más de manifestación y expresión de esos sujetos pero que en sus presunciones de verdad válida para todos, una verdad de pretensión absoluta, intenta imponer su realidad sobre los hombres, es decir, intentan imponer sus propias necesidades, militando en favor de la banalidad, del consumo desenfrenado, fuertemente auspiciado por los relatos artificiales, que también omiten las crónicas del pasado, que son parte de la historia más rica, para mostrarnos una serie de banalidades que solo reivindican conductas individualistas, que orienta el flujo de nuestra emoción y sincroniza una forma de pensar basada en una matriz bien conservadora. El problema es que en las democracias formales y abstractas más desarrolladas, típico producto de los grupos neoliberales, la opinión pública importa y mucho. Importa porque precisamente es una de las formas cotidianas a través de las que los sectores dominantes imponen y refuerzan su visión del mundo y de la realidad. Así, los medios de difusión son una fuente a partir de la cual el trabajador, pero también los excluidos y marginados, condicionan su forma de interpretar la realidad que queda presa de ciertos límites que nos impone la racionalidad y los intereses de las élites. La opinión pública pasa a ser una imposición de información respecto a un tema concreto donde muchas veces

el tratamiento y la importancia de ese tema también es una imposición que así se debate públicamente, se convierte en una cuestión socialmente importante.

Además, es un secreto a voces que los dominantes y los grupos de interés a partir de los que se organizan social y políticamente, buscan aplastar a los líderes populares en particular y las gestas del trabajador en general. Así ha sido durante todo el transcurso de la historia del hombre. Historia, crónicas y hechos que en manos de los sectores populares buscan la mejor forma de habitación y de satisfacer las necesidades del hombre, en manos de los grupos de poder más concentrados se vuelve una cruel metáfora al servicio de la minoría. Con esto no solo digo que las crónicas que forman la historia de los hombres son un continuo devenir en la búsqueda de la satisfacción de las necesidades del hombre (a partir de las cuales se plantea la lucha de intereses que se expresa en un régimen que defiende intereses de clases auspiciados, a su vez, por determinado tipo de Estado) sino que además estoy diciendo que la historia, los hechos y crónicas que merecen ser parte de ésta, son definidos a partir de las necesidades de control de los dominantes. En otras palabras, la historia la escriben y relatan los que triunfan. Siendo de esa manera luego condenan al olvido los ideales de los derrotados, que es la mayoría, quien es condenada a la superficialidad de la forma de vida dominantes. Sin embargo, no hay fin de la historia ni mucho menos y así siempre existe la posibilidad de reaccionar frente a formas cada vez más burdas de los que falsifican nuestra lucha y esperanza, los ideales por los que nos movilizamos y los valores que nos asisten. La capacidad de hundir, falsificar y deformar del dominantes, es limitada porque nunca puede ser absoluta. En realidad esto es así porque en algunas oportunidades históricas complejas son los trabajadores, fundamentos del pueblo y del Estado y su expresión y ramificación, los que despiertan, toman conciencia y se encuentran con nuevos horizontes para reconstruir la historia de su lucha y el protagonismo histórico de los pueblos. La historia de la (r) evolución permanente, de los cambios que suceden y pasan a ser parte de la realidad, como toda historia, tiene que relatar los hechos y el desarrollo vinculado a estos. Sin embargo, con ese relato no basta porque también hay que interpretar ese relato, de porqué los hechos pasaron de esa manera y no de otra porque, a expensas de la racionalidad de los sectores dominantes siempre dispuestos a ponerle fecha de caducidad a la historia como lucha de intereses de clases, las crónicas lo son porque no pueden considerarse como aventuras ocurridas al azar, ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida porque, en definitiva, se someten al criterio de las leyes que los gobiernan. El rasgo característico y siempre vilipendiado, falsificado y silenciado por los grupos y sectores de poder, de una (r) evolución permanente, es la intervención directa del trabajador o a través de sus representantes o ambas, en los hechos y acontecimientos históricos. En tiempos de normalidad, cuando el régimen dominante goza de mejor salud, cuando su razón es la lógica que reivindican las mayorías, aún las víctimas de ese estado de cosas, el propio régimen, sea

democrático y formal, neoliberal o monárquico, está por encima de todo. En ese contexto, la historia y sus crónicas están bajo la exclusiva responsabilidad del historiador, que la mayor parte de las veces es funcional al mito y razón de la cultura nacional. Esa historia es responsabilidad de especialistas en el oficio, de los tecnócratas, de los primeros ministros, presidentes, burócratas, monarcas absolutos y dictadores auspiciados por el reformismo político. Pero, es otra la historia cuando se entra en el momento decisivo. Es otra la historia y las formas de ver la realidad cuando nos movilizamos en favor de nuestros intereses, porque ya el régimen político establecido se nos hace insoportable y empiezan a caer los representantes políticos de su tradición reformista y del realismo nada mágico que solo defiende intereses creados desde el principio del tiempo. En esos momentos especiales, de participación y de movilización de los trabajadores, la situación es especial porque se busca crear un punto de partida para el nuevo régimen. Ante todo, la historia de la (r) evoluciones permanente es para el humanista por encima de todo la historia de la irrupción del trabajador en el gobierno y gestión de sus asuntos. El régimen no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesitan los trabajadores sino en la medida en que así es requerido por los intereses de los dueños del capital, en la medida en que reaccionan frente a la caída de la tasa media de ganancias. Por eso, es una prioridad accionar con las instituciones que representan a los trabajadores que así reivindicar los valores populares.

Si los trabajadores no se movilizan en torno a sus necesidades nadie más lo hace y las leyes que constituyen una lógica continúan en pie. Por eso estamos sometidos y pueden pasar muchos años, lustros inclusive, durante los que la obra crítica de la oposición no es más que una válvula de seguridad para dar salida al descontento del trabajador frente a las circunstancias que imperan que también es condición que garantiza la estabilidad del régimen dominante. Tenemos que entender la significación actual y el rol que cumple en el neoliberalismo la oposición que es reformista y realista en determinados países. La salida al laberinto es militar activamente por una nueva condición del hombre, es llevar una nueva verdad a la mayor parte de los trabajadores que signifique la reivindicación del arte de gobernar que tiene como objetivo el bien común definido a partir de las necesidades de la mayoría. De ahí que sea necesario predicar con los hechos, con los valores de la cultura popular y, en primer lugar, demostrar que una nueva relación entre el hombre nuevo y su realidad nueva es posible y urge.

### **¿El fin de las ideologías?**

En la práctica vemos que los neoliberales, por sus formas de actuar, por la concepción de sus políticas públicas, por la lógica de sus mitos, de sus fábulas o razones, piensan que lo único que es compatible con el destino de Latinoamérica es la miseria, la explotación feudal, la exclusión, la pobreza y

la marginación, el analfabetismo, los salarios que no alcanzan, el desempleo, la política de represión de la cultura popular (porque esta se expresa como movilización, como participación y como una continua, constante y sostenida resistencia contra el régimen político y su cultura y razones dominantes), la discriminación contra la mujer, del negro, del indio, la opresión definitiva por parte de los sectores históricamente dominantes, el saqueo de los recursos nacionales por las grandes corporaciones que responden a las directivas de los centros globales del poder, la ruina de pequeños y medianos empresarios por la competencia desleal de esas corporaciones y la asfixia ética de artistas e intelectuales. En el ámbito económico, a lo que es tan afecto el neoliberal, éste por su forma de actuar y paradigmas en el sentido del falso automatismo de su mercado, cree que lo único viable con nuestros pueblos, los del sur, es el subdesarrollo, son los pueblos sin caminos, sin hospitales, sin viviendas ni escuelas, sin ningún tipo de industrias ni mucho menos con esperanza. Así, nos someten a intereses foráneos, a la renuncia a la soberanía nacional que se expresa en tener la capacidad final de decidir sobre los asuntos nacionales sin injerencia ajena. Por eso, es urgente que el discurso del gobierno popular, en la medida que profundiza en los necesarios cambios, reivindique de manera constante y majadera las políticas relacionadas con el pleno empleo como medida exclusiva de defensa de la primacía de la vida que se convierte en el principio rector de los otros derechos humanos. De otra manera, podemos caer en el reformismo político en la medida en que eventualmente la caída de los grandes objetivos y metas relacionadas con la gestión democrática de los trabajadores se traduzca en una apropiación, cada vez más concentrada, de los recursos que ingresan a nuestros países por parte de las transnacionales y sus intereses corporativos y foráneos. La radicalización del proceso de cambio, en la medida en que el gobierno popular logre consolidar sus intereses, implica (al contrario del discurso dominante que insiste en la antipolítica, en el fin de la historia y lucha de clases) más ideología, más participación y movilización. Implica hacernos más responsables de nuestros actos, implica un deber, una obligación y un derecho cívico para votar responsablemente por dirigentes y líderes que representen nuestro interés como trabajador. Lo contrario implica ser políticamente menos exigentes y eso es aprovechado definitivamente por los sectores reaccionarios. Si exijo poco, si pregunto menos y ni siquiera soy capaz de interpelar, me parece estar en una postura altamente irresponsable porque inhibe la información, la participación y la gestión de los trabajadores. Sin embargo, hoy en muchos países no hay una relación directa entre el hecho de votar y que alguien llegue a gobernar. Más bien, en la mayor parte de los casos, al presidente lo ponen las corporaciones, ciertos sectores sindicalistas altamente corruptos y poco representativos de los trabajadores pero a su vez con importantes recursos de poder, los empresarios organizados en ciertas asociaciones y, en general, los actores políticos menos democráticos, los más concentrados, centralizados y autoritarios. En esos casos, existe una deuda de

los regímenes políticos si realmente se precian de democráticos. Entonces, me parece que la lucha por la representación y participación política empieza por la movilización de los trabajadores, empieza cuando recuperamos el poder de gestión que también significa entender que clase de líderes votamos para que nos gobiernen.

No hay que perder de vista el rol que cumplen los grandes medios de información en la construcción del sentido común y la consolidación, siempre posible, de una opinión pública inclinada a la sospecha permanente sobre la política, de los dirigentes y gobernantes, porque desde ahí se busca imponer la antipolítica que denosta la acción de los gobiernos populares como matriz de cambios en favor del trabajador. Así, el régimen neoliberal sigue su lucha contra el trabajador, a través de antiguas y nuevas estrategias, que le ayudan a persistir política e ideológicamente en algunos importantes núcleos sociales que entremezclando el individualismo, el relativismo moral y el automatismo de los mercados de la ideología de los sectores dominantes, reivindica valores que tendrían que estar hace tiempo superados. El problema es que la postura de la antipolítica, con la fascinación televisiva del show y del espectáculo que no tenemos que descuidar, sobre todo, interpela a los que quedaron más al margen de la inclusión social y que tienden a identificarse con los personajes que emanan de la banalidad televisiva. De esta manera, importantes sectores de derecha, políticamente impresentables por el lugar que les correspondió en la crisis del neoliberalismo en Latinoamérica y que así son responsables de los problemas y daños sociales que el régimen popular intenta resolver, hoy no pierden vigencia. Incluso con algunos candidatos han sabido descender a los sectores excluidos y con gestos políticos, por lo demás bastante hipócritas, de cercanía, logran seducir a quienes se sienten despojados de todo, incluso, del reconocimiento social y político al que tienen derecho como hombres. El olvido, la exclusión, la pobreza y la marginación de la que son responsables los neoliberales y sus tecnócratas, pero también las limitantes estructurales de nuestros regímenes populares para solucionar en el corto plazo esos dramas, a veces la propia ineficacia de esas políticas sociales de reparación social, pero también la bastardización de la esfera pública y la potencia de la sociedad del show mediático y la ideología de la antipolítica, cumple su rol para regenerar, en el interior de la vida de nuestros países, un fenómeno que tendría que estar superado pero que persiste por los factores descritos. Siendo los gobiernos populares los más plurales y democráticos, siendo que son los que más hacen por mejorar la situación de los más dañados, que finalmente siempre son los mismos trabajadores, estén estos ocupados o desocupados, estén dignificados o excluidos, reconocidos o marginados, solo nos queda como alternativa a la ideología de la antipolítica el continuar en el camino de la inclusión social, en la radicalización de las políticas relacionadas con la reparación que impidan que el populismo mediático siga avanzando a expensas de los derechos de la mayoría. Ese populismo mediático hay que combatirlo con nuestras políticas,

con todas nuestras fuerzas, porque representa la restauración de los sectores más conservadores que siempre estuvieron contra el movimiento popular. Ese populismo televisivo, de la antipolítica y del fin de las ideologías es el rostro de la derecha, es parte de una alquimia de una ofensiva mediática y televisiva impresionante que plantea el espectáculo y sus shows cada vez más pedantes, superfluos y vacíos, la banalidad, el corto placismo o la desmemoria en un ámbito tan central como el de los derechos humanos, todas posturas políticas íntimamente relacionadas con la ideología y las razones del individualismo, de una antipolítica donde está involucrado desde los sectores medios, medios bajos, hasta grupos de excluidos y marginados que tendrían que reivindicar los gobiernos populares porque son éstos los que mejoran su vida cotidiana, y sin embargo actualmente se encuentran en una extraña confluencia con los sujetos políticos dominantes, que expresan esa potencia bastante real de la antipolítica, que favorece el interés de la derecha. Ese populismo mediático es central en las estrategias que buscan convertir al populismo de los dominantes en opción de poder a pesar de todo lo que nos sucedió y a pesar de que la historia reciente nos muestra que la derecha política, en caso de ser opción, es la menos racional. Este es el nuevo rostro ideológico de los conservadores que nos muestran que el peligro autoritario en esta época continúa vigente y que buscan así reducir las diversas formas de participación de los trabajadores en función de reproducir los múltiples dispositivos de control que perpetúan la desigualdad y la injusticia.

La radicalización de los procesos de cambios en todos los ámbitos, en la medida en que reivindica el humanismo, implica entender que el modelo de civilización a que nos condena persistentemente el capitalismo, como Estado capitalista que se manifiesta a partir de cierto régimen que poca relación tiene con el bien común, da claras muestras de inviabilidad. Por ejemplo, tenemos un desequilibrio en términos ambientales por la lógica del desarrollo del Estado capitalista y su definición, que además extingue especies de animales, afecta ecosistemas y acaba con la armonía del hombre con la naturaleza. Ni hablar de las recurrentes crisis económicas que tienen que ver con la caída de la tasa media de las ganancias que afecta las estructuras del Estado capitalista. Es decir, son crisis que afectan la vida de todos nosotros porque emergen de la estructura misma de nuestros Estados capitalistas. Por ejemplo, la crisis se manifiesta en las sequías, que muchas veces amenazan con crisis energéticas a las grandes urbes en que habitamos, los problemas del transporte moderno como también la misma inseguridad. La crisis de la civilización capitalista es ineludible y por eso las dificultades antes que menguar se irán agravando porque no hay respuestas viables y definitivas dentro del contexto del Estado capitalista. Dentro de él sólo podemos aspirar a aplicar los paliativos que son típicos del reformismo político que, si bien le dan un poco más de oxígeno a los dominantes en sus formas de control social, no logran frenar el destino final que es el colapso del Estado capitalista y sus formas de vida. Entonces,

si no es difícil ver que el problema es estructural, porque la ciudad capitalista es inviable, hoy es necesaria mucha más ideología, más valores, convicciones y cambios en las estructuras que son comunes a todos. Por eso, la urgencia de estos tiempos tiene que ver con reivindicar nuestros valores y las políticas de cambios que conduzcan al humanismo. Del otro lado tenemos a un bloque de derecha, que también forma parte del poder, que insiste en la banalidad, en el individualismo y en el show mediático porque a partir de éste entiende que gira su estrategia para hacerse con el gobierno a través de las elecciones dado el fracaso de las alternativas que tienen que ver con los golpes de Estado. Hoy es más que necesario, e incluso urgente, defender y comprometernos con una solución radical que solo puede venir de parte de una gestión democrática de los trabajadores, una solución que sólo puede ser social y donde lo central es romper con el círculo vicioso que significa la satisfacción de las necesidades con medidas que profundizan en la crisis. Es necesario construir una lógica y razón que reivindique otra manera de vivir, otra forma de entender el mundo, las relaciones entre el hombre y de todos con la naturaleza. Hay que plantear el desarrollo en términos de tecnología conveniente para nuestro desarrollo porque mientras el Estado capitalista insista en el consumo demencial no hay solución posible. Solo la gestión de los trabajadores puede fundar un régimen que sea instrumento real y capaz de decidir el mejor destino de las mayorías, solo un régimen que se liberte de la lógica que impone el capital en su forma actual podrá sobrevivir y ser ejemplo para todos. Ya estamos en combate, en favor de la vida y contra la pobreza, contra la exclusión y la marginación por lo que urge más ideología, debate y memoria histórica.

### **El rol de la ideología en la lucha de los trabajadores.**

En momento definitorio como el actual, donde una vez más el Estado capitalista esta vez en su versión neoliberal está en crisis global, la situación de peligro para la humanidad es también más grave que nunca. Es decir, así como puede imponerse regímenes populares también puede imponerse la versión más violentas de los regímenes capitalistas en la defensa del estatus. El neoliberalismo como primer mecanismo de defensa del Estado capitalista, es nuevamente activado desde los centros globales del poder para reivindicar los valores de la reacción. Y en verdad siempre están acechándonos, desde todos los espacios, desde adentro y afuera. Los centros globales de poder al respecto cuentan con recursos más que extraordinarios para hacernos perder el rumbo, para que traicionemos los valores del humanismo expresados en las políticas inclusivas, las que defienden y reivindican los gobiernos populares, que bajo el interés y las necesidades de las mayorías buscan el desarrollo del mercado interno, del crecimiento de la demanda y de la oferta vía inversiones, consumo y ahorro interno. Sin embargo, por más importantes que puedan ser los recursos de los centros globales de poder, que defienden los intereses de

las corporaciones que controlan, hay que considerar que el trabajador como colectivo social y político también tiene gran fuerza para luchar, para resistir y seguir adelante. De hecho, cuando una tragedia produce una situación de penuria y urgencia extrema como ciertos fenómenos naturales muy violentos, como los terremotos, tsunamis o tornados, indefectiblemente éstos reaccionan de diferente manera. En todo caso, otra vez, frente a una situación extrema de esas características, la reacción posible queda condicionada a la existencia de cada cual y éstas, la existencia que conlleva determinada experiencia de vida queda a su vez condicionada por la clase social a la que se pertenece y los grupos de poder en que militamos de una u otra forma. El comportamiento de los trabajadores en circunstancias extremas y de catástrofe es similar a las experiencias límites que colocan a prueba nuestra resistencia como hombres. Por ejemplo, la experiencia de los judíos en los campos de concentración durante la segunda guerra, nos muestra que aquellos que lograron sobrevivir son los que tenían una gran reserva espiritual, ya sean los evangélicos, los creyentes de todo tipo y los revolucionarios, que de una u otra forma también son creyentes, quienes con la mayor dignidad posible en esas circunstancias, tuvieron que soportar la penuria y padecimientos con una tremenda dignidad humana. En cambio, los otros, los incrédulos o los que afianzan su existencia en bases materiales, se derrumbaron al desamparo del dinero y de intereses espurios. Después vendrá el tiempo de justificar y racionalizar las formas de resistencia, la manera de sobrevivir ante las catástrofes en que nos sumerge el Estado capitalista. Porque, no nos equivoquemos, muchas de esas catástrofes y fenómenos naturales, por lo menos en cuanto a su intensidad y regularidad, son responsabilidad del desarrollo en términos capitalistas que no respeta el medio ambiente, que violenta el ecosistema y no respeta los tiempos de la naturaleza convirtiéndose así en un régimen depredador, violento e inviable en el largo plazo por las consecuencias propias de su lógica de crecimiento y acumulación privada del capital, por la lógica que nos obliga a colocar el derecho a propiedad privada de los factores de producción, siempre sociales, por encima del derecho a una vida digna. Entonces, en el proceso de cambios a favor de la gestión de los trabajadores es necesario fundamentar la ideología en la primacía absoluta de la dignidad de la vida de los trabajadores por sobre cualquier otra consideración para que no caigamos en errores y en tomas de posición que nos lleve a la frustración de las transformaciones comprometidas ante las mayorías nacionales. Hay que decirlo sin tapujos e inmediatamente después actuar en consecuencia: los errores, los fracasos, ya sean grandes o pequeños, insignificantes o tremendos, las derrotas y desesperación es posible e incluso inmanente al proceso de cambios en términos populares porque no somos infalibles, porque la historia es un devenir que contradice lo estático y conservador y porque además son propios de la actividad humana y, con más razón, de los procesos que buscan la construcción de otro Estado a partir de un régimen humanista. De hecho, todo proceso de cambios en esos términos,



todo cambio que se insinúa, se sabe y se consolida como reformista y radical, que es increíblemente democrático e inclusivo, es precedido por los errores y derrotas que la aceran. El asunto está en determinar en qué área se cometen, cómo procesarlos y actuar de acuerdo a las circunstancias impuestas por esos errores.

Un proceso de radicales cambios, cuando va precedido por la gestión democrática del trabajador de la cosa pública, por definición comete errores, así simplemente lo dicta la razón, la experiencia histórica y el buen pensar. Ahora bien, donde el error causa estragos es en la ideología porque desde ahí se distorsiona la práctica y se extravía el rumbo, los procesos se devuelven a lo viejo, a lo que en otro momento se intentó combatir. Un ejemplo de manual es la experiencia de la revolución de octubre que fundó la Unión Soviética, que finalmente lo que hizo fue sentar las bases de un capitalismo de Estado buscando de esa forma resolver las dificultades económicas. El retroceso, que finalmente derivó en la extinción del país como tal, del régimen y de la mayor parte de las conquistas del trabajador en ese período, que no fueron menores si las comparamos con la actual Federación Rusa o con el régimen impuesto en países como Ucrania o Europa Oriental, se impuso porque los errores se cometieron en los fundamentos de la ideología que colocó por sobre la vida del trabajador el derecho a la propiedad estatal de los factores de producción. De ahí la importancia de insistir en la primacía de la vida como base y estructura de los cambios en favor de la gestión popular que no significa otra cosa que los trabajadores se hagan responsables de su destino. Sin embargo, también existen errores que no lesionan la esencia ideológica del humanismo y por eso pueden corregirse, es decir, no tuercen el rumbo y mantienen la posibilidad del proceso. Eso es importante porque el trabajador no participa ni se moviliza en general con un plan preconcebido de antemano sobre como será el régimen del nuevo Estado, ese que niega los fundamentos centrales del capitalismo, sino que en primer lugar lo hacen a partir de un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando el antiguo orden establecido. En otras palabras, primero vendrá el desencanto ante la realidad, después vendrá el asombro frente a las consecuencias de la crisis para finalmente derivar, en la medida en que la lucha se imponga, en el grito y en el verbo. Un verbo que conjuga las mejores formas, recursos y acciones en favor de los cambios para desde ahí conducir a los trabajadores por nuevos horizontes y metas. Sólo el sector dirigente tiene un programa político, programa que también necesita someterse a la prueba de los acontecimientos y aprobación de los trabajadores quienes, a su vez, lo ponen a prueba a partir de la lucha, la participación y movilización en favor de sus necesidades. El proceso del cambio consiste en que el trabajador, en la medida que pasa del asombro y del grito a la lucha, a una gramática de cambio, percibe los objetivos que se desprenden de la crisis social en el método de aproximaciones sucesivas. Así, las diversas etapas por las que necesariamente pasa todo proceso de cambio estructural y definitivo,

en el sentido que se consolidan a partir de las posturas del sujeto popular que redirecciona a favor del radicalismo, señala la presión creciente del trabajador a los cambios en la lógica del Estado capitalista, hasta que ese mismo impulso adquirido por la lucha del movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Empieza la reacción. Por un lado, la decepción de ciertos actores, incluso de sujetos que representan la cultura popular, la difusión de la indiferencia, como primer paso para la desmovilización, y finalmente la propia consolidación de posiciones fuertemente conservadoras y reaccionarias en la medida en que esas reacciones logren consolidarse. Por eso, no todo es igual. No es igual el gobierno encabezado por los neoliberales que el gobierno auspiciado por la gestión democrática de los trabajadores. Para eso, hay que conocer las raíces del proyecto de nación que uno abraza para advertir que con los matices propios de la historia y de esta época, los proyectos en pugna- neoliberalismo o proyecto popular- son los mismos que cuando inauguramos nuestra Patria, allá hace más de 200 años. El ejercicio de la memoria nos sirve para sembrar otro futuro, uno más auspicioso para todos o también puede convertirse, de manera irremediable, en melancolía estéril. A pesar de todo siempre estamos expuestos a los errores, sin embargo, creo que esta vez los trabajadores como genuinos representantes de la cultura popular estamos en el camino correcto porque estamos en la tarea de construir un país más democrático y justo, un país que basa su régimen en la inclusión, en la soberanía de los descamisados, en la soberanía, dignidad y solidaridad. Lo hacemos y estamos en el camino correcto no porque somos dueños de la verdad, no porque presuntamente el humanismo sea el fin de la historia y lo definitivo sino apenas porque hemos sabido leer y entender las crónicas y los hechos que forman nuestra historia nacional para desde ahí aplicar sus leyes en esta nueva realidad. La historia, al igual que la realidad de nuestros pueblos, una vez más viene en auxilio de la razón y necesidades de los trabajadores porque esa historia, y la consiguiente realidad que fundamenta, nos muestra que en poco más de doscientos años, desde el período de nuestra independencia respecto al imperio español hasta hoy, las cosas que pudimos conseguir como pueblo, el derecho conquistado y los sueños cumplidos, son producto de la confianza y la movilización en torno a un proyecto nacional, un proyecto soberano e inclusivo. En cambio, cuando lo que prima es la reacción política en sus diversas facetas, el librecambio, las dictaduras de seguridad nacional o el neoliberalismo, solo por nombrar los regímenes más conocidos, el retroceso en la soberanía, en la inclusión y en los valores de la democracia, fueron inmensos. Solo hemos podido conquistar mejores horizontes cuando creemos en nuestras raíces, en la cultura popular, en nuestra historia y específica realidad, cuando reconstruimos esa conciencia nacional, humanista, popular y democrática. Una conciencia que también nos dice que hay que dejar atrás el subdesarrollo estructural, que hay que agregar valor a nuestra producción nacional y que hay que dejar de confiar en la tutela

de los organismos globales de crédito. Estamos ante a un cambio estructural porque ilumina este presente con las raíces de nuestra historia nacional.

Para terminar tengo que decir que lo único que nos otorga identidad es abrir las páginas de nuestros procesos de cambios a los que son los auténticos protagonistas de ese cambio, es decir, hay que ser capaces de reivindicar y defender la gestión de la cosa pública por parte de las organizaciones sociales y de los trabajadores. Para ello hay que despertar conciencias, compromisos y valores que vayan más allá de la cultura dominante. Sin una clara conciencia de los objetivos y alcance de la lucha que lleva adelante el trabajador en el proceso de soberanía y emancipación y sin una organización dirigente que esté a la altura del contexto, la energía del trabajador, su organización, su arte posible, sus sueños, esperanzas y la satisfacción de sus necesidades se disipa como el vapor no contenido en la caldera. Pero sea como sea, lo que impulsa el movimiento de los trabajadores no es la caldera ni el pistón, sino que es el vapor.

## **Capítulo 6: Apuntes para una teoría social.**

### **Teoría y praxis política.**

Con la caída de los socialismos reales y la posterior consolidación del capitalismo en la peor de sus formas, es decir, el neoliberalismo, se impone la idea del final de las ideologías y de la historia como lucha de clases. Detrás de esto se esconde la idea de la perpetuidad del Estado capitalista, como si éste hubiese triunfado hasta el fin de los tiempos y solo quedara la posibilidad de adaptarnos o adaptarnos porque la lucha, el rechazo y la resistencia contra el capitalismo triunfante no solo sería anacrónico sino que, en primer lugar, sería una postura claramente irracional, condenada a los libros de una historia que ya no vuelve. A partir de ahí los dominantes reaccionan violentamente contra las ideologías que buscan cuestionar el control de esos mismos actores y grupos que responden a los centros globales del poder de los que además son constitutivos. Se impone un rechazo endémico a la cultura y los valores populares, el rechazo a cualquier tipo de cambio en las condiciones concretas del trabajador porque esos cambios buscan poner límites a la acumulación privada de los capitales. En los años '90 la novedad es que con el triunfo del neoliberalismo este rechazo endémico a la teoría se impone en algunos grupos que en otra época se habían definido como progresistas e incluso como sectores revolucionarios. Entonces, aparece un nuevo fenómeno que tiene que ver con la idea que el rechazo a la teoría, al pensamiento, a los dogmas que favorecen el cambio y la militancia contra los intereses y el mundo definido a partir de las transnacionales, es una nueva postura que se presenta incluso en ciertos actores que en su momento buscaron cambios profundos bajo la idea de mejorar la vida de la mayoría. Es la estrategia de importantes sectores políticos de izquierda que así caen en el reformismo político que les impone, de acuerdo a sus propios modos de ver, el realismo político tan celebrado por los dominantes. Este reformismo se desarrolla y expande en base a una postura claramente anarcoide, cuya esencia es la renuncia a la organización, a la dirección y a la acción política que busca la construcción de una gramática de poder que conjuge los mejores verbos, cada acción y valor en favor del bien y la satisfacción de las necesidades de las amplias mayorías. Es un culto relacionado con la lógica, con el espontaneísmo y la racionalidad de la cultura dominante, con el fin de la historia y la degradación de las ideologías que así busca la negación total de posturas políticas que buscan transformar una realidad que es altamente insatisfactoria para los intereses de los trabajadores. Entre los latinoamericanos, este rechazo a la teoría de la política, este rechazo a la cultura y valores de los trabajadores logra consolidarse con la derrota de los sectores populares en nuestros países lo que condujo a la desmovilización y al reformismo como fin. Precisamente, las importantes derrotas del campo

popular, derrota que se consolida con la fuerza de las bayonetas, las tanquetas y el terror impuesto por las dictaduras de seguridad nacional, llevó a muchos luchadores sociales, que en otras épocas se habían mostrado muy activos en cuanto a los métodos de lucha y de presión en favor de intereses más nobles, a renegar del sueño, de nuestra utopía en un mundo más humano, de la teoría, de la práctica y el pensamiento más racional, ese que favorece y reivindica las necesidades de los trabajadores, y de la voluntad de dirección y conducción de la gestión pública del régimen. A partir de entonces, el capitalismo, ahora en su expresión neoliberal que es siempre sabio en su dominación de la mayoría y en el control de las estructuras del poder, profundizó la grieta y el desencanto consolidando, de ahora en más, la teoría de la anti teoría, del final de la historia y de las ideologías, a sabiendas que un proceso de cambio, real y estructural, que milita o intenta hacerlo en beneficio de las urgencias de los que viven de su trabajo, en realidad no puede sobrevivir. Ni siquiera puede insinuarse sin un proyecto mínimo, sin una teoría que lo sostenga porque, más temprano que tarde, la experiencia política nos muestra que un movimiento espontáneo, en el sentido que carece de dirección y teoría que fundamente y solvente sus acciones políticas, es fácilmente neutralizado por los intereses del poder dominante. Ese fue el caso en gran parte de la historia de la lucha de clases en el mundo. De hecho, muchas veces el propio reformismo, que se insinuaba como parte de una gran esperanza de los trabajadores, terminó bajo la égida de los sujetos dominantes que frustraron todas las reivindicaciones iniciales de esos movimientos. Es que esos sectores y sus representantes, las corporaciones de todos los tipos, la cultura financiera y especulativa, que cada vez tiene menos relación con la real producción de bienes, saben que la teoría que fundamenta la acción política de los trabajadores en favor de cambios estructurales, que reivindican un régimen nacional, popular y soberano, es el pilar central que anuncia la derrota histórica de sus formas e intereses de vida. Así, actúan en consecuencia e intentan deformar sus preceptos y persiguen a sus elaboradores. No es casualidad que el hombre más odiado y perseguido por los dominantes sea precisamente Marx quien, más allá de la postura personal que cada uno pueda tener al respecto en relación a sus posiciones teórica- prácticas, es el pensador revolucionario más importante que produjo la historia. Desde esa perspectiva, hay que entender que bajo el control de los sectores dominantes, la información que recibimos a diario por parte de los medios de comunicación en general, adquiere en su flujo rasgos que parecen autónomos, que se muestran como objetivos, naturales y racionales cuando en realidad simplemente estamos ante una concepción de la vida, del trabajo, del desarrollo y de los valores que es altamente irracional y falso porque defiende los intereses de la minoría a expensas del bien común. Esa información además parece tener sus propias fuentes y receptores, sus ritmos, pausas, expansiones e hinchazones. Así, los diversos mensajes fluyen familiares, fragmentados, desordenados y abultados mientras levantan imágenes y crean

iconos, algunos saturados, otros opacados y oscurecidos, que buscan reforzar la lógica que subyace tras el trabajo definido como mercancía al servicio de los dueños del capital.

A modo de ejemplo, en relación a la profunda banalidad que adquiere la ideología y la teoría, el debate de ideas y la política en manos de los medios de comunicación e información dominantes, tenemos ese concepto rutilante que intenta apelar a la *gente*, con la que los propios comunicadores al servicio de sus corporaciones creen zanjar toda discusión y debate que apele a las ideas que coloquen en entredicho las verdades de esos grupos. A ellos, es decir, a los representantes de los sectores dominantes, los tecnócratas y sus intereses, quienes son los herederos de la despolitización y degradación de las ideologías auspiciada ya decididamente a partir de los noventa con la caída de los llamados socialismos reales, con la aparición del conservadurismo político de la mano de Reagan y Thatcher, a los cultores de un posmodernismo hueco y banal, ese que les permitía regocijarse con el fin de las ideologías anunciado por todos lados y por todos los medios por ellos mismos, los sigue seduciendo el enlace que establecen entre la gestión pública y la lógica que emana de los dogmas y el mundo empresarial, como si ambas formas de gestión, gobierno y administración política fueran compatibles. Como si el bien público, el de la mayoría, realmente fuera compatible con la especulación y ganancia privada bajo la égida neoliberal. Pero, esos sectores de poder concentrados, sin ningún tipo de incomodidad, y como si desde siempre se hubieran instalado en esa argumentación, nos dicen que lo primero es la administración, esa gestión privada llevada al sector público que deriva en la tecnocracia y para la cual la buena administración de los asuntos socialmente más relevantes para la mayoría está desprovisto de cualquier forma de contaminación ideológica o referencia que establezca relaciones entre un discurso y las formas del poder económico. Del mismo modo que los grupos del espectro de la derecha, de la manera más hipócrita posible, suelen bregar por la lógica del olvido y una falsa reconciliación y paz interna a la hora de revisar el pasado reciente en relación al tema de la violación de los derechos humanos, sabiendo que de esa manera pueden ocultar a los ojos de los trabajadores y sus organizaciones las múltiples responsabilidades que les compete en lo peor de ese pasado de conservadurismo, de reacción, muerte y terror auspiciado y defendido desde el sector gubernamental que ellos mismos supieron controlar, de esa misma manera digo, los antiguos promotores de la despolitización y la degradación de la teoría buscan silenciar sus dependencias con el poder e interés de las corporaciones económicas- mediáticas, financieras y especulativas que siguen ejerciendo su capacidad de cooptación sobre actores y sujetos políticos que incluso en algunos casos se reivindicán como progresistas mientras vuelcan sus intervenciones públicas en los medios de comunicación representantes del conservadurismo. Para los nuevos militantes de los lenguajes y de la gestión empresarial de los asuntos públicos y la tecnocracia en general como núcleo

de la administración de los asuntos sociales, lo importante es el envoltorio, el giro esteticista que convierte a los magos del marketing y de las encuestas en factor de creación de poder de imagen para desprestigiar cualquier referencia a la teoría convirtiéndola así en un fuerte anacronismo que ya es insostenible. Pronunciar una palabra que remita al campo de los valores, de la cultura y de las ideas políticas de los sectores populares supone, para esta visión, una caída en lo más arcaico e irracional del hombre, una especie de manifestación de una melancolía insoportable. Por eso, a modo de conclusión, se vuelve necesario recuperar el valor de la teoría que fundamenta la praxis y la acción política transformadora. Se vuelve necesario militar en favor de las urgencias de la mayoría, que ya no pueden esperar pero que igual continúan haciéndolo, rescatando la ética que constituye nuestra teoría del rincón del desprecio al que fue condenado por intereses que ninguna relación tienen con la cultura popular. Este proceso es muy enriquecedor en todos los sentidos porque nos desafía a entender desde un nuevo punto de vista nuestra historia, una crónica de los hechos que construyen y reconstruyen nuestra nacionalidad y realidad, a partir de la teoría, las enseñanzas y experiencia que heredamos de los procesos de cambios anteriores, que además nos interpela a interpretar, a la luz de ese conocimiento, el momento y contexto en que nos encontramos actualmente, aportando no solo nuestra lucha y experiencia sino que además nuestras ideas y valores. Por eso, la teoría no puede ser mera contemplación, análisis abstracto de realidad y necesidades también abstractas que terminan derivando en el inmovilismo y en la utopía que no tiene ningún valor práctico para la lucha cotidiana por mejores condiciones de vida. La teoría, cuando racionaliza nuestras acciones en la lucha por las urgencias de las mayorías es, parafraseando a Gramsci, la más poderosa de las acciones prácticas.

Tal como en su momento nos lo planteó Marx: *se trata de cambiar al mundo*, es decir, de usar la teoría como palanca para la transformación de la realidad, para la movilización y el protagonismo de los sectores populares. Pero no olvidemos que sin teoría no puede haber práctica revolucionaria. Tan perjudicial es la teoría contemplativa, como la práctica sin rumbo. Lo real es que las experiencias políticas que se inauguran a inicios del siglo XXI en Latinoamérica, es decir, los regímenes nacionales y populares, constituyeron la expresión, más elocuente y decisiva, de ciertos cambios que condujeron a un giro en la historia y formas de vida de los trabajadores que, entre otras cosas, nos plantearon la necesidad de aguzar la perspectiva de la crítica y la consistencia de la teoría más aún sabiendo que el proyecto de los neoliberales no sólo logró consolidarse en el ámbito de las relaciones político- sociales sino también en el ámbito económico y hasta en el ámbito de las relaciones comerciales que definen la lógica de los intercambios globales. Es decir, la degradación de la teoría fue indispensable para que el neoliberalismo lograra consolidar sus puntos de vista mientras que, por el contrario, en el proceso de construcción de nuevas formas de subjetivación y de dispositivos culturales,

éticos y simbólicos, acordes con los valores populares, que apuntalan los cambios estructurales de la vida social a favor del trabajador, es indispensable reivindicar tanto la teoría como la praxis política. ¿Cómo podría entonces no ser importante una teoría de la sociedad que fundamente nuestras acciones en el ámbito de la lucha por la primacía de los intereses de los trabajadores, sus formas de vida y su cultura? Lo vemos a continuación.

### **El empirismo en la teoría de la sociedad.**

Las reflexiones teóricas y analíticas sobre el conjunto de los actores y de los sujetos sociales, políticos, comerciales, económicos y culturales y las propias organizaciones e instituciones a partir de las cuales se organizan, a través de las que conforman parte de determinados grupos de interés, que así buscan incidir en la formación de la agenda pública, no pueden ser válidas a partir de simples hallazgos del conocimiento empírico porque éste absolutiza los hechos. Todas las ideas sobre los actores políticos y sus grupos de interés, que actúan para incidir en la lógica y estructuras del régimen, entendido éste como estructura política mayor que busca darle sentido a la vida del hombre, a su trabajo y necesidades, que además es un todo en movimiento (en realidad ningún actor político como grupo de interés es independiente ni puede actuar por fuera del régimen político) trascienden los hechos dispersos de los que nos da cuenta el empirismo metodológico. Lo que el empirismo se niega a ver es que la construcción de la totalidad, esa que trasciende los hechos dispersos porque les da cierta coherencia metodológica a los mismos, es decir, que los ubica en cierto contexto histórico, es la condición primera para que cualquier hecho social o concepto del mismo se organice y deje de ser parte de datos dispares y hechos anecdóticos. Partiendo de la experiencia del trabajador, de su cotidianidad, no de la que ya está preformada por mecanismos de control establecidos por los dominantes, la teoría necesariamente tiene que ser crítica. Por esta razón, en la medida en que la teoría es crítica desde el momento en que se plantea como arte de resistencia frente a los valores e hipótesis de los sectores hegemónicos, las hipótesis derivadas de ella no pueden ser parte de la maquinaria político- social, de las estructuras de un régimen que defienda al Estado capitalista. La categoría que podríamos denominar como *régimen político fundamentado en cierto sistema de producción regido por la división capitalista del trabajo*, es una categoría analítica superior, de un nivel teórico más alto y general, que el simple concepto de *régimen político capitalista*. Es una categoría, la primera, más fundamental en todos los aspectos porque nos dice mucho más sobre las formas de vida de los hombres porque, en primer lugar, los define como trabajadores, o sea, como parte de una relación social de producción, como mercancías que crean valor y así, de manera definitiva, nos conduce al corazón del Estado capitalista como régimen de producción, es decir, a la fetichización de la mercancía y todas las consecuencias que



están implícitas en este hecho. Por eso, la racionalidad dominante no puede aceptar categorías de este tipo porque se trata en este caso, en el caso de la racionalidad capitalista, que ésta se vea, de cara al trabajador, lo más lógica y coherente posible para que no se revela ante la conciencia de las mayorías esa falsa relación de igualdad entre los trabajadores y patrones. Entonces, impera la tendencia a conceder la primacía del análisis al saber empírico que insiste en los sujetos y sus anécdotas. Además, a la primacía del saber empírico contribuye también su inmediata aplicabilidad práctica, su afinidad con toda administración característica de la tecnocracia. No obstante, la reacción de los grupos y sectores populares, de la cultura que busca construir y reconstruir el ámbito de la inclusión, reacciona decididamente contra la arbitrariedad o la vaciedad de las afirmaciones sobre el régimen que implica el empirismo y todas sus teorías que son impuestas desde las estructuras del poder central. Es una reacción legítima por parte de los actores populares que buscan así militar a favor de un arte de la resistencia y de poder. Entonces, cuando la resistencia queda planteada en términos populares, queda claro que la poco supuesta superioridad de los procedimientos empíricos no solo no es obvia sino que es falsa, no resiste la realidad de la que el empirismo se cree representante. De hecho, el método empírico, cuya fuerza de atracción analítica es de suponer procede de su pretensión de objetividad, imparcialidad y honestidad del saber, es una metodología que privilegia lo subjetivo, las actitudes individuales del hombre, las formas de su comportamiento que conduce a una abstracción analítica compuesta por datos estadísticos y variables de estudio tan poco trascendentes, en relación al análisis de las manifestaciones del poder, como el sexo, la edad, los ingresos del sujeto, su estado civil, el nivel de formación y capacitación y otros criterios similares.

En general, la objetividad de la investigación en términos empíricos es una objetividad de los métodos empleados en la investigación y en el análisis, no del tema que se investiga. Mediante tratamientos y variables estadísticas, y a partir de ciertos sondeos de opinión, a los que son tan afectos los estudios y análisis de mercado, que se hacen sobre un mayor o menor número de sujetos políticos, el empirismo infiere enunciados que, conforme a leyes del cálculo de probabilidades, a las que también son tan afectos los estudios de mercado, son generalizables e independientes de las diversas variaciones individuales. Pero el vicio metodológico de esa forma de proceder es que el valor promedio y enunciados y teorías elaboradas con datos así obtenidos, por más objetiva que sea su validez, la mayor parte de las veces no pasan de ser enunciados y teorías sobre los sujetos, sin tener en consideración el contexto social en que desarrollan su vidas, sin considerar cómo éstos ven, entienden y perciben la realidad y a sí mismos. En otras palabras, las estructuras del poder, lo que podríamos llamar la objetividad social y la totalidad de las relaciones sociales de producción, las formas de distribución de la riqueza, la manera en que esta se produce y reproduce, las instituciones políticas, los actores sociales que la

sostienen y las fuerzas de los trabajadores que en determinadas circunstancias luchan contra esas manifestaciones estructurales del poder y la hegemonía, en cuyo seno los hombres actúan y se desenvuelven, en cuyo seno se organizan y adhieren a determinados grupos de interés en la búsqueda de cumplir con sus deseos y expectativas de la manera racional, son variables y factores que el empirismo, en tanto metodología de análisis de la realidad, ignora y sólo tiene en cuenta como algo accidental. Tampoco estoy diciendo que las opiniones del sujeto sean del todo irrelevantes en cualquier análisis del régimen político porque, de una u otra forma, estas opiniones reflejan también la objetividad social pero ese reflejo siempre es de forma muy incompleta y deformada. En comparación con la objetividad y conclusiones derivadas del análisis de la estructura social, el peso de las opiniones, actitudes y reacciones individuales y subjetivas es secundario. Por el contrario, la metodología basada en el empirismo dice, sin el menor escrúpulo metodológico, que la opinión tiene virtualmente idéntico valor en el análisis y las diferencias que son planteadas, diferencias tan elementales como las que se refieren al peso de la opinión en función del poder social, las capta a través de perfeccionamientos adicionales, por ejemplo, mediante la selección de grupos clave. Lo central en el análisis, en la construcción de una teoría del régimen que nos ayude a una mejor comprensión de éste y en consecuencia de la vida y lucha de los hombres, de su ética del trabajo y resistencia, el análisis de las estructuras que condicionan al trabajador en el proceso de liberación y emancipación de la humanidad, no son considerados por la metodología de análisis empirista. Ellos simplemente no pueden aceptar la tangibilidad y análisis de las estructuras (tanto políticas, económicas, comerciales, culturales y sociales) a través de las que se centra y despliega la fetichización de las mercancías, porque este proceso esconde una falsa relación de igualdad entre los trabajadores y la clase patronal, que el saber dominante no puede revelar sin graves consecuencias para el control que ejercen sobre las grandes mayorías nacionales de modo que, de ahora en más, el empirismo convierte todos los procesos sociales en secundarios como manera para falsear el método de la teoría que intenta explicar la realidad social del hombre. En consecuencia, el método de los empiristas es otra de las formas y herramientas de los sectores dominantes que tienen como finalidad el consolidar los valores y formas de vida e intereses propios que les permita ejercer un tipo de gobernabilidad, pluralista y democrática en lo formal, que les permita reconstruir continuamente una ingeniería social de integración y de cohesión social, de identificación política y cultural que busca legitimar el control que ellos ejercen sobre los trabajadores. La formación del consenso es inherente a cualquier régimen político, el problema es que ellos plantean un consenso velado y alienante porque está limitado a las fronteras de intereses que son claramente minoritarios, elitistas. El problema del empirismo, que desde sus propias posturas analíticas busca defender y preservar el estatus del Estado capitalista, es que no puede transferir sin más, al régimen político y las

luchas al interior de éste por el poder y el sentido de las cosas, de la vida y del trabajo del hombre, sin ninguna restricción, el modelo de investigación y del saber que es propio y válido para las ciencias naturales, pero que no lo es para las ciencias sociales. Es que los vicios de la metodología analítica empirista, además de ser falible y relativa al igual que todo saber del hombre, radican en el propio régimen político, en las formas en que se desarrolla la vida de los sujetos porque el substrato de la comprensión de la actividad de los hombres como ser que es parte de un colectivo mayor, es decir, el comportamiento humano más o menos coherente y dotado de sentido, queda sustituido por la simple reacción, consciente o inconsciente, del hombre sin considerar los aspectos colectivos que son centrales para comprender la lucha, la resistencia pero también la delación y complicidad del trabajador con la clase dominante. Por ejemplo, si queremos analizar la gobernabilidad del régimen político, de pretensiones democráticas, de los regímenes funcionales a las estructuras de poder y del control social ejercido por las minorías, si buscamos analizar las estructuras que se convierten en condición del consenso y del diálogo político planteado en términos neoliberales, si buscamos analizar cualquiera variable que de sentido al Estado que es capitalista y sus manifestaciones, entonces se nos revela que el empirismo como método de análisis es insuficiente.

El método de investigación que no sea capaz de reconocer el hecho de la importancia y centralidad de las estructuras de poder, que se basan en la fetichización de la mercancía en el sentido de que ésta le da sentido al Estado y al correspondiente régimen político capitalista en sus diversas versiones, el neoliberalismo es una de ellas, y se conforma con el pluralismo metodológico del empirismo, al que después justifica con conceptos tan insuficientes como los de la *inducción* o *deducción*, en su afán por decir lo que es, se convierte en parte de una ideología en sentido estricto que milita a favor de los intereses de una razón dominante. Se convierte en una apariencia necesaria para poder seguir ejerciendo el control sobre las mayorías de la manera más racional y lógica que es posible en las concretas circunstancias políticas de lucha de los trabajadores. En ese punto radica la rígida oposición y complementariedad del empirismo y su método analítico formal con la ciega constatación de los hechos que hace desaparecer la relación entre lo que es más universal (las estructuras de poder a nivel del régimen político) y lo que es particular, o sea, la relación subjetiva que anima a los trabajadores como parte de la sociedad. La cuestión es que justamente esa relación entre lo universal y lo particular, que el empirismo nos niega y oculta, es el método de análisis por excelencia porque es el único objeto digno de la teoría de la sociedad en términos más democráticos y lógicos. La ciencia, en tanto que sistema de conocimiento de cierta coherencia, en tanto saber más o menos sistematizado y en tanto factor de poder, dominio y control social sobre las mayorías pero también en tanto estructura de resistencia y de arte de posibilidad concreta de los trabajadores para conquistar su emancipación, quisiera terminar de una vez por todas con

las tensiones entre los factores universales y las variables particulares del análisis. Pero, y acá nos encontramos con lo central de las relaciones sociales de producción, esas tensiones y contradicciones de interés y la cosmovisión del mundo, del saber de los hombres, es lo que confiere unidad y una lógica particular al régimen. En otras palabras, las bases de la vida en sociedad del hombre está dada por las contradicciones que son inherentes y características de las relaciones sociales de producción. Este carácter contradictorio es la razón por la que el objeto de análisis de las ciencias sociales, de la teoría y praxis política, la sociología, la sociedad, el régimen, los diversos fenómenos que lo componen y le dan sentido y el saber del hombre en general, no poseen el tipo de homogeneidad con la que pudo contar la ciencia natural clásica. En el conocimiento y saber de los hombres en general, es decir, ni en las ciencias sociales ni en las naturales, bajo ninguna circunstancia, es posible plantear enunciados de validez universal a partir de enunciados particulares sobre hechos, naturales o sociales, porque la ciencia no tiene nada que ver con la búsqueda, siempre infructuosa y altanera, de una verdad absoluta sino que, en primer lugar, las ciencias del hombre, tienen que ver con la cuestión del poder y es solo en esa medida, en la forma en que tal o cual teoría reivindica la lógica e interés dominante, serán válidas para la cultura y el saber en cierto espacio y contexto histórico. Por lo mismo, la generalidad de las leyes de la ciencia social no puede entenderse en absoluto como la de un universo conceptual en el que sus partes se integran armónicamente, sino que se refiere siempre a la relación de lo universal y lo particular en su concreción histórica. En la medida en que las ciencias del hombre, tanto las sociales como las naturales, se refieren al poder, en tanto son parte de una ideología política, no puede existir en ellas, en las variables y teorías que componen ese saber, la imparcialidad, el compromiso desinteresado con la verdad última del hombre, la objetividad que ellas dicen reivindicar y la racionalidad que el empirismo dice defender y representar. Así, la autonomía de la ciencia es solo una falacia y mito a que nos tienen acostumbrados los sectores dominantes en su lucha contra los designios de la cultura popular y de las doctrinas que plantean una igualdad construida en base al esfuerzo de todos nosotros. Si nos remitimos otra vez a la realidad y hechos cotidianos, de los que los empiristas se creen tan afectos, vemos que la contradicción entre lo universal, el régimen en términos capitalistas basado en la primacía de la propiedad privada, y lo que es particular, es decir, las propias necesidades de los hombres, sus sueños, expectativas y modo de actuar, es la que impide concretar la homogeneidad y la concreción de la felicidad de los hombres a nivel colectivo. La vida, sin más, es un continuo devenir histórico que se expresa en la lucha y en la anarquía del automatismo de los mercados, en la falta de libertad de los hombres, el desempleo, la exclusión, la llegada de los regímenes populares y en las formas en que se desarrolla el conocimiento del hombre y un sin fin de otras variables.

La naturaleza antagónica del régimen en cualquiera de sus versiones (de Bienestar o neoliberalismo) es prioridad en el análisis y construcción de una teoría crítica de la sociedad en el sentido de que el régimen político es la expresión primera y última de las contradicciones y antagonismos del Estado capitalista. Esto es lo que el análisis empirista y la simple generalización de las variables de análisis escamotea en favor del estatus que impera. Es esta homogeneidad, en tanto contradice los factores antagónicos de la realidad de los hombres, la que requiere una explicación, porque es ella la que somete la acción, la praxis y también la teoría y los valores de los hombres, sus sueños, luchas, conocimiento y ética, a la ley de los grandes números y estadísticas. El seguir sosteniendo el consenso, que busca negar el carácter contradictorio del saber humano, nos lleva, por las consecuencias de esa manera de actuar, a pensar en los hombres como simples especímenes cuando sus formas de actuar están mediados por la razón que oculta tras de sí la lucha de clases. Organizada sobre teorías y verdades que se pretenden por encima del devenir histórico, organizadas por verdades que se pretenden absolutas, más viriles y gallardas, organizadas sobre el sentimiento religioso, la razón dominante es bastante eficaz como fuerza de cohesión para imponer el absolutismo de sus maneras de conocimiento y análisis. Por eso, urge una teoría de la sociedad que reconsidere las verdades, las tomas de posición de los grupos y sectores de poder dominante. Una teoría de la sociedad que mientras dure la noche neoliberal por lo menos nos revele cómo las múltiples leyes particulares del empirismo y sus subjetividades (que se nos muestran como parte de una pretendida generalidad mayor y que privan de sus cualidades la realidad del hombre) bajo ningún aspecto se reconcilia con las leyes que rigen la vida. Necesitamos una teoría que nos muestre como los sujetos están sometidos ciegamente a lo particular del Estado capitalista y su régimen. Una teoría que nos muestre el falso diálogo y consenso social que pregonan los sectores dominantes, que solo buscan reivindicar sus intereses de clase, y que nos muestra, además, que la uniformidad del comportamiento social es uno de los primeros reflejos de la presión social que el régimen político ejerce sobre los trabajadores. Si la investigación y la teoría social empírica, en su concepción del ámbito de lo general y su relación conciliadora con lo que es particular, puede pasar tan soberanamente por encima de los trabajadores y sus intereses, es únicamente porque hasta ahora ésta no ha sido más que ideología política al servicio de intereses autoritarios. Bajo la directriz de un régimen popular, que es decididamente mucho más democrático y libre que el neoliberalismo, las estadísticas y lo particular pasarían a ser una técnica de administración, pero de la administración de las cosas, de bienes de consumo y bajo ningún aspecto de los hombres.

### **Lo particular y lo universal en el método analítico.**

Frente a las necesidades de una metodología de análisis de la realidad del hombre en términos más democráticos, racionales y válidos, se impone el método analítico que relaciona lo universal con lo particular, es decir, las estructuras y actores protagónicos de toda índole, que son parte y constituyen el régimen, con las opiniones y valores, las expectativas y otras variables que caracterizan al sujeto en cuanto trabajador. Por un lado, nos encontramos con lo general y con lo universal, osea, con las estructuras políticas que controlan y definen las formas en que se despliega el poder, que así son fundamentales para entender las formas de vida y las acciones políticas de conformismo o de resistencia que se producen en la lucha por la primacía de unos intereses sobre los otros, porque la ley primera que rige la realidad de los hombres en sus más diversos roles sociales pero en primer lugar en su rol de trabajadores, de mercancía que crea valor donde antes no había, es la ley del intercambio. Esa es la base primera de lo que es general, del contexto histórico que intenta constituirse en la base del acontecer del pasado pero, en primer lugar, del acontecer de hoy y mañana mientras los dominantes en su delirio intentan acallar las voces de la disconformidad, los ayunos del pueblo, con sueños de nuevas conquistas que conduzcan al camino trazado por los centros globales del poder. El problema de lo general, en la medida en que se rige por la ley del intercambio, es que en términos capitalistas, el acto del intercambio implica la reducción de los bienes que son susceptibles de intercambio, a su equivalente, a algo abstracto que solo considera los aspectos materiales de la acumulación privada del capital. Así, lo general y lo universal nos muestran que el valor de cambio, que frente al valor de uso es algo controlado por el ya conocido automatismo de los mercados en términos capitalistas (tras el cual en realidad están las corporaciones que controlan los centros del poder global) simplemente domina las necesidades humanas y las suplanta de manera que, de ahora en más, la acumulación privada del capital queda indisolublemente ligada al pillaje, a la fuerza de su presupuesto, interés y necesidades. En ese preciso momento, cuando los hombres se convierten en parte de un mercado de consumo que los absorbe, que les crea necesidades para continuar en el círculo vicioso del consumo por el consumo, esos hombres se convierten en eternos insatisfechos donde, de ahora en más y considerando cada una de las consecuencias de ese proceso, la apariencia pasa a dominar la realidad. En la medida en que la realidad de los trabajadores se convierte en apariencia no solo refuerza los valores y designios de los dominantes sino que también, y acá está lo fundamental, esa apariencia, en determinado contexto histórico, también puede implicar la resistencia de los trabajadores frente a la toma de conciencia que significa vivir en apariencia. En otras palabras, la apariencia de la realidad nos muestra que el régimen político, y aún el Estado capitalista, siempre considerado como racional, muy altanero, objetivo e imparcial ante

el enfrentamiento que se produce entre los trabajadores y la clase patronal, es tan transitorio y perentorio hoy como lo fue ayer. Pero, al mismo tiempo, esa apariencia refuerza la cultura e intereses de los neoliberales porque es lo más real, es la fórmula con la que el mundo queda hechizado en relación al paso adelante que en su momento buscó manifestar el Estado capitalista como sucesor del oscurantismo del medioevo.

Nada hay más poderoso bajo los términos racionales que la constante mediación conceptual de la ciencia dominante, que nos presenta, de manera falsa y velada, a los trabajadores como hombres en sí, como seres genéricos, impidiendo al mismo tiempo que ellos tomen conciencia de las condiciones en las que viven y desarrollan su trabajo y maneras de conciencia. De esto se infiere que desde Platón hasta Hegel, en tanto reivindican los valores de la lógica que domina actualmente, el saber de los hombres es una manifestación más o menos rastrera, apenas digna del conocimiento más alto y universal que el hombre busca construir en el proceso histórico de plena satisfacción de sus necesidades. Apenas la metodología analítica del saber de los hombres, que busca entender el rol de éstos para plantear un arte de la resistencia que nos conduzca a un mejor amanecer, que tendría que ser la meta de cualquier saber que se precie y valore como democrático, empieza a cerrarse al conocimiento de la realidad resignándose a registrar y ordenar datos estadísticos, subjetivos y claramente secundarios que denostan lo que es más general y universal. Ahí está el momento preciso en que el saber dominante empieza a confundir las reglas que obtiene de su análisis, con la ley que rige los hechos mismos y su acontecer. Ahí es cuando ese saber se convierte, aun sin saberlo pero tampoco de manera inocente, en justificación de la razón capitalista. De todas formas, en honor a las metas democráticas de la gestión de los trabajadores, en honor al racionalismo metodológico y tal como vengo planteando desde más atrás, lo particular también tiene que considerarse en el análisis a partir de cierto tipo de mediación porque éste, de una u otra forma, necesariamente aporta datos interesantes que nos ayudan a mejorar la comprensión de la realidad que es lo que en definitiva buscamos. Esos datos subjetivos deberían más bien compararse con datos que sean más objetivos, como por ejemplo el lugar de los encuestados en el proceso de producción, su posesión o no de medios de producción, su poder o impotencia sociales, su conciencia, interrogaciones y angustias frente a un régimen que les oculta sus intereses y que milita contra los reglamentos del bien común y la justicia manifiesta del humanismo. Por el contrario, el saber en términos de la razón capitalista se manifiesta a partir de necios claramente incapaces de comprender en su real dimensión al hombre, incapaces de reivindicar una mejor civilización e incapaces de mirar un poco más allá de los intereses particulares y siempre minoritarios que los anima. No simplemente habría que preguntar, al modo como lo hacen las ideologías dominantes de toda índole, cómo se producen los contenidos de conciencia, sino también si su existencia no modifica la realidad de los hombres. En este

punto personalmente creo que sólo el dogmatismo delirante podría desatender la naturaleza y la conciencia de los hombres que en ellos se manifiesta, por más que éstas estén producidas socialmente. La existencia de los contenidos que forman la conciencia son también momentos de la totalidad social, ya sea como elementos de afirmación de la realidad, es decir, como afirmación de los valores dominantes o como potencial de la otra realidad, es decir, como resistencia a esos mismos valores dominantes. No sólo la teoría, sino también la ausencia de ésta se transforma en poder material y racional en el momento que prende entre las mayorías.

Hay que decir que la investigación y análisis del régimen político, de los actores y acciones políticas que lo forman, no puede eludir la cuestión de que los hechos estudiados, los subjetivos y particulares no menos que los estructurales y universales, están mediados por la lucha de intereses, por las formas en que cada actor se moviliza en la búsqueda de la propia satisfacción. De ahí que los hechos sociales, en la medida en que se desarrollan en un continuo devenir que los transforman y les da otros sentidos y significados, en la medida en que son parte del proceso histórico, no pueden ser considerados como algo último sino, por el contrario, como algo que está condicionado por la dinámica de la historia del hombre. Lo que sí, es necesario estar atentos contra los factores subjetivos y generales porque cualquiera de éstos, cuando se independizan del análisis y de la teoría de las formas en que se desarrolla la vida del trabajador al interior del régimen político, en ese momento preciso, la investigación y análisis social forma parte de una ideología francamente irracional que absolutiza las estructuras del régimen político o la opinión pública según el caso. Se impone, en el caso del análisis social que conduce a una mejor comprensión de la vida y necesidades de los hombres, el consenso que por lo mismo implica que la opinión pública no puede rechazarse con la arrogancia del saber platónico sino que en primer lugar hay que deducir la falsedad de la primacía de una o de otra instancia a partir de una verdad más racional, de la realidad que demuestre la irracionalidad del Estado capitalista y sus formas de expresión y manifestación. Siempre es necesario insistir en la relación central entre los factores universales y particulares porque, en caso contrario, el análisis y el conocimiento respecto al régimen y las formas en que transcurre nuestra vida, es un saber incompleto y funcional a los intereses y la lógica de la ciencia parcializada en favor de la que militan los sectores hegemónicos. De hecho, con el desarrollo del Estado que es capitalista y su necesidad de administración que deriva en la tecnocracia como expresión y manifestación máxima de ésta, el saber del hombre se fue parcializando hasta derivar en múltiples especialidades que se manifiestan hoy. Por ejemplo, el avance de las tendencias empíricas en el método analítico de las ciencias del hombre no se debe al culto de la fuerza de los hechos. Esas tendencias son consecuencia de la evolución interna de la ciencia en tanto se convierte en factor de poder que requiere militar siempre a favor de la fetichización de las



relaciones sociales de producción que reglamentan la realidad de todos con mano de hierro y así persiguen los beneficios derivados de sus designios y objetivos. En el periodo anterior a la necesaria sistematización del saber del hombre por parte del Estado capitalista, en el período feudal por decirlo de alguna manera, el pensamiento social y la reflexión filosófica de la totalidad eran una y la misma cosa. Así, por ejemplo, se entiende el dogma teológico y filosófico de autores como Tomás de Aquino en esa época. En esa particular circunstancia, el pensamiento filosófico disponía de todo el material fáctico accesible a la teoría. Luego, con el derrumbe de los sistemas filosóficos y teológicos, se desmoronó también, de forma necesaria, la unidad del saber teórico y del contenido específico de la experiencia del sujeto. Es decir, los conceptos teóricos se desprendieron del sistema, de la realidad del hombre, cuya pretensión de verdad no logró mantenerse en pie ante la crítica venida del Iluminismo. De ella, de la crítica del conocimiento del hombre como una totalidad universal, surgieron, en el ámbito de la ciencia y saber del hombre, distintas áreas especializadas del conocimiento, unas escindidas de las otras. De esta manera, la idea metafísica del espíritu en Hegel, que en su sistema se refería a la totalidad dinámica del ser como expresión del último bastión del idealismo ante el surgir del materialismo histórico y dialéctico en Marx, se convirtió en la esfera del espíritu, en una esfera desagregada y parcial de la cultura. Y así con toda teoría, toda filosofía y pensamiento de los hombres. Después vino la lucha contra el materialismo planteado por Marx, entonces, los múltiples conceptos del pensar del hombre, del saber idealista escindido de lo general, como el concepto de *espíritu* fueron sacados de su contexto, de sus circunstancias teóricas y de su relación real con lo material, es decir, con las necesidades de los hombres. En ese proceso, primero quedaron aislados, después fueron convertidos en verdades absolutas en su lucha contra el propio materialismo revolucionario y finalmente se convirtieron en fetiches, es decir, en herramientas de control y dominio social, político, cultural y económico al servicio del oscurantismo planteado por el capitalismo y su falso iluminismo, a través del cual el el Estado capitalista coloca por sobre el derecho a la vida del trabajador, el derecho a la propiedad privada de los medios de producción.

El conjunto de las creencias, valores y sentimientos comunes de los sujetos miembros de un Estado capitalista, en la forma en que centraliza su ideología a partir de la primacía de la propiedad privada de los medios de producción como factor determinante de la vida del hombre, a su vez, forma un sistema determinado de conciencia media con vida propia que reivindica los valores dominantes contra los que intentan resistirse ante los designios del Estado capitalista y su régimen. Este sistema lo llamo *conciencia colectiva media*. Sin duda, su substrato no es un órgano único porque por definición, esa conciencia se extiende de forma difusa a todos los miembros y actores que fluctúan y accionan a través el régimen. Sin embargo, esta conciencia media tampoco carece de ciertas características que le son específicas y que la

determinan como realidad distinta. A partir de esta definición de conciencia colectiva vemos que ésta es independiente de las condiciones y circunstancias particulares en las que se hallan inmersos los hombres como trabajadores. Es decir, éstos pasan y la conciencia, aunque sea con pequeñas modificaciones que no afectan al todo por lo menos en el corto plazo, perdura en el tiempo. Siempre en términos de corto plazo, esta conciencia no cambia de generación en generación, sino que ata cabos y reivindica sus conceptos fundamentales para poder seguir ejerciendo su control en las generaciones sucesivas. Contra ese accionar hay que luchar para cambiar la realidad. Por lo tanto, esta conciencia que es colectiva, que busca la defensa del capitalismo y sus formas de vida e intereses particulares, e incluso la conciencia que se entretene contra el régimen político y que busca recrear un arte de poder gestionado por los trabajadores para el disfrute de los mismos, no tiene ninguna relación con lo que podríamos denominar como conciencias particulares, es decir, la suma de las conciencias individuales de los sujetos sin ningún tipo de conexiones entre sí. En fin, ese es el modo en que el neoliberal y su séquito de falsos profetas pretenden presentarnos la cuestión de la conciencia mientras que, muy por el contrario, la conciencia colectiva es el tipo psíquico del régimen dominante y, al igual que el tipo individual, tiene sus características, sus condiciones de existencia y su desarrollo específico y condicionado por los intereses de la acumulación privada del capital. La razón de los sectores y grupos de interés neoliberales actúa de manera simple, bastante particular y muy conocida en relación a la problemática de la conciencia colectiva que busca defender sus privilegios y ventajas adquiridas a partir del Estado capitalista como régimen dominante de producción y distribución. En primera instancia, el requisito más modesto de la investigación social empírica en los términos de los dominantes sería poder confrontar todos los enunciados de la conciencia y del inconsciente del hombre y de los grupos humanos, que son de intereses, con los datos y hechos de presunción objetivos que logren probar su existencia. Así de entre todos esos datos, la investigación empírica de los dominantes busca como base de análisis, de investigación y de estudio, la relación de los diversos conceptos y variables involucradas en el análisis en cuestión con los conceptos particulares, es decir, con las opiniones, con los sentimientos y los comportamientos subjetivos sin tener en consideración los aspectos generales que nos impiden recurrir a las estructuras del régimen. Esto sugiere que ante la problemática del método de análisis que funda a las ciencias del hombre como saber universal, estamos ante una expresión demasiado comprometida políticamente con las estructuras del poder que nos plantea que una vez más se trata de una lucha de ideas, de discusión puramente científica precisamente porque lo que está en juego son fuerzas sociales reales. Por eso, hay que cuidarse de considerar al hombre y sus necesidades, que constituyen nuestro objeto de estudio, como simple número cuyo pensamiento y acción obedece a leyes ciegas, que se dicen objetivas, racionales y decididamente absolutas.

En realidad, tendríamos que saber que éstos, a pesar que el saber dominante los vea como simples mercancías, siguen siendo hombres, es decir, seres dotados de espontaneidad y facultad de decidir libremente, pese a encontrarse inmersos en una realidad que ven impenetrable, y que esta espontaneidad y conciencia constituyen los límites de la ley de los grandes números. Hay que tener claro que el éxito perdurable de una teoría del conocimiento a lo largo del tiempo se debe y radica en que las políticas y objetivos que plantea, a los ojos de la mayoría, son percibidas en estrecha relación con la realidad de esa mayoría. Es la razón por la que, si bien podemos hacer diversas predicciones que se funden en el análisis y nos conduzcan a hechos que, dado el contexto histórico, es probable que ocurran o se manifiesten, cuyos mecanismos están ampliamente determinados, al mismo tiempo no podemos profetizar sobre acontecimientos políticos como si fueran leyes de la física. Si bien la teoría política es fundamental para no cometer un suicidio colectivo, para defender y reivindicar determinados valores que perduren en el tiempo y que al mismo tiempo evolucionen de la mano de las necesidades de los hombres, siempre se impone la praxis política expresado en el arte posibilidades de la gestión del trabajador. En esas circunstancias, simplemente no es lícito que hablemos y actuemos como si fuéramos la voz del destino. Lo peor que podría sucederle al arte de poder de los trabajadores, en la medida en que expresa y reivindica los valores y la cultura popular, en la medida en que busca un equilibrio y una síntesis entre lo que es particular y lo general que nos conduzca a un mejor análisis de la realidad para desde ahí buscar su transformación, digo, lo peor que podría sucederle, es plantear una ética y una moralidad, una razón y una lógica basada en las creencias antes que en un análisis más concreto de la realidad de las mayorías. No es que descalifico las creencias, de hecho estas son centrales en la constitución de una razón alternativa, pero los hechos le dan más sustancia y racionalidad a una lógica asentada en valores y en las necesidades más urgentes del trabajador. De esta manera, la razón alternativa, que batalla contra el capitalismo, tiene más opciones frente a los dueños de la tierra y demás fuentes de riquezas y recursos naturales.

Es necesario entender que la ciencia del hombre, como conocimiento que reivindica las necesidades de éste en un ámbito de gestión democrática del trabajador de la cosa pública, no puede dejar que le arrebaten la necesidad de analizar para entender la realidad. En lugar de construirse artificialmente con conceptos y términos de determinadas formas ideológicas y políticas, la mayoría tiene que hacerse con una imagen que se reconcilie con la realidad social impuesta desde el poder, para luego encontrar consuelo en la realidad tal cual es. Hay que entender que las necesidades del hombre son concretas y urgen en la defensa de una mejor calidad de vida para la mayoría, por eso no pueden ser parte de una ciencia del espíritu porque las ciencias del espíritu, en caso de que estemos dispuestos a aceptar el concepto, se ocupa de cuestiones menos trascendentes en términos de urgencia. En cambio, el saber del hombre

como cuestión más humana, donde el derecho a la vida se reivindica de la mejor manera, se refiere a la confrontación entre el hombre y la naturaleza, la relación simbiótica entre éstos, que implica también la necesaria relación entre el desarrollo del hombre en términos de un ambiente sustentable que, además, implican maneras y formas nuevas de socialización para desde allí reivindicar la íntima simbiosis entre lo que es particular del hombre y lo que es general.

### **Teoría crítica de la investigación social empírica.**

Con la teoría materialista, histórica y dialéctica de Marx y Engels, se nos viene el derrumbe del idealismo como opción del saber y del análisis metodológico en general. El gran perjudicado al respecto fue Hegel porque es su máximo exponente al punto que podemos considerarlo como el idealista absoluto en el sentido que busca reivindicar esta idea de las que además se valen toda una serie de corrientes de pensamiento que nos hablan del espíritu e idea absoluta. A la caída del idealismo le siguieron, más o menos de una manera encubierta, otros puntos de vista que tratan de establecer una relación de la teoría con los hechos y así las ciencias del hombre se transforman de manera radical. Fue el empirismo la forma exclusiva en que los grupos de interés dominantes reaccionan ante la contundencia y el llamado a la praxis y la acción política del materialismo histórico. El punto es que ahora el mismo *espíritu* como concepto, si es que busca sobrevivir a la evolución del saber del hombre, tiene que acomodarse a los tiempos venideros. En otras palabras, la posible preponderancia del *ente*, del *espíritu* y del *ser*, solo puede ser una postura más o menos racional si se impregna de los hechos. Si una vez éstos, los hechos, fueron considerados ciegos y extraños al espíritu, hoy ese mismo espíritu que una vez se creyó soberano, preponderante y absoluto, sólo puede acreditarse a sí mismo haciendo hablar a los hechos. El problema es que el espíritu, por su misma categorización, es demasiado abstracto por lo que no es para nada fácil vincularlo a los hechos en los que insisten los teóricos empiristas. Es decir, si el espíritu para poder sobrevivir como concepto se ve remitido al hecho, no puede cerrarse al método de la investigación empírica como tampoco puede considerar estos métodos de análisis, los cuantitativos, como fin último del conocimiento. En realidad, todo esto nos sugiere que los métodos son precisamente eso, es decir, medios y caminos, no fines en sí mismo. Esto sugiere que el conocimiento fructífero, que reivindica lo mejor del hombre y que por eso rebasa el ámbito de las investigaciones cuantitativas tiene que ser de alta calidad, cualitativo, de lo contrario la teoría social queda reducida a una estúpida y poco trascendente presentación de cifras que no hace más que condenar a la esterilidad tantos análisis y estudios publicados que solo intentan comprender mejor nuestra realidad. Desde esta perspectiva que busca una posible sintaxis entre los términos y los conceptos teóricos,

expresados en toda su dimensión en el propio idealismo metodológico, y el materialismo, es decir, los hechos concretos que tampoco lo son tanto si no apelamos a la teoría, es entonces necesario dejar de lado ese mesianismo del que se valen unos y otros. Declararse neutral es una falsa postura, es cobarde y timorata, porque se claudica sin el menor esfuerzo frente al desafío que significa la construcción de una teoría crítica- empírica de la ciencia social en particular y del saber universal en general, que ayude a la mejor comprensión de las formas de vidas asentadas en determinadas estructuras políticas más o menos específicas. Entonces, conforme al sentido estricto del término, por investigación social empírica habría que entender todos los esfuerzos que se dirigen a buscar un saber de lo social que, a diferencia de la especulación y el idealismo, consideran como fundamento la experiencia de hechos que son dados. Pero, en la práctica científica concreta, que encontramos al servicio de la racionalidad del Estado capitalista y la opción de regímenes que expresa, antes que al servicio de una síntesis que racionalice el método de análisis, esa misma práctica científica fue formando un concepto mucho más restringido en relación a la investigación social empírica porque obedece a la exigencia de exactitud y objetividad tal como la entienden las ciencias naturales. Es en ese momento cuando aparecen otros criterios de análisis, tan extraños para unos y para otros, como los de la *verificabilidad* o de *falsabilidad* que remiten a la independencia respecto de los momentos subjetivos de la investigación y que así desempeñan un papel esencial.

Los más grandes teóricos de la ciencia política jamás despreciaron la investigación, el análisis y hechos empíricos más bien, muy por el contrario, se valieron de estos para reivindicar y dar un sustento más racional a sus puntos de vista, teorías y metodología de análisis y sus conclusiones. Ya en la antigüedad, el propio Aristóteles realizó un estudio sobre las constituciones de las ciudades-estado griegas. Por su parte es conocido que Marx, que no sentía más que desprecio por el positivismo sociológico expresado entonces por Comte, dedicó mucho tiempo al análisis empírico que le dió una más abarcadora visión de las condiciones de vida del trabajador en el Estado capitalista. De hecho, tanto en *El Capital* como en *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* de Engels, vemos una infinidad de material empírico, que no obstante y ahí radica lo central, está siempre al servicio de la construcción teórica, en tanto busca fundamentar los puntos de vistas que se expresan. Inclusive Weber, que insistía en la neutralidad de los valores y que, pese a sus esfuerzos por comprender las tendencias generales del régimen, rechazaba ese tipo de construcciones, emprendió prolijas investigaciones y teorías empíricas en su análisis de la sociedad. En los años '30, ya en la época de la gran crisis del liberalismo económico y político que nos conduce a una gran depresión que implica, como toda crisis capitalista, la caída y hasta el derrumbe de las formas y la calidad de vida de los trabajadores, en el campo de la teoría, la investigación social empírica experimenta un impulso central a

partir de nuevos estudios de mercados y los sondeos de opinión en boga, que buscan satisfacer las necesidades de planificación comercial más racional de los que se perfilaban como grandes empresarios. Con el predominio posterior de Estados Unidos en todos los ámbitos, durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, este desarrollo se acelera notablemente porque las múltiples organizaciones, gubernamentales, oficiales o no, solicitan la ayuda de esos métodos para racionalizar y dar mayor sustento lógico a las nuevas decisiones que el sector público asume como desafío ante lo que significa la aparición, el crecimiento y desarrollo del régimen de bienestar que interviene en algunos parámetros, centrales y otros secundarios, que hacen al nuevo rol asumido por las economías nacionales. También otros fenómenos, no menos importantes y que tienen que ver con las nuevas formas de comunicación e información de la sociedad moderna, la mal llamada comunicación de masas, que implica la aparición del cine, la prensa, la radio o la televisión, pasan a formar parte de su área de análisis. Además, atraen la atención del estudio empírico, la dinámica de grupo, esto es, los procesos internos de un grupo social. En otras palabras, en cada manifestación lo que se busca es (siempre de acuerdo con la exigencia de rigurosa exactitud) medir las actitudes y comportamientos del sujeto a partir de la experimentación directa, de la comparación y verificación empírica que serían las bases de la comprensión del análisis del régimen. Pero, otra vez nos encontramos con una definición burdamente individualista y subjetiva de los hombres porque este hecho, que además significa colocar lo particular sobre lo que es general, invalida desde el origen cualquier tipo de conclusión que ayude a la comprensión y eventual cambio de las formas sociales de vida del hombre. A pesar de ello, hoy el método de investigación social empírica, que necesariamente renuncia a sus paradigmas más extremos en relación al empirismo y la reivindicación de los hechos en un contexto histórico de primacía absoluta de lo particular sobre lo que es general, se usan prácticamente en todos los sectores de la vida social, cultural, económica, comercial y política, así como en la teoría de análisis de la cuestión agraria, urbana y empresarial, en el análisis de las estructuras políticas del régimen que impera y hasta en el análisis de la religión, de la planificación nacional, en el ámbito del trabajo social y la criminología (...) Además, los diversos métodos de este empirismo remozado se usan tanto en la investigación de las distintas clases sociales, grupos de intereses, instituciones políticas y sistemas de valores como en el estudio de las tensiones relativas al hecho de vivir en regímenes que reivindican los intereses de sectores claramente minoritarios.

En defensa del análisis que reivindica los aspectos generales que tienen que ver con las condiciones estructurales en la que el trabajador desarrolla su vida, hay que decir que existen una serie de consideraciones teórico-sociales de primer orden que nos llevan a preservar la distinción entre *esencia* y *fenómeno* que para el empirismo es un inmenso tabú desde el momento en que este análisis, el de la estructura, busca revelar las falacias dominantes. Por

eso es una tarea militante, en la búsqueda de las verdades que favorezcan los intereses y la cosmovisión de los trabajadores, clarificar las diferencias entre ambos conceptos teniendo presente que el fenómeno, siempre circunstancial y subjetivo, es de una dimensión analítica bastante inferior a la esencia pero que no por eso deja de aportar complejidad al análisis de la realidad. La idea de la primacía del fenómeno sobre la esencia, de lo particular sobre lo general y del empirismo metodológico sobre el materialismo, que además es histórico y dialéctico, que es tremendamente revolucionario en términos del análisis de la realidad social, lo que busca, al igual que Locke, el padre del empirismo, es imponer la idea de tabla rasa, vacía de análisis, sin valores ni preconceptos como si esto fuera posible. En realidad, sería un grave error metodológico que el investigador niegue de manera rotunda que tales opiniones están mediadas por las estructuras del régimen político, es decir, por las formas en que se despliega el poder de los actores que en fin hacen a la agenda de gobierno, pero normalmente queda satisfecho con aproximarse a esa mediación a través de los llamados estudios motivacionales, o sea, le basta con determinar el modo como los sujetos de experimentación forman su opinión. Así, el centro de la investigación es la subjetividad de los individuos estudiados. Muy por el contrario, la concepción que subyace al intento de lograr una interpenetración y sintaxis entre la teoría y la investigación empírica no se conforma con los sujetos y sus múltiples particularidades, pero tampoco se conforma con los enunciados generales sobre el régimen político. Entonces, me parece que en este punto es necesario afirmar que lo más racional en términos analíticos es el intento de relacionar las investigaciones empíricas, de tipo cuantitativas, con el análisis de las instituciones políticas y estructuras que forman la lógica y sentido del régimen con las que las opiniones y los comportamientos de los sujetos tienen algo que ver. En el ámbito del análisis de los grupos de interés relevantes en la definición de los problemas sociales que hacen a la gestión pública, no es posible ni viable conformarnos solamente con el análisis de sus intereses, ni siquiera con la particular ideología que los define y como, en tanto ideología que moviliza, se refleja en manifestaciones de sus miembros, sino que, en la medida de lo posible, es necesario el análisis del grupo de interés mismo. Por una parte, analizamos las publicaciones con las que la organización influye sobre sus miembros, pero sobre todo analizamos su estructura. Este intento de sintaxis, que busca la conciliación entre dos tipos de análisis, que en fin postula una mejor comprensión de las manifestaciones sociales de los hombres, solo tiene un sentido más amplio cuando se propone la confrontación de las opiniones subjetivas con esos momentos objetivos que nos conducen a resultados más esenciales que el método de tabla rasa de los dominantes, para los cuales la opinión es fundamental y eso lo trasladan al mercado donde, por ejemplo, el consumidor es el rey y es quien siempre tiene la razón. Además, el empirismo que insiste en la primacía de lo particular y subjetivo, conseguido a partir de la investigación que insiste en sondeos de

opinión y estudios de mercado que nunca son suficientes para una real y más coherente comprensión de la realidad en la que está inmerso el trabajador, digo, el empirismo que es, según su propio criterio, una filosofía que atribuye a la experiencia la primacía en el orden del conocimiento, lo hace porque no puede ir más allá del análisis a riesgo de revelarnos las contradicciones estructurales del régimen que defiende y manifiesta política y racionalmente al Estado capitalista. En otras palabras, el empirismo insiste en los análisis subjetivos porque son estudios parciales exentos y faltos de reflexión en la medida en que no puede ir más allá de lo anecdótico. Pero, en la medida en que el empirismo se asocia, en una sintaxis superadora con el hecho general y la manifestación de los grupos de intereses y las estructuras del régimen, él mismo se potencia aportando, de ahora en adelante, al conocimiento de las variables que hacen a la vida del hombre, una experiencia y hechos mucho menos restringidos, estrechos y cosificados.

En el orden teórico- práctico se plantea el consenso entre las vertientes analíticas- metodológicas que en su versión más acabada podría denominar como *teoría crítica de la investigación social empírica*. *Teoría* en cuanto es una metodología de análisis de la realidad de los hombres a partir de ciertos conceptos y paradigmas fundamentales que tienen que ser verificados por la experiencia de los trabajadores. *Crítica* en el sentido que la teoría debe sobrepasar los presupuestos neoliberales que históricamente fracasaron en su intento de solucionar los grandes dramas del capitalismo y que por lo tanto se presenta como fundamento del arte de resistencia y de poder que busque, de la manera más consecuente posible, el bien común. Finalmente, una teoría que es *empírica* porque la racionalidad de ésta se vincula directamente con la posibilidad de reivindicar y eventualmente resolver las múltiples necesidades que se le plantean a los trabajadores durante su vida.

### **El proceso de socialización como antagonismo de clases.**

Theodor Adorno en su libro *Epistemología y ciencias sociales* nos dice lo que sigue:

*Allí donde los hombres creen estar más cerca los unos de los otros, como en la televisión, que se les lleva hasta sus hogares, en realidad esa cercanía está mediada por la distancia social, por la concentración del poder. Nada simboliza mejor que la televisión el hecho de que, en gran medida, ya tendiendo a su contenido concreto, a los hombres se les dicta desde arriba su vida, la misma que ellos creen poseer y tener que ganarse y a la que toman por lo más próximo y lo más real. La existencia humana individual es, más allá de todo lo imaginable, mera reprivatización. Lo más real, aquello a lo que se agarran los hombres, es al mismo tiempo lo más irreal. «La vida no vive.» Tampoco una sociedad transparente desde el punto*



*de vista racional, una sociedad verdaderamente libre, podría zafarse en absoluto a la administración y a la división del trabajo. Pero las administraciones de todos los países de la tierra tienden compulsivamente a autonomizarse respecto de los administrados y a reducirlos a meros objetos de procedimientos regulados abstractamente.*

Toda una declaración de principios porque estas tendencias remiten, de acuerdo a teóricos como Max Weber, a la racionalidad económica que se basa en la aplicación de determinados medios para lograr ciertos fines. Pero, como en realidad el fin le es indiferente, la defensa y reivindicación de un régimen político mucho más racional y lógico en términos ideológicos, y mientras siga siendo así, nos lleva a que esa razón se vuelva irracional para los sujetos. Es que la figura protagónica, de pretensiones racionales, de esta irracionalidad es en muchos sentidos el técnico, el experto, el tecnócrata, que se encuentra muy lejos de las urgencias y necesidades de los trabajadores porque, en realidad, su lógica, sus medios y maneras de actuar se basan en la especialización de los procesos de la técnica, en la cuestión de los costos y beneficios pero no en términos de mejorar las condiciones de vida del trabajador sino para reforzar y elevar por todos los medios la tasa de ganancia del capital. Lo que nos esconden es que la especialización de los procesos técnicos y los adaptados a éstos, son también parte de un proceso ideológico que refuerza la lógica y los intereses dominantes. Ya estamos mucho más allá de la mera especialización o de la imparcialidad u objetividad que pretenden los grupos de poder porque, en fin, bajo esa concepción de las relaciones sociales, tanto de una forma espontánea como planificada, los trabajadores están en los hechos totalmente impedidos de reconocerse a sí como trabajadores. La oferta de mercancías, que los inunda, los impele y desafía, simplemente contribuye a un proceso que desnaturaliza al trabajador y las relaciones sociales implícitas en este proceso, a través de mecanismos tan directos y fatales como la represión en tiempos de urgencia o tan sutiles como las herramientas que están ligadas a la industria cultural e innumerables mecanismos directos e indirectos de control intelectual. Es que bajo la directriz del Estado capitalista las manifestaciones de los trabajadores, incluida la cultura y el saber, se desarrolla bajo la ley del mercado, es decir, bajo el imperativo de adaptarse como consumidores. Y en el ámbito de los mercados de consumo, bajo los términos del neoliberalismo, existen sujetos con mayor capacidad de consumo y existen también los que consumen y los excluidos. Es decir, el mercado de consumo es ampliamente desigual. El régimen político definido en estos términos, bajo las directrices y parábolas del mercado de consumo del Estado capitalista, reforzado por una infinidad de mitos, altamente irracionales, cada una de sus instituciones, tal como las vivimos de manera cotidiana, son incompatibles con la democracia desde el momento en que las mayorías son excluidos de los beneficios de la técnica, de la acumulación de capital, del crecimiento y desarrollo nacional.

El ideal del sistema democrático de los neoliberales, de la democracia formal, descalifica todos los medios que conducen al trabajador a la emancipación, y lo que es más, refuerza los valores de la servidumbre. Por eso, el régimen en general, junto con la organización que busca reforzar el estatus imperante, en la medida en que sistematiza los intereses materiales de la reproducción privada del capital, apoyados en algo íntimo que no tiene relación alguna con el espíritu de la democracia, no puede convivir con la inclusión democrática del trabajador en el ámbito nacional. Mucho menos en términos del sistema comercial globalizado. Ese espíritu que es antidemocrático, reaccionario y conservador, se fundamenta en el hecho que los constantes conflictos entre patrones y trabajadores, entre jerarcas políticos y subordinados, enmascaran antagonismos de clases que son prioritarios. En otras palabras, la necesidad del fetichismo de la mercancía, que deriva en el fetichismo de la relación entre los dueños del capital y la fuerza de trabajo que a su vez deriva en el fetichismo de todas las relaciones sociales y de las instituciones amparadas en éstas, el Estado y el régimen, nos demuestran que los conflictos particulares no pueden plantearse de forma abstracta porque esos antagonismos producen conflictos aquí y ahora conforme a un proceso y a determinada legalidad que es expresión también del desarrollo de la lucha de clases. Así, los conflictos entre patrones y trabajadores respecto a la puja por el salario, solo por poner un ejemplo central en términos de producción y de distribución de la riqueza, depende también de la relación de fuerza entre los sectores involucrados en esa puja y no solo de factores subjetivos o coyunturales. Esto nos remite a las relaciones de poder que al mismo tiempo nos remiten a los recursos que cada uno de los actores y sujetos involucrados puede disponer en esa contienda en particular. Si no se tiene plena conciencia que las relaciones sociales remiten a determinadas formas de poder, que a su vez, definen una y no otra lógica respecto a las formas de actuar del régimen, resulta bastante incongruente el análisis de cualquier situación.

No hay posibilidad de seguir haciendo abstracción de la naturaleza cualitativa del hombre, que desempeña tanto el rol de productor como de consumidor. Tampoco es posible abstraerse del modo de producción, de la forma en que éste administra y define la distribución de los beneficios de ésta lo que además implica que no podamos abstraernos de las necesidades de los trabajadores porque, siempre bajo la lógica del capitalismo, lo primero es el beneficio que se orienta a la mejor forma de elevar la tasa media de ganancia del capital. La misma humanidad determinada como clientela, el sujeto de las necesidades está más allá de cualquier representación ingenua conformada socialmente, y no sólo por el nivel técnico alcanzado por los factores de producción sino también por las relaciones económicas. La importancia central de comprender esta asunto, o sea, la humanidad definida a partir de relaciones de clientela que solo buscan el beneficio general de la acumulación privada del capital, es que nos muestra con toda crueldad las diversas maneras

del dominio de las estructuras y actores protagónicos del régimen, los actores que están en condiciones de definir y preconfigurar la agenda pública a través de la movilización de recursos propios, sobre los mismos trabajadores que serían algo así como miembros forzosos del régimen político. La creencia democrática de los trabajadores, a expensas de la cual han medrado siempre las instituciones políticas, en el más largo plazo no perderá con ello, antes por el contrario, cobrará un valor más altruista como cuando el metal precioso en el proceso de su refinación se los desliga de la escoria que los acompaña. Esto siempre y cuando el trabajador no pierda el sentido y valor de la construcción de un arte posible. No podemos desconocer que la creencia en la democracia, en un porvenir más humano y racional es como la ética, la política y el arte de resistencia de la mayoría, una manifestación de nuestras necesidades. Cuando nos encontramos de una u otra manera defendiendo nuestras necesidades, estamos llevando a su máxima expresión la proyección hacia el infinito de nuestro arte de resistencia. Desde el momento en que la misma creencia en la democracia, como proyección máxima de defensa del bien común, se hace realidad tiene que considerarse como un valor de positiva eficiencia. La teoría más acabada sobre las relaciones sociales entonces, de una u otra manera, nos conduce a las relaciones entre capital y trabajo y desde ahí a las relaciones de clases, de explotación del hombre por el hombre pero también a la necesaria reacción y resistencia de los trabajadores a partir de una nueva gramática de construcción de poder y gestión pública de las mayorías. Es que en fin la reducción de los sujetos en tanto trabajadores y desde ahí en tanto actores que son parte de un intercambio de mercancías decididamente desigual, se oculta la dominación del hombre sobre los hombres. Éstos no coexisten simplemente los unos al lado de los otros, más bien se mantienen en vida los unos en virtud de los otros. En el seno del régimen político, que se basa en el principio de los intercambios de mercancías, las propias instituciones, irracionales a los ojos de la tecnificación y del avance del capitalismo, redundan en beneficio de la persistente irracionalidad de un régimen que si bien es racional en sus medios no lo es en sus fines porque simplemente actúa, de la mejor manera en que le sea posible, en base a los intereses de la creciente acumulación privada de los capitales. Así, una antigua institución como la familia, derivada de lazos naturales y cuya estructura interna no se rige por la ley del intercambio de equivalentes, que así a los ojos del capitalismo es una institución irracional, tal vez deba su persistencia en el tiempo al hecho que ayuda y aporta con sus méritos a la defensa de las relaciones sociales de producción en el ámbito del control y dominación de la minoría sobre los trabajadores. Es decir, sobrevive porque se convierte- a efecto de la dominación política- en una institución útil para los intereses del capital. Sin la institución de la familia probablemente los pequeños productores del campo apenas hubieran podido subsistir en el proceso de avance y consolidación del Estado capitalista que, a pesar que en

su desarrollo los margina, por otro lado también les permite subsistir bajo las directrices de las necesidades de la reproducción del capital.

El proceso de socialización de los hombres no puede ir más allá de los conflictos y antagonismos de clase porque la característica constitutiva de la socialización de los sujetos, para que cumplan determinados roles al interior de las estructuras de poder dominante, es ese antagonismo que desgarrar al régimen. En otras palabras, es la misma relación social antagonista de cambio la que introduce y reproduce en el tiempo ese antagonismo que en todo momento amenaza al régimen político con su caída definitiva que implica la catástrofe total para los actores dominantes. El problema para esos sectores es que por más que siembren la realidad de mitos cada vez más grotescos en el sentido de su falta de consistencia teórica y práctica, la realidad última de los hombres es que la sociedad sigue siendo una contradicción de clases que además se refleja en el régimen político lo que, más temprano que tarde, hace necesario el cambio a favor de un régimen más racional y humano. Por eso, a pesar de la contradicción entre el régimen neoliberal y las manifestaciones democráticas, éste no puede mostrarse como enemigo de la creencia en la democracia porque, a partir de ahí, revela sus múltiples contradicciones. Esta contradicción de clases, que se manifiesta en la teoría pero también en la práctica, tiene por lo tanto efectos decisivos en la existencia cotidiana de los trabajadores y ese es el problema de la razón del capitalismo. De lo contrario, en el caso de que no se manifestara esa contradicción de clase en la vida de los trabajadores, entonces el concepto de clase sería evidentemente un fetiche. Eso está muy lejos de la realidad porque mientras los hábitos de consumo se hacen similares, la diferencia entre el poder de los sectores que dominan y controlan el régimen y la impotencia relativa de las mayorías nacionales para transformar la realidad es sin duda mayor que en otras épocas históricas. Hoy cualquiera puede comprobar que es prácticamente imposible determinar por propia iniciativa su existencia social, y en estas circunstancias sociales, que son objetivas y concretas, el hombre tiene que hacerse lugar para garantizarse el propio sustento cotidiano sin considerar su determinación humana y su valor, si es que todavía tienen alguna idea al respecto. Este estado de cosas muy urgente, que tiene que ver con la supervivencia del hombre, con sus necesidades más inmediatas y sus expectativas, se manifiesta ideológicamente en lo que podemos denominar proceso de adaptación de los hombres, término que además es característico del darwinismo social, que es transferido desde la biología a las ciencias sociales por la razón del capitalista que fundamenta una teoría fuertemente reaccionaria, fascista, que asocia esa capacidad o no de adaptación a determinadas cualidades de etnia. Solo nos queda la posibilidad última de entender en toda su plenitud la comunidad de los hombres y sus diversas expresiones institucionales que se manifiestan globalmente en la formación de cierto régimen de determinadas características que a su vez es expresión de las directrices centrales de un Estado capitalista como un bloque

universal erigido entre los hombres y en el interior de ellos mismos. Sin esto, toda sugerencia de transformación y cambios sólo sirve a los intereses últimos de ese bloque, que es de los grupos dominantes. De ahí la importancia de una teoría crítica de las relaciones sociales que nos revele la fetichización de las relaciones sociales a partir del análisis de la falsa y formal igualdad que existe entre patrones y trabajadores.

## Epílogo.

Karl Popper fue un teórico de origen austriaco que junto a Friedman y Hayek, entre otros, se convirtió en uno de los más importantes referentes del liberalismo del siglo XX que fundó un espacio que reúne hasta la actualidad al pensamiento de la derecha que se pretende liberal. En cuanto a Popper, hay que considerar especialmente su libro *La sociedad abierta y sus enemigos* que resulta un importante alegato contra todo tipo de totalitarismo en el momento de finalizada la Segunda Guerra Mundial que, de por sí, será una etapa muy particular para los sectores democráticos. Profundizando en la obra, para Popper el enemigo son todas las teorías (y sus expresiones y manifestaciones prácticas en la vida política de los ciudadanos) que suponga una amenaza contra la libertad individual del sujeto. Entre esos enemigos de la democracia, entendida como las libertades individuales y formales de los hombres, están incluidos tanto el socialismo real, que se expande a partir del avance de la Unión Soviética sobre la Europa oriental, y el propio nazismo. Sin embargo, Popper no se detiene en ese punto e incluye entre los enemigos de la libertad individual hasta las intervenciones del sector público en la economía, por más moderadas que estas sean. A partir de ahí, de la definición de los enemigos del liberalismo, Popper nos habla de sociedades cerradas, compuestas por una comunidad francamente irracional, vetusta, arcaica y totalitaria y por otro lado de las sociedades abiertas, esas que reivindican las gestas individualistas y que son por el contrario a las sociedades cerradas, mucho más reflexivas y críticas porque desafían al poder de turno y hallan su máxima concreción y manifestación política en las repúblicas democráticas de los países centrales. En su lucha contra el marxismo, que sería una de las manifestaciones de una sociedad cerrada, es decir, irracional y donde prevalece la coacción por sobre el consenso, Popper se enfrenta a éste a partir de lo que él mismo denomina como *historicismo en las ciencias sociales*, esto es, contra la idea que la historia está regida por ciertas leyes históricas que trascienden, en algún sentido, la voluntad y acciones individuales y, por lo tanto, la responsabilidad que los hombres tenemos por nuestras acciones. De ahí se sigue que Popper, como muchos teóricos al servicio de los grupos de poder más concentrados, termina por plantearnos ciertas verdades que serían más o menos absolutas en relación a la idea de democracia y del pensamiento y saber de los hombres en general, cuando se trata de la defensa del sistema democrático bajo los parámetros del liberalismo. Entonces, el autor en cuestión está fuertemente influenciado por lo que se conoce en las ciencias sociales como *falibilismo*, postura política- ideológica que considera que el conocimiento es limitado, que por consiguiente podemos errar en nuestras consideraciones y que no es posible tener una certeza absoluta de la verdad, algo que Popper apoya en principios lógicos de los razonamientos. Hasta ahí va todo bien, sin embargo,

frente a esta postura fuertemente democrática que establece la imposibilidad de una verdad que sea cierta para todo tiempo y todo lugar, es decir, de una verdad que es absoluta y que por tanto implica la posibilidad de imponerla a los demás sectores sociales, el autor termina contradiciéndose en sus propios términos ideológicos por defender las bases del pensamiento liberal que milita en favor de la verdad absoluta. Las contradicciones en el ámbito del liberalismo y neoliberalismo como heredero del primero, es que la libertad política planteada por los grupos liberales es contraproducente y contraria a la libertad económica pregonada también por los liberales. Por eso insisten en la formalidad de los derechos de los ciudadanos y se olvidan de los valores democráticos cuando se trata de llevarlos a la práctica en beneficio de las mayorías nacionales. De hecho, cuando la libertad política busca profundizar en los cambios, a favor de un mayor bienestar para la mayoría, esta se contradice con la libertad económica porque el bienestar de los trabajadores, en un contexto de democracia, inclusión, crecimiento y desarrollo equilibrado de nuestros países, implica la intervención del sector público en la economía en ámbitos tan prioritarios como la educación o la salud, en la producción y distribución de los bienes por todos producidos. Y eso el neoliberalismo y su libertad, falsa, formal y abstracta, no lo puede tolerar.

Una pregunta que tendríamos que remitir a Locke, que es el padre del liberalismo, sería por qué los actores que componen el sector público, el Estado según él, necesariamente tienen que ser neutrales en el ámbito de las relaciones sociales de producción. No sería tal vez mucho mejor que el sector público se comprometa con un ideal, es decir, que deje de ser indiferente ante las necesidades de la mayoría. ¿No sería mejor que la libertad, pregonada y defendida por los liberales de la manera más abstracta posible, supusiera de ahora en más igualdad de condiciones, de acceso a los servicios públicos tan elementales como la salud, la educación o la capacitación? ¿No sería mejor que la libertad se presentara como un valor noble, más humano y dejara de ser una de las múltiples manifestaciones de la adaptación de la teoría, de la práctica y la vida del hombre, a los valores, a la moral, la ética y los intereses de los actores dominantes? ¿No sería mejor que, desde ahora en adelante, la libertad deje de ser un proceso de adaptación del trabajo bajo los términos capitalistas, en favor de parásitos que lo degradan, lo envilecen, lo debilitan y lo denigran? Siguiendo la postura del falibilismo de los liberales ellos dirían que no, porque no existiría los valores objetivos y absolutos, es decir, ideales que merezcan ser perseguidos por toda la sociedad. Entonces, los individuos tenemos distintos fines y consideramos que la felicidad se puede alcanzar de diversos modos por lo que no puede existir la auténtica y plena libertad, esa que sería común a todos los hombres. A partir de ahí, frente a la evidencia de que nadie puede sostener que cierta creencia es más auténtica y racional que otra, el sector público tiene que mantenerse al margen de los objetivos y metas de los sujetos siendo tolerantes con los puntos de vista ajenos. Y tanto

este como los ciudadanos que lo conformamos debemos ser tolerantes con el punto de vista que nos es ajeno. Sin embargo, a pesar de todo lo establecido por la teoría de los liberales, en la práctica, dada que la libertad política se contradice con la económica, las cosas son muy distintas a los postulados del liberalismo. Inclusive el hecho de separar la libertad en términos políticos y económicos de por sí es una contradicción insalvable. En ese contexto, los liberales al momento de referirse a los actores políticos, sociales y culturales que forman el campo popular nos plantean que esos grupos no son ni siquiera candidatos a la verdad, es decir, su relato estaría vedado desde el principio. Además, en los críticos que se apoyan en los principios liberales no aparece la mínima posibilidad del falibilismo porque reivindican la lógica política de los amigos y enemigos que tanto daño causa al régimen democrático. Para ellos hay dos tipos de actores. Por un lado, estarían los actores y grupos más racionales, propensos al consenso y diálogo en el que se incluyen ellos, y por otro lado estarían los grupos irracionales, los otros, los sectores populares que serían propensos al conflicto y a la lucha de intereses de clases. Es decir, por un lado pretenden hablarnos de tolerancia, de respeto, de neutralidad, diálogo y consenso, pero al mismo tiempo, a pesar de su propia teoría y a expensas de sus valores, se creen los paladines de la verdad absoluta. El problema es que ser dueños de la verdad, creerse portadores de ésta, los vuelve fuertemente reaccionarios y conservadores. A partir de ahí se plantean no dejar que los irracionales sigan viviendo en la ignorancia y así buscan imponer sus puntos de vista y verdades por cualquier medio. Este es el razonamiento célebre de quien cree conocer la verdad, el que tiene la obligación de propagarla y, de ser posible, de imponerla a toda costa para que el resto de los hombres dejen de vivir en la ignorancia

En esas circunstancias, el régimen por ellos defendidos, es bastante intolerante porque los valores y la verdad de los factores de poder dominantes no pueden considerarse en pie de igualdad frente a los valores, la ética y las formas de acción de los subordinados porque la ética y las verdades de ellos son irracionales. De este modo, ¿cuál podría ser el tipo de diálogo planteado por los sectores que reivindican el consenso y el diálogo con los trabajadores? Solo puede ser un diálogo y un consenso que, en fin, defienda los intereses y la verdad de los dominantes a expensas de los intereses y las verdades de los trabajadores. ¿Cómo puede haber diálogo entre quienes se consideran dueños de la verdad y los otros que legítimamente sostienen otra verdad que de acuerdo a los grupos de intereses dominantes son irracionales y banales? ¿No haría falta, como nos dice la teoría liberal, un mínimo de aceptación de que somos falibles para revisar nuestra posición y valores? Esto no quiere decir, claro, defender tibiamente las propias creencias pero sí suponer que pueden estar equivocadas o que, en todo caso, en tanto creencias, son tan válidas como las de los demás. En todo caso, el tema de la verdad, de la autenticidad, el valor y racionalidad de una teoría política, o de cualquier índole, no es un



tema tan difícil de plantear. Si bien, en concreto, ninguna teoría o verdad es absoluta, a riesgo de que postulemos un pensamiento reaccionario, típico de los fundamentalistas de toda calaña, hay verdades y teorías que son más racionales y válidas que otras. El valor de esas teorías entonces se define a partir de la posibilidad que esa verdad o esa teoría plantee, de la manera más racional, la solución a los problemas de las mayorías. En otras palabras, una teoría, que fundamenta determinada política pública, es más racional y válida que otra en la medida que reivindica las cuestiones socialmente importantes que afectan a las mayorías y desde ahí busca solucionar los problemas de todos. A partir de ahí, una política que de por sí es excluyente, que reivindica los intereses y la cosmovisión de las élites que históricamente han dominado la agenda pública de nuestros gobiernos, que se fundamenta en las teorías del neoliberalismo y del racionalismo de Popper y los suyos, es mucho menos racional y válida que las políticas de inclusión social que se fundamentan en teorías típicas de los regímenes populares. La mayor o menor objetividad de una teoría solo se mide en la medida en que reivindica o no los intereses del pueblo trabajador: mientras más excluyente es menos objetiva y, muy por el contrario, mientras más inclusiva es más objetiva porque reivindica el valor y las necesidades del hombre que necesariamente es la prioridad de cualquier pensamiento o idea política que busque el bien común. A partir de ahí se entiende mejor el carácter irracional del neoliberalismo quien, reivindicando necesidades de la minoría, de las corporaciones nacionales, asociadas política y finalmente a las transnacionales, sembraron nuestro pueblo de miseria, de pobreza, exclusión y marginación. Muy por el contrario, hablar de regímenes nacionales, soberanos y populares significa referirse a un tremendo proyecto emancipador, a un proyecto sumamente objetivo y racional que se relaciona con lo mejor de la historia porque implica la transformación de todos los aspectos de la realidad que parecen eruirse como obstáculos insalvables para el desarrollo y el crecimiento pleno de nuestros países. Dentro de ese cúmulo de transformaciones en todos los ámbitos, cabe destacar la reconstrucción del mundo del trabajo y su cultura de la inclusión e igualdad de oportunidades. A partir de los regímenes populares, los pueblos latinoamericanos lograron no sólo el crecimiento negado por décadas sino que además esta evolución se produjo de la mejor manera, o sea, a través de la inclusión de los trabajadores al mundo del trabajo precisamente y desde ahí al mundo del consumo. Por el contrario, fue durante el transcurso de la década de 1990- que se procedió a una apertura comercial sin restricciones bajo los parámetros políticos e ideológicos de los neoliberales- que ellos mismos, voluntariamente y a partir de entonces, en la práctica cotidiana abdicaron de cualquier posibilidad que el sector público interviniera en la economía. Así es como ante la imposibilidad de competir en cierta igualdad de condiciones con la producción de los países centrales se produjo en nuestra tierra la inmediata disminución de la actividad de la industria nacional concluyendo en el cierre de numerosas fábricas que a

su vez generó un progresivo aumento del desempleo, de la marginación y la exclusión. Lo central del relato es que la firme tendencia del sector público, ahora más disminuido en su rol de productor, contralor e interventor en la economía, a inclinarse siempre a favor de los intereses del empresariado transnacional frente a cualquier tipo de conflicto con los trabajadores, que son los que generan riqueza, incentivó a los patrones a avanzar, vía flexibilización laboral o rentabilidad constante del capital- y sin ningún tipo de restricciones- sobre los derechos de los trabajadores obligándolos a adoptar una actitud de resistencia frente a la caída de sus formas de vida y de consumo.

A la luz de lo acontecido en la época de oscuridad y reacción política frente a los intereses de las mayorías solo podemos concluir que es tremenda la irracionalidad de los postulados y de las medidas de las élites gobernantes al tiempo que, a la luz de los diversos cambios acontecidos a partir de los regímenes populares, también es preciso notar que los trabajadores, en tanto representativos- constitutivos de la cultura popular, reivindican verdades más humanas, racionales y auténticas porque militan en favor del disfrute de la mayoría de lo producido socialmente. La razón de los regímenes populares tiene que ver con la mayor inclusión de los trabajadores, que por ejemplo se refleja en la drástica caída de la tasa de desempleo, en la mayor participación de los sectores populares en el PBI, en la competitividad de bienes nacionales a nivel del sistema comercial global, en la ampliación del mercado interno, el ahorro, la inversión y la demanda traccionada por la suba de los salarios de los trabajadores. La racionalidad del modelo popular se refleja en el fuerte impacto político, económico, social y cultural de los cambios producidos en lo cotidiano y en la pauta de que, a través de la inclusión y la búsqueda del bien común, nos encontramos en la ruta correcta. La lección más importante que nos queda de las crónicas de Latinoamérica es la intrínseca seguridad de que el modelado de la realidad del trabajador se encuentra siempre en nuestras manos, convicciones, en el proyecto popular, en la construcción de un arte de resistencia donde la política, la acción y la praxis política se orienta a fines más racionales y así estamos en presencia de la mejor herramienta para transformar la realidad cotidiana de todos.

### Referencias bibliográficas:

Repetto Saieg, Alfredo Armando: “Más allá de la crisis y la utopía neoliberal” 1ª edición, Buenos Aires, Argentina: el autor, 2010.

Soto, Hernán: “Allende y la doctrina Monroe”. Publicado en “Punto Final”, edición N° 729, 18 de marzo, 2011.

Mesyngier, Luis: “La transición permanente” Editorial Libros del riel, Buenos Aires, Argentina, 2007.

Aristóteles: “La política” Centro Editor de Cultura, 1ª edición, Buenos Aires, Argentina, 2005.

Kung, Hans: “¿Existe Dios?” Ediciones Cristiandad, Madrid, España, tercera edición, julio de 1979.

Ferrer, Aldo: “Desarrollo nacional y Mercosur” En Miradas al Sur de la edición del 19 de Septiembre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Desarrollo, vaivenes y desigualdad” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Ferrer, Aldo: “La cohesión social” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “De la peor de todas a una de las mejores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 17 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Los liderazgos” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Ferrer, Aldo: “Las retenciones: ¿Qué son y para qué sirven?” en Revista Argentina Económica de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Ferrer, Aldo: “Atraer inversiones o política de inversiones” en Revista Argentina Económica de la edición del domingo 30 de enero del 2011.

Ferrer, Aldo: “Las consecuencias de la soberanía” en Revista Argentina Económica de la edición del 3 de Octubre del 2010.

Giles; Jorge: “La lucha por el territorio” en Diario Miradas al Sur de la edición del 19 de diciembre del 2010.

Giles, Jorge: "El domicilio del poder político: De la rural a la Rosada" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Dearriba, Hernán: “Garantizando el crecimiento tenemos que buscar el desarrollo” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Juan Carlos Gómez Leyton: “Nueva Constitución con el sello autoritario” en [www.archivochile.com](http://www.archivochile.com).

Curia, Luis: “Apostillas sobre el acuerdo social” en Diario Miradas al Sur de la edición del 18 de diciembre del 2010.

Manyika. J- Lund, S: “De las cenizas” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Verduga, Damián: “Debemos ser inteligentes y sumar a otros sectores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Justo, Liborio: “Los Estados socialistas de América Latina”, 1ª edición, Buenos Aires, Argentina. Grupo Editor Universitario, 2007.

Arregui Hernández, J.J: “La formación de la conciencia nacional” Editorial Plus Ultra, 3ª edición, Buenos Aires, Argentina, 1973.

Molteni, Andrés: “Medios y miedos hegemónicos” en Diario Tiempo Argentino de la edición del 30 de septiembre del 2010.

Calcagno, Eric- Calcagno, Alfredo: “El consenso como tótem y tabú” en Miradas al Sur de la edición del domingo 3 de octubre del 2010.

Braiza, Laura: “Por ellos y con ellos” en Miradas al Sur de la edición del domingo 3 de octubre del 2010.

Curia Luis: “Crecimiento y vulnerabilidad: evidencias propias y ajenas” en Revista Argentina Económica de la edición del 3 de Octubre del 2010.

Galand, Pablo: "Un crecimiento a contramano de los agoreros" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Heyn, Iván: "Retener dólares es agrandar el país" en Miradas al Sur de la edición del 1º de Agosto del 2010.

Abal Medina, Juan Manuel: "Nacional y popular" en revista veinte y tres de la edición del 22 de julio del 2010.

Frenklel, Roberto: "Nuevos fundamentos de las políticas macroeconómicas en los países en desarrollo" en Revista Argentina Económica de la edición del 1º de Agosto del 2010:

Eric Calcagno, Alfredo: “Club de París, FMI y soberanía” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Alvarez Agis, Emmanuel: “Porqué el fondo vuelve a la carga” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Arbizu, Hernán: “¿Quiénes son los que trabajan en el FMI? en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Arcomano, Raúl: “Inseguridad, delito y violencia: la suma de todos los miedos” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Barrera, Laureano: “La derecha quiere una policía autónoma y sin control” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Rosli, Jimena: “La comisaría platense que utiliza las viejas prácticas de la dictadura” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Tailhade, Rodolfo: “La justicia y su canasta” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Ragendorfer, Ricardo: “Cómo funciona la estructura legal y secreta para beneficiar a represores” en Diario Miradas al Sur de la edición del 10 de octubre del 2010.

Yael Letoile y Martínez De Irujo, Sebastián: “Soluciones agroecológicas” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Roberti, Raquel: “Cuando la soberanía se sienta a la mesa” en Diario Miradas al Sur de la edición del 12 de diciembre del 2010.

Calcagno, Eric: “El liberalismo político y liberalismo económico” Publicado en Diario Miradas la Sur de la edición del 24 de abril de 2011.

R.R: “Por la región” en Diario Miradas al Sur de la edición del 12 de diciembre del 2010.

Ljubetic Vargas, Iván: “La Batalla de Santiago” en Revista Punto Final de la edición del 15 de abril del 2004.

Kliksberg, Bernardo: “Algunos mitos sobre la pobreza” Publicado en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de abril del 2011.

Entrevista a Gustavo Tito: “El futuro es verde y ya llegó” en Diario Miradas al Sur de la edición del 24 de octubre del 2010.

Kirchner, Alicia: “A seguir construyendo un país para todos” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 2 de mayo del 2011.

Palma, Augusto Dante: “Los liberales infalibles”. Publicado en revista Veintitrés de la edición del 2 de mayo del 2011.

Pietryszyn, Adrián: “Entre el progresismo y el socialismo” Publicado el 11 de Noviembre de 2010 en <http://tiempo.elargentino.com>.

Frei Betto: “Por una economía al servicio de la vida” en <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Mujica, Dolores: “Clase contra clase: Los cordones industriales, cronología comentada” Segunda edición, Marzo del 2008. En la página web: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

“El gobierno de Patricio Aylwin Azócar” En la página web: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Reñique, José Luis: “Chile y los retos de una memoria obstinada” Septiembre 11 de 1998 en <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Agacino, Rafael: “La izquierda desconfiada y la coyuntura política actual. Urgencias y problemas de la convergencia”, Mayo del 2005 en la página: <http://www.archivochile.com/entrada.html>

Anguita, Eduardo: “Salvataje financiero a Strauss-Kahn” Publicado en Miradas al Sur en su edición digital del 19 de mayo del 2011.

Goobar, Walter: “La caída de Strauss-Kahn y la perversión en el fondo” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Romero, Ricardo: “Integración productiva en el Mercosur” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Eliades, Acosta Matos: “La ley Cornelia y el imperio” Publicado en Debate Socialista de la edición del 3 y 5 de septiembre del 2010, Año 2, número 112.

“Cinco rosas rojas”. Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 10 y 12 de septiembre del 2010, año 2, número 113.

“Las elecciones todo lo tiñen todo lo tallan” Publicado en el diario Ve de la edición del 3 de septiembre del 2010.

Foster, Ricardo: “La policía, el miedo y la democracia” Publicado por revista Veintitrés en la edición del 19 de abril del 2011.

Giles, Jorge: “El adversario está disperso, el enemigo no”. Publicado en diario Miradas al Sur de la edición del sábado 30 de abril de 2011.

Anguita, Eduardo: “Los desacuerdos de la oposición” Publicado en diario Miradas al Sur, Edición digital del 28 de abril de 2011.

Reyes, Neftalí: “¿Cómo se arrastra una sociedad al fascismo?” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Trotsky, León: “Prólogo de la historia de la revolución rusa” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Laclau, Ernesto: “Democracia y comunicación” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 24 de agosto del 2011.

Castillo, Sandra: “Cómo se libra la batalla cultural” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 23 de agosto del 2011.

Tristán, Rosa: “Historias cortas que dirigen el rebaño” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Giles, Jorge: “Si el olvido es unitario, la memoria es federal” Publicado por Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Anguita, Eduardo: “Hijo de las Madres, de las Abuelas y de Néstor” Publicado en diario Miradas al Sur de la edición del 22 de mayo del 2011.

Tristán, Rosa: “Historias cortas que dirigen el rebaño” Publicado en la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

“El último humano” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 27 y 29 de agosto del 2010, número 111.

Neftalí Reyes: “Los errores graves de una revolución” Publicado en Debate Socialista de la edición del 3 y 5 de septiembre del 2010, Año 2 número 112.

“Maldita teoría” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 1- 3 de octubre del 2011.

Foster, Ricardo: “Es la ideología, estúpido”. Publicado en revista Veintitrés de la edición del 1 de junio del 2011.

Adorno, Theodor: “Epistemología y ciencias sociales” Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A), Madrid, España, 2001

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América” Grupo Editor Universitario, 1º edición, Buenos Aires, Argentina, 2007.

Kohan, Néstor: “Introducción al pensamiento socialista. El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión”.

Foster, Ricardo: “¿El retorno de la antipolítica?” Publicado en la revista Veintitrés de la edición del 31 de julio del 2011.

Rudnik, Isaac: “El corazón corrompido de un modelo decadente” Publicado en la revista Contraeditorial de la edición del 30 de julio del 2011.

Méndez Shiff, Pablo: “La clase media tiene que hacerse más responsable” Publicado en El Argentino de la edición del 30 de julio del 2011.

“¿Colapso del metro o de la civilización?” Publicado por la Editorial de la revista Debate Socialista de la edición del 29 y 31 de octubre del 2010.

Vitali, Franco: “Para que “nunca menos”, hay que ir siempre por más”. Publicado en Miradas al Sur de la edición del 10 de julio del 2011.

Invernizzi, Hernán: “Por las dudas, me opongo” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 10 de julio del 2011.

Kirchner, Alicia: “Los jóvenes se incorporan a la política” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 17 de julio del 2011.

Muracciole, Jorge: “Acerca de continuidades y cambios” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 17 de julio del 2011.

Horowicz, Alejandro: “La dura marcha de la crisis global” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 18 de julio del 2011.

Rostova, Celena: “Entrevista a Chávez en Rusia” Publicado en Debate Socialista de la edición del 22 y 24 de octubre del 2010.

Anguita, Eduardo: “Vientos del sur” Publicado en Miradas al Sur de la edición del 4 de agosto del 2011.

Itzovich, Norberto: “Un análisis equivocado sobre el desempleo. Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 7 de septiembre del 2011.

Martínez, Enrique: “Erradicar la pobreza, una tarea sin brillo” Publicado en Tiempo Argentino de la edición del 6 de septiembre del 2011.



### **Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported**

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

#### ***Licencia***

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

#### ***1. Definiciones***

- a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada, transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra



Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) **"Colección"** significa colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) **"Distribuir"** significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) **"Elementos de la Licencia"** significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) **"Licenciante"** significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) **"Autor original"** significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, el productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.
- j) **"Reproducir"** significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o

visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.

2. ***Feria de los Derechos de Negociación.*** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. ***Concesión de licencia.*** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
  - a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
  - b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
  - c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
  - d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

**4. Restricciones.** La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.
- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los

derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restringen la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.
- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de

conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

- e) Para evitar dudas:
  - i. **Irrenunciable Esquemas de licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;
  - ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciante.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,

- iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la Sección 3 (b) de este Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

### ***5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.***

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

### ***6. Limitación de Responsabilidad.***

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por

cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

### ***7. Terminación.***

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.
- b) Sujeto a los términos y las condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes oa dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

### ***8. Misceláneo.***

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en



la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.

- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.
- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de 1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

### **Aviso Creative Commons**

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado

expresamente como el Licenciente, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciente.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:  
<http://creativecommons.org/>